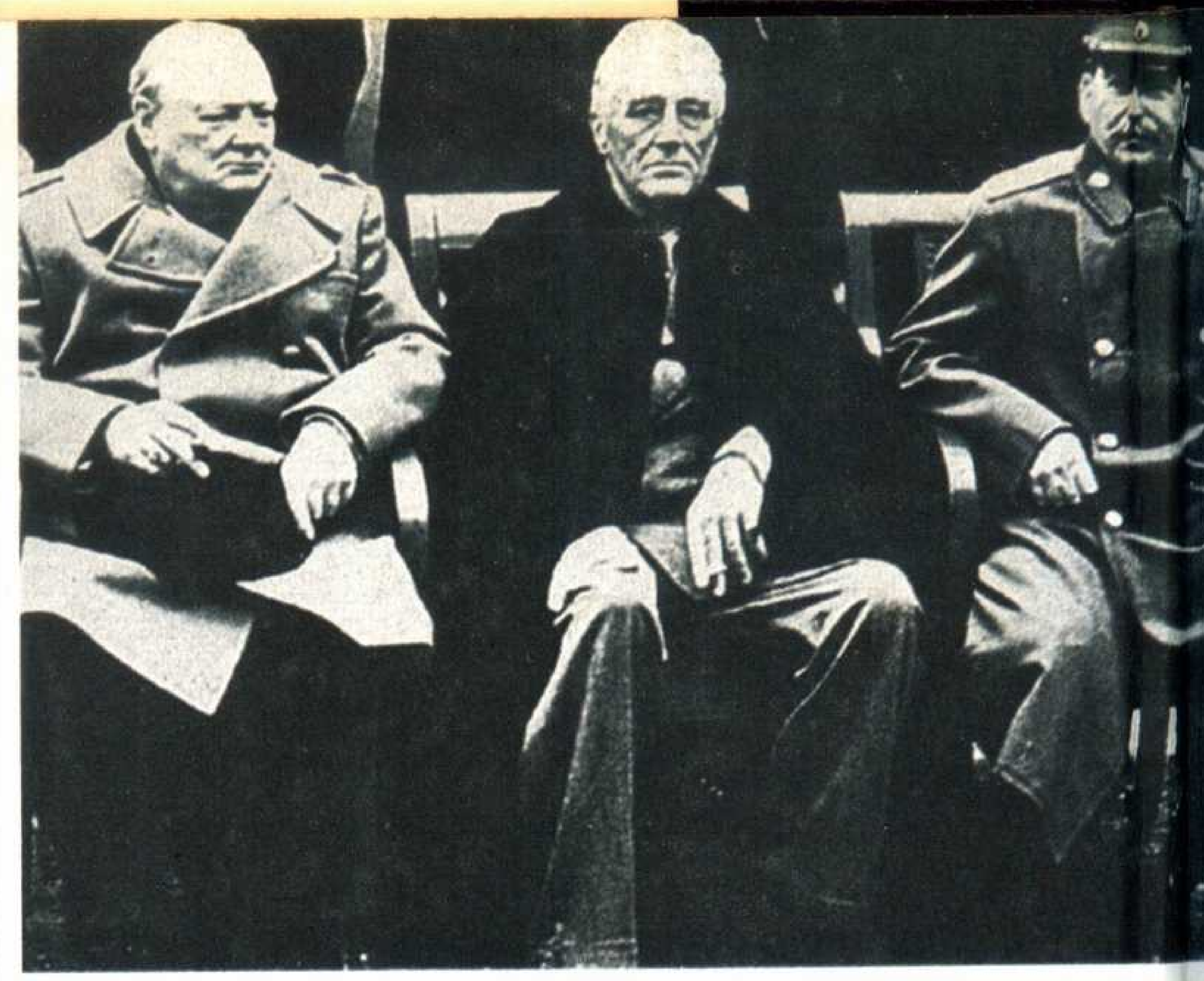
LA II GUERRA MUNDIAL

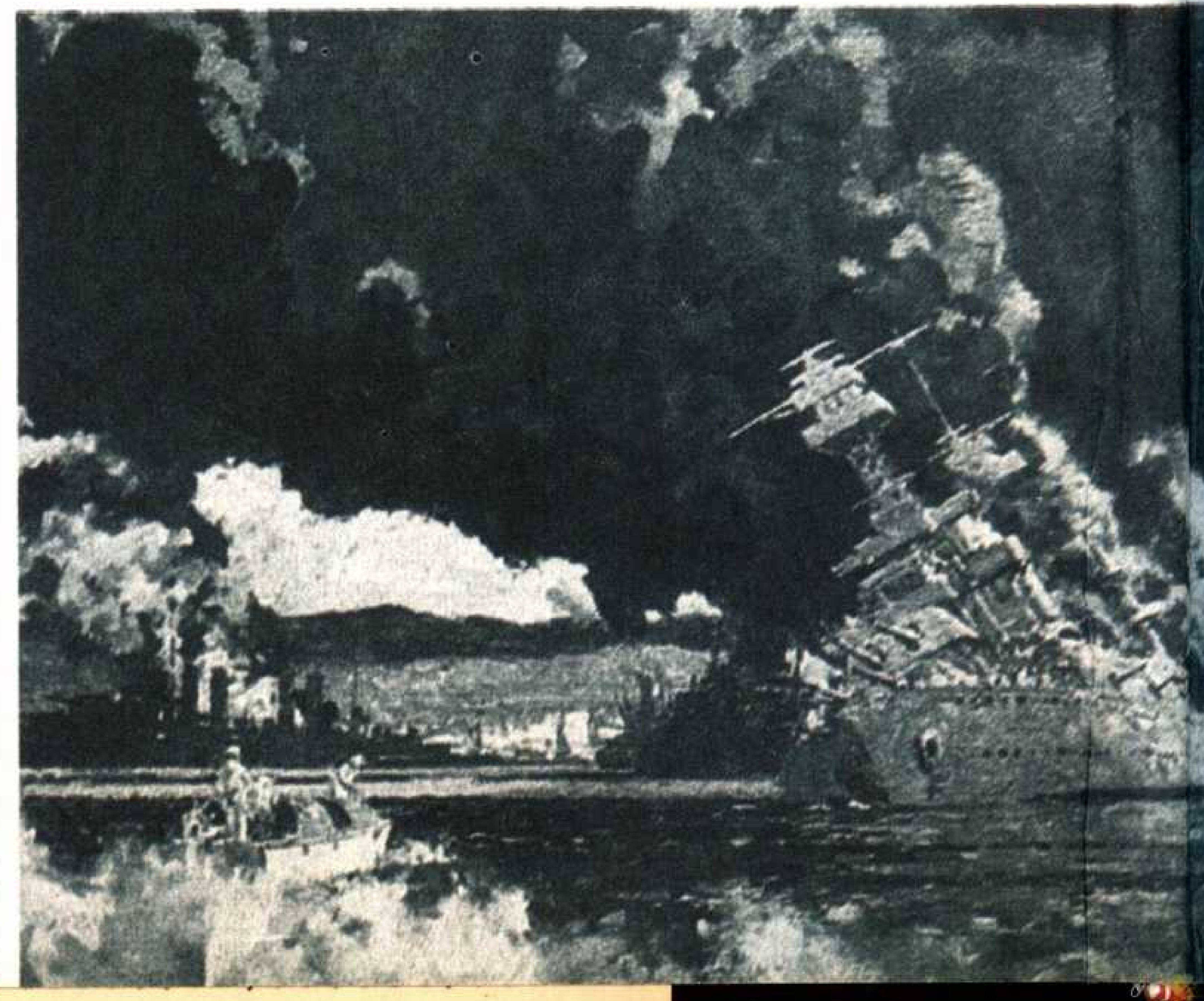
REVISION HISTORICA DEL SIGLO XX

LA HORA DE LOS DICTADORES





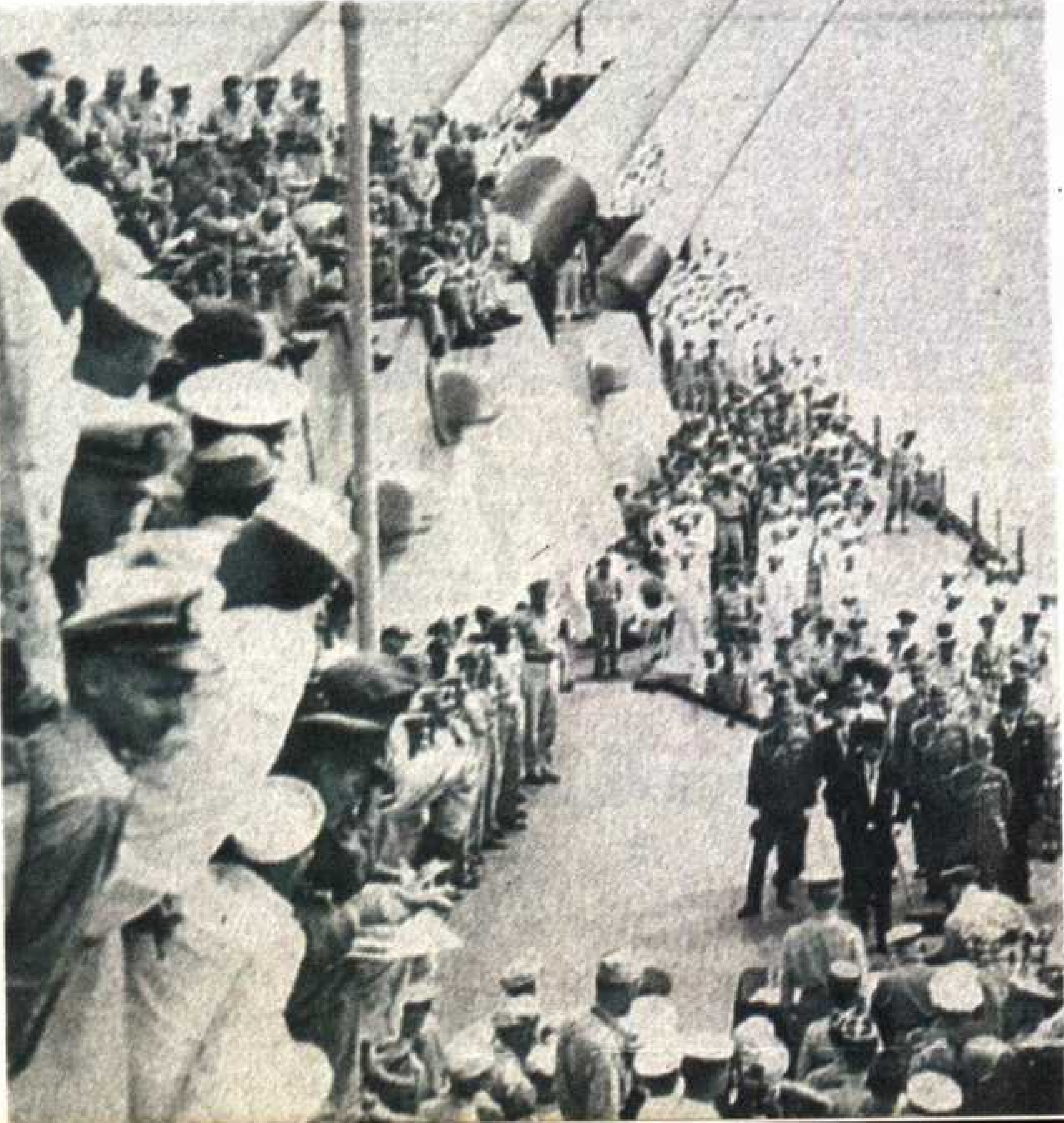














LA HORA DE LOS DICTADORES



EDICIONES IBEROAMERICANAS, S. A.

AUTORES

RAFAEL ABELLA
Historiador

JULIO AROSTEGUI
Catedrático de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.

ANGEL BAHAMONDE
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.

NICHOLAS BETHELL
Historiador.

GABRIEL CARDONA
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Central de Barcelona.

CARLO A. CARANCI
Historiador.

FERNANDO CLAUDIN
Escritor. Director de la Fundación
Pablo Iglesias de Madrid.

IVES DURAND
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad de Orléans.

MANUEL ESPADAS BURGOS
Director del Instituto de Historia del C.S.I.C.

SENEN FLORENSA
Profesor de Estructura Económica.
Universidad Complutense de Madrid.

MARC FERRO
Historiador. Escuela Práctica de Altos
Estudios de París.

MIGUEL G. OROZCO
Periodista.

JULIO GIL PECHARROMAN
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.

ELENA HERNANDEZ SANDOICA
Profesora de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.

PABLO IRAZAZABAL
Periodista.

SANTOS JULIA
Profesor de Sociología.
U.N.E.D.

JUAN MARIA LABOA
Historiador.
Universidad Portificia de Comillas.

VICTORIA LOPEZ CORDON
Profesora de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.

ANTONIO MARQUINA BARRIO
Profesor de Estudios Internacionales.
Universidad Complutense de Madrid.

JOSE MARIA MARTINEZ
Periodista.

JOSE U. MARTINEZ CARRERAS
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.

NELSON MARTINEZ DIAZ
Historiador.

AGUSTIN MARTINEZ DE LAS HERAS
Profesor de Historia del Periodismo.
Universidad Complutense de Madrid.

TOMAS MESTRE
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.

ALEJANDRO MUÑOZ ALONSO
Catedrático de Opinión Pública.
Universidad Complutense de Madrid.

JUAN PANDO DESPIERTO
Historiador.

LUIS PASAMAR
Periodista.

DOMINGO PASTOR PETIT
Escritor.

JOSE LUIS PESET
Historiador. Investigador del C.S.I.C.

ALEJANDRO PIZARROSO
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.

MIGUEL PLATON
Periodista.

EDUARDO PONS PRADES
Escritor.

MONTSERRAT ROIG
Escritora.

JOSE MIGUEL ROMAÑA
Historiador.

J. SANCHEZ JIMENEZ
Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.

DAVID SOLAR
Periodista.

JOSE MARIA SOLE MARIÑO
Historiador.

ROSARIO DE LA TORRE
Profesora de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.

MANUEL TUÑON DE LARA
Catedrático de Historia Contemporánea.
Universidad del País Vasco.

JAVIER TUSELL
Catedrático de Historia Contemporánea.
U.N.E.D.

ANGEL VIÑAS
Catedrático de Estructura Económica.
U.N.E.D.

PEDRO A. VIVES
Profesor de Historia de América.
Universidad Complutense de Madrid.

Edita: EDICIONES IBEROAMERICANAS QUORUM S.A.

Director Editorial: JOSE ANTONIO VALVERDE

Director Gerente: MANUEL GASCH

Director de la Obra: DAVID SOLAR

Coordinación General: JAVIER VILLALVA, JOSE M.ª SOLE MARIÑO

Confección: GUILLERMO LLORENTE

Diseño Portadas: LUIS DE MIGUEL

Servicio de Documentación: ARCHIVO HISTORIA 16

Departamento de Suscripciones: PEDRO VALVERDE

Redacción y Administración: Avda. Alfonso XIII, 118. Tels.: 413 54 94 y 413 55 43 - 28016 Madrid.

Distribuidores:

España: COEDIS, S.A. **Argentina: Capital:** AYERBE Interior: DGP. **Colombia:** DIXUNIDAS, Ltda. **Chile:** ALFA, Ltda. **Ecuador:** MUÑOZ HERMANOS, S.A. **México:** INTERMEX, S.A. **Paraguay:** SELECCIONES SAC **Perú:** DISELPESA. **Puerto Rico:** AGENCIA DE PUBLICACIONES DE PUERTO RICO, INc. **Uruguay:** LEDIAN, S.A. **Venezuela:** CONTINENTAL **Importador exclusivo Cono Sur:** CADE, SRL. **Pasaje Sud América, 1532. Buenos Aires-1290, Argentina. Editor para Chile:** EDITORIAL ANDINA, S.A. **La Concepción, 311.** SANTIAGO-9

 Fotomecánica: OCHOA, Ricardo Ortíz, 74. **Fotocomposición:** VIERNA, S. A. Drácena, 38. **Impresión:** GRAFICAS REUNIDAS, S.A. Avda. Aragón, 56. **ISBN de la obra:** 84-7701-001-3 **ISBN del tomo 1:** 84-7701-001-3 **Depósito legal:** M-27690-1986 **Printed in Spain.**
SEPTIEMBRE 1986

SUMARIO

PRESENTACION 5

INTRODUCCION 7

LOS PROBLEMAS DE LA PAZ 9
Por ROSARIO DE LA TORRE
Historiadora. Profesora de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid.

LOS AÑOS VEINTE: 43
ENTRE LA GUERRA Y LA CRISIS
Por RAFAEL ABELLA
Escritor y periodista.

EL FASCISMO ITALIANO 71
Por MANUEL ESPADAS BURGOS
Historiador. Director del Instituto de Historia Contemporánea del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA
EN LOS AÑOS VEINTE 93
Por JAVIER TUSELL
Historiador. Catedrático de Historia Contemporánea.
Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.

LAS DICTADURAS IBERICAS 113
Por JAVIER TUSELL
Historiador. Catedrático de Historia Contemporánea.
Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.



PRESENTACION

Esta no es otra historia de la Segunda Guerra Mundial. Esta es la historia de un cuarto de siglo decisivo para el siglo XX, que va desde la primera Guerra Mundial hasta la Guerra Fría. Ocurre, sin embargo, que el inmenso terremoto *bélico que asoló y cambió al mundo durante los años 1939-1945, tiene tal fuerza por si mismo que ha determinado el título de esta colección: LA II GUERRA MUNDIAL, con un subtítulo* Revisión histórica del siglo XX *que prolonga el tema cronológicamente por detrás y por delante.*

Esta historia de la II Guerra Mundial tampoco se ajusta a los cánones más al uso, profundamente ceñidos al acontecer militar. Cierto es que en una guerra son impescidibles las narraciones bélicas y aquí encontrarán dos o tres centenares de páginas especializadas en esta materia, pero el grueso de la obra será una historia más total, más globalizadora del acontecer humano. Por tanto primarán los textos políticos, que desenmañarán el complejo ovillo de las relaciones de un mundo en formación: el que alumbrarán las posguerras de los dos grandes conflictos del siglo XX; también tendrán importancia los económicos, los sociales,las reconstrucciones de la vida cotidiana, las biografías, las curiosidades, en fin, lo que más puede aproximarse al microcosmos que compone el complejo entramado de las relaciones de hombres y pueblos que determinan en último término conductas y decisiones.

Esta historia no es sólo una historia de la II Guerra Mundial, es todo el complejo montaje que la explica en su puesta en marcha y en su tremendo desenlace. Es, en suma, la historia mundial de un periodo clave que determinará la vida en este planeta durante el resto del siglo y condicionará lo que podemos prever de los albores del año dos mil. Y esto no sólo ocurre en el entramado político, sino que también será así en el científico, en el cultural y en el económico.

Con la ambición de abarcar tanto espacio temporal, geográfico e histórico hemos debido renunciar a una narración férreamente cronológica, eligiendo como preferible el desarrollo temático, sujeto a una cronologia de proximidad para que el conjunto no se desintegre.

Así, los volúmenes I y II, titulados respectivamente La hora de los dictadores y Adiós a la utopía, *reconstruyen los años veinte. El primero, las consecuencias de la primera guerra mundial, el nacimiento de nuevos países, las amenazas revolucionarias, el nacimiento del fascismo y de un rosario de dictaduras, deteniéndose especialmente en la española de Primo de Rivera. el segundo tomo abordará las grandes eseperanzas suscitadas en* los felices veinte *por las múltiples conferencias internacionales y La Sociedad de Naciones, unidas al espectacular auge económico; todo se desplomará como un castillo de naipes con el crac de 1929.*

La década de los treinta está estudiada en tres volúmenes: El terremoto nazi, El ojo de ciclón y Asia afila las armas. *Comienza con un estudio general de la década, el auge del nacionalismo y su acceso al poder en Alemania, el advenimiento de la República española y un estudio de la URSS de Stalin. El siguiente volumen, IV de la serie, registra la carrera hacia el precipicio que se ha iniciado en Europa: los frentes populares, la guerra civil española, la invasión italiana de Etiopía, el* Anschluss, *la desmembración de Checoslovaquia, el pacto germano-soviético... está a punto de iniciarse la Segunda Guerra Mundial, pero antes, volumen V, nos transladamos a Asia, donde ya ha comenzado el conflicto, donde ya se viven los primeros episodios de la guerra del*

Pacífico: una visión de Asia, la invasión japonesa de Manchuria. El resto del volumen recorre el resto del mundo, que sin intervenir directamente en la guerra, la padecerá en su desarrollo o en sus consecuencias.

Con el volumen VI llegamos a la guerra. Abarca éste desde el ataque alemán a Polonia hasta la rendición de Francia, esto es, desde el 1° de septiembre de 1939 hasta el 22 de junio de 1940. Con el tomo VII asistimos a la resistencia británica en solitario, a la batalla de Inglaterra y al expansionismo alemán por toda Europa, a veces socorriendo a los ejércitos de la Italia Fascista, cuya hambre superaba con mucho al poderío de sus dientes.

El número VIII reconstruye la guerra en el Este durante 1941 y recoge toda la guerra en África, desde los descalabros italianos a las victorias de Rommel y su derrota final en Túnez tras la intervención norteamericana.

Los volumenes IX, X y XI tratan del cambio en el signo de la guerra a finales de 1942, comienzos de 1943, hasta la rendición del III Reich. El primero de ellos aborda la guerra en el Frente del Este, en la batalla de Stalingrado, y abandona ese inmenso escenario en el verano de 1944, cuando los ejércitos soviéticos habían expulsado casi por completo a los alemanes del territorio de la URSS; sigue luego con el desembarco aliado en Sicilia, la caída del fascismo, las grandes batallas de Anzio y Monte Cassino, la creación del Gobierno de Saló. Dejamos Italia para ocuparnos del papel de los países neutrales con dos casos especialmente interesantes: el Vaticano y España.

El tomo X recoge los acontecimientos de la segunda mitad de 1944: desde Normandía y el avance aliado por Francia, la liberación de París a la batalla de las Ardenas. Mientras, en el Este, sigue la ofensiva soviética en todos los frentes, tomando especial profundidad en Polonia. La guerra se acercaba al Reich. El tomo XI, que concluye con la guerra en Europa, recoge bastante minuciosamente los últimos meses del nazismo y del fascismo italiano, hasta la muerte de los dos dictadores y las rendiciones de sus países.

Aunque cronológicamente hemos dejado muy atrás la guerra del Pacífico, hemos preferido abordarla por separado para mayor claridad en la secuencia de los acontecimientos y en el tratado de los escenarios. Analizaremos el conflicto en dos volúmenes XII y XIII, El Inperio del Sol Naciente *y* el Holocausto atómico. *El primero comienza con un panorama de Asia en 1941, continúa con el ataque de Pearl Harbour y concluye con Guadalcanal, batalla que marcará el declive de las armas japonesas en el verano-otoño de 1942. El segundo abarca el resto de la guerra en el Pacífico, con sus singulares desembarcos, isla a isla, de los marines norteamericanos y las más formidables batallas navales de la historia, para concluir con la rendición del Japón después del bombardeo atómico.*

Los dos tomos siguientes, XIV y XV son de bien diferente naturaleza. El primero, La paz de los muertos, *hace un balance de la guerra, desde el punto de vista humano, material, científico, político, además de estudiar los dos grandes procesos que en Alemania y Japón depuraron los crímenes de guerra de los vencidos. En el segundo,* La reconstrucción de Babel, *asistimos al nacimiento de un mundo nuevo, con fronteras diferentes, países divididos, organismos internacionales que pretenderán erradicar las guerras del mundo, grandes planes económicos para reconstruir lo que arrasó la anterior catástrofe y la marcha ciega hacia una nueva forma de enfrentamiento: la guerra fría, salpicada por docenas de conflictos calientes.*

La obra se ha realizado con material de HISTORIA 16 y con la coordinación de su redacción. Los textos en parte fueron publicados a lo largo de los diez años de existencia de la revista o en la colección Siglo XX y, en parte, han sido especialmente elaborados para esta obra, ensamblando los materiales existentes y completando los muchos huecos que se detectaron.

Se trata, por tanto, de unos textos contrastados, respaldados por el prestigio de esa publicación y por el de sus autores, cerca de medio centenar, todos ellos bien conocidos profesores de la universidad española, con el apoyo de algunos especialistas extranjeros, de periodistas y escritores de reconocida solvencia.

Como obra colectiva, es hija de las ventajas que este sistema presenta: temas de especialidad tratados por especialistas, variedad de opiniones, contraste y riqueza de juicios, rigor científico, y adolecerá inevitablemente de algunas lagunas, punto flaco de este sistema. La coordinación de HISTORIA 16 ha tratado de colmar esos espacios vacíos, al tiempo que marcaba para la obra un estilo periodístico, movido y ameno. Al mismo tempo ha buscado las ilustraciones más originales y la cartografía más expresiva para hacer comprensibles los relatos que abarcan los grandes y lejanos escenarios sobre los que se dirimió la contienda.

INTRODUCCION

Las décadas que siguen a la finalización del primer conflicto de ámbito internacional presentan una larga serie de fenómenos diferentes y aún contradictorios entre sí. En el escenario mundial se producen dos corrientes de pensamiento y actuación que, siendo perfectamente complementarias, nacían de raíces diferentes. Por una parte, la modernización que el mundo experimentaba en todos los planos hacía surgir muevas formas de vida. Por otra, el retroceso de las ideas teóricas que habían vencido en la guerra sería puesto de manifiesto de forma muy rápida por el desarrollo de los hechos.

En efecto, la población en su conjunto había sido capaz de liberarse en gran medida de los condicionantes mentales y físicos que la habían mantenido atada a principios que el paso del tiempo había demostrado absolutamente caducos. Las clases obreras y las denominadas populares venían a unirse al elemento femenino de la sociedad en una dirección de liberación en todos los órdenes. Las estructuras hasta entonces dominantes —y en muchos casos asfixiantes— se veían de esta forma sustituidas por nuevos conceptos que parecían anunciar un mundo nuevo.

Es —todos los historiadores objetivos han estado de acuerdo en ello— la hora de la utopía. Parecía llegado el momento en que una larga serie de cuestiones que ofrecían hasta entonces aspectos sombríos iba a solucionarlos en medio de unas condiciones generales definidas por el optimismo. Los sectores sociales menos favorecidos comenzaban —como se apuntaba antes— a contar con nuevas posibilidades de mejoramiento de su situación. La economía se recuperaba a pasos agigantados de los desastres de la guerra, y el mundo estaba convencido de que habían terminado para siempre los riesgos de un nuevo enfrentamiento bélico.

Los horrores de la Primera Guerra Mundial, que había causado más destrozos en todos los ámbitos que ninguna de las hasta entonces mantenidas por el hombre, parecían haber demostrado la necesidad de superar todo posible riesgo de un nuevo enfrentamiento. Muy pronto, sin embargo, las circunstancias habían de encargarse de desilusionar a todos los que creían en la perpetua paz y prosperidad. Los felices años veinte *no eran de esta forma más que un compás de espera en previsión de una catastrofe de dimensiones inimaginables como la que se preparaba.*

En este volumen se trata, a través del conjunto de artículos que lo integran, de ofrecer una panorámica de conjunto de este crucial periodo de la más reciente historia del mundo. Así, a una panorámica general que describe los aspectos políticos, sociales, económicos y culturales de estas dos décadas, sigue el tratamiento de algunas cuestiones concretas que destacan en el interior de los mismos.

Los problemas de la paz se presentan con toda su relevancia, al tratar de las dificultades que el mundo halla para reorganizarse tras el cataclismo demoledor de la guerra. En este momento de ilusión y esperanza parece que los problemas pueden tener soluciones pacíficas que eludan el peligro del combate. Pero junto a esto ya se muestra la amenazadora presencia de un elemento clave para la comprensión del periodo: el fascismo.

Su génesis y desarrollo en Italia se estudia a continuación, así como las consecuencias que tuvo en otros varios países europeos, que se vieron en muy pocos años desprovistos de unas instituciones democráticas de base muy débil por naturaleza. Es la preparación del auge de las dictaduras en un gran número de países europeos, sobre todo situados en el sur y el este del continente.

Más adelante se incluyen dos trabajos sobre temas concretos, de especial importancia para el lector: las dictaduras reaccionarias impuestas sobre la Península Ibérica durante la década de los años veinte por una parte, y el estudio de la sociedad española de entreguerras por otro. Conjuntamente, los dos artículos ofrecen una panorámica muy válida de la realidad de este período que sirvió de prólogo a dos grandes conflictos bélicos: la guerra civil española en primer lugar y la Segunda Guerra Mundial inmediantamente después.


13
13

LOS PROBLEMAS DE LA PAZ

La Primera Guerra Mundial destruyó las bases del equilibrio europeo; en 1918, el poder de las naciones europeas se había debilitado tanto que el papel decisivo jugado por Europa hasta entonces se traspasó a las dos grandes potencias que la flanqueaban. La derrota total de la Alemania de los Hohenzollern, cerrando el paso a una negociación de paz relativamente equilibrada, fue el resultado de la superioridad de los Estados Unidos de América; Europa sola, incluyendo en ella a Inglaterra, no se bastaba ya para solucionar sus problemas.

Después de la revolución bolchevique, la separación del mundo en dos bloques rivales, inspirados en ideologías difícilmente conciliables, cobró forma. No obstante, Wilson y Lenin rechazaron el sistema internacional existente, pasaron por encima de la política de equilibrio y denunciaron la inercia antigua; ambos fueron los profetas del nuevo orden internacional.

En 1917, el conflicto entre las potencias europeas se transformó en una contienda ideológica y revolucionaria de carácter general. Lenin y Trotski contaban con la revolución mundial y no podían aceptar la continuación de un sistema de Estados independientes e interequilibrados. A Wilson le interesaba muy poco el sistema de reajustes territoriales, anexiones y compensaciones en que se basaba la política europea, porque nada de eso aumentaba la seguridad de los Estados Unidos o mejoraba su posición estratégica.

Las proclamas de Lenin llamando a la revolución mundial provocan el contraataque deliberado de los 14 puntos de Wilson pregonando el principio de la autodeterminación, y, bajo estos *slogans,* nace un nuevo sistema internacional. El aislamiento posterior de los Estados Unidos y el debilitamiento de la Rusia soviética no restan importancia a este cambio; precisamente el paréntesis que esos dos hechos abren en la consolidación del sistema bipolar de nuestra época permite al Japón de Tojo y a la Alemania de Hitler exigir un puesto entre las potencias mundiales, aunque su aventura desemboque en una afirmación más radical de la supremacía de la Unión Soviética y de los Estados Unidos.

Balance de la guerra

La Primera Guerra Mundial fue una experiencia histórica única tanto por su magnitud como por sus consecuencias. Europa, en particular, salió de la guerra materialmente destrozada; la pérdida de vidas humanas, la desaparición de parte de su infraestructura económica y la acentuación del desequilibrio de sus finanzas afirman el *ocaso* que se anunciaba con el cambio de siglo.

El balance material es desolador tanto al valorar las pérdidas humanas como al analizar el desastre económico que la guerra había provocado. En primer lugar destacan las muertes de los combatientes directos: 13 millones en total si contamos a los de la revolución rusa de 1917 a 1920.

Estos 13 millones se repartirían de la manera siguiente: en Francia, 1.400.000 muertos, 100.000 fallecidos prematuramente por los gases y las heridas, 3.000.000 heridos y 1.100.000 inválidos de guerra; en Alemania, 1.827.000 muertos y 5.000.000 de heridos y mutilados; en Austria-Hungría, 1.400.000 muertos; en Rusia, 1.700.000 hasta 1917 y 5.000.000 hasta 1920; en el Reino Unido 750.000, 1.000.000 con el Imperio; en Italia, 750.000; en Serbia, 365.000; en Estados Unidos, 115.000.

A estas muertes de los movilizados hay

que añadir las que causaron la guerra, la escasez y las epidemias entre los civiles: 570.000 en Francia y 740.000 en Alemania. Finalmente, no debemos olvidar a los que no nacieron y que hubiesen llegado a la edad adulta entre 1934 y 1939, y a los que sufrieron la necesidad de dejar sus tierras para buscar un nuevo hogar; en efecto, cerca de 1.000.000 de alemanes llegaron a Polonia, Países Bálticos y Alsacia-Lorena y se refugiaron en el territorio de la república de Weimar; Hungría recibió 400.000 almas y Bulgaria 200.000; por su parte, el conflicto greco-turco provocará un éxodo de más de 1.000.000 de griegos.

El desastre económico que produce la guerra tiene varios componentes. En primer lugar, las destrucciones materiales, sobre todo en las regiones invadidas: el norte y este de Francia, Bélgica, el norte de Italia y la Rusia europea; casas destruidas, millones de hectáreas en las que ha desaparecido el suelo por la acción de los bombardeos, la infraestructura ferroviaria, las carreteras y los puentes arruinados, las minas inundadas, los barcos mercantes hundidos.

En segundo lugar, advertimos una importante caída de la producción en los años posteriores a la guerra; en Europa, el potencial agrícola se reduce en el 30 por 100 y el industrial en el 40 por 100. En tercer lugar, la guerra transforma las corrientes comerciales y las orienta hacia América, mientras algunos países, como la India, que habían sido importadores de productos fabricados en Europa, empiezan a industrializarse.

En cuarto lugar, la guerra crea una grave situación financiera; los enormes gastos de los beligerantes arrojan consecuencias catastróficas para las monedas europeas: Europa deja de ser el banquero del mundo, debe repatriar sus capitales o ceder su titularidad a los Estados Unidos; los beligerantes europeos contraen deudas considerables y como la deuda pública no basta para equilibrar el *déficit*, los Gobiernos aumentan el volumen de billetes en circulación mientras el *stock* de oro disminuye, escapando hacia la seguridad de los países neutrales; el resultado no es otro que la depreciación de las más importantes monedas europeas.

Finalmente, no podemos olvidar que los beligerantes no europeos salieron beneficiados del conflicto; las sedas y las cotonadas japonesas reemplazaron durante la guerra a los productos ingleses y franceses en el Lejano Oriente; pero, sobre todo, debemos recordar que los Estados Unidos habían prestado diez mil millones de dólares al resto del mundo, mientras almacenaban la mitad del *stock* mundial de oro.

El balance social y político de la guerra nos lleva a constatar las profundas transformaciones sociales y políticas que provocó. Los pequeños rentistas se arruinaron con la inflación, los asalariados sufrieron el alza de los precios sin verse compensados por el aumento paralelo de sus sueldos, una parte de los propietarios de la tierra sacó provecho de la subida de los productos alimenticios, muchos industriales realizaron beneficios importantes produciendo para las necesidades de la guerra, finalmente, especuladores e intermediarios amasaron en poco tiempo inmensas fortunas que disfrutaron como *nuevos ricos* ante la mirada dolorida de los antiguos combatientes.

En cualquier caso, el prestigio de las clases dirigentes disminuyó y la camaradería de las trincheras y de los campos de concentración produjo una corriente igualitaria que se desarrolló de manera paralela al creciente resentimiento de las masas hacia unos dirigentes muy duramente juzgados.

Aunque el liberalismo y la democracia parecen triunfar en Europa con el hundimiento de los tres Imperios autocráticos y con la extensión del régimen parlamentario, esa situación es temporal, y la democracia liberal será atacada por el socialismo comunista y por el fascismo. Incluso en los países donde sobrevive la democracia liberal, surge después de la guerra una tendencia que busca el reforzamiento del poder ejecutivo, lo que un jurista inglés llamó la *dictadura del gabinete*.

Hacia 1917, los aliados se convencieron de que estaban luchando por un mundo democrático contra unas anticuadas monarquías autoritarias, pero desde el principio de la guerra, tanto franceses e ingleses como norteamericanos, consideraron que la política alemana y Guillermo II eran los responsables de la guerra; sin embargo, las conclusiones que de esa afirmación sacaron los aliados sólo coincidieron en la necesidad de derribar al *káiser*; en lo demás —implicaciones prácticas y legales de la culpa alemana y líneas maestras del futuro acuerdo de paz— estuvieron en desacuerdo.

Mucho antes de que la lucha cesase en noviembre de 1918, era evidente que el mapa de Europa debería ser dibujado de nuevo y que la redistribución de las colonias, la

La Gran Guerra diezmó a toda una generación de jóvenes europeos. En la foto, heridos británicos en la batalla del Somme (arriba).

Habitantes de Alsacia internados en Alemania regresan a sus casas tras la conclusión de la guerra

creación de una nueva organización internacional y los cambios en el equilibrio económico afectarían considerablemente a todo el mundo; sin embargo, la energía de los aliados se había concentrado en ganar la guerra, no en preparar la paz.

En el último año de la guerra, los pequeños Estados aliados habían buscado sus propios objetivos, sin encontrar en los grandes más que comentarios precavidos; las organizaciones en el exilio de los grupos étnicos de las potencias centrales hicieron lo mismo, con los mismos resultados.

Francia tenía claro lo que quería, seguramente porque sus objetivos no eran globales; el *Foreign Office* preparaba la documentación de una posición internacional que no coincidía completamente con los puntos de vista del Gabinete o del *premier* David Lloyd George; en Estados Unidos la situación era también poco clara y la preparación de la paz seguía dos líneas distintas: la de los trabajos de una comisión especial presidida por un hombre de la confianza del presidente, Edward M. House, y la del secretario de Estado Robert Lansing.

En cualquier caso, los aliados europeos saben que los objetivos de guerra de los Estados Unidos apenas coinciden con los suyos. Francia desea alcanzar la seguridad frente a Alemania; Italia y Japón quieren el mayor territorio posible a costa de sus vecinos; los pequeños Estados tienen grandes ambiciones territoriales; Inglaterra pretende restaurar el tradicional equilibrio de poder y el viejo modelo económico en el continente, así como preservar su supremacía naval y ampliar el Imperio. Nada de esto tenía mucho que ver con los 14 puntos norteamericanos y eso lo saben los europeos.

Realmente, el acuerdo previo entre aliados y asociados era pequeño; se había establecido la evacuación y devolución de los territorios aliados ocupados por el enemigo, pero no estaba claro lo que abarcaba esa *devolución;* se consideraba que Francia recibiría Alsacia-Lorena, sin necesidad de un plebiscito previo; que Bélgica mejoraría su *status* legal y territorial, y que Polonia sería restaurada, aunque sus límites permanecían imprecisos. El futuro del Imperio de los Habsburgo se mantuvo ambiguo hasta el armisticio; a pesar de la constante presión de los *emigrados* —en particular de los checos—, los pronunciamientos de aliados y norteamericanos fueron lo suficientemente vagos para permitir la esperada paz por separado con Austria-Hungría.

Pero más allá de los pequeños acuerdos y de las grandes imprecisiones, se encontraban los tratados secretos que Inglaterra y Francia firmaron durante la guerra. Las concesiones a Rusia y a Rumania habían quedado anuladas cuando estos dos países concluyeron, por separado, sendos tratados de paz con las potencias centrales —Brest-Litovsk y Bucarest—, pero los otros tratados secretos estaban en vigor y afectaban a los Balcanes, al Cercano Oriente y al Pacífico.

En Europa, el principal beneficiario de esos acuerdos era Italia, que en 1915 —tratado de Londres— había entrado en guerra contra las potencias centrales con la promesa del Trentino, sur del Tirol, península de Istria, Trieste, una parte de la Dalmacia y Albania, islas del Dodecaneso y otros derechos indefinidos sobre las colonias alemanas y el Imperio otomano. La cuestión turca era especialmente confusa; los británicos habían ofrecido a los árabes la creación de un Estado nacional para después repartirse la zona con los franceses y ofrecer a los italianos Esmirna y a los judíos un *hogar nacional* en Palestina.

Aunque los aliados nunca sancionaron el reparto del Imperio de los Habsburgo, ese reparto se produjo y al este de Rhin se manifestó un peligroso vacío de poder del que nacían nuevos Estados, a veces sin Gobierno y a veces sin fronteras. Así, Polonia y Checoslovaquia se desarrollaban por su cuenta, Baviera se separaba de Alemania, Ucrania se resistía al control ruso, los pueblos bálticos clamaban por su independencia y nadie deseaba tomar decisiones en ese área hasta conocer el resultado de la guerra civil rusa.

Pero en la víspera de la Conferencia de la paz no todo eran egoísmos nacionales; durante la guerra había crecido la esperanza de que aquella tragedia alumbrara un mundo mejor. En Estados Unidos, en Gran Bretaña, en Alemania y en los países neutrales nació, separadamente, un nuevo movimiento a favor de un sistema organizado que sustentase la paz disminuyendo el peligro de la guerra. Los grupos alemanes fueron reducidos al silencio, los grupos neutrales a la discreción, sólo en los países anglosajones hubo dirigentes que pudieron apoyar con sus discursos la idea de una organización internacional de la paz.

Soldados muertos tras una escaramuza en el frente francés

Las tropas francesas cruzan el río Yser durante la ofensiva de julio de 1917 (abajo)

La Primera Guerra Mundial duró poco más de cuatro años y tres meses; después del armisticio se necesitaron casi seis años para completar el acuerdo general de paz.

La Conferencia de París

Los franceses insistieron en que París fuera sede de la Conferencia de la paz; pero París fue una sede problemática no sólo porque allí seguían especialmente vivas las pasiones de la guerra, sino también porque la ciudad, después de cuatro años de ser retaguardia inmediata, no estaba en condiciones de proporcionar habitaciones de hotel, oficinas, coches, imprentas y todo lo que necesitaran miles de delegados, expertos, funcionarios y periodistas.

Wilson, retrasado por la apertura del Congreso norteamericano y por la travesía del Atlántico, llegó a París a mediados de diciembre de 1918 y no encontró nada preparado; la confusión en París antes y durante las deliberaciones fue indescriptible y contribuyó considerablemente a la marcha errática de los acontecimientos.

La Conferencia se abrió finalmente en enero de 1919; participaron en ella 32 Estados, entre los que no se encontraban los vencidos. Así se planteó, desde su raíz, el problema de la *paz impuesta*, de la paz no negociada entre vencedores y vencidos en un proceso de concesiones mutuas.

Todos los tratados de paz que se firman después de una guerra perdida son *impuestos*, pero la paz de París, en general, y el tratado de Versalles, en particular, lo fueron más claramente. La delegación alemana sólo se reunió con los delegados vencedores en dos ocasiones, cuando los segundos le entregaron el borrador del tratado que pensaban proponer, y cuando la primera firmó el tratado en el *salón de los espejos* del palacio de Versalles.

En medio de estas dos ocasiones no hubo más que un informe alemán analizando y valorando el borrador, y el envío del tratado definitivo que, aunque incorporaba algunas sugerencias alemanas, estaba muy lejos de los planteamientos del informe, y que iba acompañado de una nota donde los aliados manifestaban su intención de reanudar la guerra contra Alemania si ésta no firmaba el tratado en cinco días.

Los vencedores no sólo apartaron a los vencidos de cualquier negociación de la paz; también les privaron de la tradicional cortesía. En la ceremonia de la firma, los dos delegados alemanes no se sentaron en la misma mesa que los delegados aliados y fueron escoltados por soldados a su entrada y salida del salón, como criminales conducidos y retirados del banquillo.

Estas innecesarias humillaciones, que sólo se pueden explicar por el intenso rencor que deja una guerra como la de 1914, suscitarán importantes consecuencias psicológicas dentro y fuera de Alemania al fijar en la conciencia alemana la idea de la *paz impuesta*, del *diktat*, y al ayudar a crear la opinión, universal en Alemania y tácitamente aceptada en amplios sectores de la opinión pública mundial, de que la firma obtenida en esas condiciones no obligaba moralmente a respetar el compromiso impuesto.

La paz de París está formada por cinco tratados de paz; el Pacto de la Sociedad de las Naciones, que se repite en cada uno de esos cinco tratados, viene a coronar el conjunto. El acuerdo tenía una naturaleza jurídica, pero distinguiendo la realidad del poder *las principales potencias aliadas y asociadas —Francia, Reino Unido, Italia, Japón y Estados Unidos— y las demás potencias aliadas y asociadas* pactan por separado con cada uno de los vencidos, sin reconocerles sus alianzas de guerra.

Cada uno de los tratados lleva el nombre del palacio de los alrededores de París, donde se firmó: el tratado de Versalles con Alemania (28 de junio de 1919), el tratado de Saint-Germain con Austria (10 de septiembre de 1919), el tratado de Trianon con Hungría (4 de junio de 1920), el tratado de Sèvres con Turquía (10 de agosto de 1920) y el tratado de Neuilly con Bulgaria (27 de noviembre de 1920).

Pero los acuerdos de paz que ponen jurídicamente fin a la Primera Guerra Mundial no se reducen a los cinco que forman la paz de París; los turcos rechazarán con las armas el tratado de Sèvres y hasta el 23 de julio de 1923 no se firmará en Lausana el tratado final de paz con la nueva Turquía, que entrará en vigor el 6 de agosto de 1924, casi seis años después de la firma del armisticio de 1918. Durante este tiempo, las potencias con intereses en el Pacífico se reunirán en Washington en el invierno de 1921-1922 y concluirán una serie de tratados estableciendo las nuevas bases del *statu quo* del Lejano Oriente.

Vista del salón en el que se celebraron las sesiones de la Conferencia de la Paz de París

Firma del tratado de Versalles, 1919

Teóricamente, la paz de París aspiró a organizar la vida internacional sobre la base de dos ideas: la idea de la democracia y la idea de las nacionalidades; el sujeto de la vida internacional será el Estado, cada uno de los Estados, pero un Estado justificado moralmente por su conformidad con una nación; todos los Estados serán responsables de la seguridad colectiva: cada uno de ellos hará dejación de parte de su soberanía para salvaguardar la paz; se condena la diplomacia secreta y se afirma la primacía del derecho internacional sobre el nacional.

A pesar de estos principios, la realidad del poder de las grandes potencias y los intereses nacionales condicionaron profundamente su aplicación en la rectificación de las fronteras de Europa al asegurar el aislamiento de la Rusia soviética y aplicar el principio de las nacionalidades con criterios diferentes, según fuesen naciones vencedoras o vencidas.

Pero no sólo la realidad del poder y los intereses nacionales traicionaron los principios; también la personalidad y los prejuicios tuvieron su parte en las decisiones tomadas por un grupo muy reducido de hombres, el *Consejo de los Cuatro,* sus más inmediatos consejeros y algún otro delegado de fuerte personalidad.

Aunque el legalista Robert Lansing, secretario de Estado, era oficialmente el segundo delegado norteamericano, sabía la Conferencia que sólo Edward House tenía toda la confianza de Woodrow Wilson; de la misma manera, André Tardieu fue el confidente de Georges Clemenceau, y los demás no contaron; David Lloyd George y su ministro de Asuntos Exteriores, Arthur James Balfour, llevaron el peso de las decisiones británicas; el ministro italiano de Asuntos Exteriores, Sidney Sonnino posiblemente tuvo más influencia que el primer ministro, Vittorio Orlando, quizá por hablar inglés y francés, quizá porque los anglosajones valoraron positivamente que su madre fuera escocesa. Finalmente, a estos nombres hay que añadir el griego Eleutherios Venizelos y el belga Paul Hymans.

En cuanto al papel de los prejuicios, puede ser ilustrado con la cuestión polaca; Francia deseaba una Polonia poderosa al otro lado de Alemania; los italianos reforzaban a los franceses apoyando los objetivos polacos para sentar un precedente de sus propias demandas territoriales, Lloyd George, que era intensamente antipolaco, pensaba que la nueva Polonia resultaba una peligrosa complicación internacional, y luchó en la Conferencia para que fuese lo más pequeña posible. Robert Lord, el principal consejero norteamericano en este asunto, era un historiador recientemente convertido al catolicismo que consideraba a los polacos avanzada cristiana contra la hordas bárbaras del este. Unido este conjunto de prejuicios a las inevitables dificultades económicas, geográficas, étnicas y políticas, sorprende que se encontrase solución.

A pesar de que la Conferencia basaba sus trabajos en el principio del *derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos,* en las nuevas fronteras alemanas encontramos rasgos del *realismo* de Clemenceau; las fronteras del oeste se fijaron con rapidez, las del este estuvieron confusas hasta 1921.

Las nuevas fronteras de Alemania

Alsacia-Lorena: su restitución había sido el principal objetivo de guerra de Francia, tal y como se proclamó en diciembre de 1914. Como se trataba de una restitución, Francia obtuvo la cesión territorial por un procedimiento excepcional, con efectos de 11 de noviembre de 1918, fecha del armisticio: los alemanes de Alsacia-Lorena no podrán optar entre las nacionalidades francesa y alemana, será el Gobierno francés quien las decida y éste no se hará cargo de la deuda pública de las provincias, que seguirá siendo responsabilidad alemana.

Sarre: en marzo de 1919, Francia planteó en la Conferencia de la Paz una nueva reivindicación territorial: la anexión de la parte sur del Sarre (francés de Luis XIV a 1815), la propiedad de todas las minas de la región, y el establecimiento de un régimen político especial en la parte norte. Tras la resistencia de Wilson a aceptar un argumento histórico, el 9 de abril se llega al acuerdo definitivo: el Gobierno de todo el territorio del Sarre será transferido a la Sociedad de las Naciones por un período de quince años; durante ese tiempo, el territorio estará unido económicamente a Francia, que tendrá la propiedad de las minas. Al final de los quince años y en un plebiscito, los habitantes de la región podrán optar entre tres soluciones: mantener el régimen internacional, integrarse definitivamente en Francia o integrarse definitivamente en Ale-


NORUEGA
Cristiania
SUECIA
Estocolmo
FINLANDIA
Helsingfors
Petrogrado
Tallin
ESTONIA
MAR
BALTICO
RSFSR
IMPERIO RUSO
DINAMARCA
Copenhague
Riga
LETONIA
LITUANIA
Kaunas
Vilna
Ciudad Libre
Memel
Königsberg
Danzig
ALEMANIA
Hamburgo
Amsterdam
HOLANDA
IMPERIO ALEMAN
ALEMANIA
Berlin
POSNANIA
Posen
Varsovia
POLONIA
Disputado con Lituania
RUSIA BLANCA
Ocupación polaca 1919-20
BELGICA
Bruselas
Malmedy Eupen
Ocupación aliada
Sarre admin SDN
SILESIA
Praga
GALITZIA
Lvov
Kiev
UCRANIA
(Ind. 1917-1919)
FRANCIA
LORENA
ALSACIA
Munich
CHECOSLOVAQUIA
Viena
Bratislava
IMPERIO AUSTRO-HUNGARO
SUIZA
AUSTRIA
TRENTINO
Budapest
HUNGRIA
TRANSILVANIA
Cluj
Iasi
BESARABIA
Odessa
Milan
ISTRIA
Fiume
Zagreb
CROACIA
BANATO
RUMANIA
Ciudad Libre
R. DE LOS SERBIOS, CROATAS Y ESLOVENOS
Belgrado
Bucarest
MAR NEGRO
Zara (Ital.)
BOSNIA
BULGARIA
Sofia
ITALIA
Roma
Lagosta (Ital.)
Zona Internac
Estambul
ALBANIA
Valona
Salonica
Ankara
Grecia 1920-22
GRECIA
IMPERIO OTOMANO
MAR
Esmirna
Atenas
TUNICIA (Fr.)
MALTA (Brit.)
MEDITERRANEO
(Ital.) DODECANESO
SIRIA (Mandato Fr.)
CHIPRE (Brit.)
EUROPA (1919-1922)
IMPERIO RUSO Estados desaparecidos, 1917-18
Estados que sufrieron pérdidas territoriales o desaparecieron
Zonas de plebiscito
G. LLORENTE

mania. El acuerdo desencadenó un importante rechazo popular que obligó a la comisión de gobierno a proclamar la ley marcial y a llamar al Ejército francés para mantener el orden.

Las reivindicaciones belgas: la frontera oeste de Alemania fue modificada ligeramente en beneficio de Bélgica, que se anexionó los distritos de Eupen y Malmedy. Aunque Bélgica planteó otras reivindicaciones en París —fin de su *status* de neutralidad, las fronteras de 1830 y la anexión del Luxemburgo—, la oposición de holandeses y británicos hizo fracasar el expansionismo belga.

Renania: aunque el Gobierno francés deseó separar la Renania occidental de Alemania y llevar la frontera a las aguas de Rhin, la oposición absoluta de los aliados obligó a Clemenceau a retirar su apoyo a los sectores que habían promovido la proclamación de una *República renana* que facilitaría la operación francesa.

Schleswig: el tratado de paz decide organizar un plebiscito en la parte norte del Schleswig; se celebrará en marzo de 1920, con un resultado de dos tercios a favor de la incorporación a Dinamarca, lo que se realizará poco después.

El corredor de Danzig: las más importan-

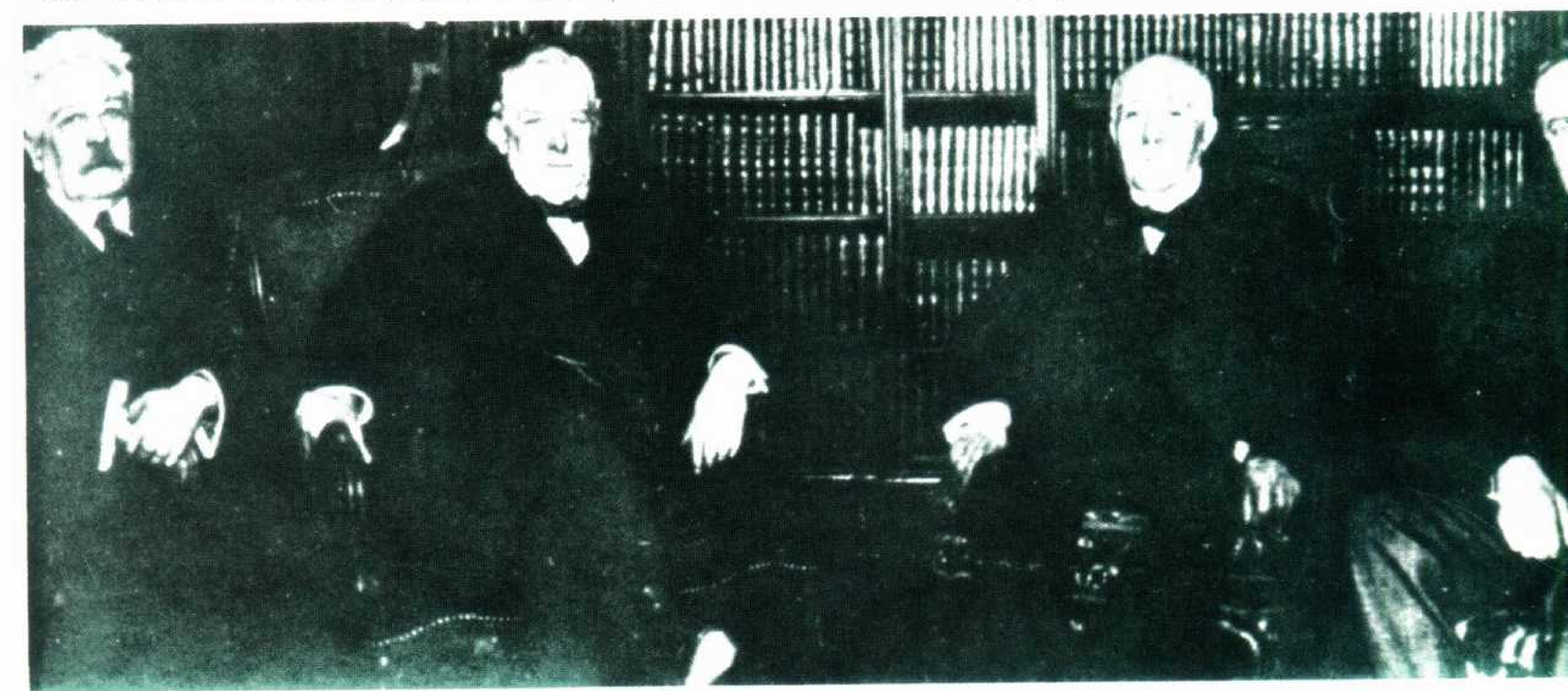


LOS CATORCE PUNTOS DE WILSON

1. *Acuerdos de paz negociados abiertamente... La diplomacia procederá siempre franca y públicamente.*
2. *Libertad absoluta de navegación sobre los mares... en tiempo de paz y en tiempo de guerra.*
3. *Supresión, hasta donde sea posible, de todas las barreras económicas y establecimiento de condiciones comerciales iguales para todas las naciones...*
4. *Suficientes garantías recíprocas de que los armamentos nacionales serán reducidos al límite compatible con la seguridad interior del país.*
5. *Libre ajuste, con un espíritu generoso y absolutamente imparcial, de todas las reivindicaciones coloniales, basado en el estricto respeto al principio de que... los intereses de los pueblos implicados tengan un peso equivalente a las justas demandas del Gobierno.*
6. *Evacuación de todos los territorios rusos...*
7. *Bélgica... deberá ser evacuada y restaurada...*
8. *Todo el territorio francés deberá ser liberado y las zonas invadidas, completamente devueltas. El daño hecho a Francia por Prusia en 1871, en lo que concierne a Alsacia-Lorena..., deberá ser reparado...*
9. *Deberá efectuarse un reajuste de las fronteras de Italia, siguiendo las líneas de las nacionalidades claramente reconocibles.*
10. *A los pueblos de Austria-Hungría... deberá serles permitido, con la mayor premura, la posibilidad de un desarrollo autónomo.*
11. *Rumania, Serbia, Montenegro, deberán ser evacuados; se les restituirán aquellos territorios que han sido ocupados. A Serbia se le concederá libre acceso al mar y las relaciones entre los diversos Estados balcánicos deberán ser fijadas por acuerdo amistoso según las fronteras históricamente establecidas de derecho y de nacionalidad. Se ofrecerá a los diversos Estados garantías internacionales de independencia política, económica y de integridad territorial.*
12. *A los territorios turcos del actual Imperio otomano se les garantizará plenamente la soberanía y la seguridad, pero las otras nacionalidades que viven actualmente bajo el régimen de este Imperio deben, por otra parte, disfrutar de una total seguridad de existencia y de poderse desarrollar sin obstáculos... Los Dardanelos quedarán abiertos permanentemente y constituirán un paso libre para los buques y para el comercio de todas las naciones bajo garantías internacionales.*
13. *Deberá constituirse un Estado polaco independiente, que comprenda los territorios incontestablemente habitados por polacos, los cuales deben tener asegurado el libre acceso al mar...*
14. *Deberá crearse una Sociedad general de las Naciones en virtud de acuerdos formales, que tenga por objeto ofrecer garantías recíprocas de independencia política y territorial tanto a los pequeños como a los grandes Estados.*

tes modificaciones que sufrió el territorio alemán se produjeron al este y en beneficio de Polonia, que, a consecuencia de uno de los 14 puntos de Wilson y de la decisión de la Conferencia de París, debía ser reconstruida. En primer lugar, Alemania tuvo que renunciar a la Posnania y a una parte de la Prusia occidental. Esta última formaba el *corredor* que permitía a Polonia disponer de un acceso al mar, pero su pérdida significaba que la Prusia oriental quedaba separada del resto de Alemania. Aunque en la Prusia occidental predominaba la población que hablaba un dialecto polaco, el puerto y la importante ciudad de Danzig eran básicamente alemanes; el problema estaba, pues en hacer compatible la necesidad polaca del puerto natural del valle del Vístula, y el respeto al principio de las nacionalidades.

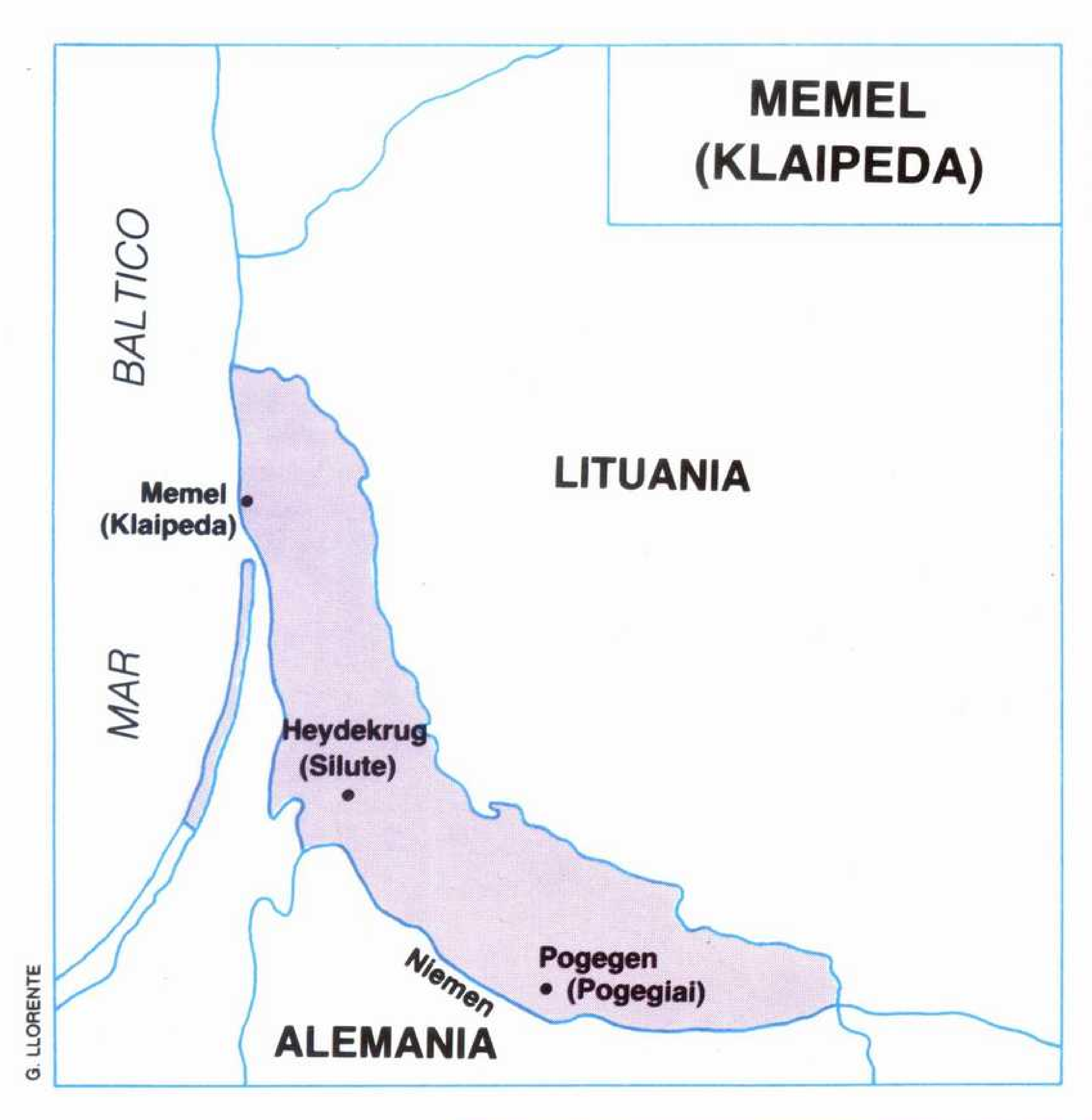
La Conferencia de la Paz decidió convertir a Danzig en una *ciudad libre*, controlada por la Sociedad de las Naciones, y con una relación especial con el nuevo Estado polaco; en efecto, Danzig quedó incluido en las



El Consejo de los Cuatro, reunido en Versalles: Orlando (Italia), Lloyd George (Gran Bretaña), Clemenceau (Francia) y Wilson (Estados Unidos)



Campesinos alemanes expulsados de sus tierras por las autoridades del nuevo Estado polaco



Mapa de Memel, antiguo territorio alemán puesto bajo la protección de la Sociedad de Naciones y que sería ocupado por los lituanos en 1923

Mapa de la nueva Alemania tras el Tratado de Versalles. A las pérdidas territoriales se sumarían medidas como la ocupación aliada de Renania o la desmilitarización de costas y fronteras



Mapa de Danzig, también bajo la protección de la Sociedad de Naciones. Al contrario de Memel y Fiume, Danzig consiguió mantener su independencia durante los años 20 y 30

fronteras aduaneras polacas para garantizar a Polonia la libre salida al mar.

El plebiscito de Alta-Silesia: el sur de la Prusia oriental (las regiones de Allenstein y Marienwerder) y la Alta-Silesia también fueron sometidos a un plebiscito para fijar la frontera germano-polaca. En el primer caso, el resultado fue claramente pro-alemán (96 y 92 por 100), pero el problema de la Alta-Silesia fue más difícil de resolver. En el plebiscito celebrado en marzo de 1921, Alemania obtuvo 717.122 votos y Polonia 483.154. La región era especialmente rica por sus minas y Alemania deseaba mantenerla bajo su soberanía para poder hacer frente a las reparaciones con el beneplácito


LA ALEMANIA DE VERSALLES
DINAMARCA
MAR BALTICO
Kaunas
LITUANIA
Königsberg
PRUSIA OR.
Danzig
Kiel
MAR DEL NORTE
Hamburgo
Groninga
Bremen
Stettin
POSNANIA
Amsterdam
HOLANDA
Rotterdam
Utrecht
Hannover
Berlín
Posen
Varsovia
Magdeburgo
POLONIA
Lodz
Essen
B
Brujas
Amberes
Calais
Kassel
Leipzig
Dresde
Breslau
SILESIA
Bruselas
Lille
BELGICA
Lieja
Colonia
GB
Eupen
Malmedy
Coblenza
N
Karlsbad
Katowice
Cracovia
Amiens
Franckfurt
Praga
Mezieres
LUXEMBURGO
Maguncia
Testchen
F
Würzburgo
Pilsen
Reims
SARRE
Paris
Vendun
Metz
Brno
CHECOSLOVAQUIA
LORENA
Nuremberg
Nancy
Stuttgart
Estrasburgo
FRANCIA
Bratislava
ALSACIA
Munich
Linz
Viena
BAVIERA
Salzburgo
AUSTRIA
Dijon
Basilea
Zurich
Besançon
Innsbruck
Lucerna
Graz
Berna
SUIZA
Brennero
HUNGRIA
Ginebra
Trento
Udine
YUGOSLAVIA
Lyon
Como
ITALIA
Trieste
Anexiones de
Francia
Bélgica
Dinamarca
Polonia
Lituania
Danzig
Alemania, 1924
Zonas administradas por la SDN:
Hasta 1926
Hasta 1929
Hasta 1930
Zona desmilitarizada
Zonas de plebiscito
Límite de zona no fortificada
Zonas de ocupación: F francesa GB británica
B belga N norteamericana
G. LLORENTE

británico; por esta razón, Alemania jugó fuerte en el momento del plebiscito y llevó, en trenes especiales, a 195.000 emigrantes que modificaron sensiblemente el resultado del voto de la región. El 2 de mayo, los polacos de la Alta-Silesia respondieron a las acciones alemanas con un levantamiento que tendrá que enfrentarse a la *cuerpos francos* alemanes en medio de un gran desorden. Tras restablecer el orden público, los aliados confían el problema a la Sociedad de las Naciones, que optará por el reparto. El 20 de octubre de 1921, el norte y el oeste de la región pasaron a ser alemanas, el sur se entregó a Polonia; de esta manera se dividía en dos una región industrial y esto dará lugar a innumerables conflictos.

Memel: por último, en el extremo este de la Prusia oriental, Alemania perdió la región de Memel, en la orilla derecha del Niemen. Se trataba de un territorio pequeño, con una población repartida entre lituanos y alemanes, y con un puerto importante que reivindicará el nuevo Estado de Lituania. El tratado de Versalles decidió separar este territorio de Alemania sin plebiscito, abriendo un conflicto entre la Sociedad de las Naciones, Alemania y Lituania, que se alargará en el tiempo.

En resumen, Alemania perdía la séptima parte de su territorio y la décima parte de su población. En el futuro podría aceptar las amputaciones realizadas al norte y al oeste —con excepción del Sarre—, pero las pérdidas del este le parecían intolerables, mal justificadas por el principio de las nacionalidades; en una palabra, era muy difícil que Alemania se resignase a perder unos territorios que consideraba arrebatados por razones estratégicas o económicas.

En 1918-1919, las grandes potencias vencedoras, y en particular Bélgica, consideraron esencial garantizar la seguridad mundial contra una eventual resurrección de la potencia alemana. Para impedirlo se establecieron una serie de garantías de orden militar y político.

Se prepararon tres tipos de garantías militares: limitación de armamentos, desmilitarización de Renania y ocupación militar.

La destrucción del militarismo alemán fue buscada tanto por los aliados europeos como por los Estados Unidos, y el tratado de Versalles limitó, en primer lugar, la flota a un cierto número de guardacostas; se prohibieron los submarinos y se repartieron el resto de sus barcos entre los aliados; la respuesta alemana fue el hundimiento de 70 barcos en la rada de Scapa Flow antes de entregarlos a los vencedores.

El Ejército quedaba reducido a una fuerza profesional de 96.000 soldados y 4.000 oficiales, sin Estado Mayor central, sin escuelas militares, sin artillería pesada, sin tanques y sin aviones; los alemanes sólo podrían contar con 288 cañones y la fabricación del material de guerra estaría limitada y vigilada por los aliados.

Es interesante destacar que el desarme alemán aparecía como el prefacio de un desarme generalizado —artículo 8 del Pacto de la Sociedad de las Naciones—, que no se producirá y que podría justificar un eventual rearme. En cualquier caso, en junio de 1919, Alemania tenía a 400.000 hombres bajo las armas y los aliados crearon una *comisión de control* para poner en práctica las cláusulas militares del tratado.

Los aliados europeos y los Estados Unidos admitieron sin ninguna dificultad la desmilitarización de la orilla izquierda del Rhin y de una franja de 50 kilómetros sobre la orilla derecha. Más difícil resultó que se pusieran de acuerdo sobre el problema de la ocupación. Cuando Clemenceau se vio obligado a renunciar a su proyecto de llevar la frontera de Francia a las aguas de Rhin, empezó a pensar en la ocupación definitiva de la región. En un primer momento, Wilson y Lloyd George se opusieron a cualquier ocupación, más tarde admitieron una ocupación temporal por quince años.

La evacuación de Renania por parte de las tropas vencedoras se produciría cada cinco años de tal manera que, en enero de 1925 se retirarían de la región de Colonia, en enero de 1930 de la región de Coblenza y en enero de 1935 de la región de Maguncia. Por supuesto, y como acabamos de ver, después de la retirada de las tropas de ocupación, Renania quedaría desmilitarizada, es decir, los alemanes no podrían tener allí más que fuerzas de orden público.

Junto con las garantías militares se diseñaron unas garantías políticas que Lloyd George y Wilson ofrecieron a Clemenceau a cambio de su renuncia a mayores reivindicaciones sobre la orilla izquierda de Rhin; se trataba de dos documentos anejos al tratado de Versalles y firmados como este último el 28 de junio de 1919. En ellos, británicos y norteamericanos se comprometían a prestar una ayuda inmediata a Francia si

Habitantes de Berlín buscan restos de comida entre la basura durante los difíciles tiempos de la posguerra

Generales del antiguo Ejército imperial alemán en una commemoración militar durante los años 20. Pese a la derrota, el Ejército alemán no renunció a sus tradiciones. En primer término von Kluck, von Mackenseu y Hindenburg

sus fronteras o las belgas no eran respetadas por Alemania. Pero este sistema de garantías políticas fracasó al establecer una estrecha dependencia entre el tratado franco-británico y el tratado franco-norteamericano; como el Senado de los Estados Unidos se negó a ratificar el tratado de Versalles, la garantía norteamericana fue imposible y con ella se evaporó también la garantía británica.

De esta manera, Francia se encontró con que la única garantía que pudo obtener contra Alemania fue la alianza belga. En



Postal británica exaltando el papel de la Marina en la defensa del Reino Unido y en el mantenimiento del orden internacional de la posguerra

efecto, aunque Bélgica estaba descontenta por el escaso apoyo que Francia había prestado a sus reivindicaciones, y aunque belgas y franceses se enfrentaron directamente por el control de Luxemburgo, el 7 de septiembre de 1920 los dos Gobiernos firmaban un acuerdo militar defensivo que se aplicaría en *caso de una agresión militar no provocada*.

El problema de las reparaciones estuvo siempre muy unido al problema de las garantías contra Alemania precisamente porque este país, hasta 1924, hizo todo lo que pudo para pagar lo menos posible; de esta manera, la ocupación militar fue dejando de ser un factor de seguridad para convertirse en un medio de presión para obligar a Alemania a pagar sus deudas.

Cuando el 4 de noviembre de 1918 los aliados aceptaban concluir la paz con Alemania lo hicieron declarando que este país debería *compensar los daños causados a las poblaciones civiles de las naciones aliadas y a sus propiedades por la agresión de Alemania a los países aliados por tierra, mar y aire*. Pero los aliados no se mantuvieron fieles a esta declaración al incluir, por petición inglesa, la suma de las pensiones militares al total de las compensaciones, incrementando considerablemente el volumen de las reparaciones alemanas.

El tratado de Versalles se ocupó del problema en un texto que se ha hecho famoso: *Alemania reconoce que es responsable, por haberlos causado, de todos los daños sufridos por los Gobiernos aliados y asociados y por sus nacionales, como consecuencia de la guerra que les fue impuesta por su agresión*. Para la opinión pública se trataba de una declaración de *culpabilidad moral;* para algunos historiadores posteriores se trataba de una responsabilidad financiera de derecho civil. En cualquier caso, los nacionalistas alemanes denunciarán con fuerza el artículo 231 del tratado de Versalles.

Después de establecer el principio, los aliados no llegarán hasta sus últimas consecuencias, asustados ante una responsabilidad de 120.000 millones de marcos-oro, tal y como proponían los expertos, y optarán por una solución dilatoria que hará más difícil la solución del problema. Así, los aliados fijarán un primer pago de 20.000 millones de marcos-oro antes del 1 de mayo de 1921, y crearán una *comisión de las reparaciones* encargada de vigilar el cumplimiento del primer pago y de establecer, antes del 1 de mayo de 1921, la suma real de los daños causados por la guerra, incluyendo las pensiones militares.

Todo el año 1920 y los primeros meses de 1921 estuvieron marcados por la enérgica resistencia alemana a la aplicación del tratado de Versalles, en general, y a las reparaciones, en particular, y toda Alemania vivió durante esos meses un importante movimiento de protesta que tendrá fuertes repercusiones no sólo en las relaciones eu-



DESMEMBRAMIENTO DEL IMPERIO AUSTRO-HUNGARO
El imperio austro-húngaro en 1914
Estados surgidos de los tratados de paz
Estados que incorporan territorios del imperio
Zonas de plebiscito
POLONIA
Vistula
GALITZIA
OCCIDENTAL
ORIENTAL
Checosl. 1919, Polonia 1920
Prot. hasta 1923
RSFSR
ALEMANIA
Elba
Praga
BOHEMIA
Teschen
CHECOSLOVAQUIA
ESLOVAQUIA
RUTENIA
Dniester
BUKOVINA
Viena
AUSTRIA
Tisza
Budapest
Burgeland. Plebiscito 14-XII-21
Ocup. por los rumanos, agosto 1919
BESARABIA
ALTO ADIGIO
HUNGRIA
TRANSILVANIA
MOLDAVIA
RUMANIA
Klagenfurt. Plebiscito 10-X-20
ESLOVENIA
Mures
ISTRIA
CROACIA
BANATO
Fiume (ciudad libre 1920)
ITALIA
VALAQUIA
REINO DE LOS SERBIOS,
BOSNIA
Belgrado
Bucarest
Zara (Ital.)
(YUGOSLAVIA)
DALMACIA
SERBIA
CROATAS Y ESLOVENOS
MONTENEGRO
BULGARIA
Maritza
TURQUIA
MACEDONIA
ALBANIA
GRECIA
G. LLORENTE

ropeas, sino también en la historia de la joven república de Weimar.

Los restos del Ejército alemán formaron una serie de *cuerpos francos;* uno de ellos, la *Brigada báltica,* mandada por el capitán Ehrhardt, dio un golpe de Estado en Berlín —13 de marzo de 1920—, consiguiendo colocar en el poder al doctor Kapp; mientras el nuevo Ejército alemán —la *Reichswehr*— se inhibía, los mineros de la cuenca del Ruhr —en la Renania desmilitarizada— respondían al golpe con la huelga general; el Ejército, que no quiso enfrentarse a Ehrhardt, marchó, sin pensarlo mucho, contra los mineros, entró en el desmilitarizado Ruhr y restableció el orden de manera extremadamente violenta.

Al margen de lo que todo esto supone para la consolidación de la democracia en Alemania, la acción de la *Reichswehr* provocó la reacción francesa con la ocupación de Frankfurt y Darmstadt sin advertir previamente a los ingleses. La evacuación de las tropas francesas se produjo el 17 de mayo.

Mientras los alemanes manifestaban su protesta, los aliados seguían trabajando para fijar la suma de los daños padecidos. En la Conferencia de Spa (5-16/julio/1920), con la presencia de los alemanes, se fijan los porcentajes que deberán corresponder a cada uno de los países dañados: 52 por 100 para Francia, 22 por 100 para Inglaterra, 10 por 100 para Italia, 8 por 100 para Bélgica, 6,5 por 100 para Grecia, Rumania y Yugoslavia, 0,75 por 100 para Japón y 0,75 por 100 para Portugal. En la Conferencia de Londres de marzo de 1921 se ponen de manifiesto las profundas diferencias que separan a los deseos alemanes de las pretensiones aliadas; ante esta situación, los aliados deciden aplicar sanciones y ocupar las ciudades alemanas de Düsseldorf, Ruhrort y Duisbourg.

El 30 de abril se abre en Londres una nueva Conferencia y los aliados se esfuerzan en obligar a Alemania a que acepte unas reparaciones totales de 140.000 millones de marcos-oro; como no había pagado más que 8 de los 20.000 millones del primer plazo, Alemania, según sus vencedores, debería pagar 132.000 millones de marcos-oro en los veinticinco años siguientes. Ante la resistencia alemana, los aliados envían a Berlín un verdadero *ultimátum,* incluyendo la ocupación de Ruhr. Después de una crisis de Gobierno, Alemania se inclina y durante el verano de 1921 paga con regularidad las reparaciones.

La dislocación de Austria-Hungría

El tiempo que va desde octubre-noviembre de 1918, cuando se produce la dislocación de Austria-Hungría, hasta el año 1921, cuando se completa la estabilización de la zona, se presenta dominado por un doble proceso en el que los aliados intentan aplicar el principio de las nacionalidades a la vez que favorecen a los pueblos que combatieron a su lado en los numerosísimos casos en los que la realidad nacional de un territorio es dudosa. De esta manera, el resultado del reparto de la vieja Monarquía Dual fue la formación de dos grupos de Estados, los Estados descontentos de la paz, y, por tanto, *revisionistas* —Austria, Hungría y Bulgaria—, y los Estados más o menos satisfechos —Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia.

Al oeste, Austria cede a Italia el Trentino y el Tirol meridional hasta el Brennero; los italianos no tuvieron que esforzarse mucho para que el Consejo Supremo interaliado aceptase su anexión de un territorio como el sur del Tirol, donde vivía una población de lengua alemana. Más complicado fue el problema de las reivindicaciones italianas sobre territorios que también reclamaba la nueva Yugoslavia.

Italia deseaba controlar las regiones del otro lado del Adriático y, aunque contaba con el compromiso anglo-francés de 1915, no podía olvidar que sus pretensiones chocaban con el punto 9 del presidente Wilson; sin embargo, en la Conferencia de París, Italia no sólo mantendrá los objetivos de 1915, sino también los ampliará reclamando el puerto de Fiume después de señalar que la creación de un Estado yugoslavo era un cambio no previsto cuando entró en la guerra al lado de la *Entente.*

Las reivindicaciones italianas en el Adriático se enfrentaron a la viva oposición de los yugoslavos y del presidente Wilson, que propuso una línea fronteriza que dejaba el sureste de la península de Istria en manos yugoslavas; ante esta situación, los delegados italianos, que contaban con el apoyo de la opinión pública de su país, abandonaron la Conferencia de la Paz el 24 de abril de 1919 y no regresaron hasta el 7 de mayo,



Delegación búlgara que negoció el tratado de Neuilly, 1919

proponiendo sacar la cuestión de Fiume de la Conferencia y dejarla en manos de un hipotético acuerdo italo-yugoslavo.

El 12 de septiembre el problema se complica todavía más con la ocupación de Fiume por parte de un grupo de voluntarios italianos mandados por el poeta Gabriele d'Annunzio, que convierten el puerto en un Estado independiente con el objeto de facilitar su posterior unión con Italia.

El 6 de marzo de 1920, la Conferencia de París renuncia a ocuparse del problema de Fiume; después de una serie de presiones de los aliados, italianos y yugoslavos se reúnen en Rapallo y el 12 de noviembre firman un tratado en el que reconocen la independencia del Estado de Fiume y fijan su mutua frontera al este de la *línea Wilson*.

Como el acuerdo significaba la renuncia italiana a la Dalmacia continental, los nacionalistas y d'Annunzio se oponen a la decisión del Gobierno de Roma y el poeta, en nombre del Fiume, declara la guera a Italia el 1 de diciembre de 1920. Finalmente, las tropas italianas ocupan la ciudad mientras los yugoslavos quedan resentidos por lo que siempre considerarían el *Diktat* de Rapallo.

Al noreste, Austria cede el antiguo reino de Bohemia —con la región de los Sudetes y sus tres millones de alemanes—, Moravia y la Silesia austriaca —con la zona de Testchen y su población polaca— al nuevo Estado checoslovaco que Thomas Mazaryk proclamó en Praga el 28 de octubre de 1918.

Al este y al sureste, Austria cede la Bukovina a Rumania, la Galitzia a las potencias aliadas —que todavía no saben cuáles serán los límites de la nueva Polonia— y Eslovenia, Dalmacia, Bosnia y Herzegovina al *Reino de los serbios, croatas y eslovenios*, primer nombre oficial de la futura Yugoslavia.

En total, Austria se convertía en un pequeño país de 84.000 km^2, con 6.500.000 habitantes, de los cuales la cuarta parte vivían en Viena; su Ejército quedaba reducido a 30.000 hombres. En estas condicio-



Mapa de la ciudad libre de Fiume, repartida posteriormente, en 1924, entre Italia y Yugoslavia



Mustafá Kemal

nes, no es de extrañar que Austria pensara en la unión con la vecina Alemania; sin embargo, a pesar del deseo austriaco claramente manifestado en varias ocasiones, y a pesar del principio del *derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos,* los aliados se opusieron a una solución que hubiese engrandecido a Alemania y amenazado a la nueva Checoslovaquia. Por estas razones, tanto el tratado de Versalles como el tratado de Saint-Germain prohibieron el *Anschluss,* a pesar de la difícil viabilidad del nuevo Estado austriaco.

Hungría, por su parte, quedaba reducida a 92.000 km^2, con 8.000.000 de habitantes y un Ejército de 35.000 hombres. En el norte, Hungría cedía Eslovaquia y la Rutenia subcarpática a la nueva Checoslovaquia. En el sur, sus regiones de Croacia, Eslavonia, Batchka (entre el Danubio y la Tisza) y Banato occidental (al norte y este de Belgrado) se incorporaban al nuevo Estado yugoslavo. Además, y como hemos visto, el puerto de Fiume terminaría incorporándose a Italia.

Finalmente, en el este, Hungría perdía la mayor parte de la Transilvania en beneficio de Rumania que, por otra parte, mantenía su control sobre la Besarabia, a pesar de las protestas soviéticas, y se anexionaba la Dobrudja del sur a costa de Bulgaria. De esta manera, Rumania era el Estado *heredero* que incorporaba un mayor número de minorías alógenas. En 1927, la composición nacional de este Estado era la siguiente: 12.500.000 rumanos, 1.308.000 húngaros, 780.000 judíos, 723.000 alemanes, 448.000 ucranianos, 358.000 búlgaros, 308.000 rusos y 57.000 serbios. Para proteger a estas minorías, el tratado de Saint-Germain preveía una serie de medidas especiales que el Gobierno rumano se resistió a firmar; después de un *ultimátum* de los aliados y de una crisis de Gobierno, Rumania firmó los tratados de Saint-Germain y de Neuilly con los acuerdos sobre las minorías.

Junto con Rumania, Yugoslavia fue uno de los Estados más beneficiados por la Paz de París. Además de los territorios entregados por Austria y Hungría, Yugoslavia se anexionó Montenegro y unos distritos búlgaros. Sobre el nuevo territorio la población se repartía entre los distintos pueblos eslavos y unas importantes minorías: 467.000 húngaros, 505.000 alemanes, 439.000 albaneses, 150.000 turcos y 231.000 rumanos.

Buques aliados entran en el puerto de Estambul tras la capitulación del Ejército otomano, noviembre de 1918

Artillería de montaña griega en el interior de Anatolia, durante las campañas contra las tropas kemalistas

Además de los problemas que planteaban las minorías no eslavas, el nuevo Estado yugoslavo, fuertemente centralizado alrededor de Serbia, deberá enfrentarse con el nacionalismo croata (eslavos católicos, con escritura romana y herederos de una tradición milenaria), que buscará el apoyo de las potencias sin mucho éxito.

Como hemos visto, la solución dada a la dislocación de la Doble Monarquía tuvo el efecto de dividir a los nuevos Estados en dos bloques, el de los satisfechos y el de los insatisfechos; pues bien, Hungría, que se encontraba, sin duda, entre los más insatisfechos, intentó, en estos primeros momentos, revisar el tratado de Trianon, sin lograr otra cosa que agrupar fuertemente en su contra a todos sus vecinos.

En primer lugar, el Gobierno contra-revolucionario húngaro, que se formó después del fracaso de la revolución comunista de Bela Kun, intentó restaurar a Carlos Habsburgo; la respuesta firme de los aliados —nota de 2 de febrero de 1920— hizo fracasar la operación. En segundo lugar, los húngaros se encontraron con el ofrecimiento francés de apoyo en la reivindicación de territorios *netamente húngaros* a cambio de una serie de concesiones económicas. En tercer lugar, el Gobierno de Budapest empezó a negociar con los alemanes la posibilidad de un golpe de mano contra Austria y Checoslovaquia.

Todos estos movimientos inquietaron profundamente a los vecinos de Hungría y el 14 de agosto de 1920 nacerá la *Pequeña Entente* sobre la base de un tratado defensivo contra el revisionismo húngaro que firmaron Checoslovaquia y Yugoslavia y que contará con la adhesión de Rumania. La alianza, que mostrará su vigor impidiendo todos los esfuerzos de Carlos I para volver a ceñirse la Corona de San Esteban, se reforzará con un nuevo tratado checo-yugoslavo y con las buenas relaciones que se establecieron entre Checoslovaquia y Austria, y entre Rumania y Polonia. Finalmente, Francia, que había empezado apoyando a Hungría, se incorporará a este grupo de países del este de Europa que se mostraban tan decididos a mantener los compromisos de la Paz de París.

En la región balcánica, los dos países vencidos fueron Bulgaria y el Imperio otomano; Bulgaria fue recortada en beneficio de sus vecinos y el Imperio otomano, después de haberse mantenido durante casi un siglo gracias a la política de las grandes potencias, fue finalmente repartido en beneficio del Imperio británico; en casi todos los casos, las nuevas fronteras plantearán problemas muy complejos.

Bulgaria, que, como hemos visto, fue obligada a entregar territorios a Rumania y Yugoslavia, pierde también la Tracia oriental en beneficio de Grecia; de esta manera, el país balcánico perdía toda salida al mar



LORD BALFOUR

Arthur James Balfour (Whittingehame, 1848-Fisher's Hill, 1930). Político y filósofo británico. Diputado en 1874, fue secretario para Irlanda entre 1887 y 1891, época en la que ejerció una dura represión en la pacificación de la isla. Líder conservador en la Cámara de los Comunes, sustituyó, en 1902, a su tío Salisbury en el cargo de primer ministro. Durante su mandato reformó radicalmente la enseñanza pública, reorganizó y aumentó el poderío militar británico y propició la Entente con Francia. Perdió las elecciones de 1906.
Ministro del Interior durante la Gran Guerra, más tarde, en el Gobierno de Lloyd George, ocupó el cargo de ministro de Asuntos Exteriores. En 1917 publicó su famosa **Declaración**, ***en la que prometía establecer una patria para el pueblo judío. En la Conferencia de Washington (1921-22) propuso la supresión de submarinos y la limitación de la deuda que Alemania y sus aliados habían de pagar a Gran Bretaña al mismo importe de la deuda británica a Estados Unidos. En 1926 publicó la*** **Definición de Balfour**, ***que establecía la igualdad entre Gran Bretaña y sus posesiones de ultramar y su asociación sobre la base de unos principios comunes.***

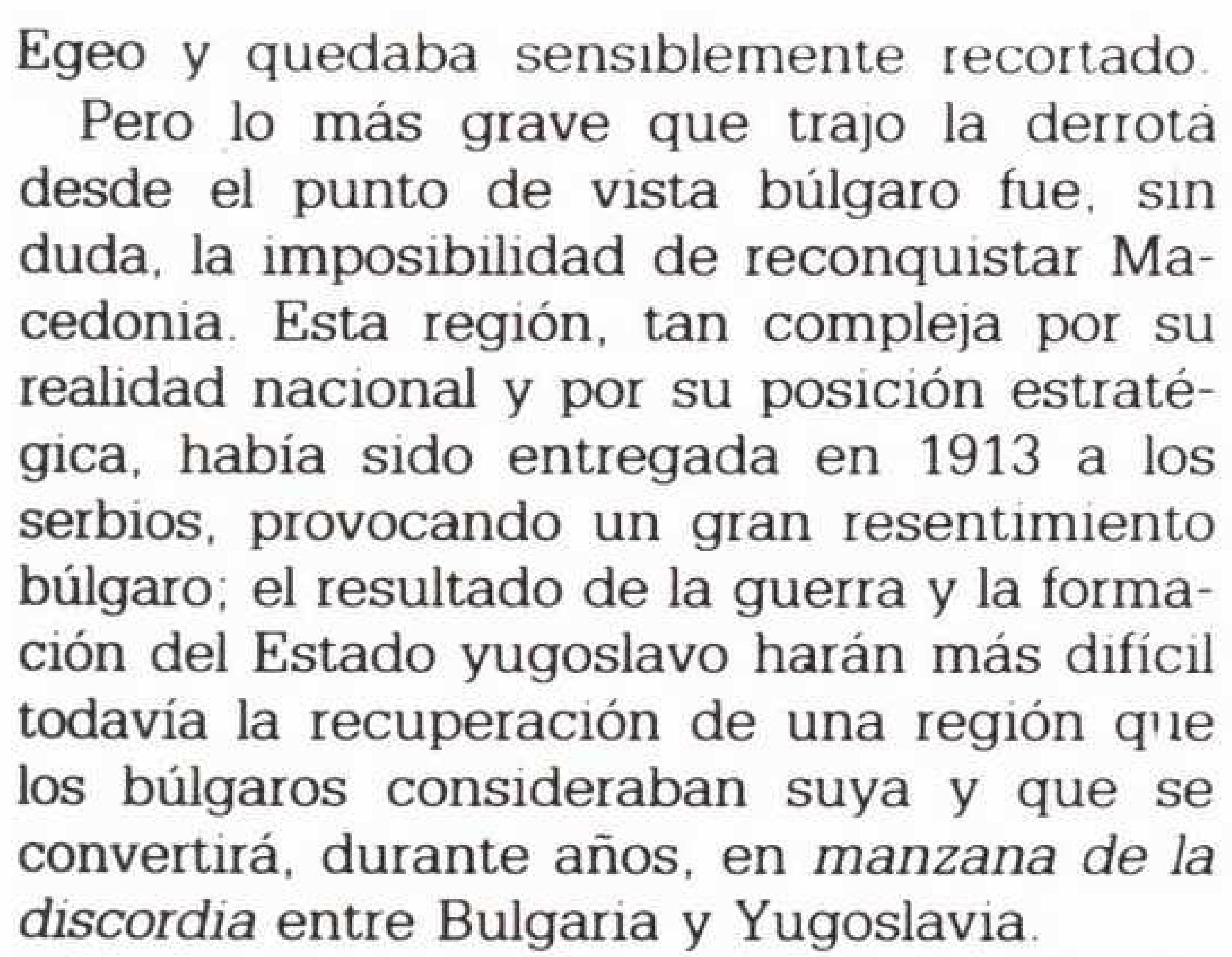




El rey Feisal de Irak (escultura de Haggar)



Fuad I de Egipto



Egeo y quedaba sensiblemente recortado.

Pero lo más grave que trajo la derrota desde el punto de vista búlgaro fue, sin duda, la imposibilidad de reconquistar Macedonia. Esta región, tan compleja por su realidad nacional y por su posición estratégica, había sido entregada en 1913 a los serbios, provocando un gran resentimiento búlgaro; el resultado de la guerra y la formación del Estado yugoslavo harán más difícil todavía la recuperación de una región que los búlgaros consideraban suya y que se convertirá, durante años, en *manzana de la discordia* entre Bulgaria y Yugoslavia.

En lo que se refiere al Estado albanés creado en 1913, el tratado de Londres de 1915 había previsto su reparto en tres zonas: la parte norte se entregaría a Montenegro, la parte sur a Grecia y la parte central formaría un pequeño Estado neutral bajo la protección de Italia.

Para el Gobierno de Roma se trataba de neutralizar, con esa cuña, a las potencias que se iban diseñando al otro lado del Adriático. Sin embargo, la guerra había introducido en la zona cambios no previstos: en particular, había nacido un gran Estado yugoslavo, y los italianos empezaron a considerar que sus intereses estarían mejor servidos si Albania mantenía su integridad y se convertía en un protectorado de Italia.

El 29 de junio de 1919, Tittoni, el nuevo ministro italiano de Asuntos Exteriores, firmó un acuerdo secreto con el ministro griego Venizelos: Grecia sostendría las pretensiones italianas a cambio del apoyo italiano a la política griega de anexión de la Tracia oriental. Pero en julio el acuerdo se hizo público y albaneses y yugoslavos mostraron viva irritación mientras la situación interna de Albania evolucionaba en un sentido antiitaliano y Wilson trataba de mantener en la zona el principio de las nacionalidades.

En estas condiciones, Italia tuvo que abandonar su plan y, el 2 de agosto de 1920, el Gobierno de Roma firmaba en Tirana un acuerdo de amistad con los albaneses. Poco después, Albania sería admitida

en la Sociedad de las Naciones y los aliados nombrarían una comisión para trazar sus difíciles fronteras.

La herencia de la Primera Guerra Mundial en la península de Asia Menor fue especialmente trágica. Después del armisticio, el futuro de los territorios otomanos parecía claramente establecido por los acuerdos previos que habían firmado los aliados; en particular, el acuerdo anglo-francés. Sykes-Picot, de mayo de 1916, y el acuerdo franco-anglo-italiano, Saint-Jean-de-Maurienne, de abril de 1917, habían repartido el *botín* entre franceses y británicos dejando una parte del sur de Anatolia (con Esmirna, Antalya y Konya) en manos italianas. Sin embargo, como el acuerdo con Italia incluía el *visto bueno* ruso, y como la revolución soviética había impedido completar el acuerdo, Francia e Inglaterra consideraron que su compromiso con Italia no tenía ningún valor y retiraron su apoyo a las reivindicaciones italianas mientras se mostraban muy favorables a las pretensiones griegas sobre la región de Esmirna.

Cartel polaco alusivo a la resurrección de Polonia como Estado

Tras una serie de acciones de griegos e italianos buscando los hechos consumados para asegurar su presencia en la región, la Conferencia de Londres de febrero de 1920 decide que los turcos guarden Constantinopla, que los griegos se instalen en la región de Esmirna, que los italianos se queden con la región de Antalya y que los franceses ocupen la región de Cilicia.

La Conferencia de San Remo de abril de 1920 completa el acuerdo: los griegos ocuparán la Tracia oriental, los Estrechos (Dardanelos y Bósforo) serán desmilitarizados y neutralizados bajo el control de una comisión internacional, los armenios dispondrán de un Estado independiente en la Anatolia oriental, los kurdos dispondrán de una clara autonomía dentro del Estado turco, finalmente, en la parte de Anatolia, que se deja en manos turcas, Francia e Italia mantendrán sendas zonas de influencia. El tratado de Sèvres incorpora el 10 de agosto de 1920 todos estos acuerdos a la paz general.

Pero en agosto de 1920 la situación de la península de Anatolia cambia radicalmente como consecuencia de la revolución de Mustafá Kemal, y las decisiones de los aliados se verán modificadas por la fuerza del nacionalismo turco. En efecto, en junio de 1919, Kemal había lanzado su revolución contra el sultán Mehmed VI y contra todo lo que el Sultanato representaba; por eso, cuando Mehmed firme el tratado de Sèvres, la revolución kemalista actuará no sólo contra el sultán, sino también contra el tratado de Sèvres, contra los ingleses y contra los griegos.

La tragedia greco-turca

Es 1920 un año de victorias griegas en esta guerra greco-turca que estalla antes de que se cierren las heridas de la Primera Guerra Mundial; aunque en enero de 1921 los turcos se imponen en la batalla de Inonu, los griegos continúan avanzando sobre Ankara, la capital de la nueva Turquía kemalista; pero en septiembre la situación cambia para Grecia, primero, con la derrota de Sakarya y, después, con la caída de la República y la restauración de la Monarquía.

Así, los griegos van perdiendo su voluntad de resistencia frente a los turcos, mientras Mustafá Kemal va obteniendo grandes éxitos diplomáticos con la Rusia soviética,



Mapa de la guerra ruso-polaca y de la delimitación definitiva de las fronteras europeas de la URSS

que le cede los distritos de Kars y Ardahan; con Italia, que evacua Antalya, y con Francia, que renuncia a Cirilia y le proporciona armas con las que poder derrotar definitivamente a los griegos.

En agosto de 1922, los griegos, derrotados, se retiran, no sólo de la península de Anatolia, sino también de Andrinopla y Tracia oriental; todos los esfuerzos británicos para encontrar apoyo internacional para los griegos y para el tratado de Sèvres fracasan mientras la posición nacional e internacional de Mustafá Kemal se fortalece. Finalmente, los ingleses no tienen más remedio que aceptar la rotundidad de los hechos y el tratado de Lausana de 24 de julio de

1923, después de arduas negociaciones en las que intervienen los soviéticos, entrega toda la península de Anatolia a los turcos.

La tragedia de la guerra greco-turca, famosa por sus masacres, se prolonga en la emigración forzosa de 1.400.000 personas que deberán abandonar sus tierras para incorporarse al Estado de su nacionalidad; sólo en Chipre, donde se mantenía la soberanía británica, continuarán conviviendo cumunidades griegas y turcas después de formalizar el acuerdo de Lausana.

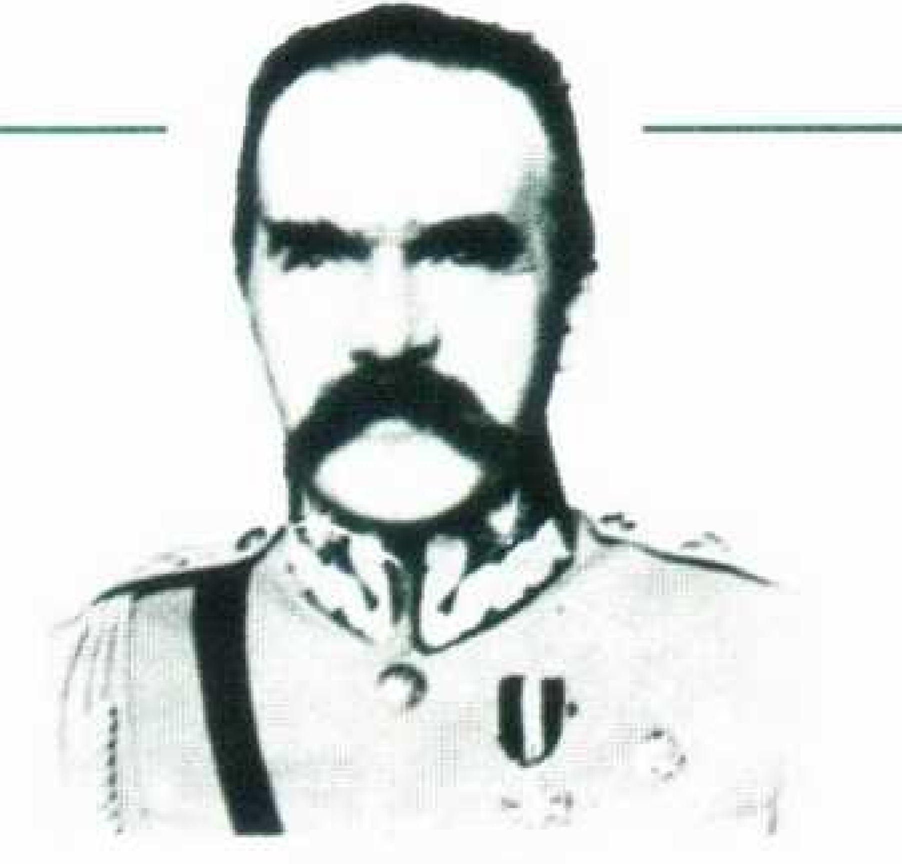
La dislocación del viejo Imperio otomano no sólo afectaba a la península de Anatolia, sino, sobre todo, al futuro del territorio de los países árabes, a Egipto, Arabia y la zona del *Creciente fértil*, territorio que, después de la guerra, dejó de pertenecer a Turquía.

En 1916, una revuelta árabe, dirigida por el jefe de la familia Hachemita, emir Husein-el-Hedjaz, y apoyada por tropas británicas, permitió a los aliados la conquista de los países árabes a expensas de los turcos; todo parecía indicar que los ingleses apoyaban totalmente el deseo árabe de un gran Estado nacional independiente. Sin embargo, como hemos visto, franceses y británicos habían acordado secretamente, en mayo de 1916 —acuerdo Sykes-Picot—, el reparto de la zona y le correspondía a Francia la costa siria y libanesa. Por si esto fuera poco, en noviembre de 1917, Balfour, en nombre del Gobierno de Londres, había prometido su apoyo a la fundación de un *Hogar nacional judío* en Palestina.

Para hacer frente a este cúmulo de contradicciones, la Conferencia de París creó la figura jurídica del *Mandato* y Francia e Inglaterra recibieron de la Sociedad de las Naciones el Mandato de administrar los territorios del *Creciente fértil* con objeto de prepararlos para su futura independencia. La Conferencia de San Remo de abril de 1920 dio a Francia el Mandato sobre Siria (denominación que incluía al Líbano) y a Inglaterra el Mandato sobre Palestina e Irak; es interesante advertir que la Conferencia de San Remo colocaba el distrito petrolero de Mosul en el Irak, no en Siria como se había establecido en el acuerdo Sykes-Picot, el Gobierno francés aceptó esa pérdida a cambio de las acciones alemanas (el 25 por 100) de la Turkish Petroleum Company.

Por otra parte, la situación jurídica de Egipto se manifestó especialmente complicada cuando terminó la guerra. Si bien los británicos controlaban, de hecho, todo Egipto desde 1882, no lo convirtieron oficialmente en un *protectorado* hasta diciembre de 1914 y entonces, la acción británica fue una acción de guerra contra Turquía, un acto jurídico completamente unilateral; así pues, cuando la guerra termina, Egipto es un *protectorado* británico en el que algunos sectores políticos reclaman la independencia.

El rechazo británico de esta solución convierte las negociaciones entre los representantes del Gobierno de Londres y los nacionalistas egipcios en un *callejón sin salida*,



JOZEF PILSUDSKI

Jozef Pilsudski (Zulowo, 1867-Varsovia, 1935). Militar y político polaco. Deportado a Siberia durante cinco años por sus actividades nacionalistas cuando era estudiante de Medicina, a su regreso militó en las filas del Partido Socialista polaco. Dirigió la acción terrorista en Polonia durante la revolución rusa de 1904-5. Poco después creó la fracción revolucionaria del Partido Socialista, cuyo objetivo final era la independencia polaca. Pilsudski puso en marcha la organización de voluntarios independentistas. Comandante de la 1.ª Brigada de la Legión Polaca, en 1914 combatió junto a Austria-Hungría en el frente oriental. En 1916 se enemistó con los austriacos y, al año siguiente, con los alemanes. En 1918 se le confió provisionalmente el cargo de jefe de Estado de Polonia y, desde 1919 a 1922, formalmente. Mariscal desde marzo de 1920, consagró sus esfuerzos a la expansión de las fronteras hacia el este, lo que provocó la guerra ruso-polaca.

En 1926 dio un golpe de Estado. Jefe de Gobierno y ministro de la Guerra, no es exagerado decir que Pilsudski fue el dueño de Polonia hasta su muerte, en 1935.



El mariscal Pilsudski rodeado de su Estado Mayor durante la guerra ruso-polaca

mientras el 28 de febrero de 1922, con un nuevo acto unilateral, Inglaterra señala el fin de su protectorado, y el 15 de marzo el sultán Fuad I se proclama rey de Egipto.

El problema soviético

La revolución bolchevique y el establecimiento del régimen soviético en Rusia obligaba a los aliados a plantearse sus relaciones con el nuevo Estado ruso; por otra parte, la revolución bolchevique había roto las amarras que sujetaban a los pueblos alógenos en el interior de un Imperio que siempre habían gobernado los rusos.

En esta situación, la política del Gobierno respetando el principio de los pueblos a disponer de ellos mismos, podía servir, tanto para que una serie de pueblos europeos y asiáticos lograran su independencia, como para que los aliados rodeasen a la Rusia soviética con un *cordón sanitario* que impidiese su influencia fuera de sus fronteras.

En cualquier caso, uno de los problemas más importantes que se plantearon en los primeros momentos de la posguerra fue el de fijar las fronteras del nuevo Estado soviético en tres áreas fundamentales para el equilibrio mundial: el este de Europa, el Asia Central y el Lejano Oriente.

Durante los meses que van de la paz de Brest-Litovsk (marzo de 1918) al final de la guerra con Alemania (noviembre de 1918), la *Entente* sostuvo a todos los movimientos contrarrevolucionarios que fueron apareciendo. Además de mantener en Siberia a la *legión checoslovaca*, formada por antiguos prisioneros del Ejército austro-húngaro, tropas inglesas desembarcaron en Murmansk y tropas japonesas y norteamericanas en Vladivostok con la intención de abrir un frente oriental.

En noviembre de 1918, mientras los rusos denunciaban el tratado de Brest-Litovsk, los aliados dudaban entre tres fórmulas: negociar con los bolcheviques, luchar abiertamente con ellos apoyando a los rusos blancos, o aplicar la política de bloqueo, la política que muy pronto se conocerá como *cordón sanitario*. En un primer momento optan por la lucha armada; a finales de diciembre los franceses llegan a Odesa y los británicos a Baum, sin embargo, esta actitud tendrá



Tierra para los trabajadores *(decoración para la Plaza del Teatro de Petrogrado,* arriba). *Portada de una revista de Petrogrado, 1921* (abajo)



que ser modificada pronto ante el avance decidido del Ejército Rojo sobre Ucrania, la Rusia blanca y los países bálticos.

Aunque fracasa el proyecto de Lloyd George de reunir una conferencia internacional para estudiar el problema soviético, en febrero de 1919, las condiciones generales parecían favorecer el fin de las hostilidades. El 22 de febrero, Wilson, de acuerdo con Lloyd George, envía a Moscú a un experto de la comisión norteamericana llamado Willian Bullit con el objeto de informarse de las posiciones soviéticas acerca de la paz. El 14 de marzo, Lenin y Bullit culminan un proyecto de paz: todos los Gobiernos de Rusia conservarían sus territorios, se reanudarían las relaciones comerciales, se proclamaría una amnistía general y las tropas aliadas se retirarían con toda rapidez.

Pero cuando Bullit regresa a París el plan de paz es rechazado. La razón del comportamiento aliado hay que buscarla en la oleada revolucionaria que, por entonces, estaba viviendo Europa; si bien la revolución *espartaquista* alemana ya había sido controlada, en marzo, Bela Kun tomaba el poder en Hungría y Moscú ponía en marcha la *Tercera Internacional* anunciando *una nueva era revolucionaria*. En esta situación, y aprovechando que el Ejército blanco había lanzado una importante ofensiva, los aliados deciden desafiar al Gobierno soviético convencidos de la dificultad de su posición ante la acción de los blancos.

En abril de 1919 comienza la política del *cordón sanitario;* a partir de ese momento y, hasta abril de 1921, los aliados evitarán la lucha directa con los soviéticos, retirarán sus tropas de Rusia y apoyarán con dinero y armas a los distintos ejércitos blancos hasta que la victoria del Ejército Rojo demuestre de manera evidente el fracaso de su política. Pero si el apoyo a los rusos blancos no proporcionó a los aliados ninguna ventaja, el trazado de las fronteras rusas constituirá un éxito para los que quisieron aislar y debilitar al nuevo Estado soviético.

Finlandia proclamó su independencia el 5 de diciembre de 1917; después de participar con éxito en la guerra contra los soviéticos, en octubre de 1920 firmó con ellos un

Mapa de Transcaucasia en los años de la guerra civil rusa hasta la consolidación del poder soviético en la zona



TRANSCAUCASIA
(1918-22)
Frontera ruso-turca, 1914
Armenia, 1918-20
Rep. Federativa Soviética de Transcaucasia (1922)
S. S. R. Rep. Socialista Soviética
A. S. S. R. Rep. Autónoma Socialista Soviética
R. A. Región Autónoma
R. A. DE LOS CHERKESSES (1922)
R. A. DE LOS KABARDINOS (1922)
A. S. S. R. DE ABKHASIA (1921)
A. S. S. R. DE LA MONTAÑA (1921-24)
A. S. S. R. DE DAGESTAN (1921)
R. A. DE OSETIA DEL SUR
S. S. R. DE GEORGIA (1920)
A. S. S. R. DE ADKHARIA
S. S. R. DE ARMENIA (1920)
S. S. R. DE AZERBAIJAN (1920)
NAGORNO KARABAH
R.A. DE NAKHICHEVAN
A Turquía, 1920.
A Azerbaiján, 1921
TURQUIA
PERSIA
MAR NEGRO
MAR CASPIO
Groznyi
Makhatch-Kala
Derbent
Sujumi
Poti
Gori
Tiflis
Batum
Artvin
Trabzon
Ardahan
Sadahlo
Alexandropol
Kars
Elizebetpol (Kirovarad)
Kedabek
Bakú
Erivan
Susa
Erzerum
Diyadin
Kafan
Malazarket
G. LLORENTE

tratado de paz que le entregaba casi toda la región de Carelia y, al norte, un territorio que separaba a Rusia de Noruega. A pesar de este tratado de paz, las relaciones finosoviéticas no llegarán a normalizarse entonces; como la Carelia oriental había quedado bajo soberanía con el compromiso de proporcionarle una administración autónoma, y como el Gobierno francés consideró que el compromiso no se había cumplido, desde 1921, grupos armados de finlandeses apoyaron el descontento de Carelia hasta culminar en el estallido de noviembre de ese mismo año.

La prevención soviética ante el nuevo Estado de Finlandia se fortaleció con la solución que dieron los aliados al problema de las islas Aaland —en el Báltico, a la entrada del golfo de Botnia—; las islas fueron, primero, entregadas a Finlandia, después, desmilitarizadas, y el Gobierno soviético sospechó que los aliados estaban preparando una cabeza de puente cerca de Petrogrado.

Al sur de Finladia, los tres países bálticos, Estonia, Letonia y Lituania, proclamaron su independencia a lo largo de 1918 y se enzarzaron en guerra contra la revolución soviética. Mientras los aliados y, más tarde, la Sociedad de las Naciones reconocían su nuevo *status* nacional, los tres Estados bálticos fueron alcanzando la paz con los soviéticos a lo largo de 1920 sobre la base del respeto de Moscú a las nuevas fronteras nacionales.

En esta zona, la mayor dificultad se produjo a la hora de establecer el futuro de la ciudad de Vilna; la ciudad, que había sido la capital del Gran Ducado de Lituania, anexionada en 1386 por Polonia y ocupada por Rusia en 1772, tenía, al terminar la guerra, una población muy mezclada. En diciembre de 1919, y a pesar de que la ciudad estaba entonces ocupada por los polacos, los aliados atribuyeron Vilna al nuevo Estado de Lituania; en junio de 1920, los soviéticos reconquistaron la ciudad, la entregaron a los lituanos y se retiraron ante la presión del Ejército polaco que, en octubre volvía a conquistar Vilna. Finalmente, en 1923, la Sociedad de las Naciones terminó aceptando el *hecho consumado* después de asistir a la anexión del puerto de Memel por parte de Lituania.

La decisión aliada de reconstruir Polonia planteó uno de los problemas fronterizos más difíciles de la posguerra europea. En primer lugar, Joseph Pilsudski había proclamado la República polaca el 22 de noviembre de 1918 en total desacuerdo con los aliados que seguían protegiendo al *Comité nacional polaco;* de esta manera, Pilsudski mostraba su decisión de actuar al margen de la Conferencia de la Paz.

Resuelto este problema gracias a la intervención de un polaco prestigioso, el gran pianista Ignace Paderewski, los aliados se enfrentan con la decisión polaca de continuar la guerra con los alemanes, los rusos y los ucranianos buscando fijar con sus armas las fronteras de la nueva Polonia.

Pero las grandes potencias vencedoras consiguen poco, tan sólo detener en enero de 1919 las acciones polacas contra Alemania; por lo demás, mientras una comisión de expertos establece la frontera nacional polaca allí donde comienzan a predominar los bielorrusos y los ucranianos, el general Pilsudski continúa avanzando sobre territorios que fueron polacos en el siglo XVIII.

Cuando los aliados hacen su propuesta, la *línea Curzon*, a comienzos de 1920, la nueva Polonia parece decidida, no ya a reconstruir las fronteras de 1772, sino incluso a conquistar toda Ucrania, y en abril reanuda su ofensiva contra el Ejército Rojo.

La ofensiva comienza con una serie de victorias polacas y el 6 de mayo Pilsudski conquista Kiev; pero poco después los soviéticos se recuperan y, por primera vez, hacen retroceder a los polacos de manera seria. En julio, los polacos habían perdido Minsk, Vilna, Grodno y Brest-Litovsk; en esa situación, las ambiciones polacas dependían de la posición que adoptasen los aliados buscando el acuerdo polaco-soviético, o buscando una derrota mayor del Ejército Rojo.

Inglaterra, que, como Keynes, desconfiaba de la viabilidad económica de la nueva Polonia, considera que Pilsudski estaba vencido y que convenía buscar un acuerdo con los soviéticos para fijar la frontera a unos 50 kilómetros al este de la *línea Curzon*. Aunque Moscú rechaza el ofrecimiento británico de una reunión internacional, prefiriendo la relación directa con Varsovia, Londres da la bienvenida a la petición polaca de un armisticio —22 de julio— y sigue presionando a los dos contendientes para que limiten sus expectativas y lleguen a un acuerdo rápido.

Por el contrario, Francia, que no desea la estabilización de la Rusia soviética, ofrece, en agosto, a los polacos armas y oficiales



Instrucción de soldados chinos en el manejo de ametralladoras rusas por asesores militares soviéticos

de su Ejército para que resistan, y Pilsudski, fortalecido, olvida el armisticio que había solicitado, y se lanza de nuevo a la ofensiva. El 15 de agosto, en la batalla de Varsovia, la situación militar se invierte y los polacos ponen en marcha una ofensiva general que hace retroceder al Ejército Rojo 400 kilómetros y trastoca las bases de las negociaciones de paz.

A finales de septiembre, el Gobierno de Moscú renuncia a los planteamientos de agosto y en octubre firma los preliminares de la paz aceptando que la frontera polaca pase a unos 150 kilómetros al este de la *línea Curzon*. El tratado de paz polaco-soviético se firmará en Riga el 12 de marzo de 1921; poco antes, en enero, Francia y Polonia se comprometían en un tratado de alianza que les aseguraba mutuamente contra el posible revisionismo alemán.

La frontera entre la Rusia soviética y Rumania se fijó con la decisión aliada de entregar la Besarabia, región en la que vivía una población que en un 60 por 100 hablaba rumano y que, en 1917, se había separado de Rusia, pasando a Rumania sin celebrar ningún plebiscito previo. Los soviéticos protestaron y, considerando que la frontera ruso-rumana era la única de sus fronteras europeas que no se debía a un acuerdo libre, mantuvieron durante toda la época de entre-guerras un fuerte *irredentismo* sobre la Besarabia.

Oriente

En el Medio Oriente, el problema de las fronteras soviéticas fue todavía más complejo. La revolución dio curso libre a los movimientos nacionalistas y en abril de 1918 nació una *federación transcaucasiana* que muy pronto se escindiría en tres Estados independientes: Georgia, Azerbaijan y Armenia.

Poco después, tropas alemanas y turcas ocuparon la región obligando a los ingleses a intentar el envío de un grupo de hombres desde el Irán occidental hasta Tiflis. Aunque este grupo de británicos no pudo alcanzar su objetivo por debilidad, y aunque los bolcheviques consiguieron reconquistar Baku, los aliados terminaron por hacerse con el control de la zona: en agosto desembar-

caban un millar de hombres en Baku y, después del armisticio, ocupaban gran parte de la Transcaucasia incluyendo Batum, Tiflis y Baku.

La acción de los aliados no sólo fortalecía la independencia de los tres Estados transcaucasianos, sino también intentaba ampliar el territorio de uno de ellos, Armenia, incluyendo en el tratado de Sèvres su anexión de la Armenia turca. La acción de Mustafá Kemal contra las fronteras que los aliados deseaban imponer a Turquía, impidió la reunión de todos los armenios en el mismo Estado nacional. Por otro lado, las nuevas repúblicas transcaucasianas no tardarían en ser controladas por el Gobierno soviético.



En abril de 1920 se produjo un golpe de Estado comunista en Azerbaijan y dos días después el Ejército Rojo desembarcaba en Baku; a partir de ese momento, y en pocos días, los tres Estados se convertían en repúblicas soviéticas. Finalmente, el 13 de octubre de 1921, la Turquía kemalista y la Rusia soviética firmaban el tratado de Kars y resolvían definitivamente el problema de su frontera rectificándola ligeramente en beneficio turco.

La revolución bolchevique provocará también serias perturbaciones en la frontera ruso-iraní. Desde 1918 los territorios de Jiva y Bujara proclaman su independencia; en 1919 la revuelta de Ashjabad permite a los británicos intervenir antes de que los soviéticos restablezcan la situación.

La actividad británica en esta zona se completa con el esfuerzo que realiza para consolidar su posición en el Irán. Pero aunque el 9 de agosto de 1919 se firmaba un tratado anglo-iraní que podía significar, de hecho, el establecimiento de un *protectorado* británico encubierto, en febrero de 1921 se producía el golpe de Estado de Reza Khan, comandante de la división de cosacos del Irán y futuro Reza Pahlevi, y la situación se invertía: el nuevo Gobierno iraní firmaba un tratado con la Rusia soviética y denunciaba el tratado anterior con los ingleses. En mayo, las últimas tropas británicas evacuaban Iran mientras la frontera irano-soviética no sufría cambios.

En el Lejano Oriente, el problema de las fronteras soviéticas afectaba a tres territorios en particular: Siberia, donde los japoneses deseaban establecer una *zona de influencia*, Manchuria, donde China deseaba recuperar su soberanía, y Mongolia exterior, donde se produce un intento independentista.

Desde el triunfo de la revolución soviética y, sobre todo, desde la firma del tratado de Brest-Litovsk, los aliados intentaban restablecer en Siberia un nuevo frente; dentro de este plan, en abril de 1918, los japoneses desembarcan varios contingentes de tropas en Vladivostok y, en agosto, con la llegada de importantes refuerzos, los aliados colocan en Siberia unos 700.000 hombres, en su mayor parte japoneses. La ocupación aliada se extendió por la provincia marítima para, después, penetrar hacia el lago Baikal apoyando a las tropas del Ejército blanco que luchaban en la zona.

Después de la derrota alemana, los Estados Unidos deciden retirar las tropas que tenían en Siberia a pesar de la resistencia japonesa a secundarles; pretextando el mantenimiento del orden mientras hacía todo lo posible por establecer una zona de influencia permanente, Japón continúa en Siberia hasta que la derrota de los blancos le hace retroceder y evacuar la Transbaikalia. A pesar de esta retirada, los japoneses permanecerán en la provincia marítima y en la isla de Sajalin hasta 1922 y 1925

Rusia soviética es un campamento asediado. ¡Defendedla! Cartel bolchevique de 1919



Mapa del Extremo Oriente en el que destaca la expansión japonesa durante los primeros años veinte, así como el mantenimiento de los Imperios coloniales en la zona meridional

La presencia rusa en el Imperio chino era, después de la revolución de 1917, especialmente autónoma de las autoridades de Moscú; el antiguo embajador zarista en Pekín seguía ejerciendo la jurisdicción sobre unos 300.000 rusos instalados en Manchuria y China, mientras la zona de la concesión rusa en Manchuria —la zona del Ferrocarril Oriental— seguía teóricamente en manos de unas autoridades muy hipotéticas. En esta situaci´on, el Gobierno de Pekín aprovechó la debilidad soviética para recuperar la administración de la zona del ferrocarril citado y la soberanía sobre los ciudadanos rusos que vivían en China.

En marzo de 1920, Pekín establecía su control sobre la policía de la concesión del *Ferrocarril Oriental de China*, mientras se enfrentaba a las tropas japonesas que ocupaban una parte de Siberia en una serie de incidentes que preocuparon seriamente a los aliados. La protesta de Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, China, Italia y Checoslovaquia contra la política de expansión japonesa en la zona del ferrocarril tuvc como consecuencia que la vieja concesión rusa fuese colocada bajo una administración interaliada.

Pero esta solución no satisfizo al Gobierno chino que, en octubre, anunció su deseo de asumir provisionalmente el control total de la zona hasta poder concluir un acuerdo con un Gobierno ruso previamente reconocido por China. De manera paralela, en septiembre, Pekín ponía fin a sus relaciones con el embajador zarista (que desde 1917 vivía a costa del pago anual chino de las indemnizaciones impuestas tras la revuelta de los *boxers)* y colocada bajo su jurisdicción a todos los ciudadanos rusos que residían en China.

Por último, la revolución soviética pareció facilitar también la formación de una Mongolia independiente; en efecto, aunque en 1915, un acuerdo ruso-chino-mongol había convertido a la Mongolia exterior (la única de las dos Mongolias que estaba habitada por mongoles) en un Estado tapón bajo la soberanía puramente teórica de China, después de la revolución soviética, el Gobierno de Pekín ocupó la zona provocando una respuesta nacional panmongol que buscó sin éxito el apoyo de la Conferencia de París y que terminó proclamando la independencia de las dos Mongolias en febrero de 1921. Pero esta independencia no duró mucho y en julio de 1921 los soviéticos intervinieron en la zona y convirtieron a Mongolia exterior en un Estado satélite, ante las inútiles protestas de China.

Bibliografía

Geoffrey Barraclough, ***Introducción a la Historia contemporánea,*** Madrid, 1971. J. B. Duroselle, ***HIstoire diplomatique de 1919 à nos jours,*** París, 1981. G. Kennan, ***Russia and the West,*** Boston, 1961. J. M. Keynes, ***The economic consequences of the Peace,*** London, 1919. Harold D. Lasswell, ***Propaganda Technique in the World War,*** London, 1927. David Lloyd George, ***The Truth about the Peace Treaties,*** London, 1938. E. Mantoux, ***The Cartaginian Peace,*** Oxford, 1946. A. J. Mayer, ***Political Origins of New Diplomacy, 1917-1918,*** New Haven, 1959. Harold Nicolson, ***Diplomacy,*** London, 1939. ***Peacemaking, 1919,*** London, 1933. Pierre Renouvin, ***Historia de las relaciones internacionales. Siglos XIX y XX,*** Madrid, 198. John M. Roberts, ***Europa desde 1800 hasta 1945,*** Madrid 1980. G. Schulz, ***Revolution and Peace Treaties, 1917-1920,*** London, 1967. H. W. V. Temperley, ***The History of the Peace Conference, London, 1920-1924.***

LOS AÑOS VEINTE: ENTRE LA GUERRA Y LA CRISIS

Al iniciarse la década de 1920 se estimaba haber asistido al fin de una etapa segura y próspera que llegó a materializar los más maravillosos adelantos, pero no fue capaz de controlar la insensatez humana, esa que lleva al hombre a destruir su propia obra y a matar a sus semejantes.

La pesadilla de la guerra mundial, empezada bajo supuestos del siglo pasado, había hecho despertar al mundo en pleno siglo XX. El panorama de la Europa desgarrada y de sus cementerios de guerra donde yacían millones de seres humanos inducía a pensar que en aquellos campos se habían sepultado muchas cosas más: un concepto del mundo y de la vida, desaparecido entre las ruinas de Verdún y el barro de Passchendaele.

En los países de Occidente, la sangría sufrida había hecho perder la fe en esos pilares de la civilización que son el Derecho, la Razón, la Moral... Un escepticismo total apoderóse de las minorías cultas, estremecidas por una matanza cuya magnitud la privaba de sentido.

En Suiza, el nacimiento de un movimiento artístico-literario, el *dadaísmo*, sintetizaba el más grotesco desengaño experimentado por el intelectual europeo hacia el orden de valores encarnados en la cultura occidental.

Otra corriente artística, perdida la confianza en los mecanismos conscientes de la conducta humana, propugnaba el superrealismo, la escritura automática, el reino de lo onírico como evasión desde la que ridiculizar un mundo de ideas y creencias capaz de justificar, y aun de glorificar, hechos tan monstruosos como una guerra de cuatro años de duración en la que se habían escarnecido todas las premisas de la civilización europea.

El derrumbamiento de la Europa del Antiguo Régimen, la que salida del Congreso de Viena resistió los embates del socialismo y del nacionalismo a lo largo de un siglo, había dado como consecuencia más estruendosa la caída de los Imperios Centrales y el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia. Entre dolores, hambre y guerra civil nacía el primer país socialista de la historia, que se ofrecía como la cuna de un ideal mesiánico capaz de crear una identidad ideológica de signo internacionalista, susceptible de alumbrar una sociedad que hiciera imposible nuevas matanzas.

El espectro de la revolución

El momento de la revolución mundial parecía haber llegado, y su mecha podía prender en el clima de desesperación de los países derrotados. Hungría había estado a punto de sovietizarse con Bela Kun; los Balcanes, fraccionados por la desaparición del Imperio austro-húngaro, se presentaban como una sucesión de frágiles naciones expuestas al contagio comunista o, en otro caso, como unos peones de hipotética viabilidad histórica, como la renacida Polonia, como la recién creada Checoslovaquia, como los Estados —Letonia, Estonia y Lituania— situados en el Báltico, en el camino de las luchas seculares entre teutones y eslavos por el dominio de las marcas del Este.

Ciertamente, los países occidentales, asustados ante el fantasma de la revolución, no habían sido remisos en jugar la carta contrarrevolucionaria, interviniendo en la guerra civil rusa en favor de los *blancos* y creando lo que se llamó el *cordón sanitario*, en los países fronterizos con la Unión de Repúblicas Socialistas y Soviéticas, para

evitar la contaminación de las ideas comunistas al resto de Europa.

Frente al orden de preguerra, basado mayormente en legitimidades dinásticas, la Europa de posguerra registraba una verdadera hecatombe de la realeza.

Los Hohenzollern, los Romanoff, los Habsburgos, perdían sus tronos y con ellos se hundían una serie de familias de la vieja nobleza —los Hohenlohe, los Sajonia-Coburgo, los Lippe, los Hesse-Darmstadt— titulares de principados, grandes ducados y condados, en uso de unos privilegios, vestigios de un pomposo pasado, herencia de una Europa repartida con arreglo al más puro principio feudal. Con ellos se había eclipsado toda una clase: la aristocracia rural, antaño dominadora de vidas y haciendas, y también la nobleza de sangre, soporte de la antigua realeza.

El cambio social más ostensible registraba este ocaso de los fueros de cuna para dar paso a una sociedad más igualitaria en la que el ex combatiente, el hombre salido de la gleba o del taller, reclamaban una igualdad de derechos, ganados entre el fuego y la sangre de las trincheras. Ex combatientes y mutilados creaban una nueva clase social que significaba el ascenso del hombre común a la vida pública, con peso y méritos devengados a costa del sacrificio de una juventud.

La mujer, por su parte, movilizada para las industrias de guerra, había marcado un hito decisivo en el proceso de su emancipación. El servicio doméstico inició su decadencia como clase leal que vinculaba su destino al de sus amos.

La idea de que la mujer podía tener una vida que no estuviera condicionada por su destino biológico de esposa y madre se abrió camino, contemplando su progresiva ocupación de puestos de trabajo en oficinas, talleres y factorías, en gran parte favorecida por el vacío masculino ocasionado



***Charles Chaplin en un cartel anunciando una de sus películas. En los años veinte, Charlot haría películas inolvidables, como* La quimera del oro, El circo *o* El chico**

Jóvenes norteamericanos leyendo revistas sensacionalistas (portada de la revista Life*)*



Calle de Parkville (Missouri), típica ciudad del medio oeste (por Gale Stockwell)



por el holocausto de toda una generación inmolada en los campos de batalla.

De otro lado, el acceso de la mujer a cargos públicos, su participación mediante el derecho al voto en las luchas políticas, se producirían por la creciente incorporación a los programas de los partidos más avanzados de las ideas sobre la igualdad de derechos. En este sentido, el ejemplo de la Unión Soviética, que osó designar a una mujer para el cargo de embajador —Alejandra Kollontai, en Noruega—, fue un estímulo para el socialismo occidental.

El impacto de la guerra sobre las costumbres fue extraordinario. La movilización de los hombres válidos y su permanencia en los frentes de combate crearon una nueva moral adecuada a lo precario de la existencia.

La evolución de las costumbres

El peligro de muerte, siempre latente en un estado de guerra, justificaba el que los fueros de la vida se ejercieran frenéticamente como contrapeso a la tragedia. La relación hombre-mujer se hizo directa, carnal, favorecida por la progresiva independencia adquirida por el sexo femenino. La idea de

LA REVOLUCION DE COCO CHANEL

Transformó la silueta femenina, desafiando las reglas de la belle époque. *Desterró el corsé, desdibujó la cintura y las caderas bajo formas fluidas y tejidos livianos y creó una nueva moda para una nueva mujer.*

Desde que en 1913 abriera su primera tienda en Deauville, los diseños de Gabrielle —Cocó— Chanel revolucionaron la alta costura francesa y marcaron la pauta de las elegantes *del mundo entero por más de seis décadas.*

Vestidos y conjuntos en jersey, trajes de chaqueta en tweed, *collares y pulseras de bisutería, su* petite robe noire *y los inconfundibles cuellos blancos fueron algunas de las más célebres innovaciones, hoy ya clásicas, de esa indómita mujer de origen campesino (Saumur, 1883-París, 1971) que llegó a despreciar un título de duquesa:* No quiero cambiar mi nombre por otro. Hay y habrá sólo una Cocó Chanel.

Estaba dispuesta a triunfar y su carrera —desde la modesta mercería de Moulins y sus breves escarceos en un teatro de variedades donde cantaba Qui n'a vu Cocó? *y* Ko-ko-ri-kó *(de ahí su sobrenombre) hasta el triunfo internacional— fue el resultado de una afortunada combinación: la de su inteligencia y atrevida originalidad, de su innato sentido de los negocios y del decisivo apoyo de sus influyentes amigos (Richard* Boy *Capel, que la ayudó en su primera tienda; el gran duque Dmitri Pavlovitch, el duque de Westminster, José María y Missia Sert, que la introdujeron en los ambientes artísticos y teatrales...)*

En Deauville, el balneario del beau monde, *vistió a burgueses y aristócratas de sport. En Biarritz, durante la Gran Guerra, se convirtió en proveedora de la Casa Real española.*

En 1916 daba trabajo a más de 300 empleadas y podía lanzarse a empresas más arriesgadas: en colaboración con Rodier *impuso un nuevo tejido —el jersey— de punto hecho a máquina, redujo el largo de las faldas, suprimió adornos superfluos y, revolución definitiva, se cortó el pelo, moda que adoptarían inmediatamente actrices y mujeres famosas (la escritora Colette, la cantante Davelli...).*

En 1920 apareció en el mercado el perfume Chanel núm. 5, *que constituiría la base financiera de su imperio, y en 1928 trasladó sus cuarteles al número 31 de la rue Gambon, de París.*

Era el cenit de su popularidad, la reclamaban de Hollywood, colaboraba con Renoir, con Visconti..., pero llegó la Segunda Guerra Mundial. Tuvo que cerrar su casa y la amistad con un alemán durante aquellos años le costó el exilio en Suiza tras la liberación.

Cuando en 1954 abrió de nuevo sus salones —tenía setenta y un años—, la crítica saludó su colección como una melancólica retrospectiva; *sin embargo, el público no le falló. Las* elegantes *de los años cincuenta y sesenta no pudieron prescindir de sus maravillosos trajes de* tweed.

la *libertad para amar* se consideró un nuevo derecho que se explicitaba en la nueva sociedad soviética como un avance revolucionario más. Y que, correlativamente, ganaba terreno en los Estados Unidos como país joven y menos lastrado por convencionalismos tradicionales. Surgió así un nuevo tipo de mujer, deportiva, emancipada, dueña de sí misma y dispuesta a vivir su vida.

La sociedad occidental dio un gran paso a la desprivatización de lo sexual, empujada por el clima reinante en los países derrotados —Alemania y Austria, principalmente—, en los que la descomposición del Antiguo Régimen y el desplome de unos valores castrenses y machistas dieron a la mujer una nueva conciencia de su propia libertad. A ello contribuyó la divulgación de las teorías freudianas, desmitificadoras de tabúes secularmente sostenidos por la burguesía europea.

La moda femenina como índice sociológico y barómetro de las tendencias de una época fue en la década de 1920 acusadamente reveladora. La mujer liberó su cintura, redujo la largura de su falda hasta exhibir las pantorrillas y se cortó el pelo.

Cocó Chanel fue la sacerdotisa de la nueva moda que presentaba a la mujer emancipada de seculares tiranías vestimentarias

La mujer liberó su cintura, redujo la largura de su falda hasta exhibir las pantorrillas y se cortó el pelo...



de corsetería. Nacía una nueva silueta, basada en la comodidad y en la disponibilidad. Y en su carrera hacia la paridad con el hombre no fue casual que, por primera vez, la moda del pelo corto aproximara el peinado femenino al masculino; el tipo de la *garçonne* quedaría como representativo de una época en la que la mujer planteó ante el hombre la igualdad de derechos sobre su propio cuerpo.

La crisis económica: las reparaciones

Esta extraña fuerza, en un despliegue más aparatoso que real y con mucho de guardarropía, tomaría el poder marchando sobre Roma, en 1922, ante la pasividad de los *carabinieri*, del Ejército y de todo un Estado, intimidado por la violencia callejera.

La situación económica de los países europeos esquilmados por los gastos de la guerra era muy grave. La moneda se había depreciado en relación con su valor de anteguerra. La subida de los precios fue un fenómeno lógico traído por la coyuntura bélica y la escasez de muchos productos.

La guerra había costado a Francia el 30 por 100 de su riqueza nacional, a Alemania el 22 por 100 y a Italia el 26 por 100. Un proceso inflacionista azotaba a casi todas las naciones.

La pérdida de la primacía económica del Viejo Continente constituía un daño irreparable y su dependencia de los Estados Unidos era total, porque al término de la contienda Europa debía a Norteamérica diez mil millones de dólares. Todo un plan reconstructivo de los daños de guerra reposaba sobre la economía americana, porque en la cadena de débitos originados por las necesidades bélicas, Alemania debía en concepto de reparaciones a Francia e Inglaterra una cantidad equivalente al triple de su renta nacional anterior a la guerra, y los países vencedores estaban, a su vez, endeudados con los Estados Unidos. El ciclo se cerraba con los empréstitos que la nación americana había debido otorgar a Alemania para que ésta pudiera atender a su economía, deteriorada por la conflagración y hundida en la más monstruosa inflación.

Esta serie de débitos creaba unas delicadas relaciones de dependencia que hacían reposar todo el edificio reconstructivo sobre la sanidad de la economía americana. Por otra parte, la imposibilidad de Alemania para hacer frente a las reparaciones impuestas en Versalles, so pena de caer en la bancarrota, obligaba a la concesión de moratorias, absolutamente necesarias dada la crítica situación económica y social del ex Imperio, con un paro alarmante y unos enfrentamientos políticos que ponían en peligro la misma supervivencia de la república. Buscando una inspiración goethiana, se había bautizado como República de Weimar; pero su hegemonía socialista provocó un enorme éxodo de capitales.

Sin embargo, aquella Alemania vencida, retratada por Grosz y atenazada por las mayores amarguras, sería cuna de un extraordinario movimiento cultural: el expresionismo, que se hacía pictórico en Dix, en Kirchner y en Nolde; cinematográfico en Wiene, en Murnau y en Lang; teatral en Brückner, Brecht y en Kaiser; manifestaciones que quedarían como el arte representativo de un país que había sustituido en su estilo de vida el orden militar prusiano por el caos más imaginativo.

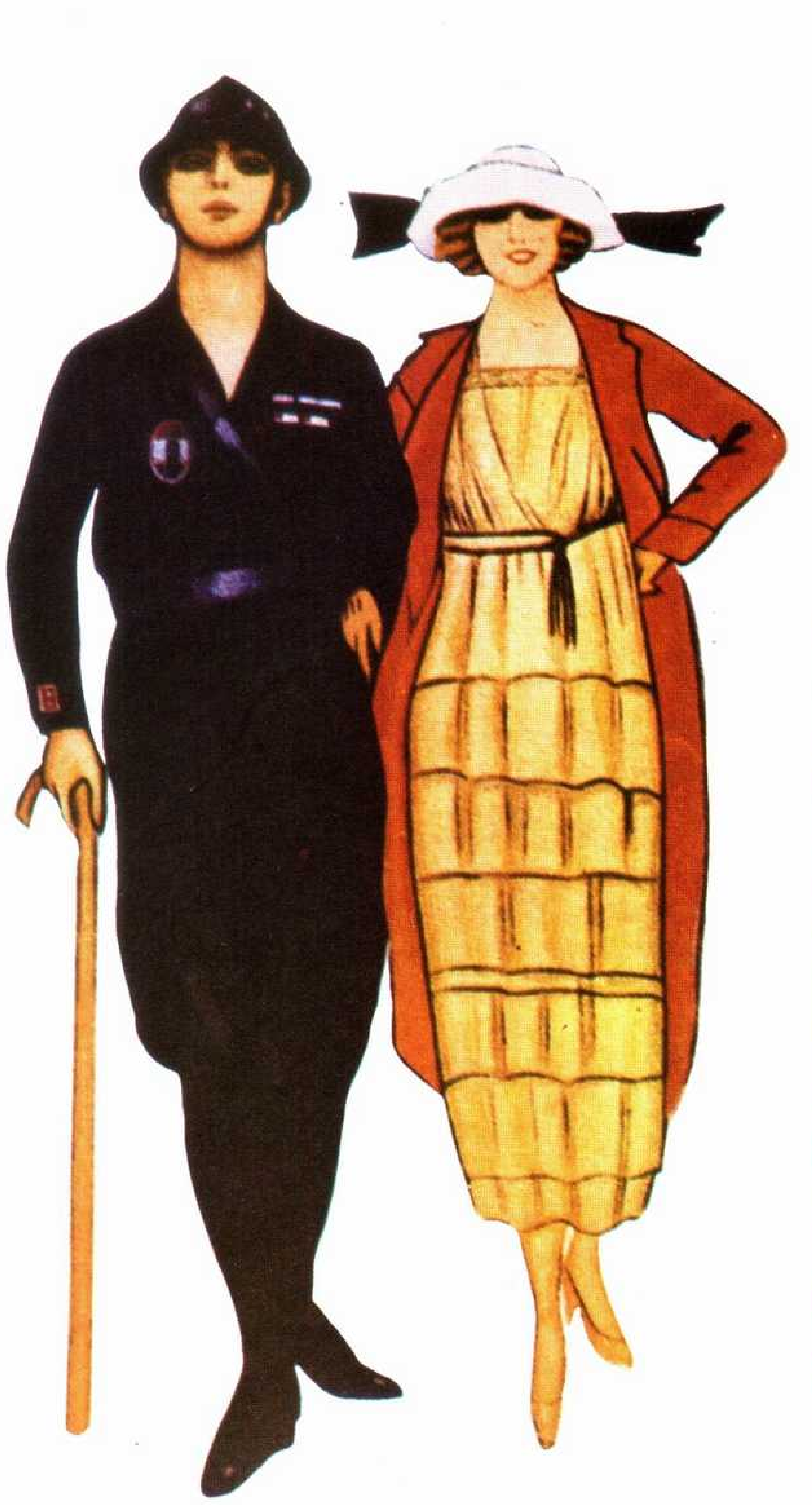
La colisión de intereses en los diversos países, las rivalidades exteriores y la emergencia del comunismo hacían que fuera difícil el hallazgo de un nuevo equilibrio internacional.

La democracia parlamentaria había sufrido la erosión de una guerra, aunque, a la larga, se mostraría más resistente que los países gobernados por modelos autocráticos. Pero el asalto le venía de la presión social, ejercida por unas masas que reclamaban el acceso a niveles de vida superior, ya que habían sido las paganas en cuanto al tributo de vidas en la guerra.

Reivindicaban insertarse en los programas de gobierno y mejoras sociales. El acelerante guerrero había hecho que, en 1920, la jornada de ocho horas fuese aceptada en los países occidentales y que en la inmediata posguerra se concedieran subsidios contra el paro y se establecieran planes de pensiones.

Las grandes huelgas de 1919 en Italia, de 1920 en Francia y de 1926 en Inglaterra revelaron un fenómeno traído por la conflagración: el enorme incremento en el número de afiliaciones a los sindicatos obreros, el reconocimiento al valor de la acción colectiva y al espíritu de clase.

Pero frente a esta pleamar de las masas, que se convertiría en fenómeno sociológico de la década, se registraba el fortalecimien-

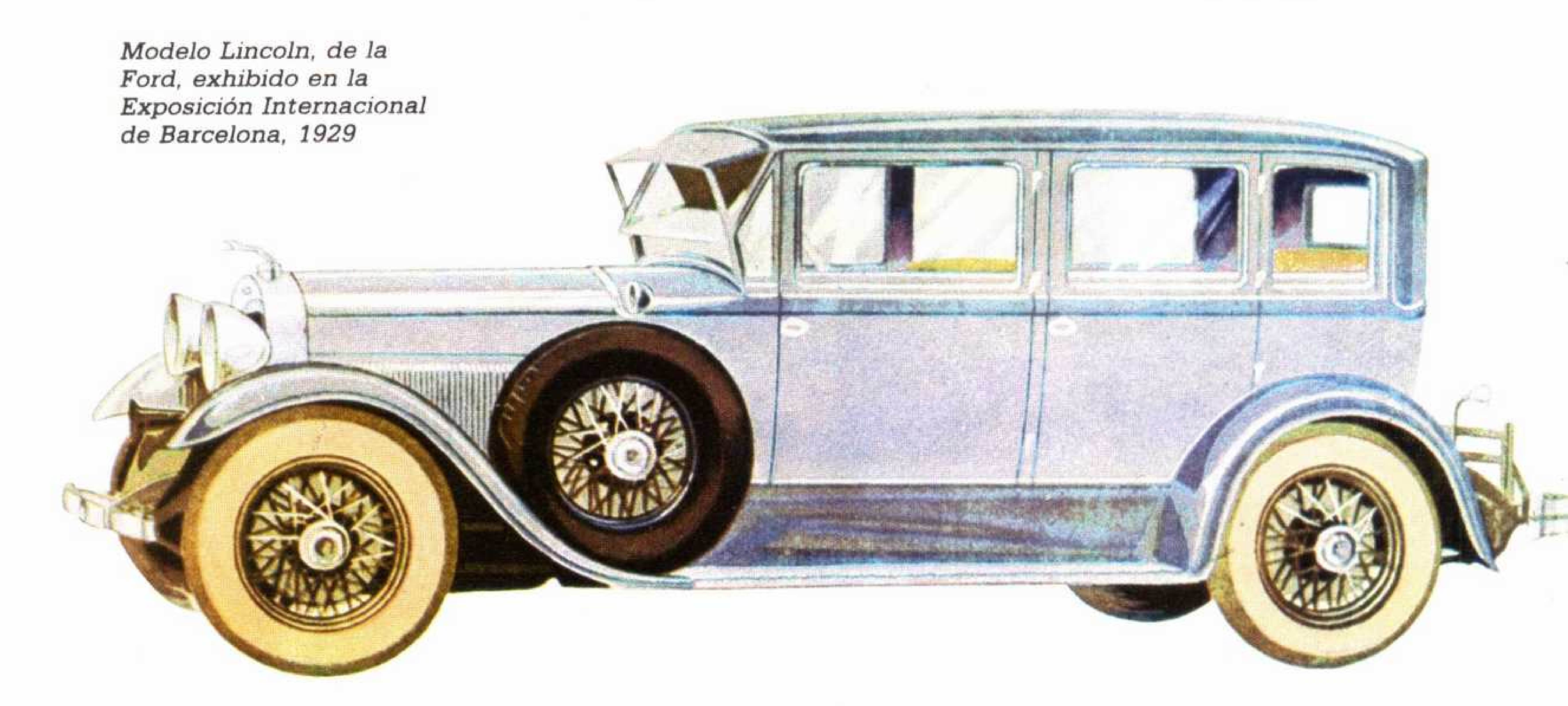


El perfecto encuadrista
(por Nanni). La representación ideal del fascista



*Moda femenina y coches:
dos aspectos muy representativos
de la época*

*Modelo Lincoln, de la
Ford, exhibido en la
Exposición Internacional
de Barcelona, 1929*





La especulación en el mercado de valores en una caricatura de finales de los años veinte

to de la idea de Nación-Estado y la crecida de la autoridad de los Gobiernos, autoridad ejercida durante cuatro años de guerra, invadiendo terrenos hasta entonces reservados a la iniciativa privada, utilizando instrumentos censores y con una mayor injerencia en los controles económicos.

Paralelamente, la libertad individual había sufrido notorias cortapisas y aparecían unos mecanismos propagandísticos oficiales para contrarrestar la propaganda enemiga. Con todo ello, era evidente que la función de gobernar salía reafirmada de la prueba guerrera y que de este hecho pensaban aprovecharse los que irrumpían en la vida pública de la posguerra con ánimo autoritario y vocación dictatorial.

Censura, crisis de libertades y propaganda serían armas que esgrimirían los dictadores surgidos en la década de 1920, amparados en la ingenuidad de los sistemas parlamentarios y en la presión de las fuerzas conservadoras, para las que el fantasma del comunismo era justificación de todas las nostalgias.

La guerra de 1914 representó el ascenso de los Estados Unidos al rango de gran potencia y su entrada en el concierto de los países rectores. En su papel de proveedores de Europa fueron los grandes beneficiarios del comercio con los países de la Entente.

Su industria se situó en cabeza en cuanto a sus cifras de producción y sus capitales se extendieron por América Latina, cubriendo la ausencia del dinero inglés, francés o alemán, incapaz de salir de unas fronteras convertidas en frente de combate. Sus exportaciones se hicieron presentes en Extremo Oriente, en Africa e incluso en los dominios británicos. Su marina mercante experimentó una espectacular crecida: de un millón de toneladas en 1913 pasó a siete millones en 1922.

El ascenso de los Estados Unidos

Su carrera para convertirse en los banqueros del mundo fue propiciada por el inteligente aprovechamiento de las favorables circunstancias aportadas por la *guerra civil* europea. El centro del poder económico mundial pasó —en la década de 1920— de la City de Londres al Wall Street neoyorquino.

Este crecimiento se vio potenciado por las ventajas inherentes a todo país joven: carencia de prejuicios a la hora de innovar; audacia y sentido de la inversión hacia sectores con porvenir; apertura a la investigación, y dinamismo en la explotación de nuevos sistemas de producción, de distribución y de venta.

Como sociedad abierta, su concepto de mercado rompió cualquier antecedente y se dispuso a producir pensando en un consumo superador de consideraciones clasistas que llegase a la mayoría. Su riqueza agrícola, su abundancia en materias primas y su capacidad industrial fueron triunfos en la mano de un capitalismo abierto a las nuevas técnicas y al más amplio desarrollo comercial.

Esta perspectiva de nación moderna creó un valor intangible, pero de enorme impacto sobre el mundo. Y fue la fascinante imagen de la *american way of life*, divulgada por el cinematógrafo, transmitida por el *magazine* y potenciada por algo en lo que Norteamérica iba a revelarse como consumada maestra: la publicidad.

En Extremo Oriente, otro país se emparejaba con los Estados Unidos en el rango de los beneficiarios de la guerra: el Japón. Durante los cuatro años de la contienda, la

ausencia de competidores europeos permitió el desarrollo de la industria y el comercio japoneses de manera extraordinaria.

Sus cifras de producción de acero, de hierro y de algodón llegaron a duplicarse y hasta triplicarse. Sus mercados se extendieron por las Indias holandesas, por el sureste asiático y por el continente hindú. Su marina mercante dobló la cifra de su tonelaje y los textiles y productos manufacturados con el marchamo de *made in Japan* se lanzaron a una competición que no vaciló en llegar al *dumping* cuando los imperativos de una penetración lo aconsejaban.

De la mano de Gran Bretaña —que había jugado la carta japonesa en 1905, cuando la guerra con Rusia—, el Japón fue un beligerante que, a costa de sustituir a Inglaterra en la vigilancia marítima del Pacífico, no extrajo más que beneficios.

En la vida de nuestro planeta, como expresó el historiador británico A. J. P. Taylor, la guerra de 1914-1918 significó el fin de la historia europea y el principio de la historia del mundo.

En efecto, después de las hostilidades, en Asia, en Africa y en Oceanía se puso de manifiesto un hecho de gran trascendencia: el deterioro de la influencia *blanca* y el brote de los primeros movimientos en contra del colonialismo, surgidos al amparo de la oleada nacionalista que se propagaba desde el mismo continente europeo.

El reajuste colonial, que privaba a la Alemania derrotada de sus enclaves en Africa, no hizo más que cambiar de dueño a Camerún, Togo y las regiones del Africa oriental y Africa del Suroeste, que eran las posesiones germanas en el continente negro. Pero el hecho más destacado fue la aparición en Filipinas, Indonesia e Indochina de movimientos emancipadores y de protesta anticolonial.

En la India, el Mahatma Gandhi, formado en el mundo universitario de Occidente, hacía un repudio de los valores de una cultura que explotaba a los pueblos sometidos y que era incapaz de evitar mortandades como la de la guerra mundial. Y propugnaba la no violencia y el retorno a la vida sencilla

Bailarinas de una revista musical



y artesanal, lejos del maquinismo y de la opresión.

En Asia, el nacionalismo árabe, fomentado por Gran Bretaña como arma contra el Imperio turco, se aprovechaba de la derrota de éste para la creación del reino de Hedjaz, para la independencia de Irak. En el Medio Oriente, el sueño del sionismo, también alimentado por Inglaterra en la persona de lord Balfour, iba a convertirse en realidad con la creación del Hogar Nacional Judío en Palestina.

Y la idea del principio de nacionalidad, como fermento anticolonial, llegaría a influir hasta en el Protectorado español en Marruecos, donde la aparición de un caudillo en la persona de Abd-el Krim, que soñó con ser el presidente de la república del Rif, traería el recrudecimiento de la guerra que se sostenía desde 1909, dando lugar al desastre de Annual, en 1921, que causó el hundimiento de la Comandancia General de Melilla y la muerte de cerca de 11.000 hombres en una de las páginas más tristes y vergonzosas de nuestra historia militar.

La reconversión industrial

El esfuerzo bélico de los países beligerantes, desde el punto de vista tecnológico y productivo, trajo consigo el avance de muchos sectores y un gran desarrollo industrial polarizado a la fabricación de material de guerra. Llegada la paz se planteó el problema de la reconversión de gran número de industrias a la obtención de bienes de equipo y artículos de consumo.

Sectores que antes de la guerra de 1914 estaban en sus comienzos se vieron potenciados: fue el caso de la fabricación de los motores de explosión de combustión interna. Otros, cuyas aplicaciones se habían empezado a insinuar, experimentaron un gran crecimiento llevados por la proliferación de sus aplicaciones, como ocurrió con las industrias eléctricas y las destinadas al uso de la electricidad para fines domésticos.

La guerra, con sus exigencias de producción de proyectiles, de cañones, de armas, en enormes series, había permitido el perfeccionamiento de las técnicas de organización científica del trabajo y favorecido el fenómeno de la *standardización*.

La revolución que esto acarreó en el campo de la producción fue fantástica. La fabricación de gran número de artículos se redujo a un corto número de tipos normalizados: los ladrillos pasaron de 66 modelos a 4; los neumáticos, de 287 a 32; las botellas, de 210 a 4.

La organización de la producción, la *standardización* y la normalización permitieron fijar la definición de *productividad* como *la relación entre la producción obtenida y las cantidades de cada factor utilizados para conseguirla*.

Un nuevo paso en este terreno vino a darlo el concepto de racionalización, de origen alemán, que significó el estudio exhaustivo de los factores de espacio y tiempo concurrentes en la realización de una tarea, desde la ubicación de los talleres hasta los movimientos de los obreros, pasando por los sistemas de manutención y por la descomposición en fases y la agrupación por sectores de cualquier proceso de fabricación.

Este amplio estudio permitió la supresión del despilfarro, el abaratamiento de los costes y la perspectiva de producir masivamente la mayor cantidad de bienes. Los resultados de este vasto proceso racionalizador fueron espectaculares, permitiendo sustanciales aumentos en la productividad.

En Norteamérica, la industria del automóvil, entre 1925 y 1929, aumentó su productividad en un 31 por 100 y la siderúrgica en un 35 por 100. En Alemania, en 1928, la capacidad de producción global había aumentado en un 40 por 100 gracias a un empeño reconstructivo que recurrió a la racionalización más exhaustiva.

Las nuevas ideas sobre la economía productiva, la sustitución progresiva del hombre por la máquina, facilitarán en este período la gran concentración industrial y el gigantismo fabril. En el camino quedarán las pequeñas factorías, inútiles para competir, y se perderá todo rastro artesanal.

El mundo empezará a concebirse como un gran mercado y así lo entenderán Bata con el calzado, Hill y Reynolds con el tabaco, Kruger con las cerillas y Ford con los automóviles. Y la humanidad, bordeando los peligros de una superproducción, se encontrará con la primera invasión de bienes, con unos utensilios que serán la culminación de una nueva revolución industrial.

La guerra, en su papel estimulante de actividades con ella relacionadas, había sido un acelerante del progreso. La aviación fue una de las beneficiarias. La construcción de plurimotores incrementó la seguri-





Nuevos peinados para una nueva mujer

Publicidad de un automóvil Renault

La moda cambia la imagen de la mujer en los años veinte



El tango causa furor en todas partes





dad del vuelo y alargó el radio de acción.

Con la posguerra iba a inaugurarse una nueva etapa: la de la navegación aérea. Del volar con puntos de referencia puramente terrestres se pasaría a la navegación con orientaciones astronómicas. El pilotaje precisaría de la ayuda del navegante, hábil en el manejo de los instrumentos goniométricos con los que determinar la posición de la aeronave respecto a las estrellas. La Tierra dejaría de ser el centro del Universo para los aviadores. La aviación había experimentado su revolución copernicana.

Los progresos tecnológicos: la aviación

La década de 1920 a 1930 quedó como el período estelar de la aeronáutica. Naciones enteras estaban pendientes de la marcha de un *raid* cuando el planeta empezó a empequeñecerse con el golpe de ala de los aviones. Los grandes vuelos eran noticia de primera página y el mundo contempló con asombro cómo Alcock y Brown volaban de Terranova a Irlanda en 1919, cómo Byrd sobrevolaba el Polo Norte en 1926 y cómo el mismo año Ramón Franco iba de Palos a Buenos Aires.

Así se llegaría, en 1927, a la hazaña más clamorosa de la historia de la aviación. Aquel año, un joven piloto postal llamado Charles Lindberg cruzó el Atlántico Norte volando sin escalas de Nueva York a París, en un monoplano equipado con un solo motor de 220 CV, invirtiendo treinta y tres horas y treinta minutos.

Era la primera vez en la historia que un hombre pisaba el continente europeo llegado de América por vía aérea. La imagen de Lindberg entró en la mitología del siglo XX, convirtiéndole en el hombre más famoso de su tiempo.

Después, las proezas se encadenarían: Kingsford Smith atravesaba el Pacífico en 1928, y en 1930 los franceses Costes y Bellonte coronarían el primer vuelo directo París-Nueva York. La expansión de la aviación y la sucesión de sus grandes *raids* harían del aviador el héroe del primer tercio del siglo.

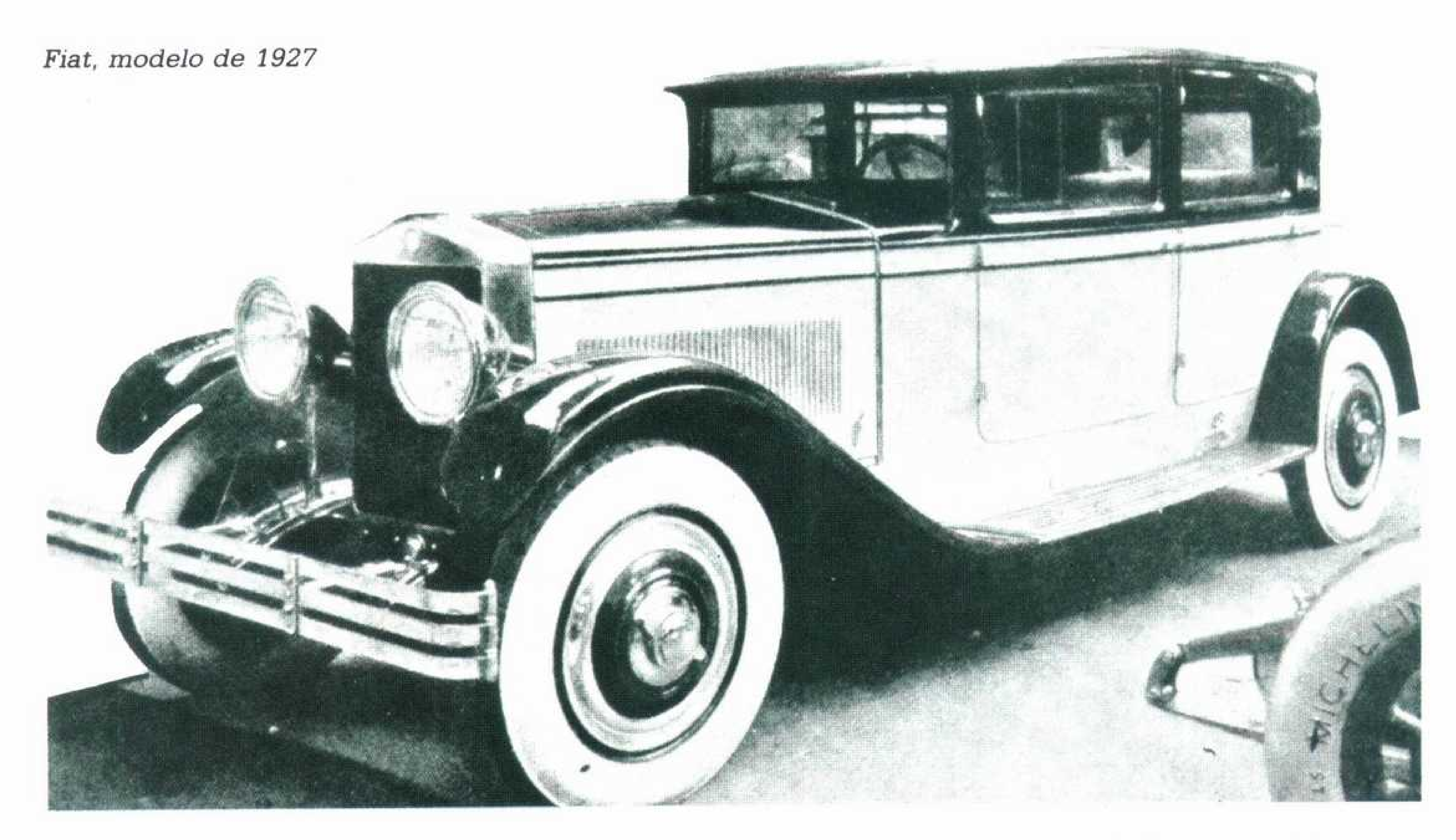
La aplicación de la aeronáutica al transporte público se inició poco después del armisticio. En 1919 ya se podía viajar de París a Londres en ciento cuarenta minutos, en bimotores Farman con cabida para 14 pasajeros. La década vería el nacimiento de las primeras líneas aéreas regulares: la Sabena, la Lufthansa, la Qantas, la KLM.

El aumento en la envergadura de los aparatos, la creciente robustez de los motores y la ampliación de su capacidad jalonarían un progreso aviatorio que, poco a poco, fue

FORD, DEL T AL A

Hasta que Henry Ford no presentó su modelo T en Estados Unidos, en octubre de 1908, el coche había sido un invento para gente rica que despertaba no poca curiosidad y miedo al tranquilo peatón. Pero el T logró romper todos los esquemas.
Ford, con el T o Tin Lizzie, estaba ofreciendo realmente el primer coche familiar, con un sencillo motor de cuatro cilindros, cuatro asientos y un capó de hule. Y todo ello por 525 dólares.
El Ford T, como era previsible, barrió. En 1915 rodaban ya más de un millón de Ford T; a comienzos de los años veinte, cinco millones, y en 1924 nada menos que diez. Ford acaparaba más de la mitad del mercado norteamericano del automóvil.
Mientras, los europeos concentraban todos sus esfuerzos en los grandes coches o, como mucho, en los coches abiertos de dos plazas para jóvenes deportistas capaces de soportar gases y humos.
En Estados Unidos a Ford le había salido, sin embargo, un fuerte competidor, la General Motors, que lanzó al mercado nada menos que siete marcas diferentes (Chevrolet, Pontiac, Buick, Cadillac...).
Para contrarrestar la competencia, Henry Ford preparó un nuevo modelo, el A, más perfeccionado que el mítico T e igualmente barato.
Se ofrecía, además, en cuatro colores.
La presentación del modelo se hizo en Nueva York el 2 de diciembre de 1927. Un millón de personas se echaron a la calle para contemplar el nuevo coche de la Ford, que prontó haría olvidar al viejo, negro, herrumbroso, avieso, obstinado y ruidoso modelo T.

Fiat, modelo de 1927



trazando una tupida red de enlaces entre las principales ciudades europeas y americanas.

La competencia del dirigible la mantendrían los alemanes con el grandioso *Graff Zeppelin*, que estableció la primera línea regular entre Europa y Sudamérica. Pero la victoria final sería para los más pesados que el aire.

El acortamiento de distancias trajo un nuevo concepto del tiempo, haciendo del avión el medio de transporte ideal para el hombre de negocios. El correo aéreo revolucionó los servicios postales, acortando increíblemente la transmisión de la correspondencia.

Si en 1920 usaba el avión un pasaje insignificante, en 1930 se transportaron las siguientes cifras de viajeros: en los Estados Unidos, 163.000; en Alemania, 124.000; en Canadá, 95.000; en Francia, 55.000, y en Gran Bretaña, 30.000. En tan sólo dos lustros se había abierto la vía del futuro gracias a la conquista del aire.

La invasión del automóvil

La nivelación social que resultó de la guerra mundial hizo cierta la anticipación de Ford en su idea de construir un automóvil para todos. En la posguerra, con el perfeccionamiento experimentado en la serialización de piezas, en la racionalización de los procesos y en el montaje en cadena, la construcción de automóviles y camiones se situó como una de las industrias más en expansión del mercado mundial. En los vehículos ligeros, porque el automóvil se puso al alcance de grandes masas de individuos; en los pesados, porque se produjo la paulatina sustitución de la tracción a sangre por la tracción mecánica.

La difusión del automóvil basada en la construcción de modelos sencillos, de fácil manejo y bajo coste fue el propósito que se forjaron Citroën en Francia, Austin en Inglaterra y Fiat en Italia, siguiendo las líneas trazadas por Ford, quien, en 1927, pudo divulgar triunfalmente haber llegado a vender 15 millones de vehículos de su célebre modelo T, desde su lanzamiento en los talleres de Detroit.

Las grandes industrias eléctricas —Westinghouse, General Electric, AEG, Alsthom, Siemens, Standard, etcétera— se afirmaron como uno de los valores más sólidos y con más seguro porvenir. El mundo empezaba a sustituir paulatinamente la hulla negra por la hulla blanca.

La construcción de presas y el aprovechamiento de los saltos de agua, emprendido con gran empuje en esta década, hizo posible un gran aumento en la disponibilidad de generadores. Esto permitió la transmisión de la corriente de alta tensión a largas distancias y amplió la distribución de fluido eléctrico a los más remotos confines.

Las viejas luces de gas se fueron sustituyendo por un alumbrado eléctrico, cuyo vol-

taje iluminaba las noches ciudadanas. Las aldeas tuvieron luz, los ferrocarriles se electrificaron, relegando poco a poco las legendarias y humeantes máquinas de vapor; los transportes urbanos, en demanda creciente de plazas con las que transportar a una gran masa laboral, se hicieron metropolitanos, limpios y veloces.

La soldadura, de oxiacetilénica pasó a eléctrica. La electroquímica adquirió un gran desarrollo como proceso de fabricación. La expansión de las industrias eléctricas fue espectacular.

No obstante, la disponibilidad de energía del hombre del primer tercio del siglo XX se continuó midiendo en toneladas de hulla. La producción de esta fuente energética pasó, como exponente del desarrollo industrial del siglo, de 900 millones de toneladas en 1900 a 1.500 millones en 1920 y a 2.000 millones en 1930.

Además del progreso eléctrico registrado en su vertiente industrial, el decenio marcaría el gran salto hacia el consumo de la electricidad para fines domésticos. Sería en este período cuando se pondrían los cimientos de la hegemonía del electrodoméstico.

En aquel entonces era ya posible disponer de ventilador, tostador, batidora, aspirador, estufa y plancha eléctrica. Pero el repertorio aumentaría vertiginosamente. En 1925 surgió la máquina de lavar; en 1926, el secador; en 1927, el frigorífico. Ninguno de estos adelantos hubiera sido posible de no extenderse el uso de la corriente eléctrica en todos los hogares y con tarifas asequibles.

Hubo, finalmente, una aplicación de la electricidad que auspició el nacimiento de uno de los fenómenos más influyentes de nuestro tiempo: la radiodifusión, que debió su existencia y su enorme propagación a la disponibilidad de fluido eléctrico.

El nacimiento de la radio

La emisión de sonidos en las más diversas longitudes de onda dio un paso de gigante hacia la construcción de radiorreceptores gracias al descubrimiento por Lee de Forest de la lámpara de tres electrodos. A principios de 1920 aparecieron las primeras emisoras, entre las que la BBC de Londres actuó de adelantada en el establecimiento de una programación primordialmente musical e informativa.

En sus comienzos, la radio pareció cosa de maniacos provistos de auriculares y ávidos de captar las más lejanas sintonías. Poco a poco, a medida que mejoraron las condiciones de la recepción, los programas radiofónicos fueron penetrando en los hogares gracias al aumento de las emisoras, que de una en 1920 pasaron a 618 en 1929, y a la gran oferta de aparatos de radio, proporcionada por una industria que de la nada pasó a ocupar rango primerísimo por su cifra de negocios.

El nuevo medio de comunicación era un vehículo excepcional para acrecentar el nivel de información de los seres humanos, para incrementar su cultura musical y para distraer unas horas que antes de la aparición del receptor se recordaban extrañamente silenciosas.

La tecnología puso en los años veinte, y en manos del hombre, un instrumento de incalculable alcance para influir sobre las ideas, los gustos y las opiniones. Aumentaba al tiempo, de manera asombrosa, la rapidez en la recepción de una información de tal manera, que un hecho clamoroso, sucedido en cualquier parte del mundo, podía ser conocido de inmediato por su transmisión a través de las ondas.



Dos imágenes de la moda femenina y masculina de los años veinte (arriba), *y orquesta de jazz, una música muy popular en la época* (abajo)

Jugadora de golf



Más tarde, el uso de la radiodifusión con fines publicitarios representaría la invasión de los hogares por un poderoso condicionante. Por vez primera, la mente humana se vería acosada y perseguida por mensajes repetidos, machacones. La aparición de la publicidad radial, a través de la palabra hablada, la permitía llegar hasta el mundo de los analfabetos; en todo caso surgió como un competidor peligrosísimo para los demás medios publicitarios, carentes de la insistente persuasión de la palabra.

Su influjo se fue incrementando al compás del aumento en el número de aparatos receptores, que si en 1920 eran contados, en 1930 llegaron a los 13 millones. La industria radiofónica fue en el mercado de valores un papel en alza continua. Tan sólo en Norteamérica, el volumen de compras de radiorreceptores saltó de dos millones de dólares en 1920 a 600 millones de dólares en 1929.

Sus posibilidades de invadir el terreno de la intimidad, por su penetración en los hogares, hizo que a la radio se le descubriera trascendental importancia para la difusión del discurso político. Con la radio a disposición, la dialéctica ideológica podía llegar lejos y con fines altamente manipulativos, razón por la que en los países regidos por Gobiernos autoritarios quedó bajo control estatal y al servicio de los detentadores del poder, con todo lo que ello llegó a significar en una etapa, empezada hacia el final de la década, caracterizada por el recurso a las masas y por la exacerbación de la más demagógica propaganda como arma política.



CHARLES A. LINDBERG

Charles A. Lindberg (Detroit, 1902-Hawai, 1974). Piloto norteamericano. Es, sin duda, uno de los aviadores más famosos de toda la historia de la aeronáutica. Tras realizar estudios en la Universidad de Wisconsin y en una escuela militar aérea de Texas (1924-25), trabajó como piloto del servicio de correos entre San Luis y Chicago.

En 1927 realizó su primer vuelo trasatlántico sin escalas. A bordo de un monoplano, El espíritu de San Luis, *despegó del* Roosevelt Field, *de Nueva York, el 20 de mayo y aterrizó al día siguiente por la noche en* Le Bourget, *de París. Había recorrido 5.800 kilómetros en treinta y tres horas y acababa de ganar una recompensa de 25.000 dólares.*

En 1932 su nombre saltó de nuevo a la primera plana de los periódicos, pero por una causa trágica: el secuestro y asesinato de su pequeño hijo. En 1941, el presidente Roosevelt criticó su postura neutralista ante la Segunda Guerra Mundial, aunque durante la contienda realizó más de 50 vuelos de combate en el Pacífico.

Asesor de la Panam y del Departamento de Defensa, en 1954 fue nombrado brigadier general de las Fuerzas Aéreas en la Reserva. Recibió el Premio Pulitzer de 1953 por su relato del vuelo de El espíritu de San Luis.

que su adquisición estuviera al alcance de una cantidad cada vez más amplia de personas, constituyó un fenómeno de gran trascendencia socioeconómica. A favorecerlo vino el que la compartimentación de las clases dejó, en muchos casos, de ser estricta y se afirmaba gracias al deseo de acceder a niveles de vida superiores, que era aspiración común de los tiempos.

El vestido, por medio de la confección, y el calzado, fabricado mediante modelos y medidas normalizados, equiparaban la apariencia externa de gran número de personas. Las viviendas de nueva planta construidas para las clases medias incorporaban instalaciones sanitarias, ascensores y otras mejoras, antes reservadas a las clases elevadas.

La vida, gracias a los utensilios que facilitaban las labores caseras, se hacía más cómoda, orientándose a la sustitución del servicio doméstico, que, en los países desarrollados, iba quedando como privilegio de las clases medias altas para arriba.

Pero la crecida del nivel vital no sólo se producía por la presencia de útiles con fines prácticos como neveras, termos y calefacto-



Tienda de aparatos de radio en una ciudad norteamericana

res. Estaba, asimismo, la disponibilidad de artículos como la cámara fotográfica popularizada por Mr. Eastman Kodak, el gramófono La Voz de su Amo, el tomavistas Pathé Baby y el receptor Clarion. Todos ellos constituían un amplio inventario de tentaciones para una vida más placentera y permitían satisfacer aspiraciones para disfrutar unos inventos hechos a la medida del hombre.

Estos atractivos, a los que podía sumarse, según la posición social, la ambición de tener automóvil o motocicleta, así como toda una variedad de objetos decorativos con los que hacer el hogar más acogedor —mobiliario, enseres, etcétera—, provocaba unos hábitos adquisitivos y de consumo

EL «BOOM» DE LA RADIO

Pese a lo revolucionario del invento de Marconi, habría que esperar casi treinta años para que la radio se convirtiera en un medio de comunicación de masas. De no haber sido por su utilización durante la Gran Guerra, probablemente se habría tardado más tiempo.

Con la década de los años veinte, la radio conoce un auténtico boom. *Por doquier surgen emisoras de radio que son recogidas en unas incómodas y enormes* cajas de música.

La conjunción de intereses comerciales —fabricantes de aparatos y emisiones publicitarias— hará avanzar rápidamente la utilización de la radio. En 1922 nacía la BBC británica bajo forma de monopolio con el fin de proporcionar al público un servicio útil de noticias, información conciertos, conferencias, cuestiones de educación, partes meteorológicos, representaciones teatrales y otras cosas que en el futuro sean autorizadas o entren en la órbita de esta licencia.

También a España llegaron rápidamente los ecos de los progresos de la radio. En 1924 se publicó un decreto sobre el Régimen de Estaciones Radioeléctricas Particulares. *El 14 de noviembre, desde el Hotel Colón de Barcelona, Radio Barcelona hacía la primera emisión pública. Poco después nacía la SER en Madrid, que en el momento de constituirse se llamó Unión Radio, Sociedad Anónima. Los primeros diarios hablados en España se emitieron en enero de 1926 y se llamaron* La Palabra.

que se veían favorecidos por un hecho significativo: el deterioro del concepto estable y sólido del valor del dinero, socavado por inflaciones y devaluaciones sobrevenidas en el período de posguerra.

El ahorro dejó de tener el sentido de antes de 1914. Una nueva idea de la economía, más dispuesta al gasto y a la inversión especulativa que a la tesaurización, se abrió camino. La tentación compradora, estimulada por la tendencia al consumo y por el poder tiránico de la moda, se alimentaba de manera incesante por la necesidad imperiosa de dar salida a unos productos que, fabricados masivamente, invadían los mercados.

En esta coyuntura, la crecida de las ventas, tras haber buscado el impulso de un gran soporte publicitario, sólo podía lograrse generalizando los sistemas de crédito a gran escala. Y así se hizo. La consigna *compre hoy, pague mañana* permitió la adquisición de bienes a un nivel nunca visto.

Un profundo cambio se había operado en la mentalidad de los países avanzados: el adquirir sin tener que pagar al contado, con todos los riesgos que esto implica para cualquier clase de caución y para el engranaje total de la economía.

Los mecanismos para forzar el consumo habían echado mano de la publicidad con una amplitud desconocida hasta entonces. Los años veinte contemplaron el progreso arrollador de la publicidad y la variedad de métodos utilizados: impresa, cada vez más sofisticada y refinada en el *magazine;* luminosa, en un derroche mágico e imaginativo; la del cartel, con su impacto pictórico, y la ya mencionada.

El tipo del publicitario del que se esperaba la idea que hacía vender nació en esta década. A su servicio entraron pintores, fotógrafos, dibujantes, modelos. Un mundo nuevo surgió, dedicado al acoso de la mente humana.

Cerebros notorios en actividades que nada tenían que ver con el mundo de la publicidad fueron contratados para dar ideas. Los famosos con una imagen popularizada por el cine, el teatro o el deporte prestaron su nombre a buen precio para ponderar las cualidades de un producto de belleza, de un automóvil o de una marca de tabaco.

El nuevo montaje comercial hizo de la publicidad la creación de un mundo fascinante y lleno de atractivos que tentaba a la emulación de unos modelos admirados que instaban a fumar Lucky Strike, a disfrutar de un Pierce-Arrow o a utilizar la gomina Argentina. Y eso porque lo recomendaban ases del tenis como William Tilden, virtuosos del tango como Carlos Gardel o astros del cine como John Barrymore.

Las inversiones en publicidad crecieron en proporciones astronómicas. Los departamentos destinados a la preparación de campañas actuaban forzados por la crecida de la oferta y la salvaje competitividad de un mercado en alza. El imperativo era vender cada vez más, mediante los primeros análisis de la demanda y el estudio de las motivaciones del comprador.

Los nuevos materiales y el estilo de la década

La aparición de nuevos materiales, facilitada por el progreso de las industrias mecánicas o químicas, influiría en el estilo de los años veinte.

Guiados por las investigaciones hechas durante la guerra mundial, sobre todo en Alemania, en busca de sustitutivos —*ersatzs*— a ciertas materias primas, surgieron gran número de productos derivados de la refinación del petróleo.

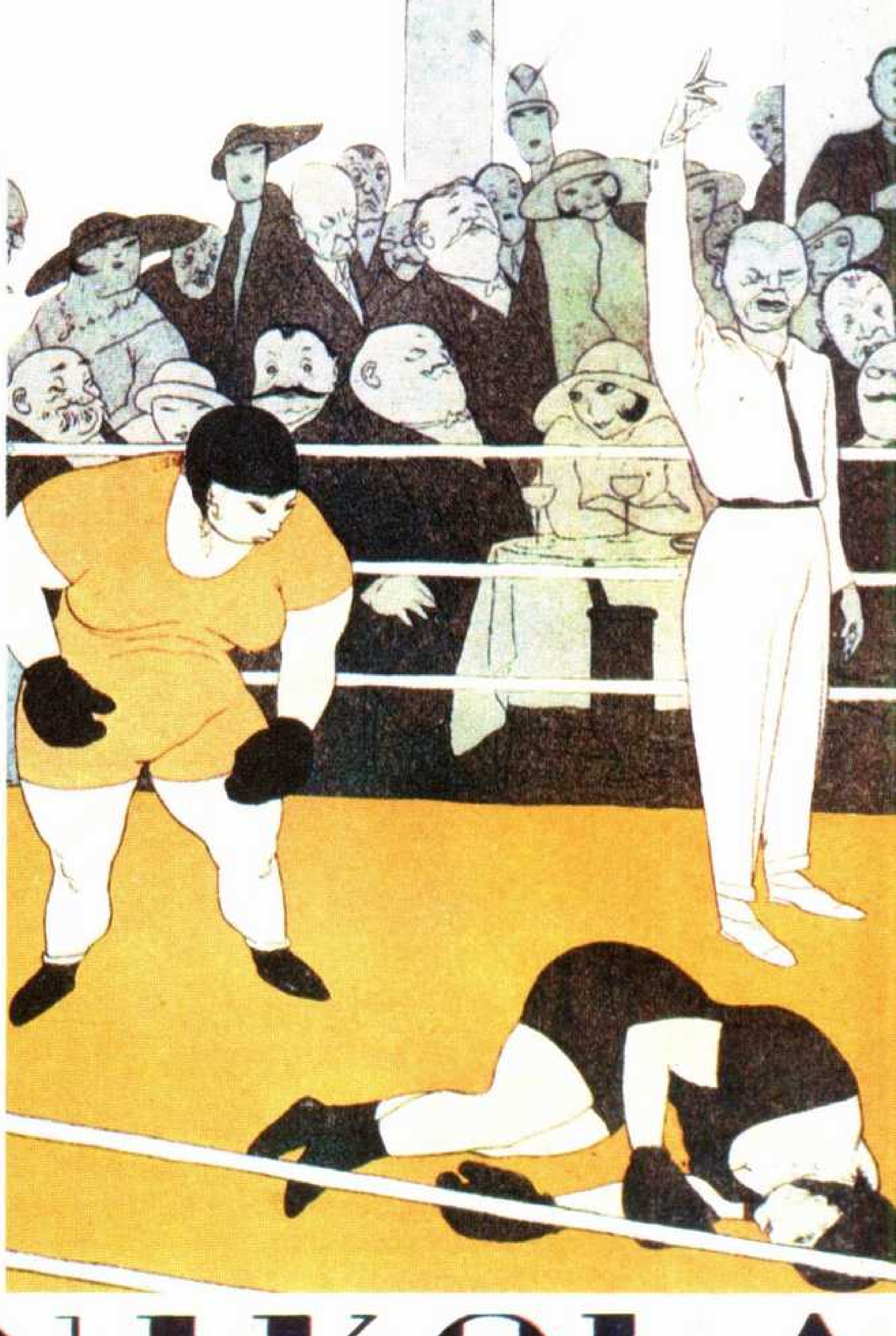
La presencia de estos nuevos materiales trajo radicales cambios en la construcción, en el interiorismo, en la decoración y en el equipamiento industrial. Todo contribuyó a darle a la década una determinada personalidad.

Los materiales tradicionales empezaron a ser sustituidos: la madera por la baquelita, la porcelana por la ebonita. El caucho, en forma de gutapercha, vio multiplicadas sus aplicaciones. El rayón suplió a la seda natural y su expansión fue un *boom* en los años veinte. Los productos sintéticos inauguraron una nueva era con la comercialización del celofán.

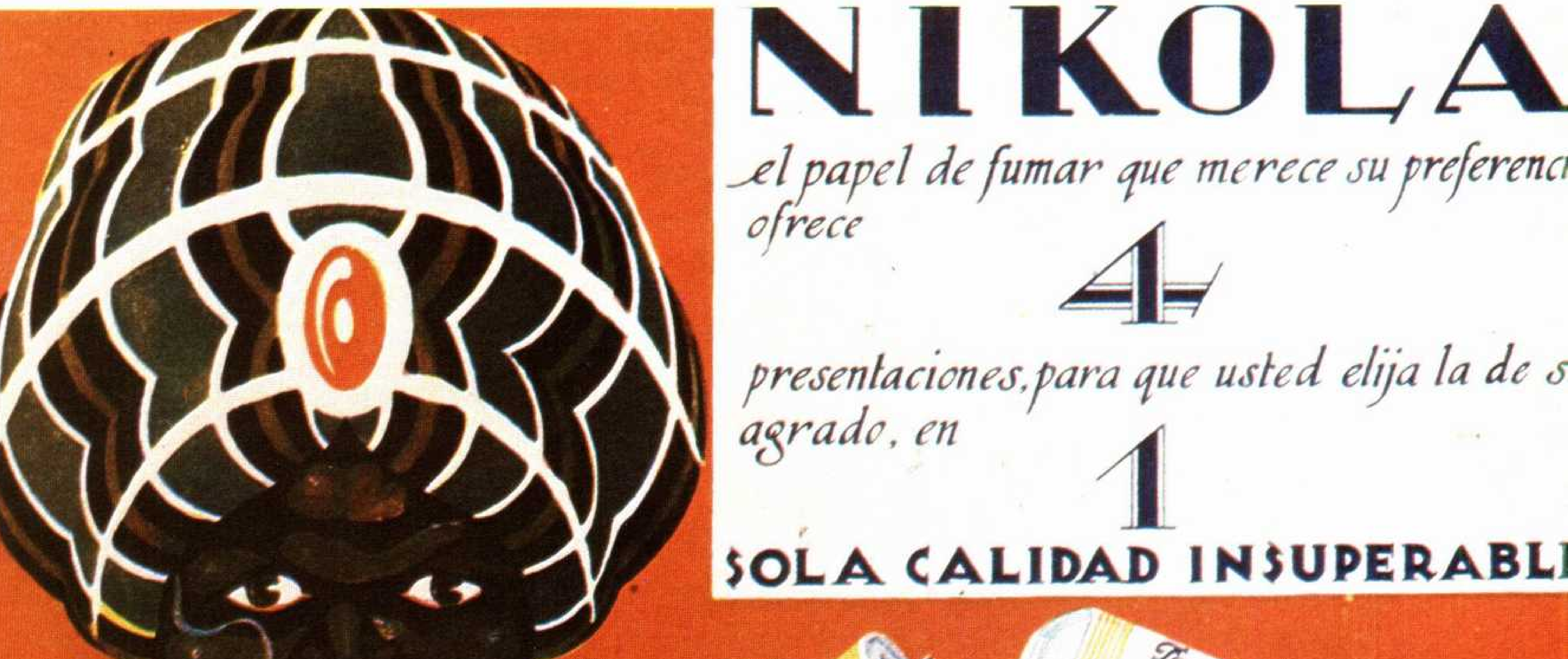
Después vendría la multiplicación de las resinas sintéticas: primero, las de ureaformaldehído; después, las acrílicas. La paulatina utilización de metales como el zinc, el níquel, el cromo, el vanadio y, sobre todo, el aluminio y sus aleaciones, uniría, en la contextura de los nuevos materiales, la tenacidad y la dureza con la ligereza, dando un amplísimo campo de aplicaciones en la industria, desde el avión metálico de duraluminio, tipo Junker, hasta el menaje case-



Publicidad de un modelo Renault


Caricatura satírica de un combate femenino de boxeo

Publicidad de una marca de papel de fumar



ro, donde el barro era suplantado por el metal.

Estos materiales se incorporaban a una arquitectura a la que el genio de Gropius, de Le Corbusier y de Lloyd Wrigth abría nuevas perspectivas al hábitat. La escultura abandonaba los materiales tradicionales y adoptaba productos sintéticos, para hacerse dinámica en Gabo y Pevsner.

La pintura asistía a la madurez permanente de Picasso. Y del surrealismo de Dalí, de Arp y de Ernst, pasaba a la abstracción con Kandinsky y Mondrian. Man Ray descubría nuevos horizontes a la fotografía. Nuevas formas artísticas, orientadas a sus aplicaciones decorativas, creaban la moda Art-Déco. Su boga abarcó toda una década y tuvo su expresión más altanera en el Chrysler Building, que, desde su emplazamiento en el Manhattan neoyorquino, hizo de símbolo de una etapa y de una hegemonía.



LE CORBUSIER

Edouard Jeanneret Gris, conocido como Le Corbusier (La Chaux-de-Fonds, 1887-Roquebrune-Cap-Martin, 1965). Arquitecto suizo nacionalizado francés. Estudió en su ciudad natal. En 1908 trabajó en París con A. Perret y en 1910 en Berlín con P. Behrens. En 1917 se estableció definitivamente en París, donde entrará en contacto con los artistas cubistas, que influirán decisivamente en su obra arquitectónica.

Le Corbusier revolucionó el mundo de la arquitectura preconizando la reducción de los edificios a las formas básicas del triángulo, superficies planas, cubos y cilindros, así como paredes de cristal, etc. Para él las casas deben ser máquinas de habitar, de las que hay que eliminar todo lo superfluo buscando siempre el máximo de comodidad.

Le Corbusier es autor de innumerables proyectos arquitectónicos (unos realizados y otros no). Su influencia se dejará notar, sobre todo, a partir de los años treinta, siendo aceptada su obra especialmente tras la Segunda Guerra Mundial.

Entre sus proyectos habría que señalar el Centrosoyuz (Moscú, 1930), el Ministerio de Educación en Río de Janeiro (1936), la Casa de Suiza (París, 1931), así como diversos barrios de Marsella, Nantes o Berlín.

La vida cotidiana

Síntoma de la década era la emergencia de las masas, propiciada por el carácter acentuadamente urbano adquirido por el mundo occidental. En 1929, el aumento de la demografía había superado las bajas de la guerra y crecido un 6 por 100 respecto a las cifras de anteguerra.

El tráfico ciudadano registraba un enorme aumento en la circulación rodada ocasionado por la extensión del uso del automóvil, de la motocicleta, de los autobuses urbanos y de los camiones. En prevención de accidentes se hizo necesario instalar señales luminosas a fin de controlar la circulación y acotar espacios para el paso peatonal.

Las coincidencias de horarios, la multitudinaria utilización de los transportes colectivos en las horas punta, ofrecía el espectáculo de grandes masas afluyendo a las bocas de los metros con un aire gregario en el que el individuo se fundía en el anonimato de la colectividad.

El hecho de las aglomeraciones marcaba a unas comunidades que adoptaban unas maneras en el trato en las que se delataba la pérdida de formas corteses y amables. Máximo exponente de este nuevo aspecto de la relación humana eran las grandes urbes.

El crecimiento de las ciudades y el trasvase de las formas de vida rurales a urbanas motivado por el continuo éxodo del campo a la ciudad marcaba la diferencia cada vez más acusada entre el campesino y el ciudadano. El desmesurado crecimiento de las poblaciones y su progresiva incomodidad, traída por el sonido de los claxons, por el ruido circulatorio, originaba un curioso fenómeno: el hombre urbano de clase acomodada anhelaba huir de la ciudad al término de su jornada laboral, a residir en el

extrarradio, en busca de zonas ajardinadas que le permitieran gozar de un verdor perdido en el asfalto.

La prisa se convertía en ingrediente de la vida, en gran parte motivada por el distanciamiento entre la vivienda y el lugar de trabajo, mientras las ciudades, presas del crecimiento incontrolado, se rodeaban de cinturones suburbiales para dar acogida a una emigración suministradora de mano de obra.

El salto entre el mundo estable de la preguerra y el inestable de los años veinte, sumado a la proliferación de espectáculos y de distracciones, hacía que la casa empezara a perder su carácter de lugar de reunión, de salón donde recibir a unas amistades, en favor del restaurante, sitio de encuentro para la cena, con el aliciente de salir, de distraerse, demostrativo de una etapa dispendiosa y deseosa de vivir al día.

La influencia de lo exótico

En la época se insertaba el ritmo como componente vital, estimulado por la moda de la música sincopada del *jazz*. Esta forma de expresión musical, nacida en Nueva Orleans, hacía furor por un exotismo del que eran intérpretes los Armstrong, Bechet, Ellington, Waller, y que servía a un tipo de danza puesto de moda en los *happy twenties*, que bordeaba lo frenético en el charlestón, en el *black bottom*.

En esta admiración por lo exótico había entrado el desencanto producido por la crisis de la cultura occidental. Ciertas minorías intelectuales volvieron sus ojos hacia el arte primitivo, hacia las culturas africanas, polinésicas y precolombinas.

El *negrismo*, ayudado por la popularidad del *jazz*, fue una corriente artística que descubrió en la estatuaria de Gabón o de Dahomey profundos motivos de admiración. Esta corriente convirtió a una bailarina de color, de origen yanqui, adoptada por París y llamada Josephine Baker, en símbolo de unos años alocados, vividos a ritmo de charlestón.

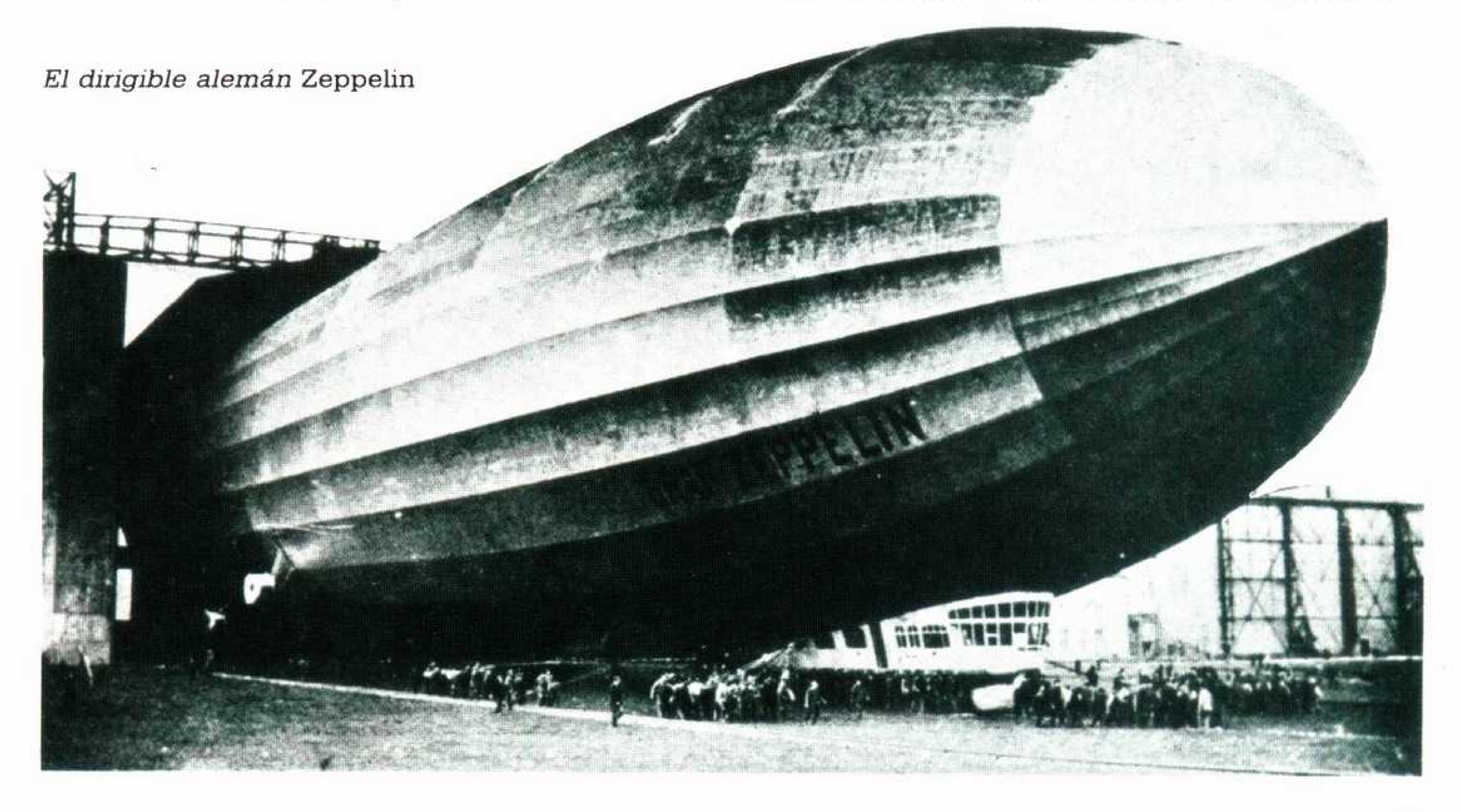
El mundo se fijó en una raza profundamente discriminada en Norteamérica, que, en su manifestación musical, afirmaba una personalidad hasta entonces circunscrita a la nostálgica lamentación del *blues* o de los cantos espirituales negros.

El cinematógrafo se convirtió en una gran industria. Las grandes firmas americanas, la Paramount, la Fox, la Metro Goldwyn, eran consorcios poderosísimos que monopolizaban la producción de largometrajes.

Los locales destinados a la proyección de cintas de celuloide crecieron al atractivo de lo que era un gran negocio. Por vez primera en la historia de las distracciones colectivas, el pueblo llano tenía a su disposición un espectáculo barato y asequible que podía disfrutarse en salas que iban desde lo más suntuoso a lo más discreto, pero siempre con un mínimo de confort y de comodidad.

El cine americano conquistó el mercado

El dirigible alemán Zeppelin



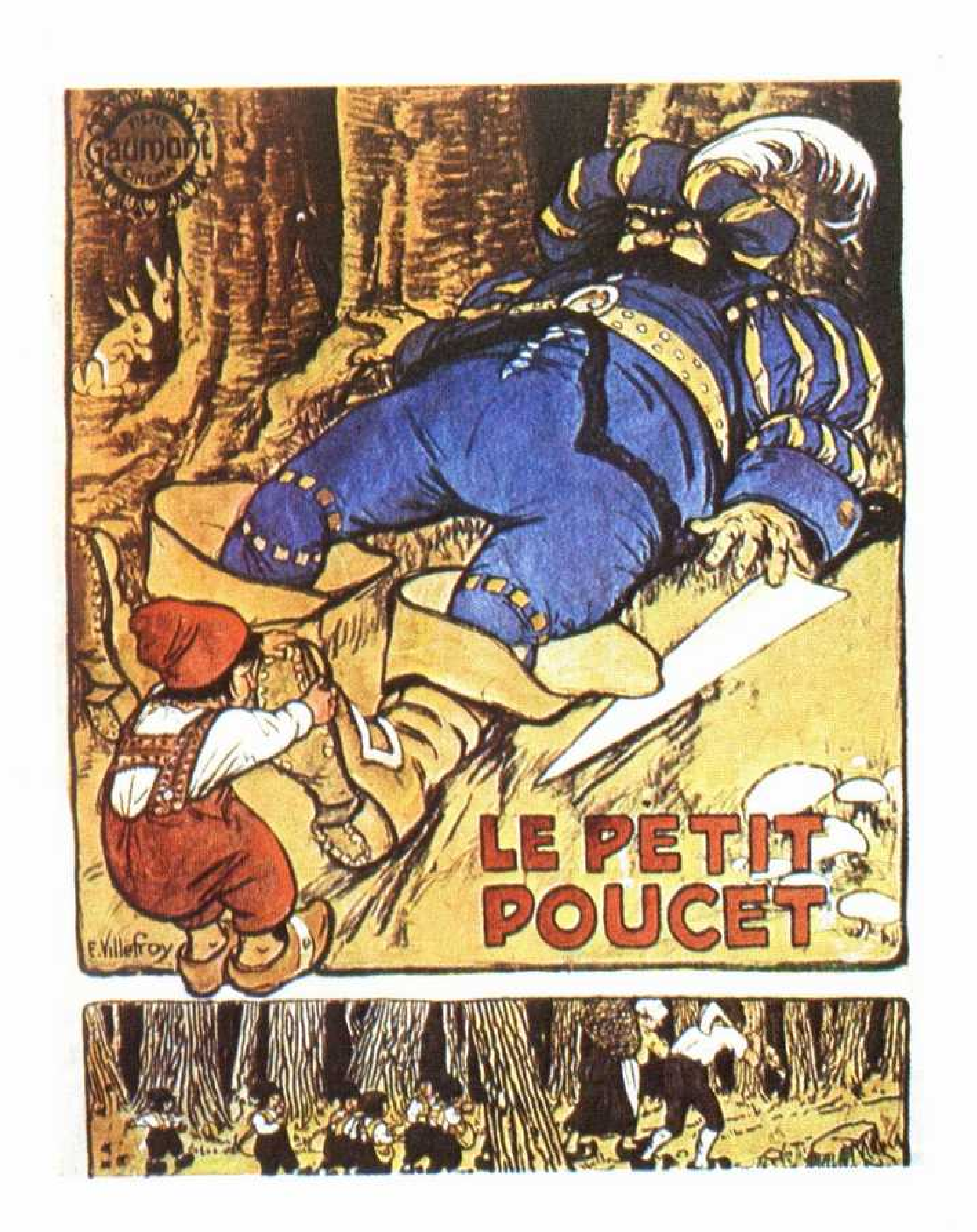
mundial, fruto de una hegemonía indiscutible. Las gentes, cautivadas por lo que se llamó *la fábrica de sueños*, incorporaban a su repertorio de necesidades vitales frecuentar un espectáculo —en este caso, el cine— a una escala desconocida hasta entonces. El derecho a la distracción se entendía como una conquista más del género humano.


La difusión del cine y la propagación de la radio engendraban una cultura de masas basada en la imagen y la palabra que penetraba hasta en las capas menos ilustradas de la población. A incrementar esta difusión vino, en 1928, la sonorización del cine. El pase del mudo al hablado trajo la supresión de los subtítulos, de obligada lectura para el seguimiento de la acción.

La influencia del cine llegaría a ser tal, que sólo por la creación de una idolatría sin fronteras podía aceptarse que una actriz americana —Mary Pickford— pudiera ser llamada *la novia del mundo*.

Había otro género de espectáculos, los de las grandes masas atraídas por las pugnas deportivas. Los encuentros futbolísticos en Gran Bretaña, los de *base-ball* de los Estados Unidos, requerían estadios con cabida para 30, 40 ó 50.000 espectadores.

Pero lo que batió todos los récords multitudinarios fue el auge del pugilismo, produ-

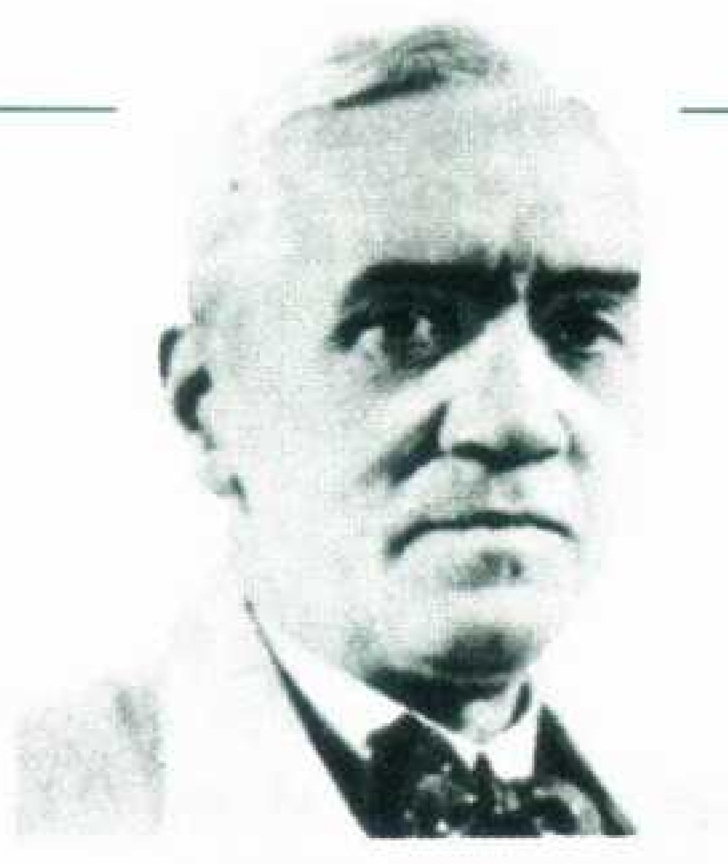




Chimeneas y torre de agua, *por Demouth*. *La industrialización cambia el paisaje*

cido en una década devota de una violencia fomentada por los usos políticos, por el bandidaje urbano tipo Chicago. El boxeo, como exponente de una época dominada por el empeño en ascender en la escala social, fue atracción para escapar de la miseria, poniendo en juego la fuerza y la agresividad.

El aumento en la información proporcionado por la radio, la prensa y los noticiarios cinematográficos acompañaba las vivencias simultáneas de grandes masas de individuos. Empezaba el fenómeno de las psicosis colectivas, ayudado por la generalización de unos estímulos, por la popularización de unos mitos cuya imagen, mil veces reproducida y divulgada, había unificado los sentimientos, las reacciones de grandes masas de personas. La muerte de Rodolfo Valentino, en 1926, provocó una conmoción emotiva en todo el mundo civilizado, sin precedente alguno.



ALEXANDER FLEMING

Sir Alexander Fleming (Lochfield Farm, Darvel, 1881-Londres, 1955). Médico y bacteriólogo británico. Estudió y ejerció sus actividades como bacteriólogo e investigador en el hospital St. Mary de Londres, ocupando sucesivamente los cargos de profesor, director adjunto y director del Instituto de Vacunación, siempre dentro del mismo hospital.

En 1922, en colaboración con Allison, descubrió la propiedad inhibidora de la lisozima. En 1928 observó que en el contorno de un moho del género Penicillium, *que había contaminado una de las placas donde cultivaba el estafilococo, las colonias de estas bacterias eran más pequeñas y estaban en franca lisis.*

Aisló el moho causante de dicho proceso y realizó su cultivo, comprobando que el líquido metabolizado por dicho moho resultaba activo, incluso en disolución, contra diversos gérmenes. Fleming denominó a esta sustancia antibacteriana con el nombre de penicilina. *Había nacido uno de los medicamentos más importantes del siglo.*

Fleming no pudo concentrar ni purificar dicha sustancia, entre otras razones por falta de medios. Lo conseguirían dos investigadores de Oxford, H. W. Florey y E. B. Chain, quienes, junto con Fleming, recibieron, en 1945, el Premio Nobel de Medicina y Fisiología.

Cultura de élites

En la etapa histórica iniciada en la posguerra de 1918 habían entrado en crisis los valores morales, burgueses y convencionales, y hasta la propia creencia en la racionalidad del ser humano; se advertían igualmente signos de ruptura con el orden establecido y la más osada experimentación, virtudes ambas muy propias para satisfacer a las élites y dar gusto a las minorías.

Dadaísmo y surrealismo —ya citados— fueron movimientos artísticos que llevaron la disidencia a los últimos extremos. La creación literaria y pictórica entró en la deshumanización, se transformó en pura metáfora, en un juego malabar en el que lo inconsciente daba vía libre a las palabras y a las ideas. Este fue el caso de los escritos de Tzara, Breton, Desnos y Jacob.

La introspección morosa, que descubre nuevos mundos en la obra de Proust, da paso a la experimentación más audaz iniciada por Italo Svevo en *La conciencia de Zeno* (1921) y, sobre todo, en el *Ulises*, de James Joyce (1922), en el que la técnica del monólogo interior es campo abierto para expresar un orbe de sensaciones viscerales y escatológicas, entre lo simbólico y lo real. El libro fue tildado de obsceno y distribuido clandestinamente.

En la línea de ruptura con los valores tradicionales, las memorias de André Gide, *Si la semilla no muere* (1920-1924), significan la profesión del inmoralismo y la exaltación de los derechos de ciudadanía de la homosexualidad, así como la glorificación de la gratuidad de unos actos que están más allá del bien y del mal.

En la exaltación del amor físico, la obra de D. H. Lawrence, *El amante de lady Chatterley* (1928), arrasa todo vestigio de puritanismo victoriano y sus personajes rei-

vindican una libertad sexual, merecedora de todas las condenas oficiales. La obra fue reiteradamente prohibida y editada, finalmente, tras la supresión de los más escabrosos pasajes.

El trauma de la guerra, matando el optimismo anterior, genera un pesimismo que comparten vencedores y vencidos y que está patente en novelas de corte tan clásico como *La montaña mágica* (1924), de Thomas Mann, o *Los Thibault,* de Roger Martin du Gard, o en obras tan innovadoras como *Contrapunto* (1928), de Aldous Huxley, sátira social escrita en una prosa donde luce una ironía nutrida de cientifismo enciclopédico.

El pesimismo, más sociológico que moral, está igualmente presente en la narrativa americana que representan Dreiser, Sinclair Lewis, Dos Passos y Hemingway, la llamada *generación perdida.*

Las tesis pacifistas tuvieron su manifestación literaria, sobre todo, en *El Fuego,* de Barbusse, y en *Sin novedad en el frente,* de Remarque, combatientes de los dos bandos, concordes en un testimonio irrefutable y definitivo contra la guerra.

En 1928 apareció una novela —*Los Conquistadores*— que reveló a su autor, André Malraux. En él habría de personificarse el tipo del escritor doblado de hombre de acción y de pensamiento, y cuyos libros serían el resultado de una vivencia personal, línea a la que se adscribirían el citado Hemingway, Saint-Exupery (escritor y aviador), Koestler y otros escritores muy representativos de la etapa *entre las dos guerras.*

En la creación de pensamiento, el diagnóstico sociológico de la época se reflejaba en *La rebelión de las masas,* de Ortega y Gasset. La década, convulsa e incierta, dejó una honda huella cultural como cuadra a todo tiempo capaz de replantearse la vigencia de unos valores que, hasta muy poco antes, han sostenido una validez a toda prueba.

La investigación pura, muy impulsada respecto a la importancia que se le atribuía a principios de siglo, dio en este decenio espléndidos resultados.

Las ciencias médicas se apuntan éxitos tan importantes como el aislamiento de la insulina, por Banting y Best, en 1921; el descubrimiento de la acción reconstituyente de los extractos hepáticos, por Minot y Murphy, y el preparado de las vacunas antituberculosas.

En 1928 se produjo el descubrimiento de la penicilina, por Fleming. En 1929, Berger puso a punto las técnicas de la electroencefalografía.

Los estudios tendentes a lograr la transmisión de imágenes se materializaron en 1925, cuando Baird hizo una demostración de lo que, al pasar el tiempo, será el más poderoso e influyente medio de comunicación: la televisión.



CHARLES CHAPLIN

Charles Spencer Chaplin, Charlot (Londres, 1889-Vevey, 1977). Actor, director y productor cinematográfico británico. Hijo de una familia de artistas de variedades, en 1910 emigró a Estados Unidos. Sus dotes mímicas, su humor visual y sus cualidades humanas le concedieron una inmensa popularidad bajo el apodo de **Charlot** ***(Carlitos). Chaplin supo crear un personaje entrañable y profundamente humano, auténtico caballero andante contra la injusticia social y en favor de la dama, no exento de humor ácido y, a la vez, poético. El propio Chaplin lo definió alguna vez como*** **un vagabundo, un caballero, un poeta, un soñador, un solitario.**

En 1919 creó, junto con Douglas Fairbanks, Mary Pickford y D. V. Griffith, la United Artists.

Charlot ha legado a la historia del cine películas inolvidables como **El chico** ***(1921),*** **La quimera del oro** ***(1925),*** **El circo** ***(1928),*** **Luces de la ciudad** ***(1931),*** **Tiempos modernos** ***(1936),*** **El gran dictador** ***(1940)*** **y Candilejas** ***(1952), aparte de infinidad de cortometrajes.***

Acusado de izquierdista y antinorteamericano, y cansado de la intensa campaña de prensa de que fue objeto, Charles Chaplin abandonaría definitivamente los Estados Unidos en 1952 para establecerse en Vevey, Suiza.

La Física atómica seguía siendo el más fascinante reto para los investigadores. El análisis de la luz hizo descubrir su origen en el fotón; el de la electricidad, en el electrón. La Mecánica ondulatoria que enuncia De Broglie y la Mecánica cuántica que desarrollan Heisenberg y Schrödinger unen en una misma interpretación la Física de las radiaciones y la Física de la materia.

Todo el edificio de la ciencia clásica y determinista, basado en el principio de causalidad, se pone en cuestión por la Física atómica al llegarse a un punto en el que experimentalmente se hace insegura la predicción de un fenómeno.

Se abre el gran debate entre deterministas e indeterministas al enunciar Heisenberg su *principio de indeterminación,* que él concreta como *relación de incertidumbre;* los indeterministas lo interpretan como la imposibilidad de predeterminar la ocurrencia de un fenómeno y los deterministas como la simple imposibilidad de medir el alcance del mismo, pero no su acaecimiento.

Desde el punto de vista lógico-matemático, Bertrand Russell estudia el análisis de la materia, desentrañado por la Física, y lo lleva a sus últimas consecuencias deductivo-inductivas.

Hacia el final de la década se produce en el campo de la Física experimental un descubrimiento trascendental. El físico norteamericano Lawrence crea el *ciclotrón,* aparato en el que consigue las condiciones óptimas para la inyección de partículas atómicas susceptibles de provocar la desintegración de una sustancia.

La «prosperity»

En 1929 el mundo había restañado las heridas de la guerra. En aquel año, la producción mundial de materias primas y alimentos superaba en un 20 por 100 las cifras de anteguerra. En cuanto a los productos manufacturados, su nivel sobrepasaba en un 25 por 100 al de 1914. Los Estados Unidos eran el país eje de Occidente.

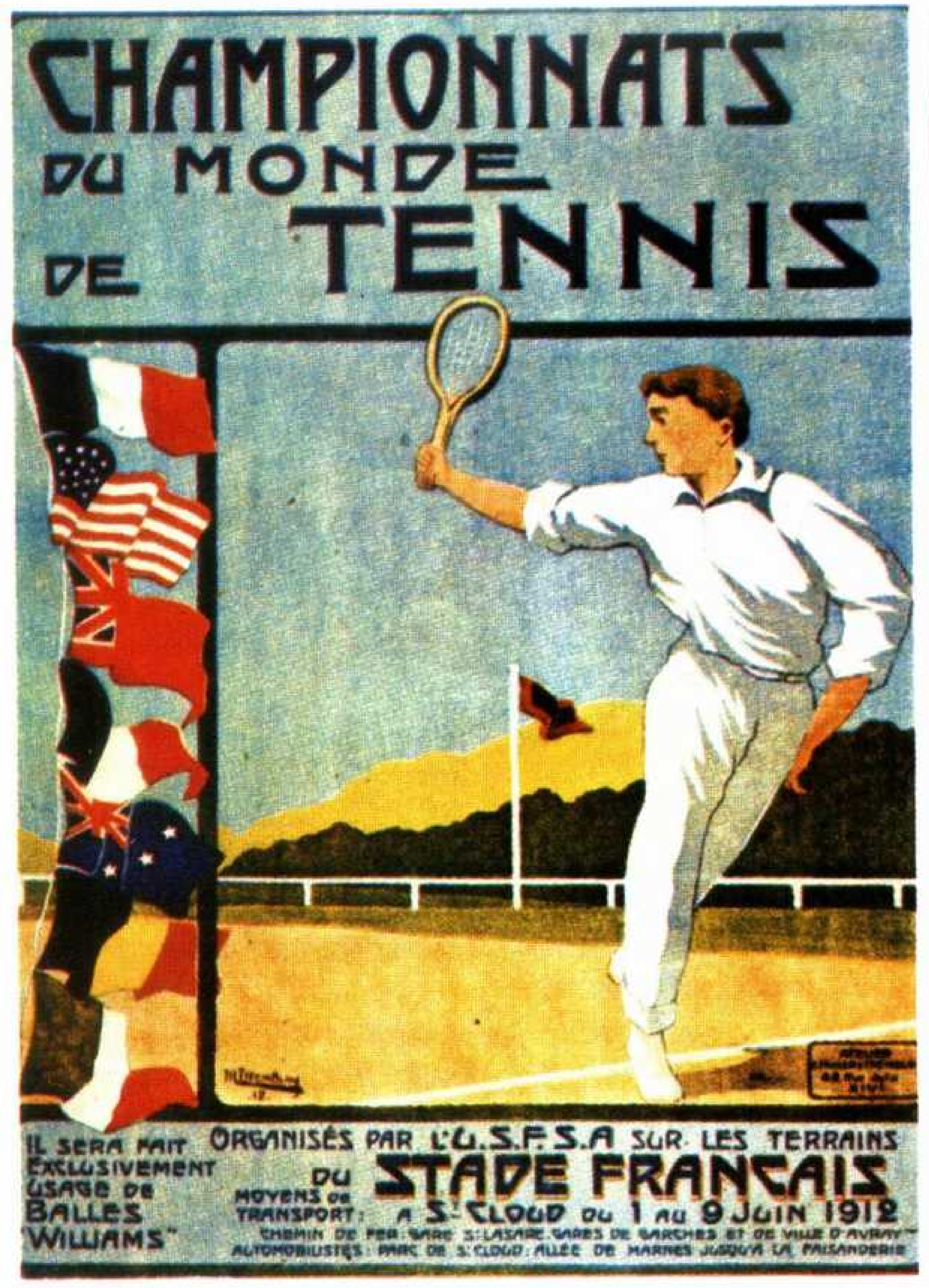
La vida era más confortable que nunca y el sistema capitalista parecía haber superado el embate de la guerra y la peligrosa



Cartel anunciador de una película de Charlot



Publicidad de un combate de boxeo entre Carpentier y Cook



Anuncio del campeonato mundial de tenis



Cartel de una película muda

Publicidad de un coche Fiat

vecindad del socialismo soviético. El orbe entero se impregnaba de admiración hacia lo yanqui, en sus modelos publicitarios, en su estilo de vida, en la aceptación de unos ídolos lanzados por los exuberantes medios de difusión americanos.

Lindberg, Greta Garbo, Douglas Fairbanks, Al Capone y Henry Ford eran mitos de una época, edificados sobre el cine, sobre los noticiarios, la propaganda y la prensa. El imperio del dólar era absoluto, aunque un cómico genial de origen inglés catapultado a la fama por Hollywood, llamado Charles Chaplin, ironizara a costa del sistema y del país que exaltaba al triunfador como a un semidiós mientras él, por contraste, había encarnado al paria. Y, a través de su mirada melancólica, se podían percibir los puntos débiles de un orden de cosas, demasiado seguro de sí mismo y de sus valores materiales.

La expansión de los negocios, apoyados en la preponderante posición de los Estados Unidos y en sus índices de crecimiento, daba lugar a un período eufórico al que se llamó de la *prosperity*.

Un fomentado afán inversor, estimulado por el dinero fácil, empujaba a grandes cantidades de personas al espejismo del juego bolsístico, azar en el que habían entrado también las facilidades dadas en el mercado de valores para la adquisición de acciones en cómodos plazos, lo que se llamó *compras con margen*.

La Bolsa de Nueva York, en 1928 y los primeros meses de 1929, era una fábrica de hacer dinero. El volumen de operaciones crecía en vertiginosa progresión. El 16 de noviembre de 1928, en un solo día cambiaron de manos seis millones y medio de acciones. En los primeros meses de 1929, el precio medio de los valores negociados en Wall Street subió en un 35 por 100. La tendencia al alza era signo indefectible de seguras ganancias.

Las gentes adineradas vivían el esplendor de los felices veinte. Los nuevos ricos americanos invadían Europa viajando en el *Mauritania*, en el *Bremen* o en el *París*, para alardear de su riqueza, ante las depauperadas monedas europeas, en Biarritz, en Cannes o en Taormina.

El bienestar, gracias a una mayor disponibilidad de tiempo libre, alcanzaba también a las clases medias. El disfrute del ocio se imponía como un bien más que empujaba a la evasión de fin de semana, hacia las playas en la época estival, hacia el excursionismo.

Grandes multitudes, deseosas de compensar una existencia entre lo monótono y lo frenético, buscaban su evasión a la Naturaleza en los días de asueto. Hasta el turismo, gracias al uso del autocar, abarataba sus tarifas y las ponía al alcance de mucha gente. El mundo occidental vivía un *boom* que contagiaba de optimismo a una generación, deseosa de olvido y dispuesta a vivir lo mejor posible.

Mas toda aquella prosperidad tenía un fondo de irrealidad. La verdad era que las clases trabajadoras recibían una participación muy inferior a la que hubiera convenido para mantener la firmeza de la economía. A pesar de la publicidad, a pesar de las grandes facilidades de pago, su poder adquisitivo no era el adecuado para sostener los altísimos niveles de producción alcanzados en un mundo convencido ciegamente en el indefectible signo alcista de la Bolsa, que en Nueva York se había convertido en el epicentro de la economía de todo el mundo civilizado.

La ficción duraría hasta el otoño de 1929. Los títulos bursátiles habían multiplicado por cuatro, por cinco y más veces su valor de 1924-25. Pero todos aquellos sueños se desplomaron como un inmenso castillo de naipes con el crac de Wall Street. Era el fin de las ilusiones.

Bibliografía

Rafael Abella, ***Lo que el siglo XX nos ha dado,*** Barcelona, 1976. Joel Colton, ***«El siglo veinte», Time-Life International,*** 1970. Johm Kenneth Galbraith, ***El «crac» del 29,*** Barcelona, 1976. ***Historia General de las Civilizaciones,*** tomo 7°, Epoca Conpemporánea, Barcelona, 1961. ***Historia Universal del siglo XX,*** Taylor y col., 1972. A. J. P. Taylor, ***From Sarajevo to Potsdam,*** Londres, 1966. ***The Fabulous Century,*** vol. III, 1920-1930, New York, 1969. ***The Twentieth Century,*** Allan Bullock editor, Londres, 1971.

EL FASCISMO ITALIANO

Múltiples han sido, desde la aparición del fenómeno fascista hasta su momento de análisis como hecho histórico, los estudiosos del fascismo. Todos, comenzando por uno de sus principales investigadores italianos —Renzo de Felice— han coincidido en considerar a la Guerra Mundial como el punto de partida y aun la potenciadora del fenómeno fascista.

Para algunos, incluso, las primeras muestras del fascismo ya se podían advertir en el curso de la propia guerra, sobre todo en las jornadas de mayo de 1915, cuando el Gobierno italiano se vio impelido a la intervención por una minoría que desconocía o despreciaba la mayoría neutralista del país. Para Salvatorelli, aquellas jornadas que ponían fin a una tradición política parlamentaria, característica de la vida italiana, tenían ya claros signos fascistas.

Para otros como Federico Chabod, si la guerra constituyó, indudablemente, el punto de partida, fueron sobre todo las condiciones económicas y la crisis de la conciencia italiana herida por la frustración de una victoria mal pagada por los aliados, las que crearon las premisas necesarias para que el fascismo se desarrollase.

La factura de la guerra

Efectivamente la factura de la guerra había sido muy elevada. Italia había hecho un esfuerzo muy por encima de sus posibilidades. El 15 de noviembre de 1918, a las tres en punto de la tarde, terminaba para Italia la guerra, según lo convenido en el armisticio firmado el anterior día 3 entre el general austriaco Von Webenau y el general italiano Badoglio, después de que, en la última operación de su ejército, las tropas italianas entrasen victoriosas en Trento y Trieste. Fueron los días de júbilo y orgullo nacional, en que aún se podía saborear la victoria y esperar confiadamente en la rentabilidad de sus beneficios, pese a la conciencia de las pérdidas ya conocidas. Porque éstas habían sido grandes.

Sólo en vidas humanas, entre muertos y desaparecidos, superaban con creces el medio millón. Se han llegado a evaluar en 680.000. El propio Mussolini hablaría siempre de los *600.000 martiri*. El caso es que, pese al número de nacimientos y a las poblaciones de los territorios anexionados tras la guerra, la población italiana era inferior en más de medio millón de personas a la de 1914.

A esa dramática cifra había que añadir el peso que para el Estado y la sociedad italianos representaba un número similar de mutilados, incapacitados para el trabajo que precisaban para subsistir de una pensión oficial. Y, por si fuera poco, inesperado postre que llegó a casi todos los países de Europa, la gripe de 1919 añadió alrededor de 400.000 víctimas.

A las pérdidas humanas, cuya incidencia económica y social fue grande tanto en la industria como, sobre todo, en la agricultura, en un país de predominio rural, se unió el precio de la guerra, como otro de los componentes que desencadenaría la crisis económica. De los 2.300 millones de liras que la guerra costó en el primer año, se pasó a los 20.600 millones de 1918.

Hubo que acudir a los préstamos internacionales, especialmente de los Estados Unidos, principal abastecedor de las importaciones italianas, cuyo gobierno prestó al italiano en 1919, 1.500 millones de dólares. En conjunto, los préstamos de los aliados significaban en 1919 para Italia una deuda de más de 20.000 millones de liras oro.

Respecto al fenómeno de la inflación, que



Benito Mussolini



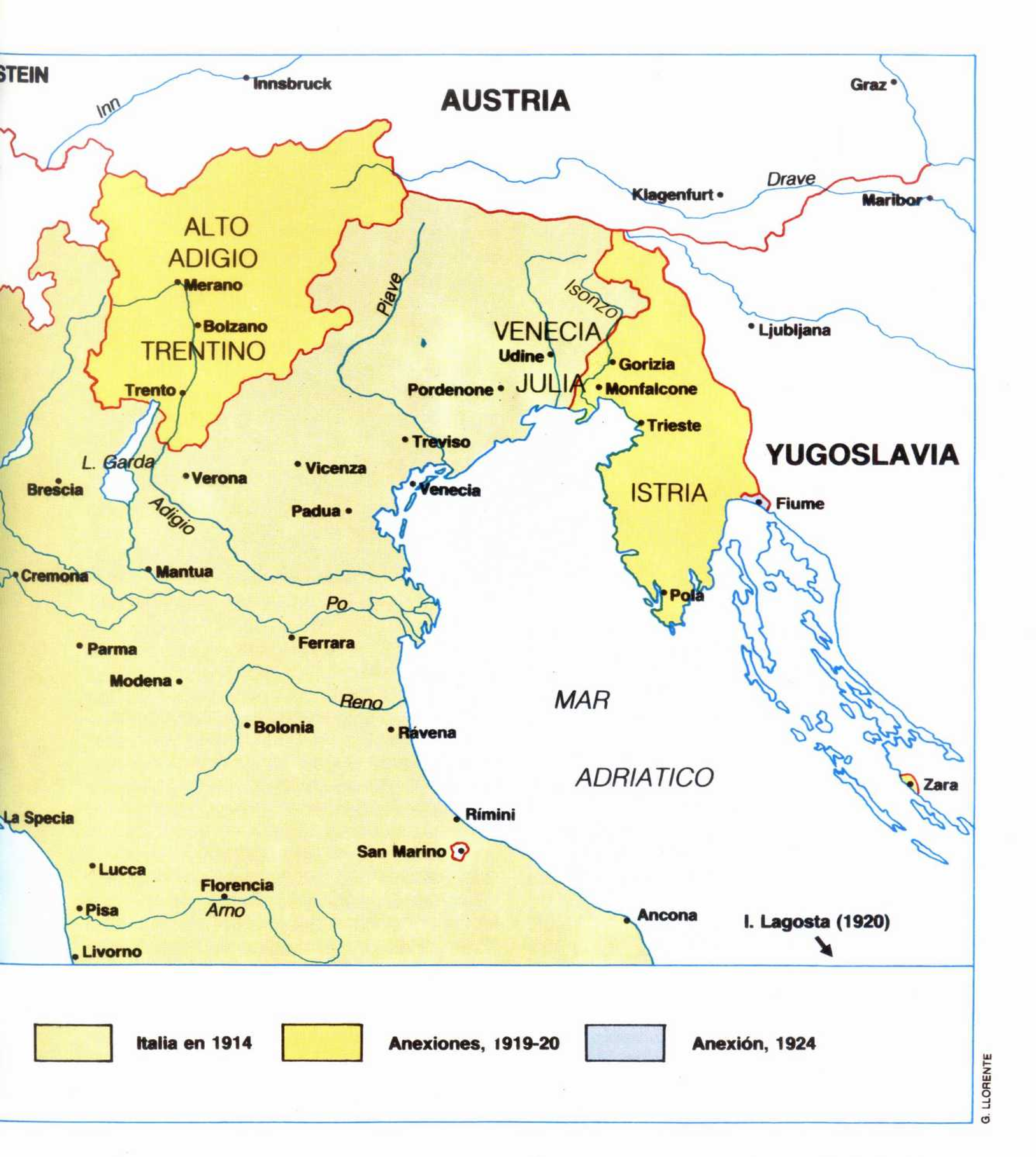
Las anexiones italianas tras la conclusión de la Gran Guerra no contentaron las aspiraciones populares. Las fronteras del norte fueron motivo de continuas fricciones con los países vecinos.

se había practicado habitualmente por esos años, si el valor de los billetes emitidos en 1914 era de 657 millones de liras, en 1918 superaban los 2.000 millones los billetes en circulación. Si no se produjo una quiebra total de la moneda italiana fue porque los aliados la mantuvieron artificialmente.

La situación de la agricultura no era menos desastrosa. Como hemos indicado, la pérdida de brazos para el campo que toda guerra origina, tuvo su inmediata repercusión. En general, la producción agrícola bajó: el trigo, por ejemplo, de 52 millones de quintales en 1913 a 28 millones en 1920, y la producción remolachera descendió más de un 50 por 100. A la pérdida de brazos, que en 1918 se evaluaba en más de un 60 por 100, se añadía la penuria técnica del campo italiano, escaso en maquinaria y en abonos.

El panorama agrícola se completa con el control de los precios que ejerce el gobierno para evitar mayores motivos de revuelta en las agobiadas poblaciones campesinas, manteniéndolos en niveles desproporcionadamente bajos, sobre todo si se los compara con el crecimiento de los precios industriales.

El comercio italiano experimentó también un cambio sustancial, consecuencia de la guerra, con el aumento de las importaciones, especialmente de productos alimenti-



cios y de petróleo, mientras disminuían las exportaciones. Para 1917, el volumen de estas últimas no cubrió más que en un tercio el valor de los productos importados, con el agravante de que, por tratarse de productos de primera necesidad, el precio de los importados subió por momentos, mientras que los vendidos por Italia, artículos de lujo o de utilidad secundaria, no experimentaban un alza tan acusada en sus precios.

Si, por último, examinamos la industria, en la que Italia había hecho un gran esfuerzo durante los años de la guerra, de lo que era prueba el crecimiento de la firma Fiat o el desarrollo de la industria naviera, terminado el conflicto se presentaba la urgente necesidad de reconvertirla para una economía de un país en paz.

Esto tenía dificultades, tanto para las mayores empresas metalúrgicas como Ilva y

Ansaldo, como para las automovilistas Fiat o la de neumáticos Pirelli, acostumbradas a una gran producción, para la que en los primeros años de la posguerra no había mercado interior ni exterior, y a unos precios que, si en unos años de producción de guerra habían sido tolerados por el Estado, que los pagaba con tal de que la producción se mantuviese, ahora empezaban a no ser en absoluto competitivos de cara al mercado internacional.

Habían terminado para estas industrias los años de los grandes beneficios que la guerra les había deparado. El capital de la Ansaldo pasó de los 30 millones de liras en 1916 a los 500 millones en 1918. Su volumen se multiplicó, amplió sus fábricas de Cornigliano, en Génova, absorbió sociedades mineras de hierro y de carbón, se extendió a los astilleros de La Spezia y de Sestri Ponente, y se lanzó incluso a la explotación de centrales hidroeléctricas y al campo de la producción metalúrgica diferenciada, desde la fabricación de aviones a la de bicicletas.

Mantener estos niveles de beneficios y esta situación privilegiada será una de las exigencias de los grandes industriales al Estado. El aumento de los impuestos sobre los beneficios de la guerra, la revisión de los contratos firmados entre el Estado y las empresas en aquellos años, inquietan al gran capital industrial, que presencia, al tiempo, con el natural temor, el crecimiento de las organizaciones obreras y sus campañas reivindicativas, acentuadas por la presión sindical y por las huelgas, ante las que el Gobierno parece no actuar con la dureza que le exigen los intereses empresariales.



FRANCESCO NITTI

Francesco Saverio Nitti (Melfi, 1868-Roma, 1953). Político italiano. Periodista y profesor de Economía, fue elegido diputado liberal en 1904. Ministro de Economía, Industria y Comercio (1911-14) y de Hacienda (1917-19), sucedió a Orlando como jefe del Gobierno en junio de 1919.

Su mandato estuvo marcado por una profunda crisis política y social, por el auge del fascismo y por la incapacidad de socialistas y republicanos para coordinar sus esfuerzos en favor de la democracia. Presentó su dimisión en junio de 1920.

Reelegido diputado en 1921, se alejó de la política tras el triunfo de Mussolini y no concurrió a las elecciones de 1924. Posteriormente se estableció en Francia, donde fue detenido por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.

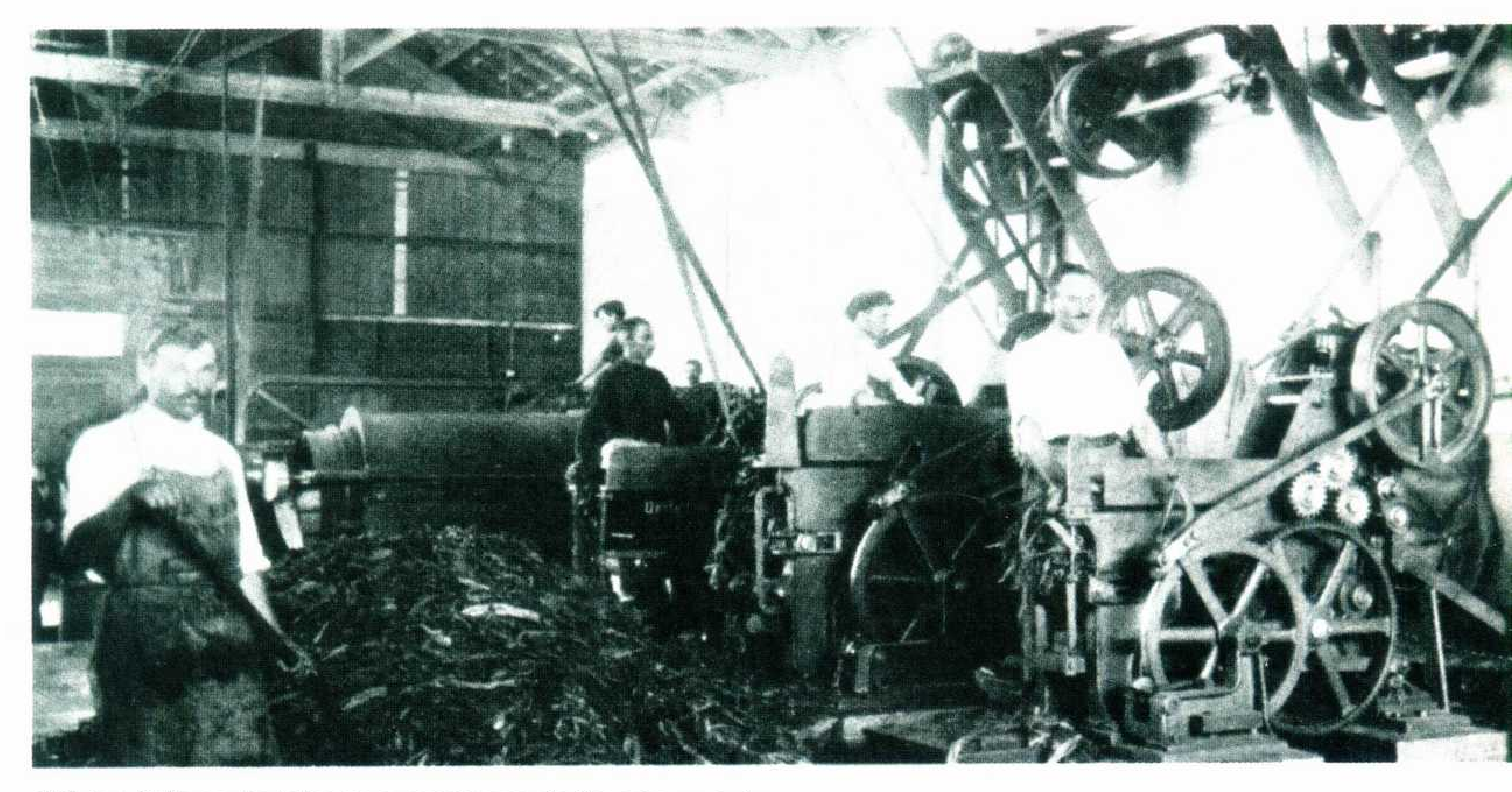
Confinado en Austria, fue rescatado por los aliados en 1945 y pudo regresar a Italia. Ocupó un escaño en el Senado desde 1948.

Crisis social

Se ha dicho que *senza crisi economica, niente fascismo*. Es cierto, sobre todo, porque toda crisis económica provoca una crisis social que en Italia afectó a todos los niveles de la población. En esa perspectiva, el fascismo se presentará —interpretación acentuada por la historiografía marxista— como producto del agravamiento de la lucha de clases. No sólo del enfrentamiento entre proletariado y burguesía, sino de la propia crisis interna de ésta entre unos privilegiados grupos burgueses, industriales o financieros, enriquecidos por los beneficios de la guerra, y una pequeña y media burguesía víctima de la inflación y de la incontenible carestía de la vida.

Los que vivían de unos sueldos veían disminuir, día a día, su poder adquisitivo. Los que tenían su dinero invertido en acciones o en deuda del Estado presenciaban cómo la inflación terminaba con el ahorro conseguido en los escasos buenos años anteriores a la guerra.

Esta pequeña y media burguesía, empobrecida, en proceso de proletarización, se vuelve contra los políticos y contra el mismo sistema. No hay que olvidar en este amplio sector social a la oficialidad del ejército, a los *burgueses de uniforme*, que tras los años sacrificados de la guerra, se incorporan a



Fábrica italiana de tabacos a comienzos de los años veinte

una sociedad teóricamente en paz, frustrados por su mediocridad económica y por sus aspiraciones menoscabadas de un mayor engrandecimiento nacional.

Señalemos ya, en este grupo, a los *arditi,* los voluntarios de las tropas de asalto que habían tenido una resonante presencia entre los combatientes y vendrían a ser ahora uno de los núcleos iniciales del fascismo. En estos hombres, unidos por un *espíritu combatiente,* se pone de manifiesto una actitud de agresión tanto hacia el Estado, que no ha sabido asegurarle una reinserción digna en la sociedad de la posguerra, como hacia el propio ejército profesional.

Si de la burguesía se pasa a la situación del campesinado que, en una Italia de predominio rural, ha sufrido quizá más que ningún otro grupo el peso de la guerra, la decepción de la paz no pudo ser mayor. Las promesas de tierras que, en los difíciles días de la lucha, se le hicieron para cuando volvieran a sus hogares habían quedado sólo en palabras. Su condición de vida, por otro lado, no había mejorado, sino que se había endurecido aún más.

Para el obrero industrial lo más penoso era la subida de precios, de la que nos dan idea estos datos: Si tomamos para el año 1913 como base el índice 100, los precios alcanzan el índice 471 en junio de 1919; el índice 576 en diciembre de ese mismo año; el 701 en febrero de 1920 y el índice 825 en el siguiente diciembre, mientras los salarios no se han acercado, ni con mucho, a ese vertiginoso ritmo.

Como consecuencia, la situación es prerrevolucionaria en toda Italia. En sus recuerdos de la Italia de 1920, don Francisco Cambó escribía:

En 1920 presentaba Italia todos los síntomas inmediatamente precursores de una revolución demagógica, de una anárquica descomposición, tanto en el orden político como en el orden social. La visión de la Rusia soviética acudía a todos los espíritus cuando se hablaba entonces de la situación de Italia. Los observadores más atentos y conocedores de las cosas preveían para Italia una conmoción peor que la sufrida por Rusia... Ondeaba la bandera roja en las fábricas y en los ayuntamientos del centro y del norte de Italia... El Gobierno, que aún existía de nombre, se había eclipsado por completo; ni reprimía ni aprobaba: estaba ausente.

Desde julio de 1919 habían empezado en el campo las ocupaciones de fincas. Las masas campesinas, que habían esperado las anunciadas expropiaciones de tierras insuficientemente explotadas, se lanzaron, conducidas por improvisados líderes, a la ocupación de tierras. Por su parte, los obreros de la industria que creían llegado el ansiado momento de las predicadas *dirección colectiva de la empresa* y de la *apropiación de*

los medios de producción, emprendieron una serie de acciones: desde la huelga y la ocupación de fábricas, al asalto y pillaje de almacenes. En Milán, el 6 de junio de 1919, fueron asaltados más de 200 comercios. Incluso en Florencia se llegó a instalar una *República de los soviets* que duró sólo tres días.

Se ha dicho que *il fascismo era figlio della paura*. Es cierto; en gran medida, era hijo del miedo de una burguesía urbana y de una burguesía terrateniente ante la revolución. Uno de los clásicos en el tema, Ernst Nolte, entiende al fascismo nacido de la crisis existencial de la sociedad liberal frente al peligro de una revolución comunista. E insiste: *El fundamento del movimiento fascista hay que buscarlo, pues, en el miedo al salto en el vacío que el comunismo suscita en la sociedad liberal*. Nolte se guarda de identificar fascismo con anticomunismo: pero sin la amenaza de una convulsión comunista, considera que aquél no se habría dado. Desde la óptica comunista, Palmiro Togliatti advierte de la errónea identificación, mecánica y simplista, entre fascismo y capitalismo, cuando aquél subraya su anticapitalismo y se define por un sistema corporativo que intenta la conciliación de las clases sociales en beneficio de la producción y en el superior interés de la nación.

Crisis económica, lucha social... Existe también la quiebra del sistema parlamentario liberal, de los partidos que de forma tan precaria le sostenían, pero también de los jóvenes partidos obreristas, en especial la del Partido Socialista Italiano (PSI).

El régimen parlamentario vivía una dramática crisis de identidad desde los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial; pero ésta, naturalmente —revulsivo de tantas parcelas de la vida pública—, la había acentuado.

Por otro lado, esa crisis no era privativa de Italia, sino que en mayor o menor medida la vivieron todos los países europeos, más acentuada en los mediterráneos, de jóvenes e inestables democracias, menos visible en los nórdicos, más evolucionadas sus estructuras sociales y con más larga andadura democrática. Pero todos la vivieron. No es necesario que acudamos al caso de España, en vísperas también de una salida dictatorial a la prolongada crisis del sistema de la Restauración.

Cuando el 20 de noviembre de 1918 se abren de nuevo las Cámaras en Italia, tras el discurso patriótico —como exigía el victorioso final de la guerra— del presidente del Gobierno, Vittorio Emanuel Orlando, el ex presidente Salandra criticó duramente el sistema parlamentario: Salandra veía el futuro en el *Fascio di Difesa Nazionale*, nacido después de la traumática derrota de Caporetto.

Tal *fascio*, que, dicho sea de paso, nada tenía aún que ver con el *fascismo*, se presentaba como una convocatoria de agrupación lanzada a *los hombres de buena voluntad* como alternativa a los partidos políticos. Pese a la escasa vida que tal *fascio* tuvo, ya era un símbolo de descomposición de un sistema cuya vida parlamentaria estuvo durante esos años caracterizada por los intereses de partido o personales, por las intrigas y por el más absoluto menosprecio de la propia institución y de sus reglas de juego.

El interés de partido y de grupo hablaba notoriamente más alto que el interés público —anotaba Cambó—; *en todo problema sometido a la deliberación parlamentaria, más que el problema en sí, más que la bondad de la solución propuesta, lo que decidía la posición de los grupos parlamentarios eran las consecuencias puramente partidistas que se pudiesen derivar de sus votos: lo que se combatía hoy, por proponerlo el gobierno de Nitti, era votado y defendido cuando lo proponía Giolitti.*

El Partido Socialista Italiano experimentaba en su seno una progresiva escisión entre el sector más moderado —el representado por hombres como Turati o Treves— y las posturas maximalistas encarnadas por Serrati, Bombardi o Bordiga, claramente mayoritarias, mientras que los moderados acentuaban su debilidad en el partido. Justamente lo contrario de lo que sucedía en la sindical, la Confederación General del Trabajo (CGL), en que seguían pesando más las directrices reformistas y socialdemócratas.

Los hombres

Hablar del fascismo italiano es hablar de Benito Mussolini, ya que lo protagonizó hasta 1945. Hijo de un herrero y de una maestra rural, Benito Amilcare Andrea Mussolini había nacido en Varano dei Costa, cerca de Dovia di Predappio, el 25 de julio

Bombardeo de Corfú por los italianos, en 1923

de 1883. Era un romañolo, con todo lo que esa región había representado en el proceso nacionalista de la unidad italiana.

Miembro del Partido Socialista desde los diecisiete años, pronto abandonó su profesión de maestro para lanzarse al mundo del periodismo y de la política. Emigrado a Suiza, trabaja allí como albañil, mientras lee sin descanso y hace propaganda socialista entre los trabajadores italianos emigrados. Entre sus lecturas están Marx, Proudhon, Sorel, Nietzsche, Pareto...

Un especialista en el fascismo italiano y en la personalidad de Mussolini como el profesor Renzo de Felice considera que no fue nunca un auténtico socialista, ni por su mentalidad ni por su formación intelectual. Careció en realidad de una formación marxista, aunque leyese y admirase a Marx. Sin duda, influyó mucho más en él la lectura de Sorel, su sindicalismo revolucionario implícito en sus *Consideraciones sobre la violencia*.

Vuelto a Italia y cumplido su servicio militar, entre 1905 y 1907, desarrolla en Trento su actividad como periodista y como agitador sindicalista, lo que le supone la expulsión por parte de la policía austriaca. De nuevo en su región natal, la Romaña, dirige un periódico socialista, *La lotta di classe*, e incluso ensaya el género novelístico con un relato violentamente anticlerical, como su-



Caricatura de Mussolini representado como un nuevo Napoleón

giere ya su título, *Claudia Particella, la amante del cardenal.* Ya entonces conoce la cárcel, por alentar huelgas y por la campaña que en su periódico hacía contra la política colonial africana, en concreto contra la campaña de Libia.

Los años próximos a la Guerra Mundial son cruciales en la vida de Mussolini, tanto por el encargo que el Partido Socialista le hace de dirigir su órgano periódico *Avanti,* en Milán, como por el cambio que se experimenta en su actitud ante el dilema neutralidad o intervención en 1914.

Opuesto al principio a la participación italiana, actitud mayoritaria en la sociedad italiana, se sumó pronto a la decisión intervencionista, quizá obedeciendo a su espíritu de luchador, quizá a su pragmatismo —por la ocasión que se le ofrecía a Italia de redondear su ambición nacionalista— y quizá a la posibilidad de convertir la guerra en revolución interna, aunque algunos biógrafos añaden motivos más concretos y materiales: el dinero francés que le ayudó a transformarse en fanático defensor del intervencionismo.

Tal escisión con la postura neutralista que, en general, mantenía el socialismo, le supuso el alejamiento de la dirección del Partido y del periódico *Avanti.* Pero bien pronto —y con subvención francesa, esto está claro— funda *Il Popolo d'Italia,* el que será principal órgano del fascismo.

Al menos dos nombres hay que citar, junto al de Mussolini, en la inmediata génesis del fascismo, Marinetti y D'Annunzio, que pertenecen a su dimensión estética. En sus antecedentes está el *futurismo,* nacido en 1909 como movimiento artístico y literario, cuya figura más representativa es el poeta Filippo Tommaso Marinetti, uno de los más revolucionarios *vanguardistas* de esta época de búsqueda de nuevas formas de expresión.

Nacido en la secuencia de Nietzsche, Bergson y Sorel, admirador del nihilismo y del irracionalismo, levantó cuanto hubiese de norma y de precepto en la vida, en una apasionada vivencia del riesgo, de la violencia, de la ruptura con el pasado y con sus símbolos. En Literatura, una de las principales formas de expresión futurista, quiso eliminar la ortografía y la síntaxis vigentes, creando unas nuevas con curiosas y divertidas normas. En la tipografía de los escritos futuristas se empleaban las letras versalitas para indicar las pasiones, las negritas para las onomatopeyas y las cursivas para las sensaciones.

Ya antes de la guerra había causado sensación la publicación en *Le Figaro,* de París, el 20 de febrero de 1909, del primer manifiesto futurista: *Queremos cantar el amor al peligro, el impulso que otorgan la energía y la temeridad. Los elementos esenciales de nuestra poesía serán el valor, la osadía y la rebelión.* Políticamente, el manifiesto de 1913 era una mezcolanza de republicanismo, tendencias socializantes, simpatías hacía las posturas ácratas, con un fuerte componente anticlerical y una gran admiración hacia el superhombre, protagonista de un nacionalismo también apasionado.



GABRIEL D'ANNUNZIO

Gabriel D'Annunzio (Pescara, 1863-Gardone, 1938). Escritor italiano. A los dieciséis años publicó una colección de versos que le dio a conocer entre los críticos. En 1881 vino a Roma, donde alternó su vida universitaria con una intensa vida social. Poco después, conoció a la actriz Eleonora Duse, de la que se enamoró apasionadamente.
D'Annunzio haría sus primeras incursiones, sin éxito, en el mundo político. Fracasada su candidatura como diputado socialista, el poeta se retiró a su fastuosa villa de la Capponcina, cerca de Florencia.
Apenas estalló la Gran Guerra, regresó a Italia, donde se alistó como voluntario, tomando parte en acciones marítimas y aéreas en calidad de jefe de escuadrilla. En una refriega perdió el ojo derecho.
En 1919, al frente de sus **arditi,** ***ocupó militarmente Fiume, proclamándose regente de la ciudad.***
En 1920 se marchó de Fiume y se retiró a orillas del lago de Garda.



Columna fascista durante la Marcha sobre Roma

Incorporada Italia a la guerra —una ocasión para los futuristas de *vivere pericolosamente*—, Marinetti y Mario Carli, que habían fundado los *Fasci politici futuristi*, crearon también la asociación de *Arditi de Italia*, cuya sección milanesa presidía el propio Marinetti. En 1919, Mario Carli señalaba, entre las características del *ardito futurista*, la capacidad sin límites para el amor y el odio, vitalismo y ansias de gozar de cuanto la vida puede ofrecer, incluso el riesgo y la muerte.

En su programa, curiosamente titulado *programa energético*, con lo que ello significaba de culto a la fuerza y a la violencia, aconsejaba ejercitar diariamente el cuerpo en todas las formas de deporte, sobre todo la lucha; apoyar la agitación de los trabajadores, que tienda a su elevación moral y material, pero impedir que lo hagan en favor de un partido; perseguir a todos los neutrales y a todos los emboscados de todas las luchas, sean o no sean cruentas; llevar el calor de la juventud a la vida italiana.

Muy cerca de este movimiento de vanguardia, incluso inspirador de algunas de sus tendencias y manifestaciones, se encuentra otra curiosa personalidad, muy retórica y teatral: la del poeta Gabriel D'Annunzio.

Su participación en las jornadas de mayo de 1915 impulsando a las masas a un intervencionismo interpretado como *el baño de sangre que necesitaba Italia*, había sido importante en el compromiso italiano con los aliados. Tanto su militancia política como su actitud estética eran de filiación nietzscheana. Italia necesitaba de superhombres, capaces de controlar a las masas y de modelar la historia sólo con la fuerza de su voluntad. Para D'Annunzio, el Risorgimento estaba incompleto; Italia seguía padeciendo el problema de *una revolución hecha toda de política, de diplomacia e incluso de literatura y terriblemente pobre de esfuerzo colectivo, de sacrificio popular, en suma, de sangre vertida*.

Y parecía que la sangre italiana derramada durante los años de guerra nó había sido especialmente fecunda. *Parecía como si Italia hubiese luchado* ***ad majorem Franciae gloriam,*** ha escrito el historiador Pietro Quaroni.

En las negociaciones de la paz tuvieron los italianos claras muestras de olvido de las ofertas de 1915 y hasta de cierto cinismo por parte de sus aliados, cuando se discutieron las antiguas reivindicaciones del nacionalismo italiano: la anexión del Trentino hasta el paso del Brennero, la anexión de Trieste y de Istria, la Dalmacia septentrional y las islas próximas y las garantías de que el resto de las costas dálmata y albanesa iban a quedar neutralizadas.

Negociación aún más difícil cuando Orlando exigió también el territorio de Fiume, del que no se había hablado en el pacto de 1915. Wilson, que aceptó lo concerniente a la frontera norte de Italia, rechazó las demandas sobre Istria oriental, Dalmacia y Fiume. La ocupación de éste sería el acto de mayor resonancia de D'Annunzio.

La anexión de Fiume

Si en las historias del viejo reino de Nápoles hubo unas *vísperas sicilianas*, en la región del Fiume se pudo hablar, a fines de junio de 1919, de unas *vísperas fiumanas*, cuando la población, alentada la vertiente italiana de su nacionalismo, hostilizó con dureza a las tropas francesas de ocupación, acusándolas de simpatías hacia los croatas.

Fueron aquellas fechas especialmente tensas, en una región que ya vivía en continuada crisis desde el final de la guerra cuando, en noviembre de 1918, las tropas italianas ocuparon el puerto de Fiume, en colaboración con tropas francesas, inglesas y algunos efectivos norteamericanos.

La cuestión de Fiume —uno de los hitos en la marcha del fascismo hacia el poder— hay que examinarla desde diversas perspectivas. Pasa indudablemente la primera por la conferencia de París, que durante los meses de marzo y abril de 1919 debatió las reivindicaciones de Italia como país beligerante. Para los italianos, el compromiso aliado estaba explícito en el pacto de Londres de 1915, firmado cuando interesaba que Italia se incorporara a la guerra. Terminada ésta, parecía que los aliados habían olvidado cuantas promesas y concesiones hicieran en aquella ocasión. El jefe del Gobierno italiano, Orlando, y su ministro de Asuntos Exteriores, Sonnino, tuvieron que defender, con escaso éxito, las aspiraciones italianas frente a la resistencia de Wilson, Lloyd George y —sobre todo— Clemenceau.

Bien es verdad que las circunstancias habían cambiado mucho; en el pacto de Londres no se hablaba de las pretensiones italianas sobre Fiume ni en aquel momento se sospechaba la desaparición del Imperio austro-húngaro. Si los aliados admitieron el criterio en cuanto a la fijación de la frontera con Austria, incorporando a su soberanía la población que habitaba el territorio meridional de la vertiente alpina, no mostraron tanta facilidad para las reivindicaciones italianas sobre Dalmacia y Fiume.

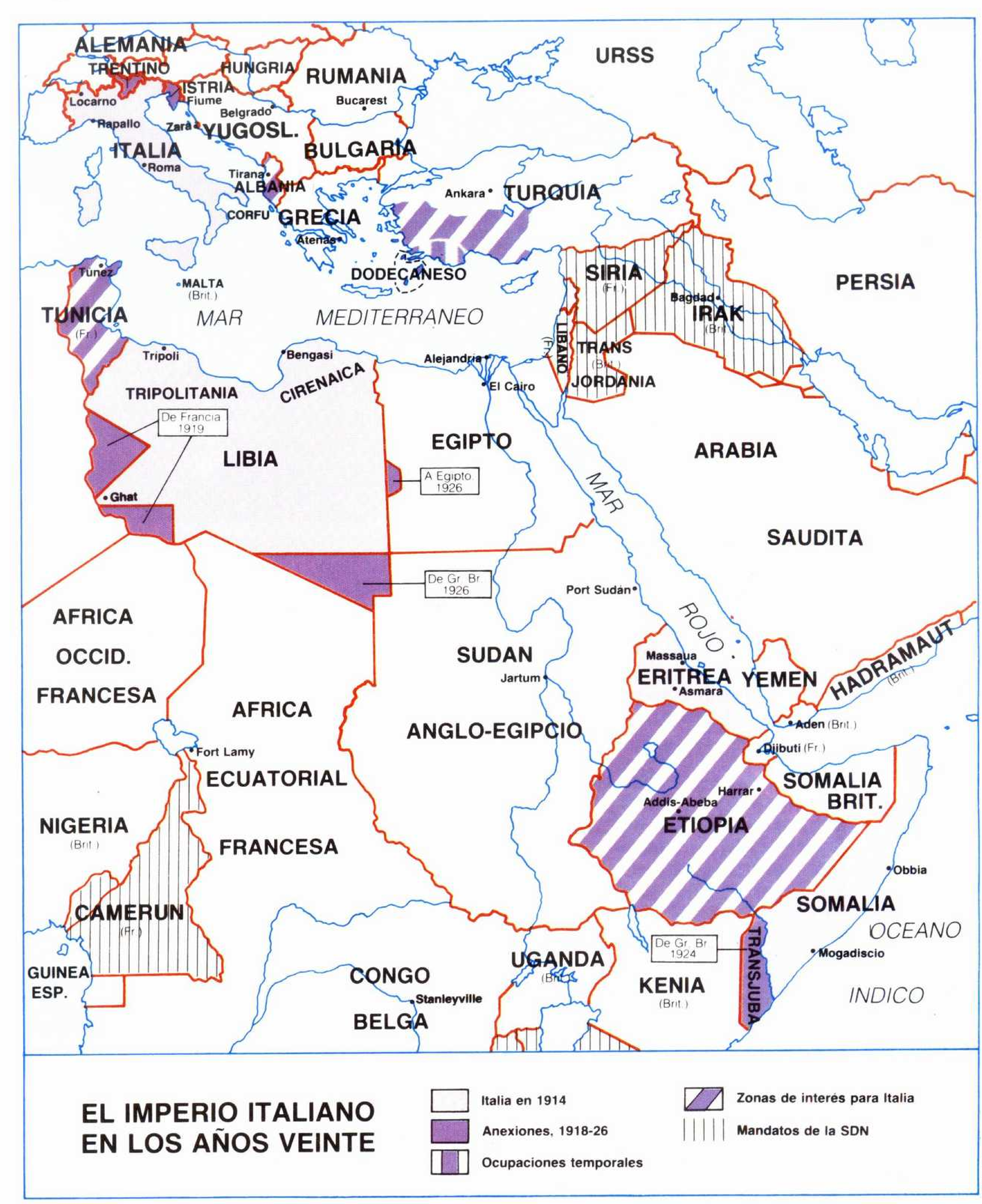
Tras la decepción y las protestas de los delegados italianos, los aliados —y muy especialmente la decisión de Wilson— concedieron a Italia la mayor parte de Istria, y la condición de ciudad libre a Fiume. La tensión en el curso de la conferencia llegó a tal grado que Orlando, consciente de lo que aquella frustración podía suponer para el pueblo italiano, exclamaría: *Siamo un popolo sobrio e conosciamo l'arte di morir di fame*, amenazando con un alejamiento diplomático y comercial de los aliados vencedores en la guerra.

La ruptura se precipitó; el 24 de abril, el jefe del Gobierno italiano, Orlando, abandonaba la conferencia, y dos días después lo hacía su ministro de Asuntos Exteriores, Sonnino, mientras en Italia se iba afianzando la convicción de que aquella victoria había sido una *vittoria mutilata*.

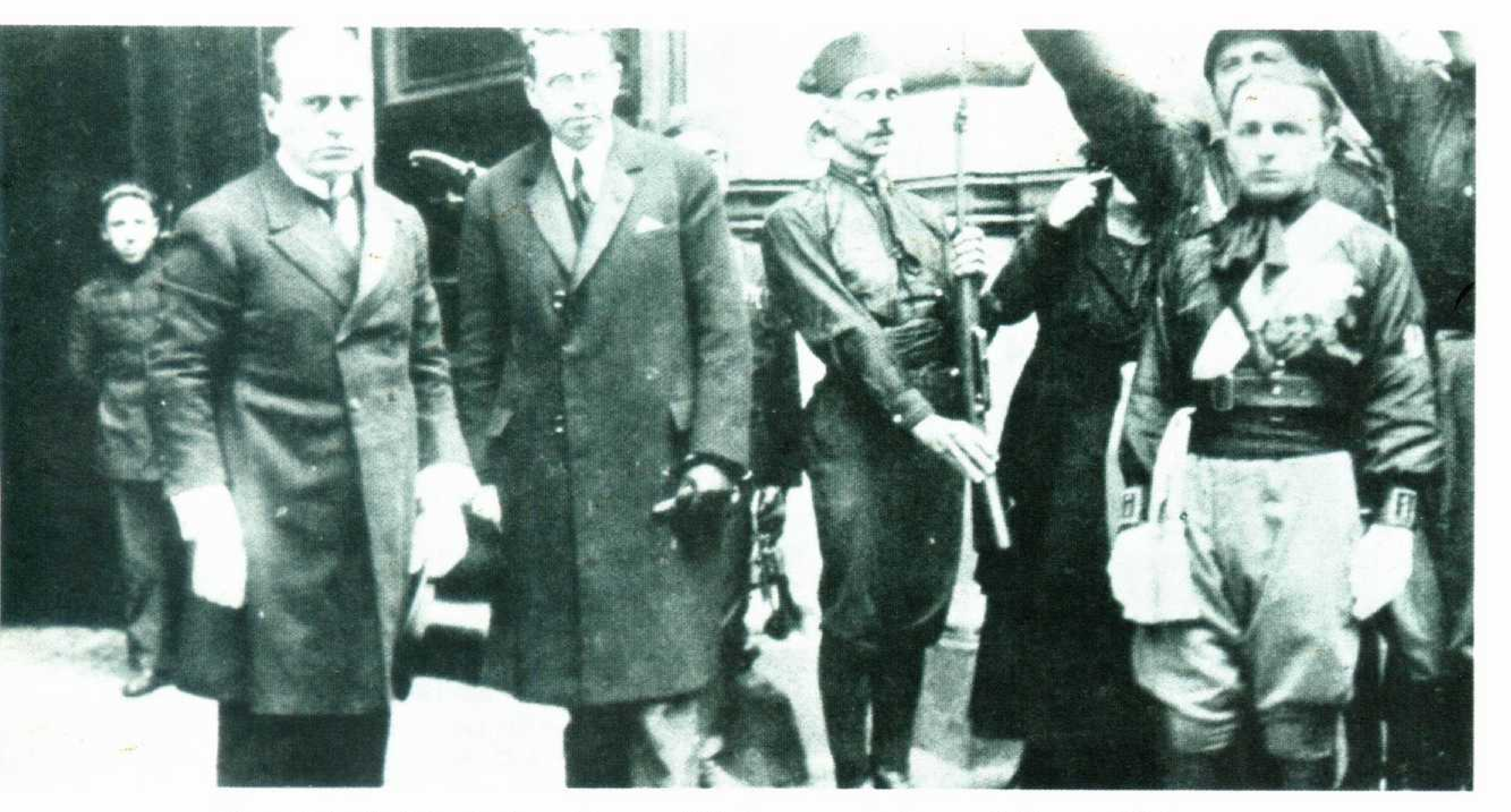
En Fiume, junto al factor nacionalista, contaban otros intereses. En primer lugar, el valor comercial del puerto, sobre todo ante el temor de que en poder de Yugoslavia pudiera hacer la competencia al puerto de Trieste. En segundo lugar, el interés que para algunos sectores del Ejército italiano, en especial para el generalato —cuyos efectivos se habían multiplicado por diez desde 1914—, tenía el mantener un punto de tensión bélica que retrasase la anunciada desmovilización, con la consiguiente reducción del presupuesto militar, medidas a las que se disponía el Gobierno Mitti.

A fines de abril, en su periódico *Popolo d'Italia*, Benito Mussolini alentaba por una anexión, sin más contemplaciones, de Fiume, en la seguridad de que no pasaría nada: *Los yugoslavos no pueden hacer la guerra a Italia; no tienen cañones, ni ametralladoras, ni aviones, ni municiones, ni víveres*. Pocos días después, las palabras de Mussolini recibían el ardiente apoyo de uno de los hombres que más había soliviantado a los italianos a intervenir en la guerra durante la primavera de 1915, el poeta Gabriel D'Annunzio, cuya retórica era especialmente agresiva contra los aliados y en especial contra el presidente americano Wilson.

Las llamadas *vísperas fiumanas* que el general Grazioli, jefe del cuerpo de ocupación en Fiume, pudo frenar ordenando la salida de la ciudad de la guarnición francesa, llevaron a la creación de una comisión



Mapa del Imperio colonial italiano. Las aspiraciones italianas sobre Tunicia y Etiopía chocaban con los intereses británicos y franceses en Africa



Mussolini sale del palacio real tras recibir el encargo de formar Gobierno, 1922

interaliada que estudiase el caso y emitiese un veredicto que, como cabía esperar, fue contrario a Italia. Su gobierno fue invitado a alejar de Fiume a los granaderos de Cerdeña, declarado como responsable de los hechos, y a disolver el batallón de voluntarios de Fiume.

El malestar reinante en el Ejército, que protagonizaban jefes tan destacados como el propio general Grazioli, el almirante Miglio o el duque de Aosta, primo del rey Víctor Manuel III, aumentó con estas medidas impuestas por los aliados. El 31 de agosto, los oficiales de los granaderos de Cerdeña, acuartelados con sus hombres en Ronchi, definían su postura radical: *O Fiume o morte.*

El motivo para la anunciada expedición sobre Fiume ya existía. La cabeza de tal operación ya estaba decidida: el poeta D'Annunzio, que, a su avidez por la fama, el dinero y el poder, añadía su exaltado nacionalismo, compatible con su talante refinado y sensual, muy propio del decadentismo que invadía la escena cultural europea en los años de la posguerra.

Al frente de 2.500 hombres, entre los que figuraban los granaderos de Cerdeña, D'Annunzio entró en Fiume y tomó posesión de la ciudad en nombre de Italia, en una rápida operación cuyo éxito viene asegurado por la complicidad de las autoridades militares y la psicosis de golpe de Estado que dominaba Italia durante ese verano.

La mística de la violencia

Mussolini se comportó siempre como un hombre pragmático, atento al devenir de la vida italiana y de las oportunidades que ofrecía a un hombre de acción como él.

Una fecha clave en la vida del fascismo es la creación de los *Fasci italiani di combattimento,* en un acto que se celebra en la plaza del Santo Sepulcro de Milán el 23 de marzo de 1919. El nombre *fascio* no era novedad en la vida política italiana ni tenía, en principio, más carga de significado que la de agrupación o asociación. Ya habían existido *fascios de trabajadores* en Sicilia en 1892 y, durante la Gran Guerra, los *Fascios de acción revolucionaria* de los militantes del intervencionismo o el citado *Fascio* parlamentario de Defensa Nacional, fundado en 1917 tras la derrota de Caporetto.

El núcleo más numeroso de estos nuevos *fascios* fundados por Mussolini lo constituían antiguos combatientes, entre ellos un importante grupo de *arditi,* junto a futuristas, anarquistas y algunos socialistas, en total unas trescientas personas.



Mussolini, rodeado de un grupo de colaboradores, poco después de su llegada al poder, 1922

Los fascios nacían más como un movimiento que como un partido, en cuanto que se presentaba como un instrumento ágil, capaz de ponerse por encima de la lucha y de las tensiones de los partidos.

El llamado *programa del Santo Sepulcro* contenía en sus puntos esenciales el sufragio universal, en el que se incluye a las mujeres y a los mayores de dieciocho años, la jornada laboral de ocho horas para todos los trabajadores, la participación de los trabajadores en el funcionamiento técnico de las industrias, la modificación del proyecto de ley sobre pensiones, rebajando la edad de los sesenta y cinco años a los cincuenta y cinco, la obligación para los propietarios de tierras de cultivarlas, con la amenaza de que aquellos que no lo hicieran deberían pasarlas a cooperativas de campesinos, la escuela laica y gratuita, la reforma, agilización y descentralización de la burocracia, una reforma fiscal que permitiese, mediante un impuesto progresivo sobre el capital, llegar paulatinamente a una *expropiación parcial* de toda la riqueza...

El nombre de *fascios* de combate denota que el movimiento se presentó siempre como una organización combatiente, para la que el uso de la violencia era parte esencial de su actuación en la vida pública italiana, sobre todo en la mentalidad de los hombres que los constituyeron, familiarizados con las armas durante los años de guerra.

Esto era especialmente cierto entre los *arditi*, que seguían con su espíritu bélico, su puñal al cinto, sus himnos y sus gritos, muchos de los cuales pasaron al fascismo y formaron parte de su ritual. Así el grito *¡A noi!*, la despectiva y grosera expresión *Me ne frego*, que podríamos traducir con el más eufemista *Me importa un bledo*, o el himno *Giovinezza*, tomado de una canción de los estudiantes de Turín. Algunos jefes de los *arditi* alcanzaron puestos relevantes en el fascismo como Giuseppe Bottai o Italo Balbo.

Conforme crecía la conflictividad social, la violencia fascista arreció, apoyada o solicitada por empresarios industriales y por propietarios agrícolas, y se acentuó con la conquista electoral de algunos ayuntamientos por los socialistas en el otoño de 1920. El número de escuadras fascistas creció en toda la geografía italiana. El *manganello* —la porra— fue el símbolo de estas bandas.

En ese camino de la violencia, de ascendencia ideológica nietzscheana y soreliana, se han señalado varias motivaciones diferentes, pero confluyentes: la violencia que surge de la frustración y la desorganización social; la que reacciona contra una amenaza a los valores fundamentales de una socie-

dad y la que se emplea deliberadamente como parte de una estrategia, bien sea colectiva o individual, elaborada para conseguir unos objetivos definidos.

En la lógica del fascismo, no se tiende a convencer a los oponentes, sino a eliminarlos. *La voluntad de destruir al adversario es un elemento constitutivo del fascismo,* ha escrito W. Schieder. Para Nolte, el fascismo se presenta, en este aspecto, como la realización del principio bélico en tiempo de paz, la prosecución de la guerra con otros medios. Gramsci llamaba al fascismo *la más atroz y difícil guerrilla que jamás la clase obrera había tenido que combatir.*

El propio fascismo siempre ha explicado su propia violencia como contraviolencia, es decir, como violencia a la defensiva frente a la amenaza de la violencia roja. De ahí proviene su justificación de la *expedición de castigo* —no de agresión— de las escuadras fascistas, que según el cómputo de Angelo Tasca, en el primer trimestre de 1921 habían destruido 17 tipografías y redacciones de periódicos, 59 casas del pueblo, 119 cámaras de trabajo, 107 cooperativas, 83 sedes de ligas campesinas, 8 sociedades mutuas, 141 secciones y círculos socialistas y comunistas, 100 círculos de cultura, 10 bibliotecas populares, 28 sedes sindicales y 53 círculos obreros y recreativos. Según Salvémini, de noviembre de 1922 a fines de 1926 se contabilizaron alrededor de mil víctimas de las escuadras fascistas. En 1927, escribía Beckerath que el escuadrismo era *una convergencia espontánea de voluntad, juventud, movimiento y acción por la acción; una especie de* ***l'art pour l'art*** *trasladado al plano político.*

Las últimas experiencias democráticas

Como tales se pueden tener los gobiernos de Nitti y de Giolitti, antes de la *marcha sobre Roma,* pieza clave en el acceso de Mussolini al poder. Nitti, que ocupa la presidencia del Gobierno entre junio de 1919 y junio de 1920, es hombre de tradición democrática y radical. Su Gabinete, una coalición que procura reflejar la fragmentada realidad política italiana, intenta una política posibilista de pacificación, manteniendo precios políticos en los productos de primera necesidad —sobre todo en el pan—, legalizando la ocupación de tierras incultas en la Italia meridional, fundando la Guardia Real para la defensa del orden público y mostrándose severo ante el asunto de Fiume.

La aventura de D'Annunzio era un reto al Gobierno. En el plano internacional nadie creía que una operación con intervención de tropas italianas se podía haber hecho sin aprobación o sin conocimiento del Gobierno. La condena de Nitti fue tan clara como el aplauso y el aliento que D'Annunzio recibió de Mussolini, para quien la operación de Fiume tuvo mucho de modelo a imitar en el camino hacia el poder.

La ocupación de Fiume —escribiría el comunista Angelo Tasca— *daría al fascismo el modelo para sus milicias y para su uniforme, el nombre para sus escuadras, su grito de guerra y su liturgia. Mussolini copiará de D'Annunzio todo el aparato escénico, incluidos los diálogos con la multitud... D'Annunzio será la víctima del mayor plagio que se haya visto.*

El 29 de septiembre, Nitti disuelve las cámaras y se convocan elecciones para el siguiente 16 de noviembre. Durante la campaña, muy agitada, como era de suponer, y ya actuantes los *fascios de combate,* hay en los discursos de Mussolini constantes referencias al tema de Fiume como ejemplo de patriotismo para los italianos.

Pero las elecciones del 16 de noviembre iban a ser muy reveladoras de lo lejos que estaba aún el fascismo del poder, al menos por el camino de las urnas. Los socialistas consiguieron 1.840.000 votos, que les valió un total de 156 diputados —el triple que el obtenido en las elecciones de 1913—, y los liberales perdían la mayoría absoluta, reduciendo a 252 sus anteriores 509 escaños. Los católicos organizados en el Partido Popular lograron cien diputados con 1.175.000 votos.

Los resultados fascistas fueron ridículos. Tómese como ejemplo que en Milán, frente a los 170.000 votos de los socialistas y los 74.000 de los populares, sólo habían conseguido 4.795. Tanto es así que, tras esta derrota electoral, se creyó en la inmediata disolución de los *fascios.*

Quizá la mayor sorpresa de aquella consulta fue la presencia de un partido de creación muy reciente, nacido con el apoyo de la Iglesia. En un país como Italia, de tan larga historia y tradición católicas, sede del pontificado, resultaba paradójico el alejamiento de los católicos de la vida política.

LOS SISTEMAS POLITICOS EN EUROPA, 1921-1929

Regímenes parlamentarios

Regímenes autoritarios

Monarquías

Repúblicas

1926 año de ruptura del proceso democrático

NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
ESTONIA
LETONIA
LITUANIA 1926
URSS 1917
IRLANDA
REINO UNIDO
DINAMARCA
HOLANDA
BELGICA
ALEMANIA
POLONIA 1926
FRANCIA
CHECOSLOVAQUIA
SUIZA
AUSTRIA
HUNGRIA 1919
RUMANIA
PORTUGAL 1926
ESPAÑA 1923
YUGOSLAVIA 1929
BULGARIA 1923-26
ITALIA 1922
ALBANIA 1925
GRECIA 1926
TURQUIA 1922

G. LLORENTE



Mapa político de la Europa de los años veinte donde puede apreciarse la serie de golpes de Estado tanto en los países mediterraneos como en la Europa del este (arriba). Postal italiana sobre las conquistas en el Africa oriental.

Tenía, sin embargo, este hecho su comprensible explicación en el pasado muy reciente del proceso de la unidad nacional italiana, afirmada en dramático conflicto con la soberanía territorial de la Santa Sede.

Desde 1870, los católicos, al menos oficialmente, parecían no contar en la vida pública, dominada por el carácter laico y anticlerical de los hombres que la protagonizaron desde los comienzos del Risorgimento. El Papa había expresado, además, su rotunda prohibición a la participación de los católicos en las actividades políticas. Prohibición que, lógicamente, con los años

fue debilitándose. Ya el Papa Pío X permitió a los católicos que pudieran presentarse como candidatos a las elecciones legislativas, siempre que no lo hicieran a título de tales.

Pero fueron los años de la guerra europea quienes potenciaron el acercamiento de los católicos a la vida pública, especialmente desde la ascensión al pontificado del Papa Benedicto XV, más sensibilizado al problema que su antecesor y consciente del necesario compromiso político que los católicos podían desempeñar.

De hecho, en 1916, en el Gobierno Boselli, destaca la presencia de un ministro católico, Filippo Meda, que tenía a su cargo la cartera de Finanzas. Tres años después, en 1919, el Papa levantaba aquella prohibición y los católicos se lanzaban a la actividad política, antes camuflada en asociaciones de apostolado o de acción social, como era la propia Acción Católica, nacida en 1905, que había canalizado la actividad de varios movimientos católicos, inhibidos por la interdicción papal a la actividad política.



LUIGI STURZO

Luigi Sturzo (Caltagirone, 1871-Roma, 1959). Sacerdote y político italiano. Ordenado sacerdote en 1894, comenzó en seguida a interesarse por la participación de los católicos en la política. Alcalde de Caltagirone (1905) y secretario general de Acción Católica (1915-17), su proyecto cuajó en la creación del Partido Popular Italiano (1919), antecedente de la actual Democracia Cristiana.
El partido obtuvo un éxito inmediato y el mismo año de su aparición consiguió 101 parlamentarios. No obstante, el ascenso del fascismo truncó las expectativas de los populistas, reacios a la colaboración con el socialismo.
Don *Sturzo se exilió en 1924 y residió en Londres y en Nueva York. A su vuelta a Italia, en 1946, fue designado senador vitalicio y se convirtió en el inspirador del Partido Democratacristiano. Aún así, permaneció alejado de la política activa.*

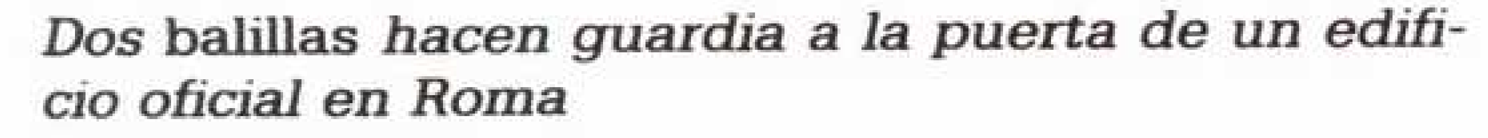
Indudablemente el partido católico de mayor presencia en esos años de la vida italiana sería el Partido Popular. Su fundador, Luigi Sturzo —don Sturzo, como se le conocía dentro y fuera de Italia—, era un sacerdote nacido en 1871 en un pueblo siciliano, Caltagirone. Su juventud se desarrolló dentro de la naciente Acción Católica; con esa experiencia entraría luego en contacto con la *Liga demócrata nacional* que dirigía otro sacerdote, don Romolo Murri, arrostrando con ello las condenas del Vaticano.

Al lado de esa experiencia de lo que era el germen de un partido demócrata cristiano, don Luigi Sturzo conoció también muy de cerca, entre 1905 y 1920, la vida municipal como alcalde adjunto de su ciudad natal, única forma en que, por su condición de cura, podía actuar, ya que la Constitución impedía ser alcaldes titulares a los sacerdotes.

Con ese bagaje político y su gran vocación, consiguió del Papa Benedicto XV el permiso para fundar un partido, siempre que no apareciese como oficialmente católico. El 18 de enero de 1919, tras varios actos previos en importantes ciudades de Italia —Milán, entre ellas—, se presentaba en Roma el Partido Popular con un manifiesto donde definía sus objetivos políticos: la defensa de la familia, la protección de la infancia, la libertad de enseñanza en todos los niveles, la atención a la moralidad pública, la reinserción de los católicos en la vida política, el reconocimiento de la plena igualdad jurídica de todos los sindicatos, la descentralización administrativa, el establecimiento del voto femenino, la libertad e independencia de la Iglesia, de su magisterio espiritual y el respeto a la conciencia cristiana.

Su éxito inicial fue notable. Venía a llenar un espacio político bien delimitado y a recoger los votos del amplio electorado católico italiano, aunque no pudiese mostrar una imagen excesivamente atractiva por la coherencia y unidad de sus miembros, llegados desde sectores tan diversos de esa amplia gama de posturas políticas que ofrecía el electorado católico, desde las más conser-





Dos balillas *hacen guardia a la puerta de un edificio oficial en Roma*



El Duce *preside un desfile en el segundo aniversario de la* Marcha sobre Roma, *Milán, 1924*

vadoras a las socialdemócratas. Esa sería una de las más urgentes tareas de don Sturzo, crear una posición centro que superase las variadas corrientes.

Y ese fue, posiblemente, su mayor éxito, afirmado tras el primer congreso del partido celebrado en Bolonia en junio de ese año, el triunfo de la postura mantenida por don Sturzo, equidistante de la representada por el P. Gemelli, que pretendía un reconocimiento expreso del *alma cristiana del partido,* como de la defendida por el sindicalista Guido Miglioli, cercana en muchos puntos a los socialistas.

Por parte de éstos, el importante triunfo obtenido en las elecciones no hizo más que acentuar la crisis interna, a la que nos hemos referido, entre posturas moderadas y maximalistas. Estas últimas pesaron en el rechazo a tomar parte del gobierno salido de aquella consulta electoral, al tiempo que se acentuaban las huelgas, las ocupaciones de fábricas y toda clase de acciones violentas.

Esta fisura se agudizó tras el XVI Congreso del Partido Socialista, que se celebró en Bolonia a comienzos de octubre de 1920; allí se decidió la incorporación a la III Internacional, con una nueva victoria del grupo maximalista, que con 48.411 votos se impuso a la tendencia reformista, encabezada por Lazzari y Turati, que sólo consiguió 14.880 votos. La declaración final del Congreso propugnaba *la conquista violenta del poder por parte de todos los trabajadores.*

La Marcha sobre Roma

Pero incluso dentro de esta tendencia maximalista y revolucionaria se produjo inmediatamente otra fisura entre la corriente representada por Amadeo Bodiga, que defendía la necesidad de abandonar inmedia-

tamente toda tarea parlamentaria para dedicarse a la conquista del poder, y la representada por Antonio Gramsci, Palmiro Togliatti y Angelo Tasca, en cuyo órgano de expresión, *Ordine Nuovo*, se afirmaba que la revolución surgiría del propio seno del sistema capitalista, en las fábricas, por medio de los comités de fábrica, actuando según los criterios de la democracia obrera.

Cuantos se han acercado al análisis del camino del fascismo hacia el poder han coincidido en calificar de obra maestra, de *capolavoro*, esta operación organizada por los jefes del movimiento fascista y encabezada por Benito Mussolini, que saldría de la misma convertido en jefe del Gobierno italiano.

Fue indudablemente la ocasión en que el fascismo se jugó más, teniendo en cuenta el volumen real de sus efectivos por esas fechas. Bien es verdad —y ese fue su certero análisis de la situación— que enfrente tenía una Italia inquieta, dividida y atemorizada; a unos viejos políticos gastados por el ejercicio de lo que ya era una sombra del poder, inservibles piezas de recambio, en un precipitado ritmo de sucesión de gobiernos; muchos de ellos, además, flexibles o fatalistas ante la ascensión del fascismo, dispuestos a comprenderlo, incluso a aceptarlo y a militar en sus filas.

Un claro ejemplo era el de Salandra, cabeza de la derecha liberal más conservadora, que ya incluso se había definido como *fascista honorario*. Tampoco ejercían mayor resistencia hombres como Orlando, Giolitti o Facta, que por entonces ocupaba la presidencia del Gobierno.

Por otro lado, Mussolini, viendo cercano el acceso al poder, se mostraba moderado y cauto, incluso reverencioso ante instituciones con fuerte arraigo en la conciencia nacional. Reciente la unidad italiana, construida en torno a la casa de Saboya, la monarquía era uno de los pilares más sólidos del país, con un gran arraigo en el Ejército, de honda tradición piamontesa. Por muy fuertes que fueran las convicciones republicanas del fascismo —y el dilema monarquía-república era anecdótico en su ideología—, tuvo conciencia de que el respeto a la Corona le atraería a sectores del país aún muy reticentes a su protagonismo en la vida política.

El 20 de septiembre de 1922, las palabras de Mussolini en Udine sobre la necesidad de renovar Italia sin poner en juego la monarquía fueron concluyentes. Como, a juicio del *capo fascista*, la monarquía no tenía interés en mostrarse hostil al fascismo, éste no pretendía destruir la institución monárquica porque representaba *la continuità storica della nazione*. Si a esa moderación en cuanto a la máxima representación del Estado se unía su propuesta de que los fascistas se conformarían con un máximo de seis carteras ministeriales, muchas conciencias pudieron dormir tranquilas.

La Marcha sobre Roma tuvo varios ensayos. Uno de ellos, quizá el más importante, fue la concentración de miles de escuadristas de la región del Trentino y Alto Adige en la ciudad de Trento, en los primeros días del mes de octubre. Pero el plan concreto de la ocupación de la capital de Italia por los fascistas se perfiló en una reunión secreta celebrada el 24 de octubre en un hotel de Nápoles.

El plan preveía una masiva concentración de *camisas negras* en las ciudades de Perugia, Volturno, Santa Marinella, Tívoli y Monterotondo. De estos tres últimos puntos partirían las columnas que deberían ocupar Roma. Se había establecido también la ocupación, en toda Italia, de los principales edificios públicos. Naturalmente, el plan preveía, supuesto el éxito inicial de tales operaciones, un ultimátum al gobierno Facta para que cediese el poder.

Desde una perspectiva militar, la Marcha sobre Roma no fue una operación bien montada. No sería excesivo calificarla de chapucera. Desde luego los doce mil hombres del ejército regular que defendían la ciudad, al mando del general Pugliese, habrían podido desbaratarla.

No hubo ni orden ni puntualidad en el plan de concentración previsto. Muchos de los escuadristas viajaban en trenes que, al ser cortada la vía en algunos puntos, no pudieron llegar a su destino. El mismo tren de Mussolini llegó con retraso. A ello se añadió un revés imprevisto, una lluvia torrencial, que añadió nuevos inconvenientes a la marcha y a la instalación de campamentos. Pese a todo, la operación, que atrajo, en lugares más o menos próximos a Roma, a unos cuarenta mil fascistas, se desarrolló entre el 27 y el 28 de octubre.

La reacción del Gobierno fue la convocatoria de un consejo de ministros que se reunió a las cinco de la madrugada del día 28. De ahí salió un borrador de decreto por el que se establecía el estado de sitio.



Benito Musolini en un dibujo infantil italiano

Sólo se necesitaba la firma del rey para que las tropas al mando del general Pugliese, hombre fiel al Gobierno, actuasen. Pero la impotencia de Víctor Manuel III ante el peso de los acontecimientos, unida al favor que la reina madre dispensaba a los fascistas y el temor a que su primo el duque de Aosta, de reconocidas simpatías entre los fascistas, llegara a ser cómoda pieza de recambio en la Corona, actuaron para que el monarca rehusase firmar el decreto.

En realidad, Víctor Manuel no hacía más que seguir, desde la más alta magistratura del Estado, la nula voluntad de resistencia que se había apoderado de la vida italiana. A las once y media de ese mismo día, el Gobierno Facta presentaba su dimisión. Aún intentaría el rey, sin convicción de su viabilidad, un nuevo Gabinete de concentración presidido por Salandra. Era tarde. Mussolini exigía el poder sin restricciones: *La vittoria non púo essere mutilata da combinazione del'ultima ora.* El día 29 el rey le llamaba a palacio para ofrecerle el Gobierno.

Con la teatralidad que siempre caracterizó al fascismo, Mussolini se presentó al rey vistiendo la camisa negra del partido: *Vengo directamente de la batalla que se ha desarrollado felizmente sin derramamiento de sangre.* En realidad no había habido tal batalla, pero sí era cierto que el poder se había ganado en la calle, quizá porque ya estaba en la calle. Recibido el encargo de formar Gobierno, habría en él algunos fascistas, junto a una mayoría de hombres de otras formaciones políticas, excluida la izquierda marxista.

Roma ya conoce desde ese 30 de octubre los fogosos discursos de Mussolini en el balcón del palazzo Venezia y los grandes desfiles fascistas. Los camisas negras, después de recorrer el centro de Roma el día 31, desfilaron ante el Quirinal, donde el rey Víctor Manuel les pasó revista. Junto a la retórica de los desfiles, la de la violencia física se hizo también visible en Roma. Ese mismo día fueron asaltadas las redacciones

de varios periódicos, entre ellos *Il Paese*, *Il Comunista* y *L'Epoca*.

La consolidación del poder estaba asegurada, sobre todo frente a una oposición, tanto desde la derecha como desde la izquierda, prácticamente nula tras aquel golpe de fuerza. Tanto más cuanto que el Gabinete constituido el 30 de octubre tenía una fisonomía más conservadora que revolucionaria y no satisfacía ni a los extremistas del fascismo ni a quienes pensaban en un retorno normal a la vía democrática y sindicalista.

El Gabinete comprendía sólo tres fascistas, aparte de Mussolini, que ocupaba la presidencia y las carteras de Interior y de Asuntos Exteriores; un nacionalista, un liberal, tres demócratas sociales, dos populares, dos militares y el filósofo Giovanni Gentile. Bien es verdad que los populares entraron sin consentimiento expreso de don Sturzo y de la dirección del Partido Popular, que lo tomaron como un hecho consumado e hicieron por insertarlo en la política de *pacificazione* invocada por el recién elegido Papa Pío XI.

Esa imagen de moderación le consigue el inmediato apoyo parlamentario de una débil Cámara dispuesta a legalizar el programa mussoliniano de *economía, orden y disciplina*, lo que hace por 306 votos contra 106. Más aún; a fines de noviembre, ambas Cámaras dan plenos poderes al *Duce* fascista.

Estos últimos meses del año y todo el siguiente 1923 se aprovechan para fortalecer y ampliar el partido, sus bases y sus órganos de gobierno y control ideológico: el Gran Consejo del Fascismo, reunido por primera vez en diciembre de 1922; la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional (MVSN), dependiente del presidente del Consejo y verdadera guardia pretoriana, y los *prefectos volantes*, que actúan en provincias como comisarios políticos con plenos poderes.

Simultáneamente, al tiempo que aumenta la represión política, se hacen gestos de simpatía hacia el catolicismo y la Santa Sede, como el restablecimiento del crucifijo en los juzgados o la enseñanza obligatoria de la religión en las escuelas.



VICTOR MANUEL III

Víctor Manuel III (Nápoles, 1869-Alejandría, Egipto, 1947). Rey de Italia. Hijo de Humberto I, a quien sucedió en el trono en 1900. Durante los primeros años de su reinado se atuvo escrupulosamente a su papel constitucional, pese a las crecientes tensiones sociales. Favorable a la intervención en la Primera Guerra Mundial, al entrar Italia en el conflicto nombró regente a su tío, el duque de Génova, y se estableció cerca del frente.

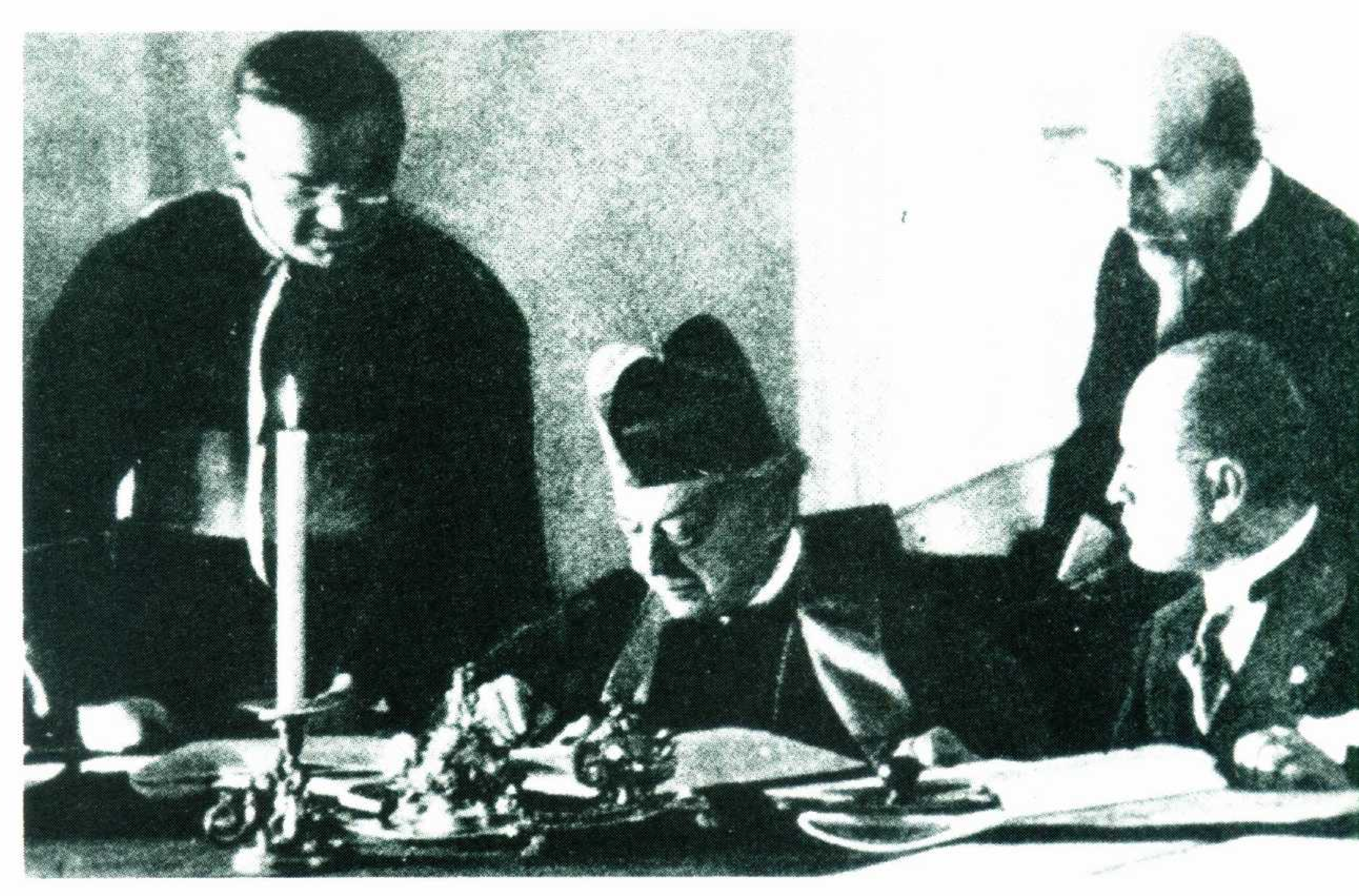
Cuando en 1922 se anunció la marcha fascista sobre Roma, se negó a firmar el decreto de estado de sitio que le presentó el primer ministro, Facta, y a continuación encargó formar Gobierno a Mussolini.

Pese a su compromiso con el nuevo régimen, los fascistas le mantuvieron alejado de cualquier responsabilidad política. La política exterior mussoliniana le convirtió en emperador de Etiopía (1936) y en rey de Albania (1939). Aprobó la destitución del **Duce** ***en 1943 y nombró para sustituirle a Badoglio. En 1944 traspasó sus funciones reales a su hijo Humberto y en mayo de 1946 abdicó en él y abandonó Italia.***

Las elecciones de 1924

Dueño del poder ejecutivo, al fascismo no le era difícil obtener una mayoría parlamentaria que, aprovechando los cauces de la agonizante democracia, legitimase su excluyente protagonismo en la vida pública italiana. En orden a ello, su primer esfuerzo desde el Gobierno fue la preparación de una ley electoral que le asegurase, sin sorpresas, una mayoría en la Cámara.

El texto de la ley, preparado por uno de los subsecretarios, militante fascista, Acerbo, se discutió en la Cámara en octubre de 1923, mientras las milicias fascistas patrullaban por las calles de Roma y Mussolini amenazaba con dejar a la revolución *que*



Firma del Pacto de Letrán. Por parte vaticana suscribe el acuerdo el cardenal Gasparri, y por parte italiana, el Duce, *1929*

siguiese su curso si la ley era rechazada. Aprobada por una escasa mayoría de los diputados, el 13 de noviembre el Senado le daba, a su vez, su respaldo.

Inmediatamente, Mussolini obtenía el decreto de disolución de las Cámaras, que se publicaba el 24 de enero de 1924, y se convocaban elecciones generales para el siguiente 6 de abril. Sus resultados no eran de temer con una ley que concedía los dos tercios de los escaños al partido o coalición que hubiera obtenido el 25 por 100 de los votos y dejaba el tercio restante para un reparto proporcional entre las otras listas electorales.

Así, aún puede Mussolini ofrecer generosamente una amplia candidatura *—il listone,* lo llamaron los italianos— en la que, junto a los militantes fascistas, se incluían hombres procedentes del Partido Popular, ex socialistas y figuras señeras del liberalismo como Salandra, Orlando o de Nicola; Giolitti presentaba, por su cuenta, una candidatura paralela, de apoyo a la oficial, y la oposición al no llegar a un acuerdo electoral, se presentaba dividida.

Durante la campaña, en la que —como era de esperar— la violencia fascista se hizo notar, Mussolini jugó bien con los dos sectores que se habían ido perfilando en el partido fascista: tranquilizando con el sector *revisionista,* del que Giuseppe Bottai era uno de los hombres más caracterizados, que mantenía la conveniencia de convertir al fascismo en un instrumento de renovación del país por medios legales y abandonando la violencia; amenazando con el sector duro, los *intransigentes* de Farinacci, afirmados en la acción violenta de las escuadras fascistas.

En esta atmósfera de violencia y de coacción se desarrollaron las elecciones. Quizá lo más significativo de ellas fueron los dos millones y medio de votos que logró la oposición, respaldo electoral más acentuado en el norte, donde hubo distritos en que superó al *listone* fascista. Que el triunfo fue de éste no era sorpresa. Con sus 4.305.000 votos, conseguía el 65 por 100 del censo y obtenía 374 escaños, de los cuales 275 eran ocupados por militantes fascistas. El tercio parlamentario restante, según la ley Acerbo,

quedó así repartido: 15 escaños para los liberales, 10 para los socialdemócratas, 39 para el Partido Popular, 24 para los socialistas unitarios, 22 para los *maximalistas*, el Partido Comunista obtenía 19, los republicanos 7 y los 14 restantes eran para la llamada *oposición constitucional*.

El 24 de mayo se inauguraba la nueva etapa parlamentaria. En la sesión del día 30, la primera de trabajo de la Cámara, el diputado Giacomo Matteotti, de la minoría socialista unitaria, pronunció un valiente discurso —con el que, como probarían los hechos, firmaba su sentencia de muerte— denunciando la violencia y la intimidación de que hicieron uso los fascistas durante el período electoral, pidiendo incluso la anulación de las elecciones.

La requisitoria de Matteotti, apoyada en pruebas que aportó a la Cámara, entre los gritos y los insultos de la mayoría fascista, se vio apoyada por la intervención de otros diputados de la oposición como el republicano Facchinetti, el popular Gronchi y el demócrata social Colonna di Cesaro.

Pese a las amenazas procedentes de los escaños fascistas y de uno de sus hombres más violentos, Farinacci, la crítica de Matteotti continuó en las siguientes sesiones, incluso en la del 3 de junio, en que mantuvo un tenso debate con el propio Mussolini.

El asunto Matteotti

Las amenazas no quedaron en palabras. El día 10 de junio, cuando el diputado socialista se dirigía a la Cámara, en pleno centro de Roma, en el *lungotevere* Arnaldo da Brescia, cinco hombres obligaron a Matteotti a entrar en un coche, que partió velozmente. El secuestro del político conmovió a Roma. Y nadie dudó de la suerte que había corrido, sobre todo cuando a las pocas horas se descubrió el coche con manchas de sangre.

En realidad, el atentado a Matteotti no hacía más que culminar —ya en la persona de un diputado— la violencia ejercida contra políticos de la oposición, de la que ya habían sido objeto, mediante palizas o cuchilladas, los demócratas Amendola o Gobetti y los fascistas disidentes Misuri y Forni, entre otros.

La crisis que originó la desaparición de Matteotti y luego el conocimiento de su muerte fue decisiva para el futuro del fascismo. Si para algunos significó el riesgo o la esperanza de que el fascismo hubiese terminado su carrera, para otros fue la circunstancia oportuna para eliminar totalmente la ya maltratada oposición.

Después de esto ya no hubo vida parlamentaria. A ningún diputado se le permitió volver a la Cámara. Se declaró decaídos en su derecho a los diputados *retirados al Aventino*. Para Gramsci y los comunistas, la solución fue la cárcel. El verdadero Estado fascista había alcanzado su plenitud.

Los años siguientes, los que van del discurso del 3 de enero de 1925 a las elecciones plebiscitarias de 1929, constituyen su primera etapa totalitaria, con una prensa amordazada, unos partidos y unos sindicatos disueltos y un ejercicio del poder único en el partido fascista.

Con 1.400.000 militantes en 1930, el resonante triunfo en el plebiscito de 1929 en que la oposición se había reducido a 136.000 votos y en la onda del éxito diplomático que fue para la conciencia católica y la opinión internacional la firma de los Pactos de Letrán (11 de febrero de 1929) con la Santa Sede, Mussolini podía pensar que, en pocos años, Europa entera sería *fascista o fascistizzata*.

Bibliografía

Renzo de Felipe, ***Intervista sul fascismo.*** Bari, Laterza, 1975. ***Il fascismo. Le interpretazioni der contemporanei e degli storici,*** Bari, Laterza, 1970. Adrian Lyttelton, ***La conquista del potere. Il fascismo dal 1919 al 1929,*** Bari, Laterza, 1974. S. J. Woolf, ***Il fascismo in Europa,*** Bari, Laterza, 1968.

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA EN LOS AÑOS VEINTE

Durante la década de los años veinte, pocas deberían haber sido las transformaciones de la sociedad española, de acuerdo con la visión de los observadores más superficiales.

En efecto, siendo la dictadura de Primo de Rivera una etapa de calma social relativa, de escaso compromiso sociopolítico de los intelectuales, en su mayor parte, y de depresión del movimiento obrero, todo parece hacer pensar también en una general estabilidad social y, por tanto, en escasos cambios.

En este sentido existe un profundo contraste entre los *alegres* años veinte y los infinitamente más ásperos años treinta, en los que la mayor crispación parece sinónima de mayor cambio.

Lo cierto es, sin embargo, que la etapa dictatorial produjo cambios importantes en la sociedad española, aunque algunos no se traslucieran de momento.

Bajo esta apariencia de estabilidad deben apreciarse significativas transformaciones: el desarrollo económico, con su evidente correlato en el terreno social; el progresivo desarrollo de la urbanización y la disminución del analfabetismo; el nuevo papel de la mujer en la sociedad española y la nueva codificación de la legislación social son factores de importancia, aunque con frecuencia no se tienen suficientemente en cuenta.

Incluso, a veces, se olvida que el movimiento obrero español, en sus dos versiones más representativas (anarquismo y socialismo) resulta sólo comprensible en la Segunda República a través del conocimiento de su previo desarrollo durante la Dictadura primorriverista.

Aunque fue en los años treinta cuando hicieron eclosión los cambios producidos en la sociedad española desde comienzos de siglo, lo cierto es que con anterioridad se habían establecido unas pautas que hacían inevitable esta transformación, que, por otra parte, resultó mucho más significativa en los años veinte que en las dos primeras décadas del siglo.

El desarrollo económico

Como en muchos otros aspectos de su labor, el general Primo de Rivera fue duramente criticado por su política económica. Según el conservador Duque de Maura, se habría caracterizado por su *incongruencia y megalomanía*, resultando ser *una reedición española del despotismo ilustrado, sin más aditamento que algún que otro perfil entre fascista y soviético.*

Algunos juicios posteriores no han sido negativos. En opinión de un tratadista reciente, Velarde Fuertes, durante los años veinte se intentó en España una especie de política económica prekeynesiana, basada en la voluntad de aumentar la renta nacional por el procedimiento de incrementar los gastos reproductivos del sector público.

Tal juicio parece, sin embargo, excesivo para la mayor parte de los economistas: tanto el corporativismo como el nacionalismo existían ya en la economía española y Primo de Rivera no hizo sino consolidarlos.

Junto con la liquidación del problema de Marruecos, el aspecto que habitualmente se estima más positivo en la gestión de Primo de Rivera es el impulso dado a las Obras Públicas. Primo de Rivera llegó a defender la necesidad de un *programa orgánico que responda a las necesidades nacionales y tenga en cuenta las posibilidades de producción que al servicio de las mismas ofrezca la industria española.*

Lo más espectacular (y también lo más relacionado con la tradición costista en que



Barcelona 1929: terraza de un café en la Plaza de Cataluña

incardinó la labor del dictador) fue la política hidráulica. El ingeniero aragonés Lorenzo Pardo había imaginado la creación de confederaciones hidrográficas destinadas al aprovechamiento integral (energético, de riegos y de transporte) de las cuencas fluviales.

En la Dictadura se puso en marcha la Confederación del Ebro, gracias a la cual se mejoraron más de 100.000 hectáreas y se crearon más de 70.000 de nuevo regadío. A partir de 1927-1928 la organización en confederaciones hidrográficas de nuevas cuencas progresó en todo el territorio nacional.

Las confederaciones tenían una organización democrática y se financiaban como cajas autónomas capaces de emitir empréstitos con aval del Estado.

En vías de comunicación, la política de Obras Públicas se preocupó especialmente de carreteras y ferrocarriles. En febrero de 1926 se creó el Patronato Nacional de Firmes especiales, al que se atribuyó la gestión, también mediante una caja autónoma, de 7.000 kilómetros, aunque en ocasiones el Estado cooperó en la construcción y adecuación. No sólo aumentó la extensión de la red viaria, sino sobre todo la calidad de la misma.

En el ferrocarril la Dictadura inició un camino de intervencionismo, a través del Estatuto de julio de 1924, que a la larga podía implicar una nacionalización y que,

EL DESASTRE DE ANNUAL

Al comienzo de los años veinte, España, que se ha repartido Marruecos con Francia, está embarcada en la pacificación de la zona. Los soldados españoles en Marruecos son 80.000, de los cuales casi 30.000 están en la zona de Melilla. En 1920 se ha ocupado Xauen y el general Silvestre ha avanzado hacia Alhucemas, sometiendo todo el área entre Melilla y el río Ameqrán.

A finales de mayo de 1921, el general Silvestre decide ocupar Abarrán, al otro lado del río; pero un ataque imprevisto de los rifeños produce numerosas bajas españolas. Silvestre y Berenguer ven en ello un simple revés.

El 21 de julio, finalmente, en un ataque masivo en Annual, son cercadas las tropas españolas. Los soldados se desmoralizan rápidamente. Silvestre, incapaz de reaccionar, ordena finalmente retirarse. La retirada, al momento, se transforma en desbandada.

Abandonados por sus oficiales, sin armas, aterrorizados, masas de soldados van llegando desordenadamente a Melilla. Por el camino, los perseguidores arrasan Nador, Zeluán, Monte Arruit. Silvestre se ha perdido en Annual (muerto o suicidado, no se sabe).

El desastre de Annual se saldaría con un trágico balance: unos 12.000 soldados españoles muertos y otros mil prisioneros. El sueño de los militares y del rey se ha frustrado.

Todo lo conseguido en doce años se ha venido abajo en unas horas. Hay acusaciones a Silvestre, al rey, al Ejército, que será tratado de inepto y corrompido. El informe Picasso, que pretende aclarar el asunto y las responsabilidades, sólo conseguirá irritar a los militares. España tardará tiempo en recuperarse del desastre de Annual.

por lo pronto, pretendía constituir una racionalización.

Los programas de construcción, sin embargo, sólo parcialmente se vieron cumplidos, y fueron frecuentes las críticas a la inmoralidad en las adjudicaciones. También en este aspecto se creó una financiación a base de cajas autónomas.

La política de Obras Públicas fue positiva en cuanto a producción, pues aumentó considerablemente la de cemento, acero y lingote de hierro. Sin embargo, cuando Primo de Rivera intentó estimular directamente el aparato económico, en vez de hacerlo indirectamente, no obtuvo resultados brillantes.

Nacionalismo y autarquía

Las ideas económicas de Primo de Rivera eran muy simples: fue, ante todo, un nacionalista preocupado de que en los banquetes oficiales se bebieran vinos españoles y no franceses y de que sus trajes se los hiciera un sastre con paño que no fuera de importación. Su nacionalismo se unía, con frecuencia, al arbitrismo y a una cierta voluntad autárquica. Los criterios no siempre eran económicos y dependían de influencias o del simple estado de ánimo del dictador.

Pretendía fomentar la producción y evitar la competencia, que él consideraba inútil: para ello imaginó la existencia de una serie de consejos reguladores que solían tener carácter monopolístico. A su cabeza estaba el Consejo de Economía Nacional del que dependía el Comité Regulador de la Producción Industrial, sin cuyo permiso no podía instalarse ninguna nueva industria.

Esta estructura intervencionista resultó farragosa e incluso más perjudicial que beneficiosa a la larga: así, llegó a haber incluso un comité regulador de la importación de pieles de conejo.

Con todo, el impacto de la política de expansión del gasto público, muy ayudada por la favorable coyuntura internacional, tuvo una virtud incentivadora indudable sobre la economía española; el índice de producción industrial por individuo activo pasó de 96 a 132 en el período de los años veinte.

El procedimiento de financiación de la inversión pública ha quedado ya indicado: la emisión de deuda pública, normalmente dedicada a un propósito concreto, como podía ser la construcción de ferrocarril. Se ha calculado que la deuda emitida por la Dictadura fue de



Alfonso XIII con sus hijos en el descanso de un partido de tenis, 1924

5.600 millones, incluyendo la deuda local, muy importante.

Para quienes defendían una política presupuestaria ortodoxa, estas cifras eran sinónimo de *despilfarro;* en algún aspecto no les faltaban razones, pues había obras de carácter fundamentalmente suntuario y de prestigio, como las exposiciones universales. Calvo Sotelo respondía que el endeudamiento del Estado español seguía sin ser excesivo y que él mismo había logrado llevar a cabo una consolidación de la deuda que fue la de mayor envergadura de la Historia española.

No hubo, en cambio, una política fiscal capaz de enjugar parte del incremento del gasto del Estado y de contribuir al mismo tiempo a una adecuada redistribución de la renta. Cuando, en el Directorio civil, Calvo Sotelo se convirtió en ministro de Hacienda, insinuó un plan de altos vuelos que se manifestaba en la conversión de los impuestos del producto en impuestos sobre la renta, aumentar los relativos a las rentas no generadas por el trabajo...

Su labor, sin embargo, fue tan limitada como para admitir él mismo que no pasó de un *leve retoque,* donde *no fueron atacados a fondo* los principales problemas.

Los genéricos buenos deseos de Calvo Sotelo y Primo de Rivera encontraron muy pronto la oposición *aguda, nerviosa y virulenta* de los sectores más conservadores de la sociedad española. Un intento de crear un impuesto sobre la renta, en 1926, hubo de ser abandonado y el ministro de Hacienda tuvo que conformarse con el aumento de recaudación proviniente de impuestos que ya existían y la extensión del monopolio a los productos petrolíferos, con la creación de la CAMPSA.

Calvo Sotelo sabía ya que el monopolio del tabaco producía *un poderoso alivio* al presupuesto español; razón importantísima para la creación de CAMPSA fue, por tanto, la recaudatoria. Curiosamente, el petróleo ruso salvó al monopolio español en sus primeros momentos frente a alguna de las grandes compañías internacionales.

No hubo sólo este aspecto positivo; hay que añadir el nacido de un mejor servicio al usuario.

La política económica de Primo de Rivera coadyuvó, por tanto, de forma muy significativa a que España se beneficiara de la oleada de prosperidad económica típica de los años veinte, común a todo el mundo y que, por supuesto, Primo de Rivera no había contribuido a crear.

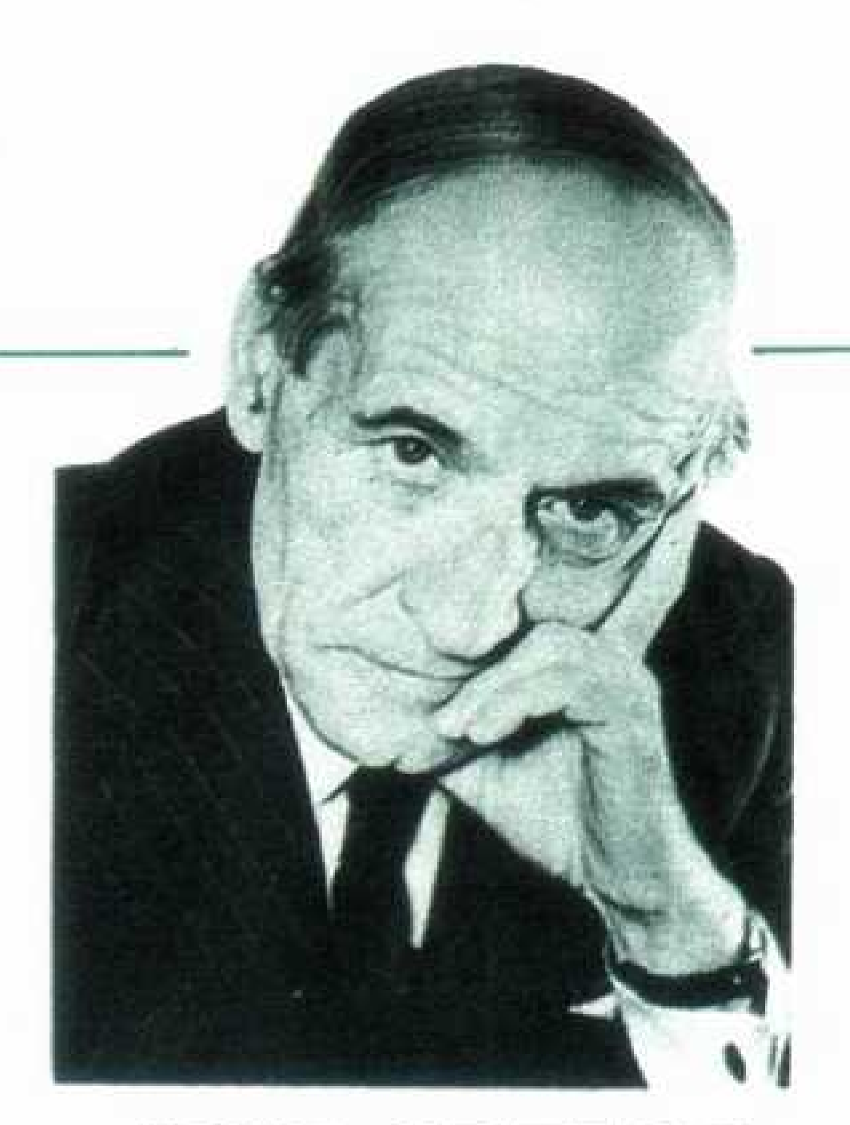
Muchas disposiciones suyas tenían un origen anterior y no fueron llevadas a la práctica por la inestabilidad gubernamental o la fragmentación del parlamentarismo, que contribuía a hacer especialmente poderosos a los intereses privilegiados.

Por supuesto, resulta claramente excesivo calificar a Primo de Rivera de keynesiano antes que las ideas de Keynes lograran una aceptación generalizada. En el fondo, tanto la mayor parte de sus co-

La duquesa de Alba, una de las representantes más destacada de la aristocracia de la época

La industria nacional entra en el mercado publicitario como este quina jerezano

El tango también hizo furor en España



JOSE ORTEGA Y GASSET

El filósofo y ensayista español nació en Madrid en 1883 y, tras doctorarse en Filosofía, amplía estudios en Alemania. En 1910 es catedrático de Metafísica en Madrid y comienza a publicar sus primeras obras. En 1923 funda la Revista de Occidente, *de gran importancia en el mundo de la cultura nacional. Diputado con la llegada de la República, se aparta progresivamente de la política. Durante la guerra civil vive en el extranjero y regresa a España en 1945. Alejado de su cátedra, siguió constituyendo la figura más destacada de la intelectualidad española a través de sus obras, artículos periodísticos e intervenciones en conferencias. Murió en Madrid en el año 1955. Su filosofía presenta una evolución, que va desde el objetivismo al racionalismo vitalista, pasando por el perspectivismo. Ortega concibe la vida como el resultado del diálogo dinámico establecido entre el individuo y el mundo. Considera también a las minorías selectas como artífices del progreso humano y, en* La rebelión de las masas, *destaca la nivelación de la existencia que se produce entre los hombres. En* La España invertebrada *interpreta la decadencia nacional por la ausencia de una minoría dirigente suficientemente preparada. Ortega contó con un estilo de gran brillantez lo que, unido al valor de sus concecpciones, le convierte en el pensador español más destacado de este siglo.*

laboradores como la inmensa mayoría de sus enemigos hacían bien en ver en él a un continuador de una tendencia muy española de paternalismo, despotismo ilustrado y arbitrismo.

Primo de Rivera tuvo más tiempo que sus predecesores para convertir en práctica legal lo que ya eran tendencias de la economía española, por lo menos desde la Primera Guerra Mundial, como el nacionalismo, el corporativismo y la autarquía. Es muy probable que la política expansiva del dictador estuviera abocada al autoestrangulamiento, al no ir acompañada de reformas estructurales.

Y, desde luego, careció de contenido social: mientras no se abordaba una reforma fiscal, se produjo un crecimiento muy considerable, hasta quintuplicar sus operaciones, de los cinco primeros bancos privados, que vieron incrementar su porcentaje en el negocio bancario.

Política social

Paralelamente al desarrollo económico ya mencionado, se produjo también, durante los años veinte, un cambio de importancia en las relaciones laborales, fruto de la política social de Primo de Rivera.

En definitiva, en el programa de Costa y de todos los regeneracionistas había una serie de facetas sociales que el dictador no podía, desde luego, olvidar. Sin embargo, la actitud del general distaba mucho de ser la del escritor: mientras este último defendió fórmulas de explotación colectiva de la tierra, cuyas raíces creyó ver en toda una tradición anterior, Primo de Rivera comentaba que el latifundio *del que tanto y con tanta ignorancia y pasión se ha hablado, no es sino la explotación racional y científica de grandes extensiones y el modo más adecuado de producir con mayor economía.*

El fondo de Primo de Rivera era, por tanto, netamente conservador, y, además, paternalista, en el sentido de que gran parte de sus intervenciones públicas eran bondadosas y moralizantes prédicas sobre la mejora de la condición obrera.

La obra social de la Dictadura se debió en gran medida al ministro de Trabajo, Eduardo Aunós. La biografía de este político, antiguo secretario de Cambó y hombre de extracción y pensamiento conservadores y mauristas, muestra su diferencia respecto



Comida para los pobres a cargo de la organización barcelonesa «Caridad y Libertad», *en marzo de 1925*

a las fórmulas políticas autoritarias o totalitarias habituales en Europa por estos años.

Si en la Italia de Mussolini existió un sindicalismo fascista de tono reivindicativo y revolucionario en el que incluso colaboraron antiguos dirigentes del anarcosindicalismo, en la España de Primo de Rivera, Aunós se inspiró en fórmulas más tradicionales, que se decían herencia de la historia y del pensamiento católicos. El decreto de creación de la organización corporativa se refería, en este sentido, con un tono netamente laudatorio, a *un pasado español tan lleno de grandeza como de esperanza*.

El corporativismo era, pues, de origen católico, aunque con ciertas peculiaridades. En estas condiciones, el próposito final de toda la política social no era otro que conseguir la armonía en las relaciones entre obreros y patronos: *No se trata ya de que los distintos elementos sociales luchen ni contiendan, sino de que se articulen y colaboren.*

Esa voluntad de colaboración armónica se unía, por parte del Estado, a la asunción de una función tutelar especialmente dirigida a los más necesitados. Así se explica, por ejemplo, que muchas medidas de carácter social se refirieran a la mujer o a los emigrantes.

Este tono moralizante se percibía, asimismo, en el nombramiento de una comisión interministerial encargada de promover la adopción de medidas legislativas o de estímulo a los esfuerzos privados para combatir el alcoholismo, la tuberculosis, las enfermedades venéreas o la práctica de juegos de azar. También resulta muy típico del dictador esta mezcla de factores tan heterogéneos.

El examen de la obra social de la Dictadura debe hacerse sobre dos perspectivas complementarias: en primer lugar, las disposiciones legislativas propiamente dichas, de carácter tutelar, y, en segundo, el establecimiento de una organización corporativa como nuevo instrumento para regular las condiciones de trabajo.

Le correspondió, en primer lugar, al régimen dictatorial la redacción del Código de Trabajo de 1926, que pretendía ser el elemento primario de una codificación más extensa que no llegó a plasmarse en la realidad.

El Código no recogía sistemáticamente la totalidad de la legislación laboral elaborada hasta el momento, sino sólo la relativa a cuatro aspectos concretos: contrato de trabajo, contrato de aprendizaje, accidentes y Tribunales industriales.

La labor compiladora fue positiva y no sólo se quedó en ella el Ministerio de Trabajo. En abril de 1924 se creó el Consejo Superior de Trabajo, Comercio e Industria, con la misión de asesorar a la Administración en materias relativas a la Oficina Internacional de Trabajo.



La concepción tutelar del Derecho del Trabajo se aprecia en la creación de la Medalla del Trabajo y en las medidas relativas a la mujer trabajadora. Esta función tutelar del Estado impregna también muchos otros aspectos de la obra dictatorial: disposiciones en torno a vivienda popular, establecimiento de un subsidio de familias numerosas, creación del Tesoro del Emigrante, fomento de la enseñanza profesional, creación de las escuelas sociales...

Desde el punto de vista administrativo merece citarse la integración en el Ministerio de Trabajo del antiguo Instituto de Reformas Sociales, verdadera institución pionera en la mejora de las condiciones de trabajo de la clase obrera, y la creación de la Dirección General de Emigración.

Lo más importante (y también lo más discutido) de la labor de la Dictadura en materia social fue, sin embargo, no tanto la legislación mencionada como la creación de la organización corporativa y, en especial, de los comités paritarios. Los críticos conservadores de los comités los definían como *una maquinaria ideada por el dictador para burocratizar al movimiento obrero*.

Este juicio era, sin embargo, muy malintencionado, pues aunque la voluntad de dar satisfacción a los sindicatos jugara un papel mayor o menor, lo cierto es que la medida se basaba en una tradición legal que se remontaba a comienzos de siglo y, por otro lado, se correspondía muy adecuadamente con los principios rectores del régimen en materia social.

Se ha pensado que la cercanía entre el viaje de Aunós a Italia, en abril de 1926, y su decreto de creación de la organización corporativa permitirían deducir una voluntad imitadora por parte de la Dictadura española con respecto al fascismo. Pero, como se ha indicado, esta imitación no se produjo: la organización corporativa española estaba en la línea del catolicismo social que siempre defendió la doctrina del *sindicato libre* y la *corporación obligatoria* y, desde luego, la dictadura mantuvo la libertad sindical.

Por otra parte, en Italia el sistema corporativo estaba tan integrado en el Estado que el Consejo de las Corporaciones era presidido por el jefe del Gobierno. En España, aunque también las corporaciones quedaban de alguna manera integradas en el Estado, lo hacían con una independencia infinitamente mayor.

La organización corporativa tenía como célula primaria al comité paritario que jurídicamente tenía el carácter de institución de derecho público. El segundo peldaño de su organización piramidal estaba constituido por las comisiones mixtas provinciales y, en tercer lugar, existían los consejos de corporación, órgano supremo en cada oficio. En cada uno de estos escalones existía una representación igual de patronos y obreros, siendo el presidente de nombramiento gubernamental.

En principio, la organización corporativa se extendía a la casi totalidad del mundo del trabajo, pero había excepciones como el trabajo realizado a domicilio, las profesiones liberales y el trabajo doméstico.

En la agricultura también la organización corporativa tuvo un contenido más restrictivo que en el mundo industrial. Con el paso del tiempo se reglamentó la organización corporativa del trabajo domiciliario e incluso se la extendió a las relaciones entre los inquilinos y los propietarios de viviendas. Desde hacía décadas existían en España los tribunales industriales que se deben juzgar como precedentes de los comités paritarios y con superior amplitud de acción.

El sistema corporativo fue criticado con frecuencia; pero algunas críticas (y, en especial, las de carácter conservador) carecen de fundamento. Desde este punto de vista se solía decir que los comités paritarios estaban dominados por la representación socialista, pero esto resultaba inevitable por el carácter artificial del sindicalismo católico y por la mezcla entre automarginación y parcial desaparición del anarcosindicalismo.

Como muchos otros aspectos de la Dictadura, la organización corporativa quizá pecó de excesivo burocratismo o de inaplicabilidad (así, la que nace de su extensión al campo de la vivienda). De todos modos la sensación positiva prevalece, si tenemos en cuenta que se constituyeron casi quinientos comités paritarios y se aprobaron un número elevadísimo de bases de trabajo.

El mundo de los comités paritarios era el

Alfonso XIII en una postal de la segunda década del siglo (foto Kaulak). Los reyes en la ceremonia de inauguración de la Feria Iberoamericana de Sevilla 1929, (abajo).



mundo de la industria y la ciudad. Cabe plantearse hasta qué punto la política social dictatorial se refirió al mundo agrícola. En esta materia, sin embargo, el ya citado conservadurismo de Primo de Rivera le impedía afrontar el problema del latifundismo. Tampoco se hizo nada en otros aspectos, como arrendamientos o colonización.

La Dictadura jugó un papel importante en la solución de uno de los problemas agrarios heredados de tiempo inmemorial: la redención de los foros gallegos. Este residuo del Antiguo Régimen, ya deteriorado por factores tan diversos como las transformaciones técnicas de la agricultura, la lucha agrarista y las remesas de dinero de los emigrantes, comenzó a desaparecer tras un decreto de la Dictadura en 1926.

La evolución de la situación económica y la política social del dictador son factores decisivos para establecer un balance sobre su incidencia en el cambio social y en el nivel de vida de las clases trabajadoras. Para ello hay que contar con otro factor: el comportamiento de los movimientos obreros.

Cansancio obrero

Para buena parte de los opositores conservadores de Primo de Rivera constituyó *un continuo motivo de asombro* que la Dictadura encontrara tan escasos problemas en los movimientos obreros cuando en épocas de libertades constitucionales la situación había sido muy contraria. Esto se debió en gran manera a la positiva situación económica y, en menor medida, a las parciales y limitadas disposiciones, ya mencionadas, sobre las condiciones de trabajo.

Factor quizá más importante aún fue el carácter temporal que siempre atribuyó el dictador a su régimen y el hecho de que su represión nunca resultara particularmente cruel. En fin, quizá no se ha dado suficiente importancia a otro hecho que, tal vez, la tiene: antes, incluso, del advenimiento del régimen dictatorial parece haberse producido un fenómeno de agotamiento del movimiento obrero, muy probablemente provocado por la gimnasia revolucionaria de los anarquistas y la escisión del partido socialista.

En este sentido, cabe dudar de la efectividad de un Martínez Anido, que durante su estancia en Barcelona no había contribuido en absoluto a hacer desaparecer la violencia, sino, por el contrario, a multiplicarla. El cansancio y la autodestrucción serían, en cambio, mucho más decisivos para explicar el brusco descenso de los atentados sociales desde el momento en que llegó al poder Primo de Rivera.

Quizá entonces bastaba un mínimo ejercicio de autoridad para que se derrumbara el terrorismo. Las cifras, por lo menos, dan esa sensación: si en los cinco años anteriores al golpe de Estado se registraron en España 1.259 atentados, tan sólo hubo 51 en los cinco años posteriores. Como siempre, la mayor proporción en estas cifras correspondía a Barcelona, con 843 y 30, respectivamente.

Lo que a esos observadores conservadores, ya citados, les asombraba más de la supuesta o real cordialidad en las relaciones entre la Dictadura y los movimientos obreros era la colaboración con Primo de Rivera del Partido Socialista. Sobre el particular hay toda una leyenda que nace, en parte, de los sectores de extrema izquierda que criticaron al Partido Socialista y, en parte, también de una derecha que apuntó, injustificadamente, en su balanza positiva esta supuesta cordialidad.

Gran parte de la realidad de esta colaboración, cuyos límites son, por otra parte, obvios, depende de lo que era la Dictadura, un régimen definido como un paréntesis temporal corto entre dos etapas liberales, la primera de las cuales no fue de ninguna manera ejemplar.

La colaboración socialista

Cuando, en septiembre de 1923, tuvo lugar el golpe de Estado militar, el Partido Socialista exhibió su decidido repudio del aventurerismo revolucionario y su nula simpatía por un régimen de liberalismo oligárquico.

Si no tenía *ningún vínculo* con el Gobierno de la Concentración Liberal era lógico que recomendara a sus afiliados *abstenerse de movimientos estériles* en contra del golpe de Estado. Estos movimientos estériles tenían un nombre: el anarquismo.

Difícilmente el Partido Socialista podía haberse enfrentado con los militares, cuando ni siquiera lo hacían los propios civiles que habían estado en el Gobierno hasta días antes. El PSOE consideró siempre, sin embargo, que la Constitución estaba vigen-

te, e incluso quiso inducir al presidente del Congreso de los Diputados a tomar una postura, sin lograrlo.

En parte, jugaba en la prudencia de los socialistas un factor obvio, el reconocimiento de su propia debilidad: a comienzos de la Dictadura había 16 países europeos con parlamentarios socialistas; de ellos, era España el de menor proporción: sólo el 2 por 100 de una de las cámaras.

También en estos años, concluida pero todavía recordada la etapa de enfrentamiento con los escindidos comunistas, el PSOE acentuó su gradualismo y su reformismo práctico, aunque no teórico.

Cuando llegaron al poder los laboralistas en la Gran Bretaña, los socialistas españoles recibieron la noticia no sólo con alegría, sino con entusiasmo, como la mejor demostración de que una táctica como la suya concluiría con la victoria. La muerte, en 1925, de Pablo Iglesias no supuso ningún cambio significativo en su posición: desde hacía años, de hecho, ya Julián Besteiro ejercía el papel de presidente del partido.

Aunque muy diferentes en la formación y trayectoria, Besteiro y Pablo Iglesias mantuvieron siempre una actitud idéntica, por lo menos en los años a los que nos referimos, sobre la actuación del partido obrero en un régimen como el español. Sin embargo, quizá la enfermedad, primero, y la ausencia del líder respetado por todos, después, pudo favorecer una temprana manifestación de tendencias en las que la actitud obrerista era más proclive a aceptar la posibilidad de colaboración con el régimen

Alfonso XIII y Victoria a la salida de la salida de la catedral de Burgos durante las celebraciones del VII centenario de la catedral, en julio de 1921.



que la de los intelectuales y periodistas miembros del partido.

Muy pronto, el socialismo, de raíz humanista y liberal que representaba Fernando de los Ríos o el acostumbrado a ser aliado habitual del republicanismo, del que sólo constituía una radicalización (Indalecio Prieto), se manifestó absolutamente contrario a la colaboración con la Dictadura, protestó de sus atropellos contra las libertades y se manifestó dispuesto a cooperar con los republicanos. En cambio, el dirigente sindical asturiano Manuel Llaneza, a quien la Dictadura le cogió en plena crisis de la minería del carbón asturiano, estuvo en estrecho contacto con las autoridades e incluso hubo rumores, falsos, sobre su posible nombramiento como Ministro de Trabajo.

Lo que posteriormente (y sobre todo en los años de la República) fue denominado *colaboración* del socialismo con la Dictadura, resultó en realidad un proceso cambiante e impreciso, lleno de sutilezas, de no pocas dudas y de numerosos equívocos por las dos partes.

La propaganda de Primo de Rivera insistía periódicamente en que el único partido honesto de la etapa anterior a la Dictadura no dejaba de colaborar, de hecho, con Primo de Rivera. En algún momento, el propio Primo de Rivera parece haber pensado en una especie de nuevo sistema del turno que tuviera como alternativas a la Unión Patriótica y al Partido Socialista. A veces, sin embargo, Primo de Rivera reducía el papel de los sindicatos a *fines de cultura, protección y mutualismo y aun de sana política, pero no de resistencia y de pugna con la producción;* los socialistas eran entonces, para él, elementos peligrosos que *avinagraban el ánimo de los obreros.*

En noviembre de 1923, un representante del dictador, el duque de Tetuán, visitó la Casa del Pueblo madrileña como gesto significativo de aprecio, pero en meses posteriores fue frecuente que los socialistas sufrieran, si no represión, sí al menos reducción de sus actividades, a cargo habitualmente de Martínez Anido con arbitrarias prohibiciones de actos o reducción de los que se llevaban a cabo a campo abierto.

Parece evidente que tampoco el Partido Socialista se benefició mucho de su actitud hacia la Dictadura. Es más, en los primeros años de la vida del régimen no sólo no se produjo un aumento espectacular de la afiliación al Partido Socialista, sino que permaneció rigurosamente estable: las cifras de afiliación a la UGT pasaron tan sólo de 210.000 a 223.000 afiliados en el período 1923-1927.

El nombramiento de Largo Caballero

Lo que habitualmente se considera como mayor prueba del colaboracionismo socialista con la Dictadura fue el nombramiento de Francisco Largo Caballero como miembro del Consejo de Estado.

La posición del líder sindicalista madrileño era, desde el punto de vista estatutario, perfectamente correcta. Cuando el Instituto de Reformas Sociales se convirtió en Consejo de Trabajo, los vocales obreros socialistas pasaron a él y, una vez decidida la ampliación a una representación social del Consejo de Estado, resultó elegido, por los votos de sus compañeros socialistas, Largo Caballero.

Había sido, pues, elegido por los obreros y no por el Gobierno y, por tanto, podía representar a aquéllos sin quedar en las manos de éste, por muy Dictadura que fuera.

Tanto De los Ríos como Indalecio Prieto protestaron por la decisión, y el segundo llegó a dimitir de su puesto en la ejecutiva del partido. Como para disculparse, Largo Caballero hizo lo que no habían hecho los laboristas británicos nombrados, en su día, ministros: tomar posesión vestidos de calle.

A partir de esta situación, la colaboración de los socialistas, siempre relativa, se tornó reticente: no ingresaron en el Consejo de Economía Nacional porque de él formaban parte los sindicatos católicos y los libres, y tampoco en la Junta Central de Abastos porque en ella estaba Martínez Anido.

En septiembre de 1927, se planteó otra ocasión significativa para medir el posible grado de colaboración entre los socialistas y la Dictadura. Se trató de la convocatoria de la Asamblea Nacional, que ya se había anunciado un año antes.

Para cubrir seis de los cuatrocientos puestos existentes, el dictador nombró a seis socialistas, entre los que figuraban Largo Caballero, De los Ríos, Llaneza y la mujer de Julián Besteiro. Los socialistas fueron

Blues en Pontparnasse, ***por Van Dongen, sátira sobre las constumbres de la alta sociedad parisina.***



entonces extraordinariamente prudentes en la determinación de su posición.

Es muy posible que a través de personajes del régimen intentaran convencer al dictador de que, en vez de hacer él mismo la elección de los asambleístas socialistas, se dejara tomar la iniciativa al Consejo de Trabajo, en el que la representación socialista podría elegir a afiliados a la UGT.

Pero el *amor propio* de Primo de Rivera impidió una decisión en este sentido y la toma de postura de los socialistas no pudo ser distinta a la que preveían sus estatutos: por unanimidad se decidió no acudir a la Asamblea. Tal decisión no era, por tanto, un cambio de rumbo, sino más bien lo contrario: la ratificación del mantenido hasta, precisamente, aquellos momentos.

Tampoco la reunión del XII Congreso del PSOE, en 1928, modificó el rumbo adoptado por los socialistas, de acuerdo con los principios en que se basaba su organización interna. Tanto Indalecio Prieto como Teodomiro Menéndez se pronunciaron por el abandono de los puestos políticos en el Consejo de Estado y en los municipios que les hubieran correspondido a los miembros del partido como consecuencia de disposiciones adoptadas por la Dictadura.

Cuestión táctica

Se esbozó entonces una división del partido en la que, con la perspectiva de los años treinta, sorprende el tipo de alianzas y la base estratégica de las mismas. En efecto, frente a los radicalmente anticolaboracionistas, se esbozaba la postura de los que lo eran, al objeto de obtener para los sectores obreros y sindicales el máximo de ventajas posibles, como Largo Caballero, y quie-

EL VUELO DEL PLUS ULTRA

En los años veinte, la aviación realiza memorables hazañas, venciendo enormes distancias y conquistando océanos. Son los años de los héroes, de las gestas a bordo de unos pequeños y frágiles aviones de madera y tela que se atreven a surcar los océanos.

La idea del viaje del Plus Ultra *partió del capitán Mariano Barberán, un auténtico genio de la navegación aérea. Con ella se pretendía unir por primera vez en un vuelo a España con los países de Hispanoamérica. Para ayudarle en el intento contaba con un piloto: Ramón Franco.*

El Gobierno de Primo de Rivera necesitaba un proyecto de este tipo a efectos de recuperar imagen. La idea se puso en marcha rápidamente. Hubo las lógicas e inevitables fricciones entre la Marina y la Aviación, porque ambas querían apuntarse el éxito. Mientras tanto, Barberán, el padre de la idea, que había tenido un desagradable incidente con su jefe Díaz Sandino, acabó dejando la Aviación. Ramón Franco, el hermano del general más joven del Ejército, Francisco Franco, tomó las riendas del proyecto, en el que, definitivamente, participarían: un marino, Durán; un artillero, Ruiz de Alda; un aviador, Ramón Franco, y un mecánico, Pablo Rada.

El 22 de enero de 1926 el Plus Ultra *—un avión Dornier comprado a Alemania— inicia su vuelo desde las mismas aguas que vieron partir a Colón. El* Plus Ultra *llega sin novedad a Las Palmas y desde aquí a la isla de la Sal. Aquí, Ramón Franco, alegando que precisa toda la capacidad de carga del avión para llevar combustible y poder llegar a Recife, en Brasil, deja en tierra a Durán (la verdad es que no quiso compartir la gloria de la hazaña con un marino).*

El Plus Ultra *despega, pero lo hace tarde. Pierde horas de luz y no puede llegar a Recife. A mitad de camino debe regresar a Fernando Noronha, un arrecife portugués perdido en medio del mar (detalle que suele ocultarse generalmente). Por fin llega a América.*

Los del Plus Ultra *son recibidos como héroes. Desde Recife, a Uruguay (contra la orden expresa de Primo de Rivera, que no quería que pisaran suelo uruguayo). De Uruguay a Argentina. Aquí es el delirio. A su regreso a España, en olor de multitudes, el propio rey acudirá a recibirles a Sevilla, donde también están otros dos Franco: Nicolás, un hombre oscuro toda la vida, y Francisco, ahora apagado por la gloria de su hermano. El aguarda momentos mejores para darse a conocer.*



General Severiano Martínez Anido con miembros del Somateú.

nes opinaban, como Besteiro, que los socialistas debían actuar a partir de sus peculiares organismos de presencia sin mezclarse en identificaciones políticas con regímenes burgueses. Este era el llamado sector *izquierdista* que obtuvo la victoria en el Congreso.

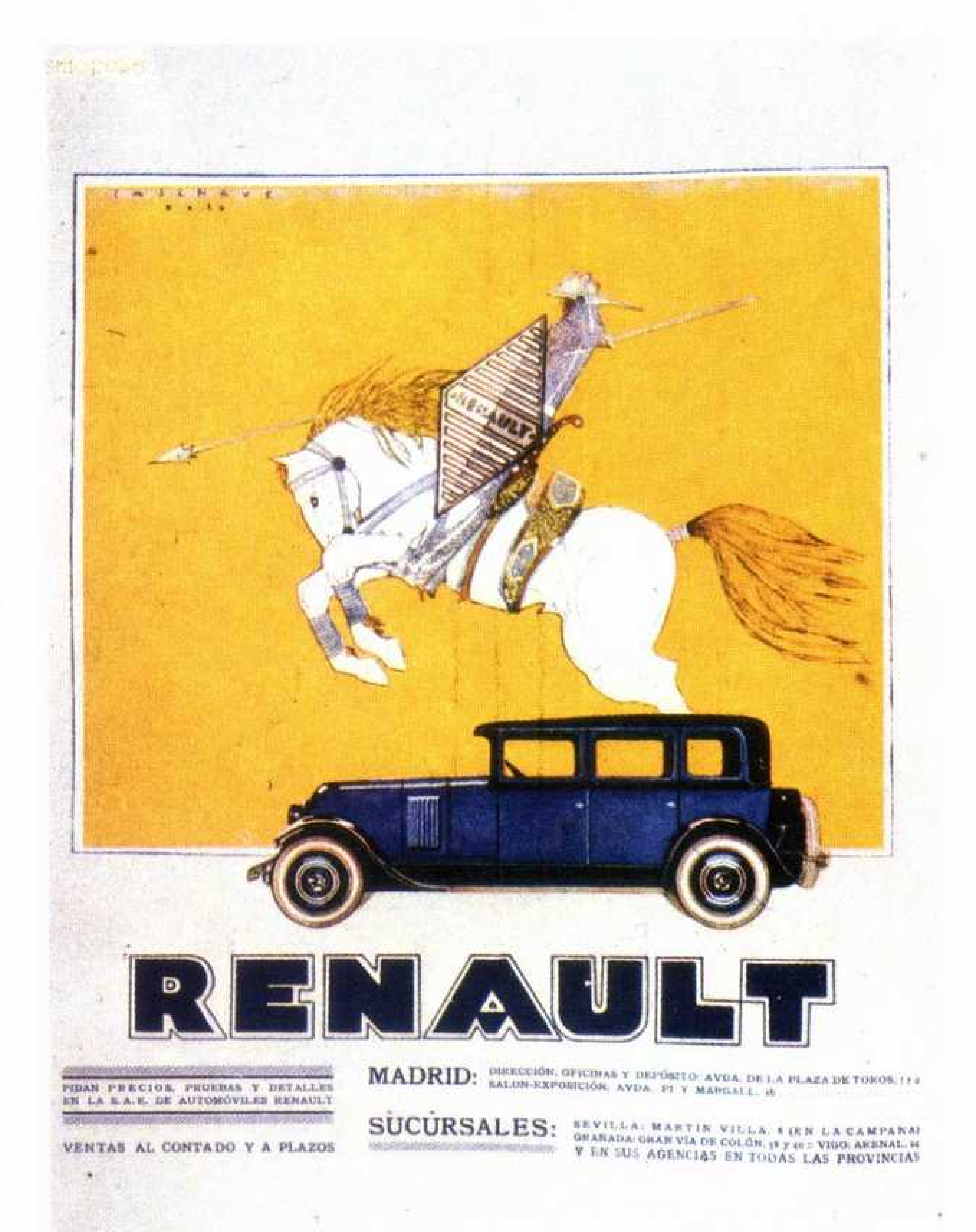
El cambio de la postura socialista se produjo muy tardíamente, en el verano de 1929. En esta fecha, el dictador, consciente de sus propias dificultades para lograr la aceptación de la Asamblea, modificó su composición en el sentido de incluir cinco asambleístas electivos por parte de la UGT.

De acuerdo con las interpretaciones estatutarias realizadas hasta el momento, no cabe la menor duda de que la participación en la Asamblea podía perfectamente haber sido aceptada, pero no lo fue. El factor decisivo en esta toma de postura pudo ser, más que cualquier otro, el carácter declinante que inequívocamente tenía ya la Dictadura a los ojos de cualquier observador.

Buena parte de ello es que en el mes de agosto siguiente la UGT, en contra de la opinión del propio Besteiro, se declaró en favor de un *Estado republicano*. La poca simpatía tradicional de una parte considerable del Partido Socialista por el republicano entraba en crisis, ante la realidad de unas masas obreras contrarias al régimen dictatorial, primero, y a la Monarquía, después.

Como fue habitual antes y después de los años veinte, las posturas de los socialistas españoles no estuvieron motivadas por complicadas evoluciones ideológicas ni por debates internos de altura singular. Por el contrario, la toma de postura tuvo como factor decisivo casi exclusivamente consideraciones tácticas sin modificaciones en los principios.

Lo importante es, además, que este tipo de alineamiento del socialismo español constituye el precedente obligado para la comprensión de lo sucedido luego durante la Segunda República. Así, por ejemplo, la postura de Besteiro basada en la presencia en los organismos sociales, que no indicaba la voluntad de colaboración política, era idéntica a la que luego mantuvo en la Segunda República; Indalecio Prieto en los años treinta permanecería firme en su colaboración con el republicanismo de izquierdas y, como tal, sería uno de los factores del Frente Popular y, en fin, Largo Caballero mantendría una postura, por un lado, muy vinculada a la evolución del estado de ánimo de la clase obrera y, como tal, capaz de traducirse en un grado muy alto de colaboracionismo en el primer bienio republicano y una tendencia radical a partir de 1933, coincidente con la actitud de la base sindical que le apoyaba.





También la posición del anarquismo español respecto a la Dictadura merece mayores matices que la afirmación simple de que se mantuvo en cerrada oposición al régimen. También, como en el caso del socialismo, su evolución a lo largo de los años veinte jugó un papel decisivo en su actitud en la época republicana.

El anarquismo

En términos generales puede decirse que el régimen dictatorial congeló la división de tendencias existentes, perjudicando al sector que ya parecía anunciarse como triunfante hacia el anarcosindicalismo. Por otro lado, la persecución del sindicalismo, de inspiración libertaria, no fue ni cruel ni constante, e incluso alguna publicación pudo aparecer regularmente en los años dictatoriales.

En realidad, el primer pronunciamiento de la CNT para la dictadura de Primo de Rivera fue de expectación y de una cierta neutralidad vigilante. Los nuevos gobernantes tan sólo decidieron cerrar algunos sindicatos locales. El nombramiento de Martínez Anido provocó un intento de unidad con la UGT, que ésta rechazó. Aun así, más que de un cambio en la actitud gubernamental habría que hablar (en el caso de la CNT y en el del Partido Comunista) de un aumento de la presión gubernativa, mientras que, por ejemplo, *Solidaridad Obrera* mantuvo su aparición hasta el mes de mayo de 1924.

La actividad de Martínez Anido consiguió en un número reducido de semanas estrangular lentamente al sindicalismo libertario. Para ello utilizó una disposición legal, anterior incluso al establecimiento del régimen dictatorial, que prescribía la publicidad en las organizaciones sindicales, tanto en lo que respecta al régimen de cotizaciones como en la administración. Bastaba que, mediante la inspección quincenal, se comprobara el incumplimiento de la normativa para que el sindicato en cuestión pudiera ser disuelto.

A principios de octubre la federación barcelonesa decidió no aceptar la disposición

Cuatro muestras de otras tantas publicidades aparecidas en los años veinte en España en la revista Cosmópolis.

y pasar a la clandestinidad, pero no la siguieron algunos sindicatos importantes. Una parte de los dirigentes anarquistas pasaron a la clandestinidad o incluso al exilio.

Al mismo tiempo, en Barcelona se dibujó una posición de permanencia en la legalidad, especialmente identificada con aquellos sectores más propiamente sindicalistas, como Pestaña y Peiró.

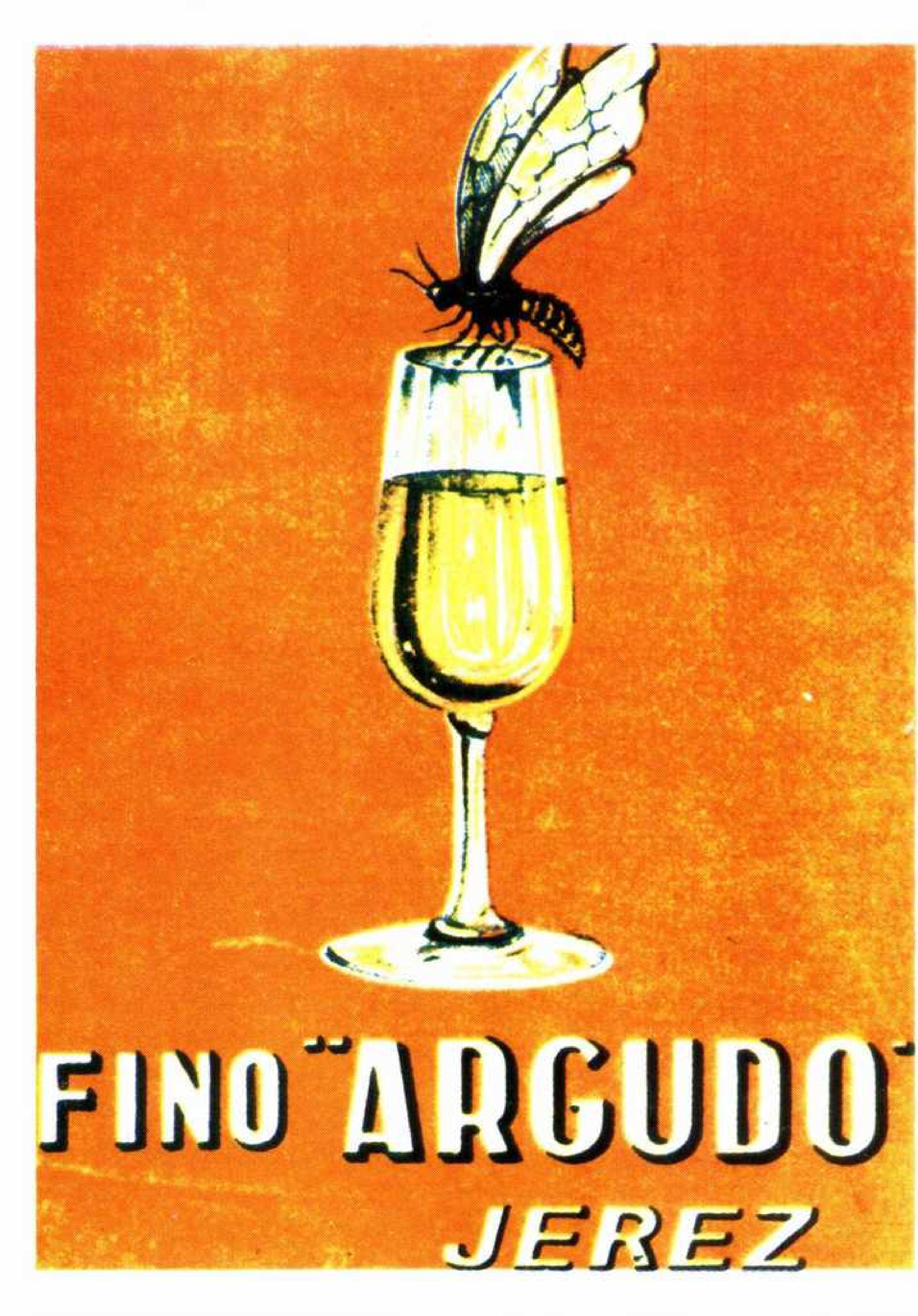
La actividad de unos y otros se veía detenida periódicamente por la represión gubernativa cuando había intentonas revolucionarias: así, por ejemplo, el asesinato del verdugo de la Audiencia de Barcelona, en mayo de 1924, motivó la desaparición de gran parte de la prensa anarquista y anarcosindicalista, como por ejemplo el citado *Solidaridad Obrera*. Unos meses después, los exiliados que habían evolucionado a la adopción de procedimientos violentos realizaron un intento de penetración a través de la frontera de Vera de Bidasoa, que se cerró con un lamentable fracaso.

Ruptura

A partir de este momento se hizo definitiva la ruptura entre el sector más propiamente sindicalista y el del exilio. Pestaña y Peiró intentaron la reconstrucción en la legalidad de la CNT: el primero pensaba ya en la posibilidad de crear un partido político paralelo al sindicato libertario, mientras que el segundo reprochaba a los exiliados su voluntad de monopolizar la CNT y darle un carácter conspirativo cuando lo que en realidad debían hacer era mantener una simple inspiración moral del movimiento. A ellos se unieron otros líderes importantes del anarcosindicalismo, como el asturiano Eleuterio Quintanilla.

Esta tendencia, que probablemente hubiera llegado a triunfar en condiciones de mayor normalidad, se vio emparedada, por así decirlo, entre el sector más radical y la política social de la Dictadura. El primero sufrió la influencia del anarquismo argentino, quien popularizó la necesidad entre los anarquistas españoles de una *trabazón*, es decir, de un vínculo orgánico entre el sindicalismo libertario o revolucionario y el anarquismo propiamente dicho.

La lucha contra la Dictadura, para la que los anarquistas exiliados admitieron desde la primavera de 1925 la colaboración con otras fuerzas políticas (como el catalanismo





de Maciá), hacía especialmente necesaria la *trabazón* que en el verano de 1927 adquirió la forma de Federación Anarquista Ibérica.

Después de una conferencia celebrada en una playa levantina, en julio de este año, se volvió a una tradición típicamente anarquista como era la constitución de un grupo secreto que tenía que lograr el absoluto predominio del sector revolucionario en el mundo del anarcosindicalismo.

La FAI reanudaba la tradición de la Alianza de la Democracia socialista del siglo anterior, aunque no tenía estrictamente el mismo carácter: mientras la primera trataba de disputar los sindicatos a la línea Pestaña-Peiró, la Alianza había pretendido crear unas masas sindicales inexistentes hasta el momento.

Mientras éstas eran las dificultades creadas desde el sector revolucionario, más graves aún, por ser de índole moral e ideológica, eran las indirectamente provocadas por la organización corporativa pensada por Aunós, que dejaba a la línea Pestaña-Peiró en el dilema de decidirse por el pleno colaboracionismo o el repudio a cualquier cooperación con el Estado. Pestaña eligió la primera senda a través de su *posibilismo libertario* y Peiró, en cambio, la segunda.

En estas condiciones no puede extrañar que los años 1927 y 1929 fueran de extrema depresión y desorientación en el movimiento obrero, de inspiración libertaria. Los intentos revolucionarios llevaban obligadamente a la colaboración con sectores políticos (incluso con masones o con Sánchez Guerra) y concluían siempre en el fracaso.

La táctica más sindicalista se encontraba con la imposibilidad real de apoyarse en una masa obrera organizada sin, al mismo tiempo, aceptar la colaboración de hecho con el Estado.

En definitiva, la Dictadura interrumpió el proceso de *sindicalización* de la CNT, que hubiera permitido transformar a esta central en un organismo que excluyera el ejercicio del pistolerismo, legó a la República la pesada herencia de la FAI y planteó, al iniciarse los años treinta, la necesidad de dar solución al grave problema de las relaciones entre el libertarismo y el Estado, problema que no encontraría solución (y ésta violando los principios tradicionales) sino en plena guerra civil.

Queda por mencionar un último sector sindical especialísimamente significativo de la evolución social en los tiempos dictatoriales: el sindicalismo libre. Frente a lo que ha sido habitual creer hasta hace poco tiempo, el sindicalismo libre, asentado sobre todo en Barcelona, no puede ser considerado como el producto de la coordinada represión del Gobierno y la patronal.

Aunque de origen carlista, los libres barceloneses consiguieron, a consecuencia de la autodestrucción de la CNT provocada por el pistolerismo y de un tono reivindicativo acentuado pero no revolucionario, dominar en gran parte de la clase obrera barcelonesa: en 1921 tenía 100.000 afiliados y un año después casi había duplicado esta cifra. Sin embargo, en los últimos momentos del régimen constitucional esta cifra descendió tras sucesivos enfrentamientos con las autoridades.

Cuando quedó proclamada la Dictadura, los sindicatos libres fueron reprimidos como la CNT por oponerse a ella, pero su actitud con respecto al régimen cambió rápidamente. Aunque Primo de Rivera parece haber tenido mucho más interés en la colaboración con la UGT, lo cierto es que desde 1924 la actitud colaboracionista de los libres estaba firmemente asentada.

Ello les valió la presencia de cinco sindicalistas en la Asamblea Consultiva y la conquista de alguna de las agrupaciones de mayor fuerza y tradición del obrerismo barcelonés como era el CADCI (Centro de Dependientes), de donde desalojaron al catalanismo.

El ideario de los sindicalistas libres (siempre posterior a la praxis) evolucionó en un sentido *españolista* y, en alguno de sus sectores dirigentes, protofascista. En todo caso consiguieron monopolizar centenares de comités paritarios y superar, por vez primera y única, su implantación exclusivamente barcelonesa.

En efecto, a partir de 1927 establecieron un marco de estrecha colaboración con el sindicalismo católico libre en el norte de España. Era esta la rama más vigorosa del sindicalismo de tradición católica, mientras que los sindicatos puramente católicos permanecían en unos niveles de afiliación muy bajos (unas 50.000 personas) y en un paternalismo estéril que reducía a la nada su influencia social.

Con la colaboración entre libres y libres-católicos, este sindicato se aproximó a las cifras de afiliación de la UGT: en 1929 tenía 197.000 afiliados, la mitad de ellos en Barce-



Tertulia literaria en un café presidida por Ramón del Valle-Inclán

lona. Sin embargo, su éxito fue tan efímero como elevado su oportunismo. La desaparición de la Dictadura primorriverista supuso una ofensiva de la CNT contra los libres y el nuevo Gobierno constitucional no estaba en disposición de colaborar con una asociación tan identificada con el régimen caído.

Es el momento de referirse a las más importantes transformaciones sociales producidas en la España de la época, al converger el desarrollo económico, la política de relaciones laborales y el mayor o menor peso de los movimientos obreros sobre las reivindicaciones sociales.

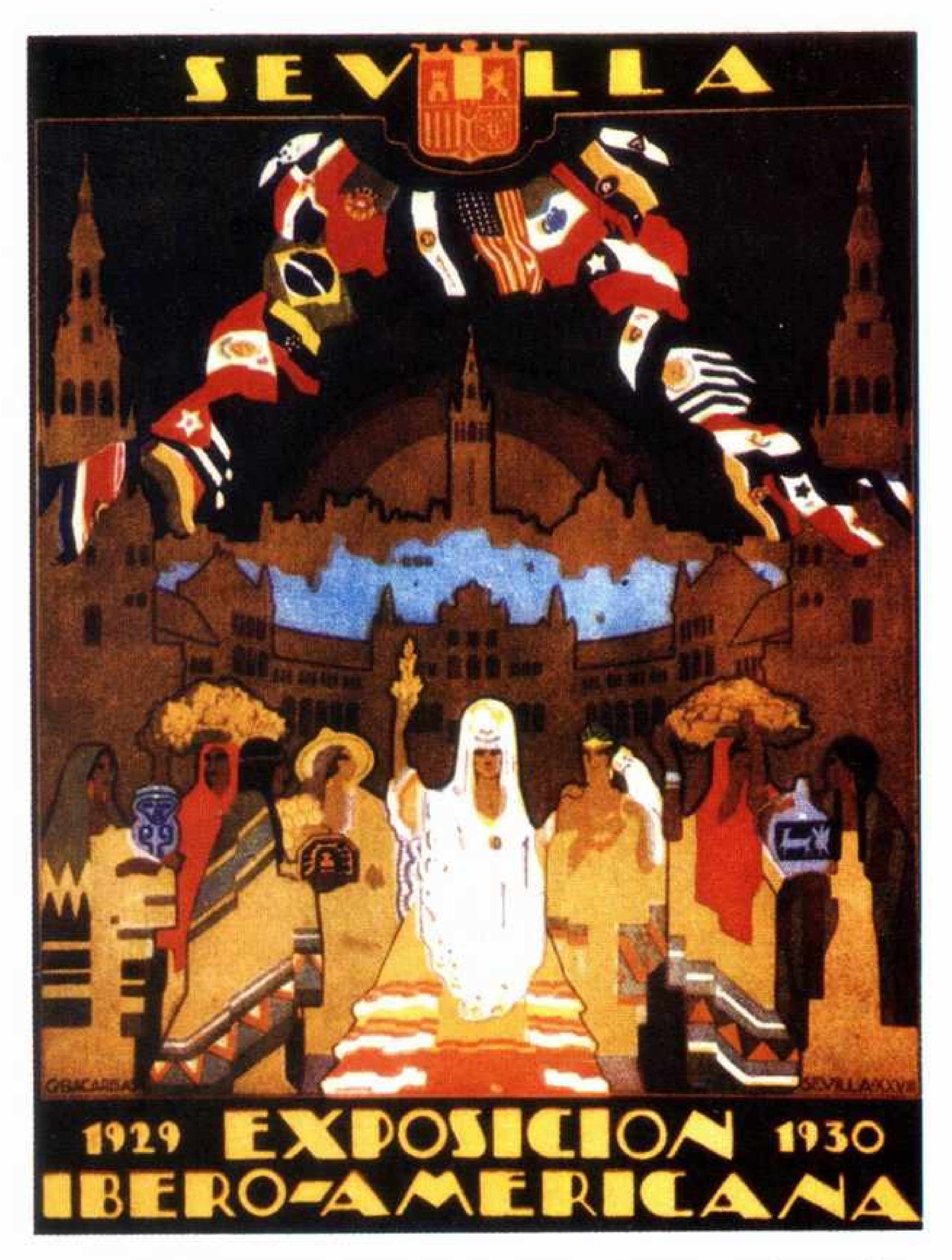
El cambio social

Entre 1920 y 1930, el número de españoles creció en algo más de dos millones, de 21.300.000 a 23.500.000. Fue un crecimiento importante y semejante en volumen al producido entre 1857 y 1897. Se produjo, por tanto, un importante rejuvenecimiento de la población española y fue característico del período republicano un *juvenilismo* que puede servir para interpretar, en parte, el elevado grado de radicalización política.

El crecimiento demográfico se explica en gran medida por la mejora de las condiciones sanitarias: la tasa de mortalidad era en 1930 del 16 por 1.000, semejante a la de la Europa occidental a comienzos de siglo (18 por 1.000). La mortalidad infantil había disminuido a la mitad desde comienzos de siglo y ella había sido factor principal en la mejora del índice.

Por otro lado, había disminuido también de forma significativa (influyendo en el crecimiento demográfico) la tasa de emigración, que si fue del orden de 40.000 personas por año en las dos primeras décadas del siglo, era ahora de tan sólo 15.000. En cambio se había producido un crecimiento de las corrientes migratorias internas: Cataluña recibió en la década de los años veinte unos 321.000 inmigrantes.

La década de los años veinte presenció, asimismo, un cambio importante en lo que respecta al grado de urbanización. A la altura de 1930, más del 40 por 100 de los españoles vivían en núcleos de población superiores a los 10.000 habitantes. Todas las capitales de provincia habían experimentado un crecimiento considerable, que les hizo adoptar modelos de desarrollo urbanístico semejantes a los que habían tenido una década antes las mayores conurbaciones.



Cartel oficial de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, 1929-30,

El superior grado de urbanización se aprecia, por ejemplo, en los índices de crecimiento diferencial entre la población total y la población de las capitales de provincia. Para 1900+100, en 1921, el índice total era 114 y el de las capitales 130; en 1930, 126 y 164, respectivamente.

Urbanización suponía el paso de una sociedad agraria a otra que se podría, quizá, denominar semiindustrializada. Producto mucho más del crecimiento económico que de la redistribución, hubo, en la década de los veinte, una mejora del nivel de vida. En pesetas constantes de 1929, sin embargo, de 1920 a 1930 no hubo cambio sustancial, pero el número de personas que padecían las a menudo difíciles condiciones del agro español disminuyeron significativamente.

A finales de la década, el sector primario de la economía ocupaba a un porcentaje sólo levemente superior a la mitad, mientras que a comienzos de siglo era de alrededor del 70 por 100. Aproximadamente un millón de personas habían abandonado el sector agrícola entre 1910 y 1930.

En el mismo campo también era variado el peso relativo de cada sector. Los jornaleros, que en 1910 ascendían a 1.600.000, sumaban en 1930 tan sólo 1.200.000; en cambio los cultivadores directos habían permanecido en una cifra semejante próxima a los tres millones de personas con un ligero descenso.

Un buen ejemplo de la mejora de condiciones sociales es el avance de la educación. En 1911 la enseñanza en sus diversas modalidades recibía a un millón y medio de personas, cifra semejante a la del final de siglo; en 1930 superaba con creces los dos millones. A comienzos de la década de los veinte había en España unos 28.000 maestros, que eran más de 34.000 en 1930; los alumnos de los Institutos de Enseñanza Media pasaron de 52.000 a 76.000 y los de Universidad de 23.000 a 40.000.

En términos generales puede decirse que este cambio social obedeció a la bonanza económica antes que a cualquier otra razón. Hubo estabilidad en el empleo, que desaparecería en la República, con la llegada al trabajo de las nuevas generaciones y con la crisis económica internacional.

Bibliografía

José Andrés Gallego, ***El socialismo durante la Dictadura, 1923-1930,*** Madrid, Giner, 1977, 637 páginas. Eduardo Aunós, ***La política social de la Dictadura,*** discurso en la recepción como académico de número el 23 de mayo de 1944, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 144 páginas. Rosa María Capel, ***El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930),*** Madrid, Ministerio de Cultura, 1982, 608 páginas. ***Cuadernos económicos de Información Comercial Española,*** número 10, 1979. Antonio Elorza, «el anarcosindicalismo español bajo la Dictadura (1923-1930)», en ***Revista de Trabajo,*** números 39-40, 44-45 y 46, 1972-1974. Doglas W. Foard, ***Ernesto Giménez Caballero o la revolución de un poeta,*** Madrid, I. E. P., 1975. José Luis García Delgado, «La política fiscal de la Dictadura», en ***Origenes y desarrollo del capitalismo en España,*** Edicusa, 1975. Juan Velarde Fuentes, ***Política económica de la Dictadura,*** Madrid, Biblioteca Universitaria de Economía, 1968, 159 páginas.

LAS DICTADURAS IBERICAS

Unir bajo la común denominación de *dictaduras ibéricas* los regímenes de Primo de Rivera en España y la primera etapa, hasta su definitiva consolidación, del de Oliveira Salazar en Portugal no es, desde luego, una cómoda simplificación geográfica carente de contenido.

Por el contrario, ambos regímenes, como tendremos ocasión de comprobar, nacieron en circunstancias políticas semejantes como producto de una crisis del parlamentarismo, anularon las libertades, pero no ejercieron, en general, una represión cruel y caracterizados, en fin, por una considerable incertidumbre con respecto a su propio futuro, pretendieron crear unas ciertas fórmulas corporativistas muy típicas del pensamiento conservador de la época, pero que no llegaron a aproximarse en totalitarismo al régimen de Mussolini en Italia.

En otros aspectos, como, por ejemplo, su destino final o su política económica, los dos regímenes fueron considerablemente diferentes, pero éstos pueden estimarse, quizá, menos importantes. Ambos regímenes mantuvieron contactos e influencias significativas, hasta el punto de que en la época (durante los años veinte) era habitual considerarlos semejantes. No puede extrañar, por tanto, que se les juzgue susceptibles de una explicación paralela.

El paralelismo comienza en los mismos orígenes de ambas experiencias políticas, separadas por tres años de distancia. Tanto en Portugal como en España precede a la instalación del régimen autoritario un período de parlamentarismo fuertemente inestable, sin duda, mucho más de lo que era en Italia antes del advenimiento de Mussolini.

En Portugal los dieciséis años siguientes a la instauración de la República de 1910 fueron probablemente los más inestables de la historia política europea contemporánea. En España el deterioro, ante la opinión pública, del sistema político liberal había llegado a tal extremo que un opositor republicano de la Dictadura como Manuel Azaña pudo escribir luego que el país estaba *presidido por la impotencia y la imbecilidad.*

Un dictador regeneracionista

Esta situación permite explicar el fácil acceso de Primo de Rivera a las supremas responsabilidades de la nación. El movimiento insurreccional militar que le dio el poder fue un pronunciamiento en el sentido más clásico del término. Así, por ejemplo, no produjo ningún tipo de derramamiento de sangre, sino tan sólo una especie de forcejeo psicológico con el Gobierno central, que acabaría plegándose a quien entonces desempeñaba la Capitanía General de Cataluña.

El rey pudo haber conocido vagos rumores de conspiración e incluso haber acariciado personalmente la idea de asumir un poder autoritario, pero lo cierto es que al admitir la dimisión del Gobierno de la Concentración Liberal, no hizo sino reconocer la realidad de que a éste le quedaba muy poco poder (y menos aún efectivo) en España.

La Dictadura fue no sólo bien recibida por la opinión pública española, sino con entusiasmo incluso por parte de sectores de los que en principio no parecía, en absoluto, previsible, como, por ejemplo, los propios dirigentes políticos de los partidos de turno o incluso los intelectuales liberales cuyo desvío respecto de la Monarquía jugaría un papel decisivo, años más adelante, en el final de ésta.

Si la recepción del pronunciamiento dictatorial fue buena, la razón estriba en que

conectaba perfectamente con el espíritu regeneracionista que la nación vivía desde el cambio de siglo. El manifiesto de Primo de Rivera era impreciso en cuanto a soluciones políticas concretas, pero en cambio, conectaba muy bien con el estado de la opinión pública, sobre todo en lo referente a su repudio decidido de la clase política de la Monarquía constitucional.

Como solía suceder con los pensadores y los políticos del regeneracionismo durante todo el reinado de Alfonso XIII, Primo de Rivera mismo era un exponente típico de la clase dirigente del país: su propia carrera militar se había visto favorecida, sin duda, por esta circunstancia. Pero, por otro lado, tenía Primo de Rivera cualidades y características que le elevaban por encima de ella.

Muy posiblemente sea cierta la aseveración, hecha por uno de sus enemigos políticos, de que él era lo mejor de la Dictadura. Salvador de Madariaga describió a Primo de Rivera como *espontáneo, intuitivo... irritable ante el obstáculo, imaginativo, intensamente patriota, dado a opiniones simplistas, a preferir la equidad a la justicia, el buen sentido al pensamiento.* Generoso y valiente, Primo de Rivera resultaba también, con frecuencia, intemperante, incapaz para la colaboración y proclive a las reacciones airadas.

En todo caso, lo típico y lo decisivo del régimen primorriverista fue su condición de regeneracionista. Aunque Primo siempre profesó una manifiesta admiración por Mussolini e intentó copiar algunas fórmulas políticas suyas al final de su etapa de gobierno, lo cierto es que era por completo incapaz de identificarse con su totalitarismo.



SEVERIANO MARTINEZ ANIDO

Severiano Martínez Anido (El Ferrol, 1862-Valladolid, 1938). Militar y político español. Participó en las campañas de Africa y Filipinas. Director de la Academia de Infantería, gobernador militar de San Sebastián y de Barcelona.

En 1920, Dato le nombró gobernador civil de Barcelona, donde se distinguió por la tremenda dureza en la represión de los movimientos obreros mediante sindicatos libres y sus pistoleros. Ello provocaría una ola terrorista entre los años 1920 y 1922. En 1922 fue destituido bajo la acusación de extralimitarse en sus funciones.

Primo de Rivera le nombró subsecretario de Gobernación (septiembre de 1923), vicepresidente del Consejo (1924) y, finalmente, ministro de Gobernación (1925-1930). Durante la República estuvo exiliado, pero apenas iniciada la guerra civil se unió a los sublevados, y quedó encargado de mantener el orden público en la zona nacional. En 1938 fue nombrado ministro de Orden Público.

Contra el caciquismo

La Dictadura española fue concebida siempre como una solución temporal, a plazo fijo, que incluso se cifró en noventa días en un principio y que debía concluir en una vuelta al sistema liberal constitucional. Durante este período excepcional, un político no profesional actuaría como cirujano de hierro del país solucionando, mediante procedimientos ingenuos, los males del país producto exclusivo de una clase política corrompida y no de la esencia misma del pueblo español.

Una Dictadura de este tipo desde luego no podía resultar cruel. El propio Primo de Rivera la calificó en alguna ocasión como *dictadura democrática* o *democracia dictadora* y, desde luego, estableció, en este aspecto, una diferencia significativa en relación a lo que sucedía en otras latitudes. Milagrero y arbitrista a veces, arbitrario siempre e intemperante la mayor parte de las ocasiones, Primo de Rivera nunca pudo resultar verdaderamente cruel en la represión de sus adversarios.

Esto explica que durante los primeros meses de estancia en el poder, hasta el momento en que la situación en Marruecos obligadamente atrajo su más directa atención, la tarea más importante de Primo de

Rivera fue precisamente iniciar una verdadera persecución contra el caciquismo rural, objeto de la enemiga lógica por parte del pensamiento y el talante regeneracionista. En este sentido Primo de Rivera actuó de dos maneras complementarias: la preparación de una reforma política que (y ello resulta significativo) diera un mayor contenido liberal a la realidad política española y la intervención en la vida política local para librarla de las lacras tradicionalmente identificadas con el caciquismo.

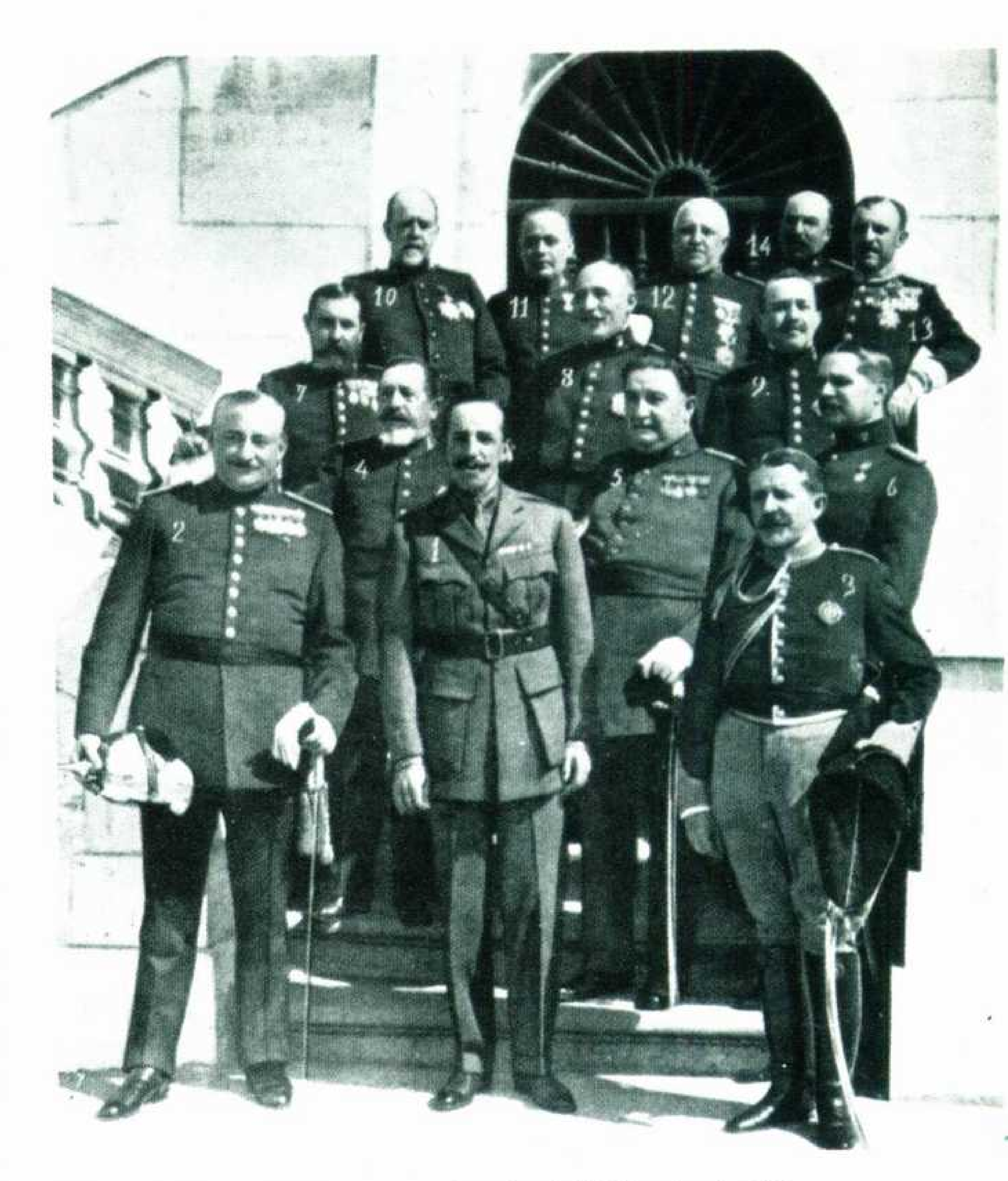
En cuanto a la reforma política, Primo de Rivera pensaba originariamente, por ejemplo, llevar a cabo una consulta electoral al país mediante un procedimiento que más directamente permitiera traducir el peso de las ideologías más importantes. Pensaba, en este sentido, en la posibilidad de una introducción del sistema proporcional, ampliando el voto a la mujer y regulando el procedimiento electoral de manera que existieran mayores garantías en contra del fraude a través, por ejemplo, del carnet electoral.

Pensó también el Dictador en la posibilidad de reformar el Senado, lo que había sido solicitado por importantes sectores del pensamiento liberal. Se trataría de recortar la presencia de la Grandeza de España y limitar el tiempo de la representación vitalicia, dando pie a la introducción de fórmulas de representación corporativa que incluirían la presencia de la clase trabajadora organizada en sindicatos.

Estos proyectos no pasaron de tales, pero en cambio el Dictador llevó a cabo una importante reforma de la legislación administrativa local y provincial, aunque, en realidad, ésta no llegara a aplicarse en sus aspectos políticos más decisivos.

La necesidad de un cambio en la legislación local como medio para concluir con el caciquismo era una pieza esencial del regeneracionismo desde el final del siglo anterior. Precisamente Calvo Sotelo, un antiguo maurista, fue el encargado de preparar la redacción de un Estatuto Municipal y otro Provincial que demuestran, sin lugar a dudas, la nostalgia liberal regeneracionista del régimen de Primo de Rivera. Esto es especialmente cierto con relación al primero, el de carácter más democrático y autonomista de todo el siglo XX español.

Por citar un ejemplo, baste decir que su preámbulo se abría con la declaración de que *el Estado para ser democrático ha de basarse en municipios libres*, lo que resulta,



El rey Alfonso XIII posa rodeado del Directorio Militar de Primo de Rivera, 1923

desde luego, bastante sorprendente para tratarse de la disposición legal de una Dictadura. Alguna de sus disposiciones más avanzadas no fue aprobada en consejo de ministros, pero, sobre todo, el conjunto global del mismo no sólo no fue aplicado por los gobernantes dictatoriales, sino que se tradujo precisamente en todo lo contrario: no sólo los alcaldes no fueron elegidos directamente, sino que los nombró a todos el Ministerio de la Gobernación.

En cuanto al Estatuto Provincial, publicado más adelante, en marzo de 1925, corresponde ya a una etapa en la que el Dictador comenzaba a olvidarse de sus ilusiones liberal-regeneracionistas. En la primera etapa de la Dictadura hubo una espectacular eclosión no sólo de sentimientos regionalistas sino, incluso, de luchas sobre la capitalidad de las posibles regiones a constituir en España. El Estatuto Provincial en cambio era restrictivo y contradictorio con respecto al Municipal y, desde luego, no favorecía una organización del Estado español de base regionalista. Los buenos propósitos originales del Dictador habían concluido, como en tantas ocasiones, en absolutamente nada.



Alfonso XIII en un retrato realizado en los años veinte

Incluso más espectacular, aunque tan poco efectiva como ese conjunto de medidas fue la política quirúrgica que Primo de Rivera trató de desarrollar para lo que, con la terminología de Joaquín Costa, podemos denominar *el descuaje del caciquismo*.

Desde el momento mismo del advenimiento de la Dictadura y hasta bien entrado el año 1924, Primo de Rivera adoptó una serie de medidas, bastante ingenuas, para perseguir a los caciques locales y a todo el sistema piramidal que, desde su base rural, llegaba hasta la cúspide política del país. Todos los ayuntamientos y las diputaciones provinciales fueron disueltos y sustituidos por otros de nombramiento automático en un principio y digital más adelante. La administración de la época anterior al golpe de Estado fue investigada con mayor o menor cuidado y dio lugar al descubrimiento de casos de corrupción.

Es significativo para apreciar el clima vi-

vido en aquellos momentos que numerosos cargos municipales huyeran o fueran encarcelados. Más adelante Primo de Rivera encargó a unos funcionarios especiales, de carácter militar, que cumplieran esta misión como delegados gubernativos de cada uno de los partidos judiciales en que se dividía España.

Si Primo de Rivera quería ser el *cirujano de hierro* del país, en el nivel más reducido del partido judicial le correspondía esa misión a unos delegados gubernativos que actuaron de forma muy dispar, pero cuya gestión, en general puede ser calificada de bienintencionada en muchos casos, aunque siempre superficial.

Hubo delegados gubernativos que efectivamente pueden haber contribuido a extirpar el caciquismo, pero otros, desde luego, dotados de un poder muy grande y no sujeto al contrapeso de una opinión pública como la que existía con anterioridad, acabaron por construirse cacicatos propios con más inconvenientes de los que existían con anterioridad.

Una parte de la labor persecutoria de Primo de Rivera se dirigió también en contra de un poder judicial que sobre todo a escala municipal estaba en manos de los caciques pueblerinos. Sin embargo, como también sucedió en otros terrenos, la persecución, que pretendía ser apartidista, de los jueces se convirtió en una utilización gubernamental del tercer poder.

A partir de 1928 se hizo notar esta persecución contra la judicatura independiente a través de medidas como, por ejemplo, la suspensión de la legislación en materia de traslado de funcionarios judiciales. También se creó un juzgado especial para los delitos de conspiración contra el orden vigente que tuvo, por supuesto, efectos lesivos sobre la independencia del poder judicial.



Miguel Primo de Rivera (por José Ribera, Museo del Ejército, Madrid)

La Unión Patriótica

Como *cirujano de hierro,* Primo de Rivera debía intentar no sólo *descuajar el caciquismo,* sino también hacer nacer una política nueva y regenerada. En principio, Primo de Rivera no había pensado actuar directamente en este sentido, pero luego decidió no dejárselo a la espontaneidad social, como hubiera sido lo más lógico, sino producirlo desde el poder con las lógicas consecuencias que podían desprenderse de hacerlo así.

Con este propósito creó Primo de Rivera la Unión Patriótica, que constituyó uno de sus más evidentes fracasos, hasta el extremo de que en ninguna otra materia demostró el Dictador mayor incertidumbre y contradicción, rasgos por otra parte habituales en sus planteamientos políticos generales.

La Unión Patriótica, en efecto, osciló entre un movimiento de masas en apoyo del Dictador sin significación partidista a una

especie muy peculiar de partido único. Su inconveniente de siempre fue un gubernamentalismo que unido a la falta de ideario preciso por parte del Dictador, necesariamente había de convertirlo en una cáscara vacía de contenido y obligada a la disolución, como un azucarillo, cuando se perdió el poder.

En determinado momento, al comienzo de 1924, se produjo el nacimiento de carácter espontáneo, sobre todo en los medios del catolicismo político, de una Unión Patriótica que debiera tener un carácter de apoyo, pero independiente, del régimen dictatorial. Pronto, en el mes de abril de ese mismo año, el propio Primo de Rivera se convirtió en protagonista y monopolizador de este intento. Se trataba, según él, de agrupar a las gentes de *ideas sanas* y a los hombres *de buena fe* en algo que no era propiamente un partido político, sino *una conducta organizada* y que pretendía no ser ni de izquierdas ni de derechas.

Esta imprecisión, en los propósitos y en la configuración del movimiento, duró lo que la misma Dictadura de Primo de Rivera. Las definiciones de lo que fuera la Unión Patriótica en los labios del Dictador siempre constituían un confuso galimatías de acepciones meliorativas o peyorativas del término *política:* era, dijo en una ocasión, *eminentemente un partido político, pero en el fondo apolítico en el sentido corriente de la palabra;* en otra ocasión señaló, más alambicadamente todavía, que constituía *un partido político, pero apolítico, que ejerce una función político-administrativa.*

Nunca Primo de Rivera ni ninguno de sus colaboradores fueron mínimamente claros respecto a la finalidad o al programa de la Unión Patriótica. A veces señalaba que de la Unión Patriótica surgirían en el futuro nuevos partidos políticos; en otras que era ya el primer partido que luego había de competir en las elecciones con otros. A veces lo definía como *un partido monárquico central, templado y serenamente democrático;* después le dio una divisa que se parecía sospechosamente a la del carlismo. En un principio pieza cardinal de su ideario parecía la adscripción a los principios constitucionales de 1876, que él mismo había violado con su golpe; luego él mismo propició una reforma constitucional en los términos que más adelante tendremos la ocasión de determinar.

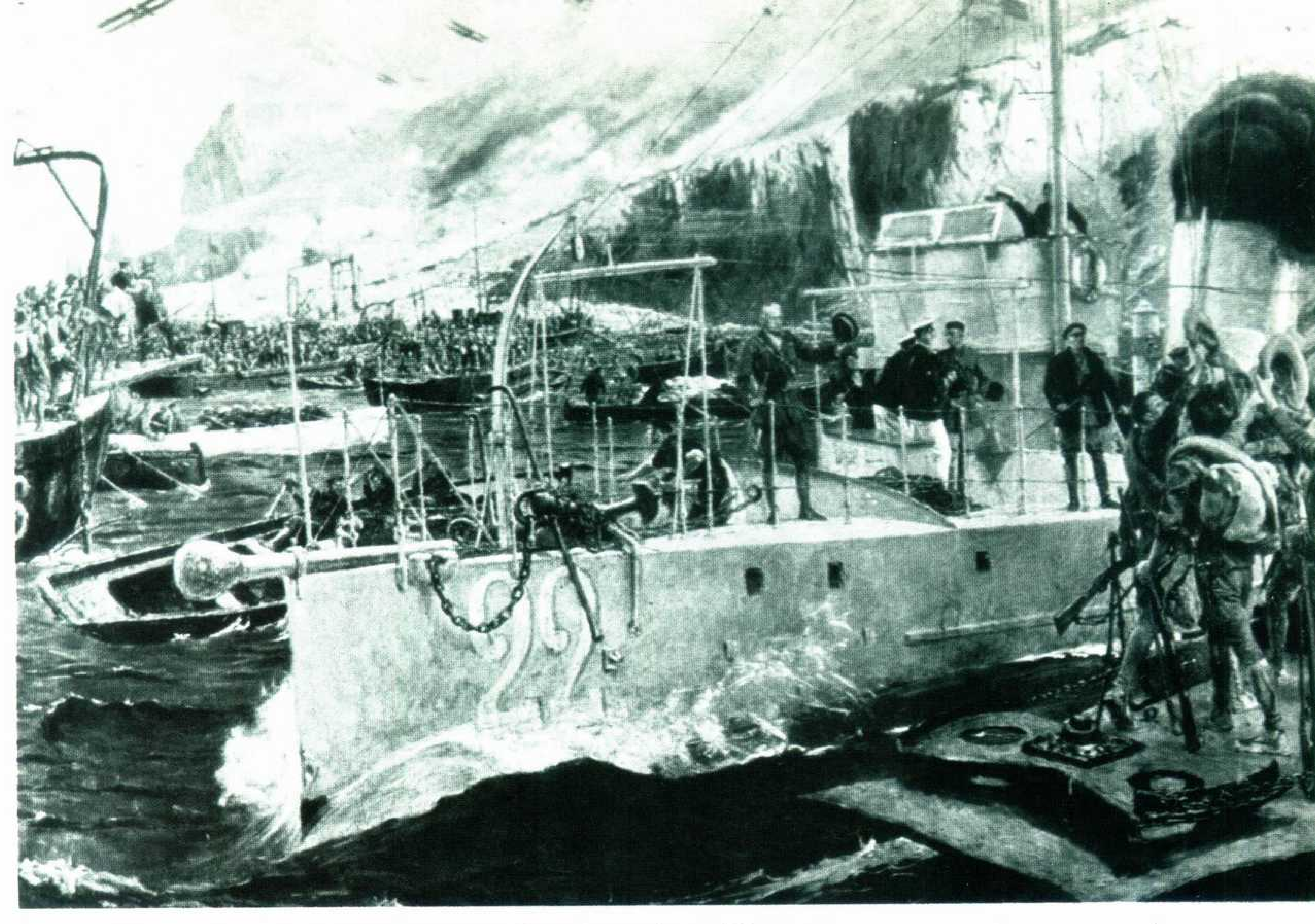
La relación entre Gobierno y Unión Patriótica fue cambiante con el paso del tiempo. Siempre tuvo un carácter gubernamental, pero así como en un principio no pasaba de ser la organización oficiosa, luego se convirtió en oficial y en 1927 dispuso que la mayoría de ayuntamientos y diputaciones se compusiera de sus miembros. En 1928 la Unión Patriótica fue utilizada para provocar manifestaciones de apoyo al régimen,



GENERAL PRIMO DE RIVERA

Miguel Primo de Rivera nació en Cádiz en 1870 y, tras realizar sus estudios militares, interviene en las campañas coloniales de Marruecos, Cuba y Filipinas. Ascendido por méritos de guerra, en 1919 es ya teniente general. Tras ser capitán general de Madrid, pasa en 1922 a desempeñar este puesto en Cataluña. La situación de inestabilidad general y de extendido terrorismo que sufre el país le convierten en el objetivo de los grupos interesados en la abolición del caduco sistema de partidos. Militares, industriales, clases conservadoras, ven en él la prestigiosa figura que puede encabezar un golpe de Estado con posibilidades de éxito.

Así, en septiembre de 1923, Primo de Rivera se pronuncia en Barcelona y forma un Directorio militar que anula las libertades democráticas. Paternalista y arcaizante, la obra de la Dictadura resultó muy desigual pero en general decepcionante. De forma progresiva, el régimen fue perdiendo los apoyos que había tenido en un principio entre amplios sectores sociales. Sus realizaciones no respondieron a las esperanzas de sus partidarios, y solamente la pacificación de Marruecos y en cierto sentido el ámbito de las obras públicas pueden señalarse como consecuciones positivas. En 1930, abandona el poder. Muere en París pocos meses después.



Primo de Rivera, vitoreado por las tropas que desembarcarán en Alhucenas.

características de esa *demofilia* que, si, desde luego, no era democracia, al menos probaba el gusto del Dictador por el contacto directo con las masas. En 1929 incluso se le atribuyeron funciones parapoliciales más típicas de un partido único totalitario, cosa que ni remotamente fue en ningún momento. El propio Mussolini dudaba seriamente si se podía tomar como algo digno de alguna consideración.

En realidad la Unión Patriótica fue poco menos que nada a la vez por culpa de las circunstancias, de su origen y de la indefinición de quien tenía a su cabeza.

El gubernamentalismo, de origen y de características caciquiles, fue siempre su peor defecto. Como escribió Calvo Sotelo, *los partidos políticos cuando se organizan desde el poder y por el poder nacen condenados por falta de savia*. No podía ser otra cosa porque en España no se había dado ninguna de las condiciones que pudiera haber producido un movimiento de masas revolucionario de extrema derecha como el fascismo.

Mezcla de oportunismo, de ideario confuso y de incertidumbre respecto a la configuración del futuro, necesariamente la Unión Patriótica estaba abocada a la extinción en cuanto hubiera desaparecido la base sustentadora que le daba el ejercicio del poder.

Lo cierto es que este episodio en la historia de los partidos políticos españoles tampoco se puede considerar como carente por completo de significación.

Necesariamente, el resultado de una dictadura regeneracionista era un deslizamiento hacia fórmulas autoritarias que tampoco podían ser fácilmente aceptadas en un país cuyas condiciones distaban enormemente, por ejemplo, de las existentes en la Italia de 1922.

Marruecos y la política exterior

Un factor decisivo para explicar el mantenimiento de la Dictadura de Primo de Rivera, a pesar de su profunda incertidumbre respecto a propósitos finales, reside precisamente en el hecho de que consiguió solucionar un problema trascendental de la política española, el de Marruecos, que, en parte, había contribuido a provocar el propio régimen dictatorial.

Es seguro que el régimen no hubiera durado más allá de 1926 si hubiera fracasado el desembarco de Alhucemas e incluso, en algún momento, dio la sensación, a principios de 1925, de que Primo de Rivera iba a

ser sustituido como consecuencia de la retirada de las fuerzas militares españolas de Marruecos.

En efecto, la tesis mantenida desde hacía tiempo por Primo de Rivera respecto a Marruecos era netamente abandonista y, como tal, fue practicada en la primera parte del régimen dictatorial. Pero, al mismo tiempo, la rectificación que en ella se produjo no deja de tener su lógica, que puede ser comprendida a través del propio desarrollo de los acontecimientos.

A lo largo del último trimestre de 1924 el Ejército español se fue retirando de la zona de Yebala y Xauen, que Berenguer había conquistado en 1920. La combinación de unas pésimas condiciones climáticas y el envalentonamiento de Abd-el Krim, que había logrado una autoridad indisputada entre los indígenas, hizo excepcionalmente penosa la retirada.

Primo de Rivera tuvo, además, que enfrentarse a gran parte de la oficialidad española en Marruecos, que no en vano se había formado allí y por ello difícilmente podía admitir un abandono que juzgaba carente de sentido. La cuestión dio un giro de 180 grados cuando la propia victoria de Abd-el Krim le hizo excesivamente confiado en sus propias fuerzas.

No sólo entre las izquierdas, sino también en algunos medios liberales, la llamada *República del Rif* era un semiestado reconocido o por lo menos una realidad casi aceptable. El cabecilla rifeño contaba con un ejército numeroso, aunque no bien dotado de armas y, sobre todo, se había convertido en un mito del nacionalismo antieuropeo. Pero, al creer haberse librado definitivamente de los españoles, pensó ser capaz de medir sus armas también con los franceses. De alguna manera venía obligado a ello por el hecho de que una parte de las tribus que aceptaban su jefatura estaban a caballo de las dos fronteras del protectorado.

En todo caso en abril de 1925 se produjo una especie de Annual francés que situó a los rifeños a tan sólo 30 kilómetros de Fez. Era demasiado para Francia: como dice Madariaga, el éxito de los rifeños consiguió lo que la diplomacia española no había logrado durante años, es decir, la colaboración de las dos potencias europeas en contra del rebelde.

En mayo de 1925 comenzaron las conversaciones en Madrid y un mes después se sellaba una alianza que tenía por objeto fundamental una acción decidida contra Abd-el Krim. Primo de Rivera hubo entonces de rectificar sus habituales y repetidos pronunciamientos abandonistas, pero esto, en realidad, no le causaba problemas porque no era la primera vez ni sería la última que lo hiciera.

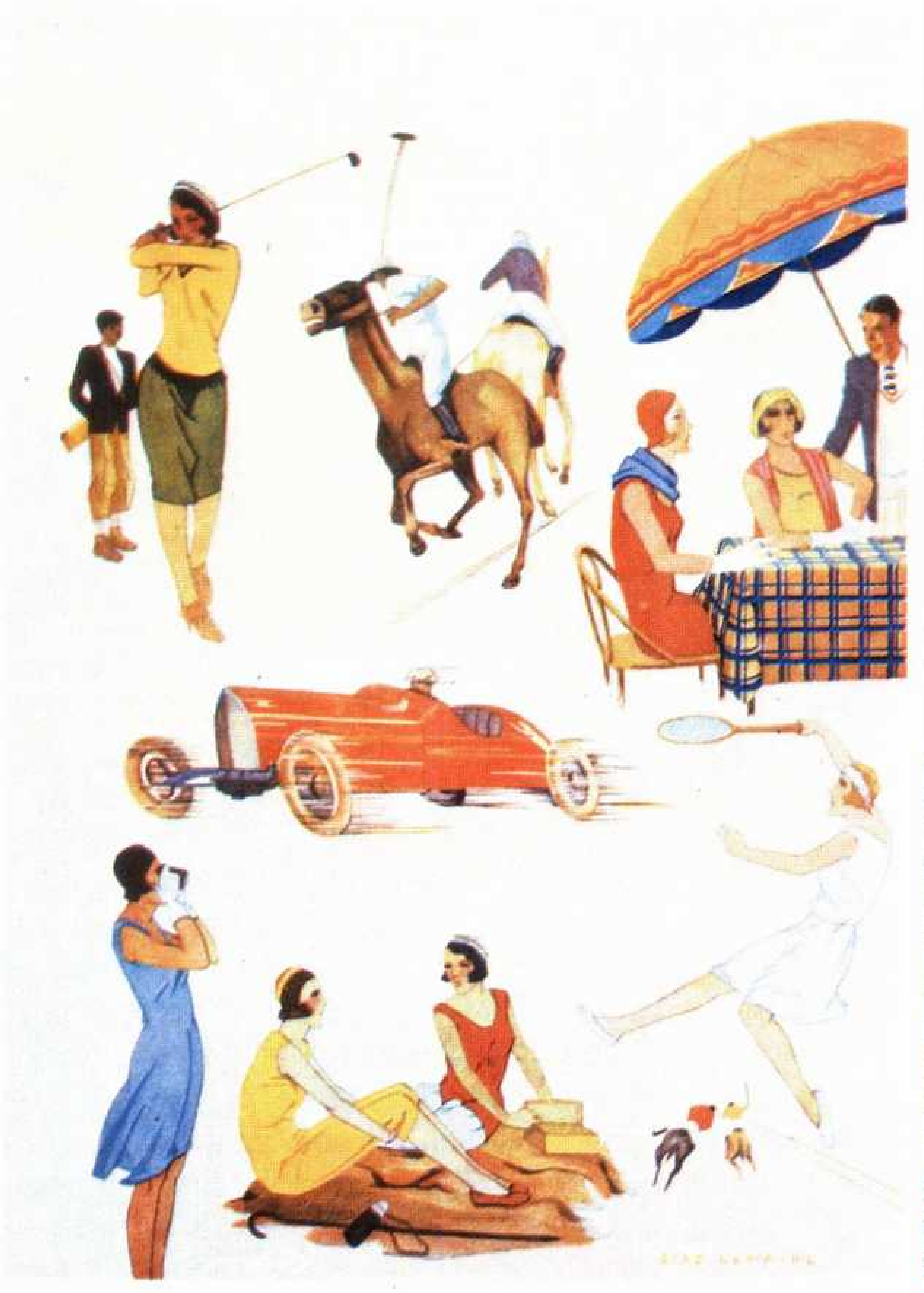
El resultado de la colaboración entre franceses y españoles no se hizo esperar. El desembarco de Alhucemas fue casi exclusivamente español y constituyó un éxito espectacular a pesar del escepticismo con que fue recibido por muchos, tanto en España como fuera de nuestro país.

En realidad no era una operación que pudiera calificarse de inesperada, pues en varias ocasiones había sido planeada en plena monarquía constitucional. Sin embargo cogió desprevenidos a los rifeños, que probablemente no consideraban viable una reacción española, y supuso el comienzo del fin de la rebelión de Abd-el Krim.

Producido el desembarco en septiembre de 1925, antes de un año, en mayo de 1926, el cabecilla rifeño, acosado por fuerzas muy superiores y mejor preparadas pero, sobre todo, coordinadas ahora, acabó rindiéndose a los franceses para eludir el juicio y severo castigo que les proporcionarían los españoles por el maltrato a los prisioneros. A fines de 1926 las tropas españolas empezaron a disminuir significativamente y en 1927 se dio por terminada la lucha y desaparecieron las bajas en combate. Un problema permanente e irresuelto por los gobernantes de la monarquía constitucional podía ahora incorporarse al haber del general dictador.

Sin duda alguna la victoria en Marruecos fue el logro más espectacular de Primo de Rivera, y como tal explica en buena medida la evolución de permanencia. Pero antes de referirnos a esta realidad es preciso señalar que la acción en Marruecos fue también el motor principal de la política exterior primorriverista.

En efecto, la preocupación fundamental de Primo de Rivera fue conseguir una mejor situación española en su protectorado y especialmente en Tánger. Esto necesariamente le enfrentaba a Francia, mientras que Gran Bretaña, que a menudo ejercía el papel de benevolente mediador entre las dos potencias mencionadas, no apoyaba con decisión la causa española. La oposición a la Dictadura en los medios intelectuales tanto del interior como del exterior y la de la prensa liberal extranjera (sobre todo de la





Moda deportiva de los años veinte según la revista Cosmópolis (arriba, izquierda). *Cartel oficial de la Exposición Internacional de Barcelona, 1929* (arriba, derecha). *Publicidad de una fábrica de tapices* (abajo).

MARCA DE FABRICA
HERMANOS - FERNANDEZ - FABRICA - DE - TAPICES -
PALMA DE MALLORCA

Obreras mallorquinas tejiendo tapiz de nudo hecho á mano en la fábrica
que los Hermanos Fernández poseen en Palma de Mallorca

francobritánica) tendían a dificultar las relaciones de estos dos países con España. Esta, sin embargo, no tenía más remedio que llegar a un acuerdo, por insatisfactorio que le pudiera resultar.

La otra posibilidad que tenía España era alterar el *statu quo* apoyándose en la otra potencia mediterránea: Italia. Alfonso XIII hizo a finales de 1923 un significativo viaje a Roma acompañado del Dictador. Mussolini solicitó insistentemente a los gobernantes españoles llegar a un acuerdo político, pero éste no se tradujo en una realidad. Finalmente, en agosto de 1926, cuando Primo de Rivera tenía más confianza en sus propias fuerzas después de la victoria en Marruecos y del viaje de Ramón Franco a través del Atlántico, se firmó un tratado hispanoitaliano de arbitraje que Mussolini hubiera querido más amplio, pero que Primo de Rivera redujo a unos términos prácticamente carentes de significación.

Fue en este momento y coincidiendo con este pacto cuando el Dictador quiso manifestar una voluntad más decidida de actuación en la política exterior. Reivindicó para España la zona de Tánger y amenazó, además, con retirarse de la Sociedad de Naciones si a nuestro país no se le concedía un puesto permanente en el Consejo de la misma.

En el marco estático de la política internacional de los años veinte estas reivindicaciones tenían pocas esperanzas de prosperar, sobre todo, si existía un acuerdo franco-británico al respecto. La mediación británica logró, al cabo de unos meses, ya en 1928, que España aceptara tan sólo una parte reducida de sus reivindicaciones: la dirección de las fuerzas de orden público en la zona tangerina y un puesto permanente, pero sólo *de facto,* en el organismo internacional ginebrino. En tan sólo eso había concluido la política de *grandeur* de Primo de Rivera.

Con respecto a Portugal, una vez desaparecidas las habituales reticencias británicas fue posible anudar una relación más estrecha, que además tenía como motivo intereses materiales concretos, como la explotación hidroeléctrica del Duero y, sobre todo, hacer desaparecer las habituales displicencias entre dos países tan cercanos, pero vueltos habitualmente de espaldas.



ALFONSO XIII

Hijo póstumo de Alfonso XII, nació en el año 1886 y fue proclamado rey el mismo día de su venida al mundo. Su madre, doña María Cristina de Habsburgo, ejerció la regencia hasta el año 1902, cuando el joven rey de dieciseis años comenzó a ejercer sus funciones. El sistema bipartidista de la Restauración había funcionado por el acuerdo de los conservadores de Cánovas y los liberales de Sagasta. En 1898, España pierde sus últimas colonias y el país sufre una profunda crisis, que los regeneracionistas tratarán de superar mediante la aplicación de sus teorías de renovación.

Durante la I Guerra Mundial, España se mantiene neutral y se ve beneficiada en el plano económico debido a esta circunstancia. Llegado el año revolucionario de 1917, los conflictos afectan ya de forma directa incluso al Ejército. Este, además se verá enfrentado a la desastrosa guerra de Marruecos. El turno de partidos se muestra ya incapaz de servir a las necesidades del país, que se ve envuelto en un clima de permanente inestabilidad y violencia. En septiembre de 1923, Alfonso XIII da su apoyo tácito al golpe militar encabezado por Primo de Rivera, quien gobierna en plan dictatorial durante los siguientes siete años. La caída de la Dictadura en 1930 anuncia la de la monarquía. Las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 dan la victoria a los republicanos. El rey marcha al exilio muriendo en Roma en 1941.

La Dictadura civil

En su manifiesto de septiembre de 1923, Primo de Rivera había anunciado que gobernarían España militares u hombres civiles colocados bajo su patrocinio. Hasta diciembre de 1925 fueron los primeros quienes ejercieron la función ejecutiva: junto con Primo de Rivera lo hicieron un general de brigada por cada región militar y un contraalmirante.

A fines de 1925, con el problema marro-



Alfonso XIII impone la Cruz Laureada de San Fernando a Miguel Primo de Rivera, abril de 1926

quí suficientemente encauzado, Primo de Rivera esbozó un primer intento de marcha hacia la normalidad. En carta a uno de sus nuevos colaboradores, Calvo Sotelo, le expuso sus propósitos. Se trataba de formar un equipo civil que en un plazo de un año gobernaría de forma expeditiva, sin convocar elecciones y manteniendo la censura, para finalmente llegar a la regeneración política de España. Primo de Rivera alentaba propósitos idénticos a los que le guiaron cuando tomó el poder, pero no por primera vez (ni por última) mostraba también su incertidumbre en cuanto a propósitos finales.

En el nuevo gobierno figuraba en la cartera de Gobernación el general Martínez Anido, pero constituía una excepción militar frente a un claro predominio civil. Paradójicamente eran antiguos miembros de la política de turno los que resultaron más eficientes y valiosos en el mismo.

Calvo Sotelo procedía del maurismo y del catolicismo político y había jugado un papel decisivo ya en la Dictadura, en la redacción de los Estatutos Municipal y Provincial. Ahora ocupaba la cartera de Hacienda. Aunós, ministro de Trabajo y autor de la ordenación corporativista del régimen, había sido secretario de Cambó; Yangüas, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores hasta que Primo de Rivera decidió desempeñar por sí mismo este importante puesto para luego presidir la Asamblea Consultiva, había militado en las filas del conservadurismo datista.

Muchas de las restantes carteras ministeriales estaban desempeñadas por tecnócratas como el conde de Guadalhorce, por desconocidos procedentes de la Unión Patriótica, como Ponte y Callejo, que tuvieron en sus manos la responsabilidad de la Justicia o la Instrucción Pública, o por amigos personales del propio Dictador, como el conde de los Andes, por otra parte antiguo militante conservador gaditano. Fueron precisamente los desconocidos y miembros de la Unión Patriótica los que despertaron mayores protestas en su gestión, lo que es desde luego significativo de la incapacidad del Dictador para alumbrar un nuevo partido político.

La creación de un gobierno civil demostraba por parte de Primo de Rivera una voluntad de permanencia muy superior a la que había hecho gala al comienzo de su gestión política. Pero más lo demostró todavía su proyecto de convocar una Asamblea no elegida de la que habría de salir una nueva configuración constitucional y el camino hacia una situación de normalidad que no sería ya una simple vuelta al régimen existente antes de su golpe de Estado.

De la Asamblea Consultiva se habló, como rumor más o menos inminente a lo largo de más de un año, desde mediados de 1926

hasta finales de 1927. Era un tema crucial por la sencilla razón de que alteraba de forma definitiva y radical la legalidad constitucional de 1876.

Primo de Rivera la necesitaba no sólo para configurar definitivamente su régimen, sino también como vehículo para demostrar su apoyo popular. Incluso Mussolini se la había recomendado. Para la oposición, y muy especialmente para los políticos del antiguo régimen, constituía el motivo principal de su discrepancia: podían tolerar una Dictadura temporal, pero no que por este procedimiento se convirtiera en definitiva. La decisión desde luego estaba en las manos del monarca, que parece haberse resistido durante todo el tiempo indicado porque ello suponía enfrentarse definitivamente con sus antiguos colaboradores e infeudarse con el régimen dictatorial.

Un primer intento de crear la Asamblea Consultiva se produjo en el tercer aniversario del régimen y está conectado estrechamente con la realización de un plebiscito peculiar en el que la Dictadura se atribuyó el apoyo de seis millones y medio de adhesiones populares. En realidad éstas se obtuvieron sin ninguna garantía a través de firmas en pliegos ante unas mesas en las que no existió ninguna garantía de imparcialidad. A lo sumo el plebiscito demostró que el Dictador necesitaba periódicamente compaginar sus expresiones de autoritarismo con liturgias para o pseudodemocráticas. En todo caso en septiembre de 1926 ni siquiera el peso del resultado del plebiscito dio la suficiente libertad de movimientos al general como para que el monarca aceptara la convocatoria de la Asamblea Nacional.

Un año después, sin embargo, se sintió con fuerzas suficientes como para intentarlo de nuevo, y esta vez le acompañó el éxito ya. Había llevado a cabo una gestión política discutible, pero de apariencia positiva. No sólo tenía a su favor la resolución del problema de Marruecos, sino que se beneficiaba de una situación positiva en el terreno económico, de la desaparición de los conflictos de orden público y de la práctica de un nacionalismo en política exterior y económica que daban una imagen positiva ante la opinión pública.

Quizá fueron todos estos factores, junto con la ausencia de una alternativa real y la necesidad de esbozar un cierto retorno *sui generis* a una normalidad constitucional, aunque ya no se tratara de la misma, los que llevaron al rey a aceptar la convocatoria de un cuerpo deliberante que debería tener como objetivo *preparar y presentar escalonadamente al Gobierno en un plazo de tres años, y con carácter de anteproyecto, una legislación general y completa que a su hora ha de someterse a un sincero contraste de opinión pública y, en la parte que proceda, a la real sanción.*

La Asamblea Consultiva constituía un perfecto ejemplo de la forma de actuar del Dictador, de sus incertidumbres y de sus propósitos bienintencionados y confusos. En primer lugar se autoconcedía tres años cuando al principio había afirmado que su régimen no duraría sino tres meses y mostraba la incapacidad para proyectar un futuro político para el país por sí mismo. Además, muchos de los convocados a la Asamblea no eran partidarios del régimen y acabaron por no aceptar su presencia en ella.

De esta manera el general deterioraba a un cuerpo político recién nacido y del que se pudo decir que tenía las mismas características que el que en 1808 redactó la constitución de Bayona, porque todos sus miembros habían sido elegidos directa o indirectamente por el propio Gobierno. Desde luego Primo no logró integrar en la Asamblea a los opositores del régimen, pues ni los liberales, ni los socialistas, ni una parte de los conservadores, ni la intelectualidad (un Menéndez Pidal, Gascón y Marín o Pittaluga) aceptaron formar parte de ella.

Parece, en definitiva, acertado el juicio del duque de Maura, preeminente miembro de la Asamblea, él mismo, cuando afirma que la Asamblea resultó *como institución estéril y como pasatiempo aburrido.* Primo de Rivera siguió vegetando en la indecisión respecto a sus propósitos finales, trabajando mucho, recibiendo homenajes cuando la oposición mostraba su discrepancia y sintiendo periódicos deseos de abandonar el poder, pero sin saber cómo hacerlo.

La mejor prueba de la inutilidad de la Asamblea se obtiene con la mención del destino sufrido por el proyecto constitucional que su comisión constitucional estaba obligada a redactar. Esta comisión, presidida por el propio Yangüas, estuvo formada por personas de una decidida heterogeneidad de pensamiento que iba desde el conservadurismo (Maura, La Cierva) hasta idearios autoritarios más o menos corporativistas (Pradera, Maeztu, Pemán).

El propio Primo de Rivera participó en



Ramiro de Maeztu



José Calvo Sotelo

las reuniones de la comisión demostrando tener escasas ideas, aunque muy firmes, respecto al futuro régimen del país. Apoyaba, por ejemplo, una monarquía limitada y unitaria con una cámara única y el mantenimiento del sufragio universal. El texto final, sin embargo, concedía al rey unos poderes muy superiores a los previstos en la Constitución de 1876: él debería nombrar al presidente del Gobierno, que no dependería del legislativo, y estaría asesorado por un Consejo del Reino que, sin embargo, no podría mediatizar sus decisiones.

Finalmente, siguiendo los deseos de Primo de Rivera, hubo una única cámara en la que se solapaban diferentes tipos de representación (la mitad eran puestos elegidos por sufragio universal y el resto, de representación corporativa o designados). Cuando en el verano de 1929 se dio a conocer el anteproyecto de Constitución recibió un juicio muy negativo de los medios de opinión pública. Primo de Rivera, que había consultado a Mussolini sobre el nuevo proyecto de Constitución recibiendo una respuesta amable, pero discrepante, acabó por manifestar desacuerdo con el texto redactado por la comisión y así se acabó demostrando la completa inutilidad de la convocatoria de la Asamblea Consultiva.

La oposición contra Primo de Rivera

Aunque los propósitos institucionalizadores de la Dictadura de Primo de Rivera tendrían con el paso del tiempo alguna influencia en las leyes fundamentales del franquismo, la realidad es que, a corto plazo, resultó mucho más decisiva en la historia política española la evolución producida en el seno de la oposición al régimen primorriverista.

En efecto, no sólo deriva de ella, el desvío de parte de la clase política de turno hacia la Monarquía, sino que, además, durante los años de oposición se fraguó el sistema

de partidos políticos de la España republicana a partir de 1931.

De momento, sin embargo, para los propios protagonistas y observadores de la escena política durante los años veinte la característica más pronunciada de la oposición a Primo de Rivera fue su impotencia. Esto es especialmente patente en lo que respecta a la *vieja política*, que en realidad, salvo contados casos, en un primer momento mantuvo una actitud de prudente expectación, en la confianza de que la Dictadura durara tan poco como había dicho quien la protagonizaba.

En un principio hubo tan sólo algunos gestos, desatendidos por la opinión pública, que nacían en buena medida de la conciencia de que el Dictador tampoco los reprimiría con crueldad. Luego las cosas cambiaron, y no sólo por la decidida voluntad del Dictador de autoperpetuarse. Una razón importante fue el hecho de que la persecución contra el caciquismo, aunque muy dudosamente efectiva, desarticulaba las redes caciquiles que constituían la base de la actuación de los viejos partidos. Además, a todos los dirigentes de antaño les acompañaba una crítica acerba y en gran medida injusta respecto de supuestas inmoralidades en el ejercicio de sus tareas públicas.

Pero los viejos políticos tenían pocas armas en sus manos como para expulsar del poder al Dictador: tan sólo murmurar contra él sin poder apelar a las masas, porque nunca lo habían hecho y porque éstas difícilmente podían responder a los llamamientos de quienes habían sido protagonistas de un sistema de liberalismo oligárquico.

Una de sus posibilidades consistía en apelar al rey en la confianza de que él fuera quien licenciara al Dictador; pero, obviamente, al monarca no le resultaba sencillo hacerlo, pues no sólo estaba desengañado de los políticos liberales, sino que era también consciente de que Primo de Rivera no carecía de éxitos en su haber.

Otra posibilidad era un contragolpe de Estado que tuviera como protagonistas a los militares de alta graduación. El carácter oligárquico de la vieja política y la vinculación entre los más altos cargos militares y ella hacían lógica esta actuación. De hecho los principales intentos de los políticos de turno contra Primo de Rivera tuvieron siempre como procedimiento e instrumento a los militares. Este fue el caso de la *sanjuanada* en junio de 1926, de los diversos intentos surgidos con ocasión del enfrentamiento entre Primo de Rivera y el cuerpo de artillería y, en fin, del propio *pronunciamiento* de enero de 1929 intentado por Sánchez Guerra en Valencia.

Fue precisamente este antiguo líder del conservadurismo (y no, en cambio, los liberales) quien se convirtió en la figura emblemática de la oposición contra la Dictadura desde la óptica de los aún defensores de la legalidad constitucional de 1876. Sin embar-



ANTONIO DE OLIVEIRA SALAZAR

Antonio de Oliveira Salazar nació en 1889 y, tras estudiar en un seminario y en la universidad de Coimbra, llegó a ser catedrático de ésta en 1918. Economista, ocupó la cartera de Finanzas del gobierno formado tras el golpe de Estado militar de 1926. Tras un desacuerdo con sus compañeros, abandonó el cargo, pero fue llamado de nuevo en 1928, cuando el general Carmona se elevóa a la Jefatura del Estado. La política de austeridad que impuso mantuvo al país durante cuatro decenios en un estancamiento que lo situó al margen del progreso general europeo.

En 1932 accedió a la Presidencia del Consejo y se erigió en el verdadero decisor supremo del país. Apoyó al bando rebelde en la guerra civil española y, durante la Segunda Guerra Mundial, declaró la neutralidad de Portugal. Aunque identificado con las ideologías nazi y fascista, su amistad con Inglaterra le permitió superar las condiciones de la postguerra. Un partido único y una eficiente policía política le aseguraban el absoluto control del país recurriendo a los métodos más expeditivos. En 1961 comenzaron las guerras en las colonias africanas, que significaron la bancarrota para el país. En 1968, una enfermedad le obligó a retirarse del poder, ocupando Marcelo Caetano su puesto. Murió en 1970.

go, con el paso del tiempo este tipo de oposición, sin llegar a crear verdaderamente una alternativa viable, contribuyó, con su despego respecto de la persona del monarca, a deteriorar cada vez más a las instituciones en medio de la creciente efervescencia de la opinión pública.

De ella acabaron por beneficiarse los opositores del régimen y no del monarca, pero en los años veinte este proceso no era previsible. Sería necesario que en 1930 surgiera un nuevo republicanismo para que verdaderamente el régimen estuviera en peligro.

La caída de la Dictadura, por tanto, ha de atribuirse mucho más a la incertidumbre del Dictador que a la eficacia de la oposición. Esa incertidumbre le hacía no volver a la normalidad constitucional ni convertir a su régimen en una dictadura estable de corte más o menos fascista. En esas condiciones, estaba condenado a la larga a verse abandonado por la opinión pública que originariamente le había apoyado con entusiasmo. En enero de 1929 consiguió derrotar una conspiración político-militar inspirada por Sánchez Guerra, pero éste, en el posterior juicio, se convirtió en el verdadero triunfador político.

Orígenes del salazarismo (1926-1932)

Como en España, también en Portugal el advenimiento de un régimen conservador y autoritario se debió a la experiencia previa de una república parlamentaria enormemente inestable y conflictiva. A diferencia, sin embargo, de lo sucedido en nuestro país, en Portugal el nuevo régimen tardó mucho en adoptar unas características definitivas y, cuando lo hizo, en parte imitó lo sucedido en España. Además no sería un militar quien se identificara con el régimen, sino un profesor universitario.

Originariamente, sin embargo, la república parlamentaria concluyó por un golpe de Estado militar en mayo de 1926. Se trató de una revolución sin sangre producto de un vacío político real y de una coalición de sectores diversos capaz por ello de conseguir un apoyo extenso entre la población, pero por ello mismo destinada a dividirse.

En efecto, los principales personajes políticos y militares que protagonizaron este intento autoritario tenían una incertidumbre todavía mayor que la de Primo de Rivera



Mariscal Carmona y Antonio Oliveira Salazar

acerca del futuro político del país. El general Gomes da Costa, por ejemplo, era derechista, pero no se consideraba un dictador militar. En cuanto al general Carmona, era a la vez católico, masón y republicano, elementos absolutamente antitéticos en apariencia en el Portugal de entonces, pero que le permitían ejercer un cierto arbitraje entre los sectores militares. En todo caso tampoco era un dictador en el sentido en que podía serlo Primo de Rivera: no pasaba de ser un *primus inter pares* carente de cualquier tipo de mística personal.

Hasta 1928, en que empieza a desempeñar un papel preponderante Oliveira Salazar, el régimen se caracterizó por una fuerte inestabilidad política, una serie de conspiraciones izquierdistas y una absoluta ineficiencia económica. Portugal parecía haber evolucionado hacia un parlamentarismo de cuartel en el que los oficiales decidían por votación el destino de la vida política y en que las conspiraciones concluían en caso de derrota con el simple envío a Africa de sus cabecillas.

En algo, sin embargo, estaban de acuerdo los militares, y era en luchar contra las conspiraciones de la izquierda. En realidad fueron éstas las que convirtieron en autoritario al régimen, pues en un principio, por ejemplo, la huelga no se prohibió. La ineficiencia económica y hacendística, de la que

fue responsable Sinel de Cordes, tuvo incluso repercusiones internacionales: Portugal pidió un préstamo internacional que se le negó precisamente por carecer de una política coherente.

A partir de 1927 y, sobre todo, de 1928 el régimen empezó a centrarse en la figura de Oliveira Salazar, que en 1929 tenía ya la hegemonía política. Salazar procedía de una familia humilde y había llegado a su puesto en la universidad a través de uno de los escasos medios de movilidad social en un país retrasado como Portugal: el seminario.

Su vida política se identificaba con el clericalismo corporatista, a quien representó en el Parlamento, pero con muy escaso entusiasmo. Su talante tenía mucho más que ver con la capacidad para la administración rigurosa y poco innovadora en lo económico. Vino a ser una especie de contable cuidadoso y poco original de un país al que la inestabilidad precedente le había convertido en ansioso de paz y orden.

Al principio, sin embargo, en los gobiernos, que ni siquiera él mismo presidía, había una composición muy heterogénea, desde quienes eran republicanos presidencialistas hasta los que defendían ideas procedentes de la *Action Française* (integralismo) y los clericales, cada vez más preponderantes.

El llamado *Nuevo Estado Portugués* se configuró en los dieciocho meses siguientes al predominio de Salazar. Era un régimen de *presidencialismo* del primer ministro (y no de un Carmona reducido a la condición de presidente puramente representativo) que llegaba hasta el extremo de despachar directamente con los ministros sin la necesidad de un Consejo.

En julio de 1930, cuando todavía Oliveira Salazar no era presidente del Consejo, dio a luz la *Uniao Nacional*, cuya misma denominación hace pensar en la Unión Patriótica de Primo de Rivera. Como ésta, no era un partido de masas, ni siquiera un partido único hasta 1934, ni los ministros necesariamente debían pertenecer a ella. La divisa *Dios, Patria y Familia* también tenía lógicas concomitancias con el primorriverismo.

La censura fue más dura que la española, al menos en la primera etapa de Primo de Rivera. A diferencia de éste, aunque muy posteriormente, Oliveira Salazar fue capaz de diseñar una fórmula política con la que sustituir a la república parlamentaria. En marzo de 1933 se aprobó la primera Constitución corporatista del mundo que definía a Portugal como una república unitaria.

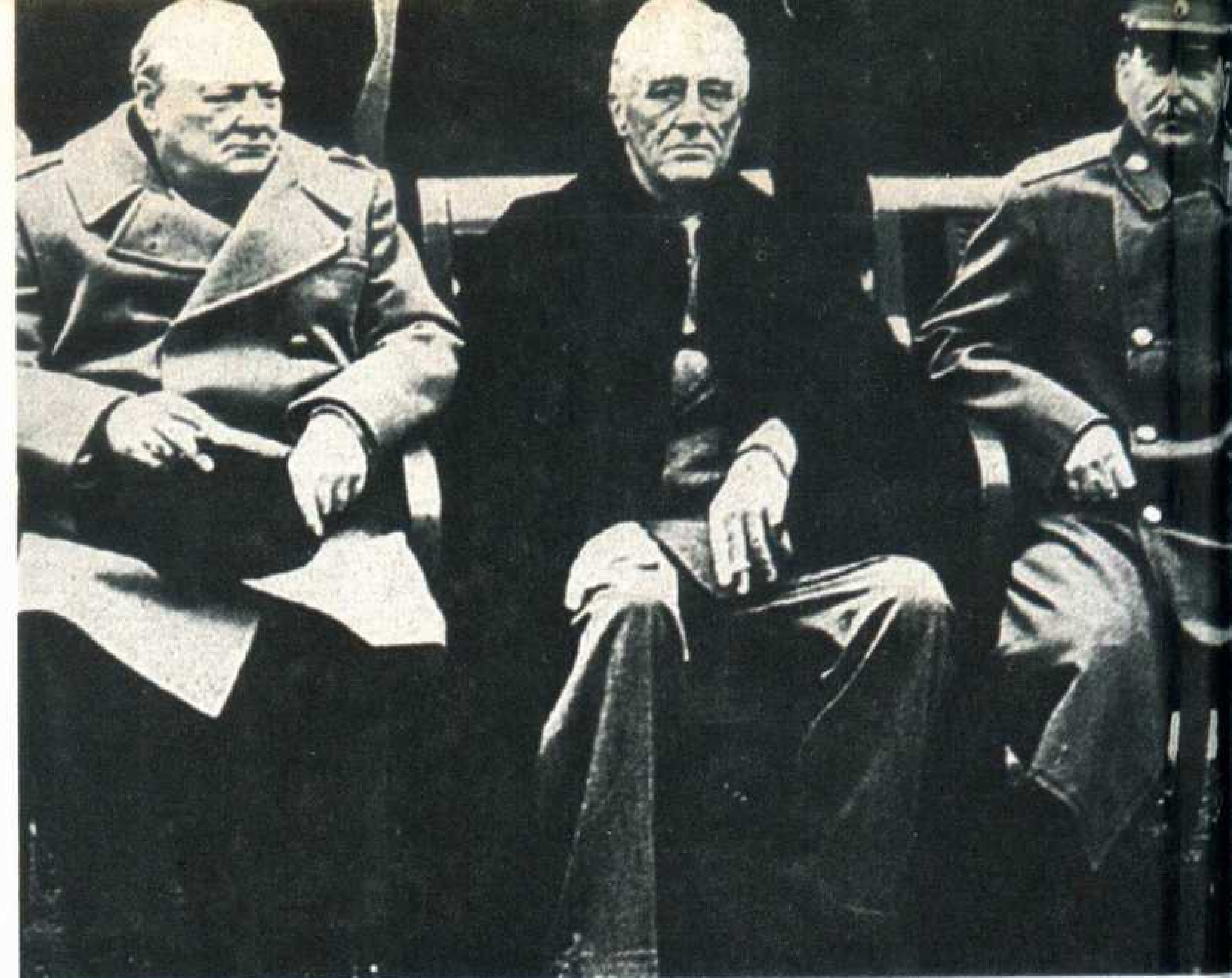
Había dos cámaras. Una Asamblea Nacional —nótese de nuevo la identidad con el régimen español—, de poderes reducidos (no podía aumentar el gasto público), elegida por un electorado también reducido (los analfabetos no tenían voto), se veía complementada por otra de carácter corporativo.

Fue Teotonio Pereira su inspirador principal y esta fórmula, como cualquiera de carácter corporativo en la historia, tuvo escasísima efectividad; no sirvió más que para el debate político en la clase dirigente del régimen, fundamentalmente de corte clerical.

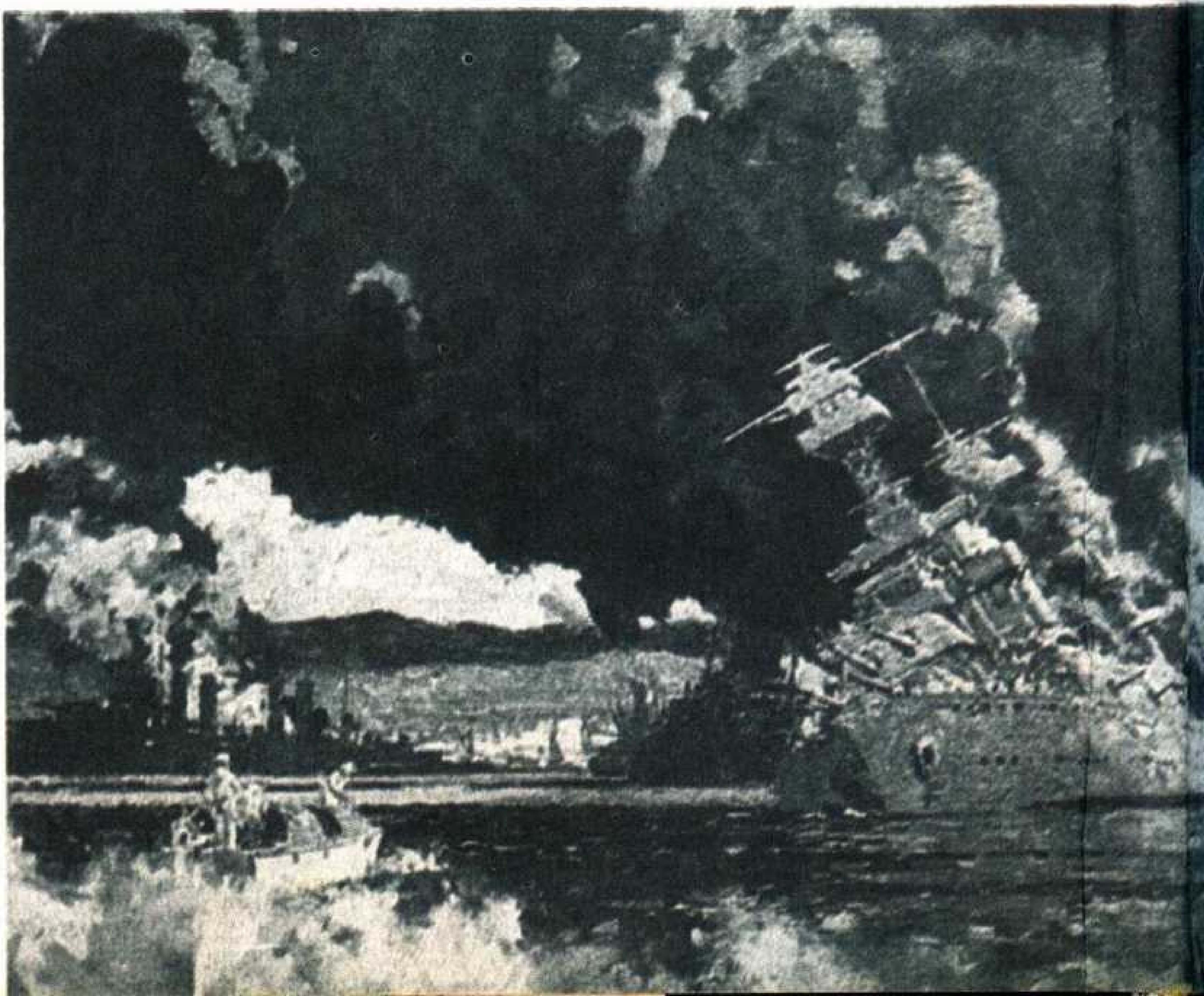
El régimen salazarista habría de sufrir diversos avatares: fue más proclive al fascismo durante la guerra civil española y permitió la presencia de la oposición en las elecciones después de 1945. Mucho más estable que el de Primo de Rivera debido a la carencia de movilización política en Portugal, resultó también extraordinariamente conservador en sus aspectos sociales.

Bibliografía

Sobre la Dictadura de Primo de Rivera, Shlomo Ben Ami, ***The origins of the Spainsh Republic in Spain,*** Oxford University Press, 1978, 356 págs. José Calvo Sotelo, ***Mis servicios al Estado. Seis años de gestión,*** Madrid, 1933, 515 págs. «Cuadernos Económicos» de ***Información Comercal Española,*** número 10, 1979, dedicado a la Dictadura y, en especial, a su economía política. Shannon E. y Ann Fleming. «Primo de Rivera and Spain's Moroccan Problem. 1927-1929» en ***Journal of Contemporary History,*** I-1977. Manuel García Canales, ***El problema constitucional en la Dictadura de Primo de Rivera,*** Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1980, 576 págs. Genoveva García Queipo de Llano, «Intelectuales en la Dictadura de Primo de Rivera: la controversia sobre la vieja política». ***Revista de la Universidad Complutense de Madrid,*** número 116, 1980. Gabriel Maura, ***Sobre el régimen de Salazar:*** Tom Gallagher, ***Portugal. A. twentieth century interpretation,*** Manchester University Press, 1983, 278 págs. New York. Satnley G. Payne. A. History of Spain and Portugal.

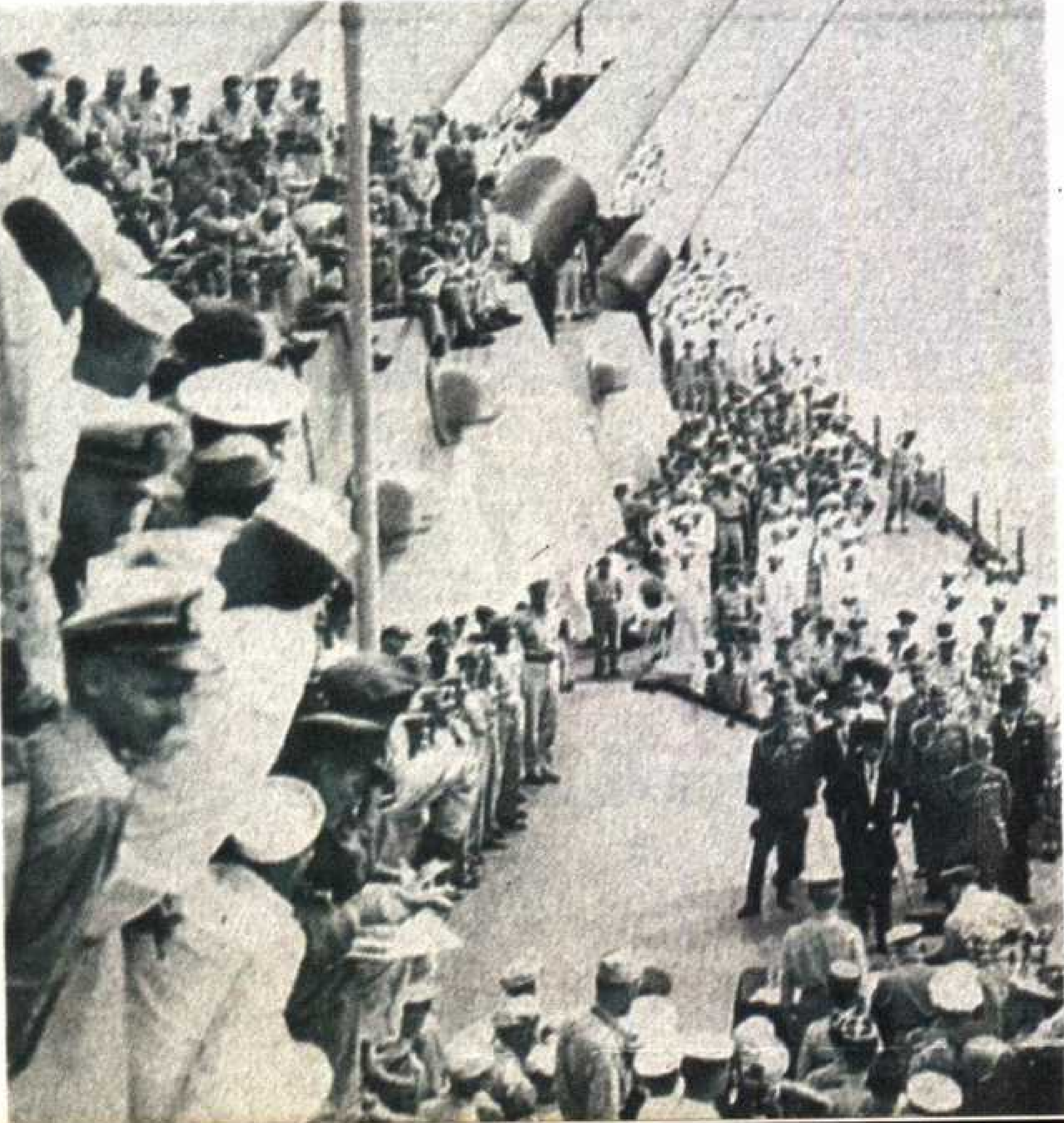





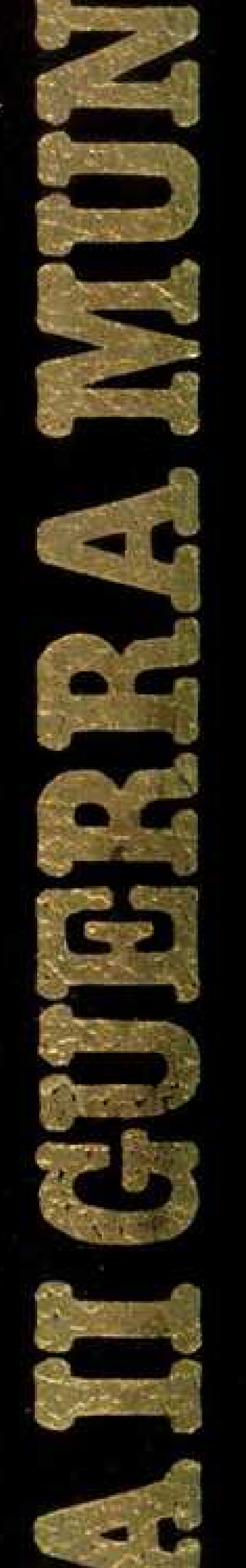












LA II GUERRA MUNDIAL
LA HORA DE LOS DICTADORES


1